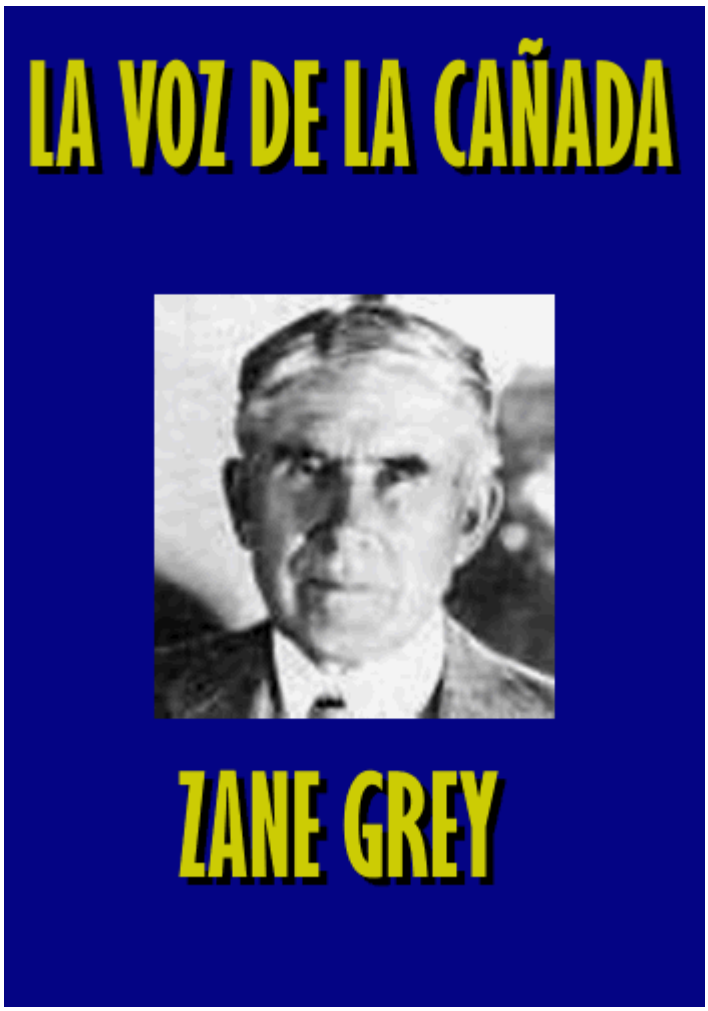
LIBRO dot.com

LA VOZ DE LA CAÑADA

ZANE GREY



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

1

¿Qué sutil y extraño mensaje llegó hasta ella desde el Oeste? Carley Burch dejó la carta sobre su regazo y ella miró soñadoramente a través de la ventana.

Era un día típico de principios de abril en Nueva York, frío, gris y de acerado sol. Flotaba en el aire algo primaveral y, sin embargo, las mujeres que pasaban por la calle número 57 llevaban pieles y abrigos. Oyó el lejano ruido de un tren, y a continuación el zumbido de un automóvil. En los intervalos silenciosos se percibía de vez en cuando el sonido de una gaita.

-Hace más de un año que se fue Glenn - musitó -, un año y tres meses, y de todas sus extrañas cartas, ésta es la más estrambótica de todas.

Por milésima vez volvió a vivir los últimos momentos que había pasado junto a él. Era la Noche Vieja del año 1918. Fueron a ver a unos amigos que vivían en el McAlpin, en unas habitaciones situadas en el piso número 21 de un rascacielos que daba sobre Broadway. Y cuando empezó a transcurrir lentamente el último cuarto de hora de aquel memorable y trágico año, en medio del sofocado murmullo de silbidos y campanas, los amigos de Carley se habían marchado discretamente, dejándola sola con su prometido. Estaban junto a la abierta ventana para ver y oír cómo se marchaba el año 1918, dejando paso al 1919.

Glenn Kilbourne había vuelto de Francia a principios de aquel otoño, enfermo de gas y de metralla, e incapacitado para seguir sirviendo en el Ejército. Era un hombre completamente distinto del alegre muchacho que fue a la guerra, y a Carley le parecía, desde muchos aspectos, completamente extraño. Se mostraba frío, silencioso, como obsesionado por algo. Su alejamiento le entristecía grandemente. Cuando las campanas empezaron a sonar para despedir al año causa de su ruina, Glenn la estrechó tierna y apasionadamente contra su pecho. No obstante, había algo, extraño en aquel gesto.

- ¡Carley, mira y oye! -murmuró.

A sus pies se extendía el vasto y blanquecino resplandor de Broadway. Sus calles, cubiertas de nieve, brillaban baja, millares de luces eléctricas. La Sexta Avenida se desviaba hacia la derecha, menos brillante, pero cubierta así mismo de un níveo manto. Los trenes se arrastraban como enormes serpientes de ojos de fuego. Hasta ellos llegaba débilmente el zumbido del torrente de automóviles, discurriendo incesantemente por la calle, casi completamente sofocado por el creciente clamor callejero.

La alegre y atolondrada población de Broadway se movía constantemente de un lado rara otro. Desde la altura en que ellos se encontraban, parecía una ancha cinta de figuras negras, como si se tratase de columnas de hormigas que tomaran parte en una carrera. Por todas partes brillaban las monstruosas luces blancas, rojas y verdes de los anuncios luminosos, que palidecían y se extinguían para volver a refulgir de nuevo poco después.

¡Adiós, Año Viejo! ¡Bien venido seas, Año Nuevo! Carley había sentido intensamente la tristeza de la despedida y la promesa que encerraba la llegada del nuevo año. Las sirenas de las fábricas empezaron a silbar con sonido ronco y profundo, y el clamor callejero y el tañir de las campanas se perdieron en un estruendo magnífico. Era la voz de una ciudad, de una nación. Era la voz de un pueblo que expresaba a gritos la agonía sufrida durante aquel año y pronunciaba una plegaria invocando un futuro más feliz.

Glenn acercó sus labios a su oído, susurrando:

«¡Ésa es la voz de mi alma! Nunca olvidaría ella la impresión que le causaron tales palabras. Recordaba haberse quedado completamente inmóvil y silenciosa, envuelta en aquel estruendo potente y armonioso, lleno de una melodía majestuosa e impresionante, hasta que,

en lo más alto del edificio del Times, estalló un globo blanco, dejando ver los brillantes números del nuevo año.

-No habían transcurrido aún muchos minutos del año. 1919 cuando Glenn Kilbourne le dijo que se iba a ir al Oeste, con el propósito de recobrar su salud.

Carley, echando a un lado sus recuerdos, cogió nuevamente la carta que tan perpleja le había dejado. Llevaba el matasellos de Flagstaff, Arizona. La releyó lentamente, con aire grave y pensativo:

«West Fork, 25 de marzo.

»Querida Carley: Mi negligencia en contestarte es verdaderamente imperdonable. En otros tiempos escribía yo con bastante frecuencia; éste es uno de los muchos cambios que he sufrido.

»Una de las razones de no haberte contestado es lo dulce y cariñosa que era tu carta. Me hizo comprender que yo no era más que un pobre diablo desagradecido. Además, la vida que ahora llevo no es de las que inviten a escribir.

»Me paso el día en el bosque, y cuando vuelvo, por las noches, a esta cabaña, estoy tan cansado, que lo único que puedo hacer es acostarme.

»Tengo que contestar a tus imperiosas preguntas-naturalmente, ese tengo es otra de las razones de mi tardanza- Tu primera pregunta es la siguiente: «¿Es que ya no me quieres como me querías antes...?» Francamente, no. Estoy convencido de que cuando me marché a Francia te quería de una manera egoísta, atolondrada, sentimental e infantil. Ahora soy un hombre, y mi cariño ha cambiado. Te aseguro que es acaso lo único noble y hermoso que hay en mí. Quizá los cambios sufridos han hecho de mí un hombre peor; pero, por lo menos, mi cariño hacia ti se ha hecho mejor, más hermoso, más puro.

Y ahora voy a contestar a tu segunda pregunta: «¿Volverás en cuanto estés bien...?» Carley, estoy perfectamente. He ido retrasando el momento de decírtelo, porque sabía que esperarías que yo volviese inmediatamente a Nueva York. Pero el caso es, Carley, que no pienso volver por ahora. Quisiera poderte hacer comprender lo que siento. Durante mucho tiempo he estado como muerto. Ya sabes que cuando volví de Francia casi no sabía hablar. En ese aspecto no he mejorado mucho. Sin embargo, he vuelto a cambiar completamente desde entonces. Quiero ser franco contigo: odio a la ciudad, a la gente y, sobre todo, a tus amigos, con sus aficiones a bailar, beber y vagar de un lado para otro. No quiero volver a Nueva York hasta que se me haya pasado ese odio, ¿sabes...? ¿Y si no se me pasara nunca este estado de ánimo? Carley, con pronunciar una sola palabra te dejaré en completa libertad. Yo sería incapaz de romper nunca el compromiso que nos une. Durante el infierno por que pasé en la guerra, mi cariño hacia ti me libró de la ruina moral, ya que no consiguió conservar incólumes mi honor v mi fidelidad. Ésta es otra de las cosas que desespero de hacerle comprender. Y en el caos en que viví desde que acabó la guerra, mi amor por ti fue mi única áncora de salvación. No has adivinado, sin duda, que hasta que me puse completamente bien vivía de tus cartas, ¿verdad? Y el hecho de que ahora pueda vivir sin ellas no quita mérito ni a ti ni a su encanto.

»Es muy difícil expresar todo lo que siento por medio de palabras, Carley. El estar noche y día bajo la amenaza de una muerte inmediata no era nada. El hacer frente a la propia degradación tampoco lo era. Pero el volver a Nueva York -increíblemente cambiado - v ver mi antigua vida como si fuera la de un nuevo planeta -el tratar de volver a hacer lo que hacía antes-, no hay palabras para expresar lo imposible que me resultaba conseguirlo.

»No me hubieran colocado en mi antiguo empleo, aunque hubiese estado en condiciones de trabajar. El Gobierno por el cual luché no se preocupaba absolutamente de mí, y me hubiera dejado morir enfermo y hambriento como a un perro. No podía vivir a tu costa, Carley. Mi familia es pobre, como sabes. Así es que no me quedó otro remedio que

pedir prestado un poco de dinero a mis amigos y venir aquí. Me congratulo por haber tenido el valor de hacerlo. No trato de pintarte los encantos del Oeste, porque sabiendo lo que te gusta el lujo y la agitada vida de la ciudad, me creerías loco.

»Como estaba enfermo, el salir adelante me resultó tan difícil como la vida en las trincheras. Pero ahora, Carley, el Oeste me ha hechizado. Tampoco sé cómo explicarte esto. Quizá pueda decirte algo que te ayude a comprender. Tengo la fuerza suficiente para pasarme todo el día cortando leña. Transcurre un mes entero sin que pase nadie por delante de mi cabaña, a pesar de lo cual no siento tristeza apuna. Me encantan los enormes muros rojizos de la cañada que se yergue ante mí, y el silencio me parece dulcísimo, sin duda alguna por contraste con el estruendo infernal que llenaba mis oídos en los días de la guerra.

»Aun ahora me parece a veces que el suave murmullo del arroyo próximo se convierte en clamor guerrero. No comprendí el verdadero significado de la palabra Naturaleza hasta que viví entre los brillantes muros de piedra ele la cañada y los pinos susurrantes.

»Por lo tanto, Carley, trata de comprenderme, o, por lo menos, sé benévola conmigo. Sabes que faltó poco para que yo muriese en la guerra, y, en su consecuencia, el vivir en el Oeste me parece un inapreciable don. De momento me contento con la vida que aquí llevo.

Adiós. Escríbeme pronto. Te quiere,

GLENN.»

Después de leer la carta por segunda vez, sintió Carley un deseo ardiente de ver a su prometido de correr a su lado- Generalmente era poco impulsiva y fogosa; pero aquel deseo era tan intenso, que la hizo estremecerse. Si Glenn había recobrado la salud, sin duda alguna habría sufrido un cambio, y ya no estaría malhumorado y frío. Sus ojos no tendrían ya aquella expresión obsesionada que tanto la había entristecido y disgustado a ella. Cuando iba a su casa v se encontraba con otros muchachos jóvenes que no habían estado en la guerra, se ensimismaba, adoptando un aire distraído, que hacía que Carley se sintiera cohibida y molesta. Demostraba con su actitud que su mundo era distinto al de las demás personas que le rodeaban.

Volvió a leer la carta, con labios trémulos y ojos en los que se reflejaba la ansiedad. Había en el papel algunas palabras que parecían elevar su corazón, y su amor, Hambriento de ser correspondido, las absorbió, anhelante. Le parecía encontrar en ellas la excusa de cualquier decisión que ella tomase para reunirse nuevamente con Glenn. Reflexionó largamente sobre aquel deseo de correr al lado de su prometido.

Carley tenía los medios suficientes para vivir de la manera que se le antojara. No se acordaba de su padre, que murió cuando ella era niña. Su madre la dejó al cuidado de una hermana suya, y antes de estallar la guerra dividían su tiempo entre Nueva York, Europa, los Adirondacks y Florida. Carley se había hecho enfermera de la Cruz Roja, y prestaba sus servicios de socorro con más sinceridad que la mayor parte de sus amigas. Pero, en realidad, no estaba acostumbrada a tomar decisiones tan importantes ni definidas como la de trasladarse sola al Oeste. En aquella dirección no había ido nunca más allá de Nueva Jersey, y tenía una idea vaga de que el Oeste era un conjunto de vastas llanuras, escarpadas montañas, poblaciones escuálidas, rebaños de ganado y hombres toscos v mal vestidos.

Indecisa, llevó la carta a su tía, que era una mujer delgada, de expresión bonachona v mirada inteligente. Parecía que tenía gran apego a las modas de antaño.

-Tía María, he recibido tina carta de Glenn -dijo Carley-. Es más extraña que de costumbre. Haz el favor de leerla.

-¡Dios mío! Pareces muy agitada-contestó suavemente la tía; y, poniéndose las gafas, cogió la carta que Carley le alargaba.

La muchacha esperó impacientemente a que la dama terminara la lectura, :sintiéndose cada vez más dominada por su deseo de ir al encuentro de Glenn. La tía hizo tina pausa, v murmuró que se alegraba grandemente de que el muchacho estuviera completamente bien. Después leyó el resto de la carta.

-¡Carley, qué carta más hermosa! -dijo fervientemente-. ¿Lees algo entre líneas?

-No -contestó Carley-. Por eso te rogué que la leyeras tú.

-¿Sigues queriendo a Glenn como le querías antes?

-¿Por qué, me lo preguntas, tía María? - exclamó Carley en el colmo de la sorpresa.

-Perdóname, Carley, si te hablo con excesiva franqueza. El hecho es que las muchachas de ahora son completamente diferentes a como éramos cuando yo fui joven. Tu modo de comportarte no indicaba ningún cariño hacia Glenn. Sigues danzando de un lado vara otro como lo hacías antes.

-¡Hago lo que hacen todas las muchachas del inundo! -protestó Carley.

Tienes veintiséis anos, Carley -contestó la tía María.

-Supongamos que así sea. Me siento más joven que nunca.

-Bueno, no discutamos las costumbres y las muchachas modernas. Nunca conseguiremos ponernos de acuerdo -contestó la dama cariñosamente-. Pero si quieres oírme, puedo explicarte algo de lo que Glenn quiere decir en esa carta.

-Ya lo creo que quiero.

-La guerra no se limitó a destrozar la salud de Glenn. Le hizo un daño terrible. Dicen quo es a causa de la metralla. Yo no entiendo de eso. Aseguran que no estaba bien de la cabeza; pero es una solemne mentira. Glenn estaba tan cuerdo corno lo estoy yo, y reconoce, querida mía, que lo soy mucho. Pero debió de sufrir algún golpe terrible, que le enfermó el espíritu y el alma. A su vuelta estuvo durante meses enteros comer un sonámbulo. Después sufrió un cambio y. le invadió una gran intranquilidad. Quizás este cambio le fue beneficioso, pues, por lo menos, demostraba que había despertado de aquel estupor. Glenn te vio a ti, a tus amigos, y la vida que llevabas, claramente, va que se le había caído la venda de los ojos vio los defectos que tenía vuestro modo de vivir. No me lo dijo nunca, pero de sobra sabía yo o lo que pensaba. Al marcharse al Oeste no lo hizo únicamente para reponerse. Se fue para escapar de todo esto... Y, Carley Burch, si tu felicidad depende ele él, vale más que te muevas y tomes alguna determinación antes de perderle.

-¡Tía María! -balbuceó Carley.

-Hablo en serio. La carta demuestra lo cerca que ha estado del Valle de las Sombras, y que se ha convertido en un hombre hecho y derecho... Si yo estuviera en tu lugar, me iría al Oeste. Seguramente habrá allí algún sitio donde puedas estar perfectamente.

-¡Oh, sí! -contestó con ansiedad-. Glenn que dijo que había una especie de hospedería, donde van viajeros durante el buen tiempo; está en plena cariada, y no muy lejos de donde vive él. Además, la ciudad, Flagstaff, está bastante cerca... Tía María, me parece que iré, en efecto.

-Ya te he dicho que o que tú, iría. Ciertamente, aquí no haces más que perder' el tiempo.

-Pero no puedo ir más que a hacerle una visita - contestó Carley con aire pensativo -. Quizá podré resistir un mes o mes y medio.

-Me parece a mí que si puedes resistir el vivir en Nueva York, podrás aguantar la vida del Oeste -contestó tía María secamente.

-Me es imposible hacerme a la idea de poder estar mucho tiempo lejos de Nueva York... Pero puedo estarme allí hasta conseguir que Glenn vuelva conmigo.

-Quizá te cueste más tiempo de lo que supones -contestó su tía con un brillo especial en sus inteligentes ojos-. Sigue mi consejo y sorpréndele. No le escribas, no le des ocasión de

sugerirte cortésmente que es preferible que no vayas por ahora. No me agradan las palabras «por ahora».

-Tía, realmente, eres excesivamente franca -dijo Carley, medio resentida y medio sorprendida -. Glenn estaría loco de contento de que yo fuera allí.

-Quizá tengas razón. ¿Te ha dicho alguna vez que fueras?

-No; ahora que lo pienso, nunca me lo ha dicho -contestó Carley de mala gana- Tía María, tus palabras me disgustan.

-Hija mía, me alegro de que sea así-contestó la tía- Estoy segura, Carley, que bajo esa capa de ultramodernismo se oculta un corazón muy grande. Lo que tienes que hacer es escucharle pronto, pues si no...

-¿Si no, qué?-preguntó Carley.

La tía María sacudió su plateada cabeza con aire de sabiduría.

-Dejemos eso, Carley; quisiera que me dieras tu opinión sobre el punto más importante de la carta de Glenn.

-¡Supongo que te referirás a su amor por mí! -contestó Carley.

-Es natural que a ti te lo parezca. Pero yo no pienso lo mismo. Lo que más me llama la atención es el modo que tiene de hablar del Oeste. Carley, harías bien en reflexionar sobre ello.

-Así lo haré -contestó Carley resueltamente-. Más aún. Iré a su maravilloso Oeste y veré lo que quieren decir sus palabras.

Carley Burch poseía en alto grado el vértigo de la velocidad, pasión dominante de los tiempos modernos. Le encantaba correr en automóvil a sesenta millas hora por una carretera llana y sin curvas, y más aíro por la playa de Ormond. Durante las noches de lona le hacía el efecto de que la blanquecina arena volaba hacia ella. Por lo tanto, se sentía completamente a sus anchas en el «Twentieth Century Limited», que la llevaba velozmente hacia Chicago. El movimiento suave e incesante del tren le causaba una sensación de bienestar. La divirtió grandemente la observación de una anciana señora sentada cerca de ella, que decía a su acompañante:

-Quisiera que el tren fuera un poco más despacio. En estos tiempos no le dejan a una ni respirar. ¿Qué pasaría si nos saliéramos de la vía?

Carley no tenía miedo ni de trenes expresos, ni de automóviles, ni de trasatlánticos; en realidad, aseguraba orgullosamente que no tenía miedo a nada. Sin embargo, se preguntaba si aquel valor no sería ficticio. Era muy fácil que se tratara del falso valor que comunica el estar en medio de un gran gentío. Antes de haberse decidido a hacer aquella excursión, no recordaba haber hecho nada sola. Lo único que la emocionaba era el final del viaje. Aquella noche durmió arrollada por el sordo rechinar de las ruedas del tren. De repente, despertó a consecuencia de una sacudida, y, sentándose en la cama, rodeada completamente por la oscuridad, pensó que tanto ella como sus compañeros de viaje estaban a merced del maquinista. ¿Quién sería el conductor de la máquina? ¿Estaría atento y vigilante, pensando en las vidas que le habían sido confiadas, con la mirada fija en las palancas y válvulas de la locomotora? Aquellas ideas la inquietaron vagamente, y las apartó de su imaginación.

Se detuvo unas cuantas horas en Chicago, v a continuación de aquella tediosa espera dio comienzo a la segunda parte de su viaje. Por último, se, encontró en el «California Limited» y se acostó, sintiendo una sensación de alivio completamente nueva e„ ella. El resplandor del sol que penetraba por debajo de la cortinilla la despertó. Incorporóse sobre las almohadas y vio campos de pasto, interminables aparentemente. De trecho en trecho se veía alguna pequeña granja o algún pueblo rodeado de árboles. Pensó que debía de estar atravesando aquellas praderas que recordaba había al oeste del Misisipí.

Más tarde, cuando se hallaba en el coche-restaurante, se lo preguntó al camarero, que le contestó sonriendo

-Estamos en Kansas, y los verdes campos que usted ve son los trigales que surten de pan a toda la nación. Carley no se sintió impresionada ante aquella respuesta. Las cortas briznas de los trigales eran de color rico v Suave, y los enormes campos se extendían hasta perderse de vista, haciendo monótono el paisaje. No sabía que existieran en el mundo tantas llanuras, -e imaginaba que aquel país sería ideal para los automovilistas. Cuando volvió a su asiento, bajó, las cortinillas y empezó a leer las revistas ilustradas que llevaba consigo. Cansóse de la lectura y se dirigió nuevamente hacia el vagón-mirador[1]. Carley estaba acostumbrada a llamar la atención, y sólo le disgustaba que se fijasen en ella cuando estaba de mal humor. Evidentemente, viajaban en aquel tren muchos pasajeros que no eran de su misma posición social, según había podido observar. La luz que entraba por las numerosas ventanillas del vagón y las impertinentes miradas de algunos viajeros la hicieron volverse de nuevo a SU departamento. Al llegar a. él vio que alguien había subido las cortinillas próximas a su asiento. Carley las bajó rápidamente y se instaló confortablemente en su sitio. Oyó una voz femenina que decía en voz bastante alta: «Yo creía que la gente que va hacia el Oeste lo, hace para ver el paisaje. Y un caballero contestó secamente: «No siempre» La señora que de acompañaba continuó diciendo: «Si esa muchacha fuera hija mía, haría que se alargara las faldas.» El caballero se echó a, reír, y observo: «Martha, estás chapada a la antigua. Mira los grabados de las revistas ilustradas.

Aquellos incidentes divertían grandemente a Carley, y aprovechó la primera oportunidad que tuvo para observar a sus vecinos. Era una pareja de ancianos muy original, que le recordaba a los habitantes de las poblaciones rurales de los Adirondacks. Sin embargo, no le agradó en lo más mínimo la observación que llegó, hasta sus oídos, pronunciada en voz baja por otra señora que empleó la palabra «tuberculosa» para designarla. Carley comprendía que estaba pálida, pero se dijo a sí misma que aquél era el único punto de semejanza que tenía con los tuberculosos. Y se alegró de que el acompañante de la señora en cuestión expresara, con convicción, aquella misma idea.

En realidad, sus palabras reflejaban, la admiración que en él había despertado la, muchacha.

Carley pensó que Kansas era interminable, y se acostó antes de haber atravesado completamente aquel Estado. A la mañana, siguiente se fijaron sus ojos en el terreno escarpado, gris negruzco, de Nuevo Méjico. Buscó en el horizonte montañas, pero, por lo visto, no existían en aquel paraje. Lentamente se sintió, invadida por algo difícil de definir. No le, agradaba el, paisaje, pero, comprendía que no era precisamente desagrado lo que sentía. Ante sus ojos pasaban llanuras, desnudas y grises, colinas poco elevadas, rocas peladas, grupos de peñas y ocasionalmente algún valle pintoresco. Todo aquello llegó a cansarla y aburrirla. ¿Dónde estaba aquel Oeste de que le hablaba, Glenn en sus cartas? Tenía la certeza de una cosa, y era que cada, milla de agreste, terreno que pasaba ante ella le acercaba más a su prometido. Aquella idea le proporcionó a Carley el; único placer que había experimentado durante el interminable viaje. Pensó que si se: pusiera a Inglaterra o Francia en medio de Nuevo Méjico, parecerían insignificantes perdiéndose en aquella inmensidad.

Los rayos del sol calentaban más, y el tren empezó a, arrastrarse penosa y lentamente, ascendiendo por las pendientes de la vía. El vagón se llenó de polvo, y todo aquello hizo que Carley se sintiera invadida por una sensación de desagrado. Dormitó apoyada en un almohadón durante lloras enteras, hasta que despertó su atención la exclamación gozosa de un viajero: «¡Mira! ¡Indios!» Carley miró con gran interés. Cuando era chiquilla había leído casas, de indios, Y recordaba imágenes llenas de color Y romanticismo. Observó, a través de la ventanilla del vagón, llanuras polvorientas, casas achaparradas hechas de barro y gentes de aspecto extraño y corta estatura. Los chiquillos iban desnudos o vestidos con harapos, y las

[1] Vagón con amplios ventanales existente en los trenes de los Estados Unidos.

mujeres tenían un aspecto muy suciollevaban trajes de gran vuelo, con toques de color rojo. Los hombres, vestidos de blanco, eran de aspecto abigarrado y astroso.

Todos aquellos extraños miraban con indiferencia al tren, que pasaba lentamente, ante ellos.

-Indios- musitó Carley incrédulamente-. Si son éstos los nobles pieles rojas, tengo que reconocer que me han desilusionado.

- No volvió a mirar por la ventanilla ni siquiera cuando un empleado pronunció el curioso nombre de Alburquerque.

Al día siguiente desapareció la languidez de Carley al oír pronunciar el nombre de Arizona y ver los muros de roca roja y las vastas franjas de tierra cubierta de cedros. No le agradó aquel país. Parecía imposible que allí viviera nadie, v, en lo que abarcaba su vista, parecía que, efectivamente, estaba completamente deshabitado. Sus sensaciones no se limitaron, sin embargo, a lo que veía. Empezó a notar extraños zumbidos en los oídos, y a continuación la sensación desagradable de que le sangraba la nariz. El revisor le dijo que aquellos fenómenos eran producidos por el cambio de altura, y todo aquello la mantuvo alejada de la ventanilla, no permitiéndole ver, en su consecuencia, casi riada del' paisaje. De lo que había visto anteriormente dedujo que no se perdía gran cosa. Cuando el' sol se ponía, miró deliberadamente a través de la ventanilla, para ver cómo era una puesta de sol en Arizona. ¡No era más que un resplandor amarillento! Cuando estuvo en las Palisades había visto crepúsculos mucho más bellos. Hasta llegar a Winslow no se dio cuenta de lo cerca que estaba del término de su viaje v de que llegaría a Flagstaff cuando se hiciera de noche. Empezó a sentirse dominada por la nerviosidad. ¿Y si Flagstaff fuera semejante a aquellas poblaciones de aspecto tan extraño?

Antes de que el tren disminuyera su marcha al llegar al término de su viaje, deseó Carley más de una vez el Haber avisado a Glenn que la fuera a esperar. Y cuando se encontró envuelta por aquella noche fría, oscura y de fuerte viento, ante una estación de ferrocarril iluminada débilmente, deploró el haber querido sorprender a Glenn. Pero era demasiado tarde, y no tenía más remedio que salir como pudiera del compromiso en que se había metido.

Unos cuantos hombres iban de un lado a otro del andén. Algunos eran morenos y de ojos negros, y Carley pensó que probablemente se debía de tratar de mejicanos. Por fin se le acercó un mozo ofreciéndole sus servicios. Cogió las maletas de la muchacha y, depositándolas en un carro, dijo, indicando la anchurosa calle: «Vuelva usted una manzana más allá. Hotel Wetherford.» Después puso el carro en marcha y se alejó. Carley le siguió, llevando su maletín en la mano. Una ráfaga de viento frío, que levantó una nube de polvo, azotó el rostro de la muchacha mientras cruzaba la calle y subía a una alta acera que bordeaba la manzana. Había luces en las tiendas y en las esquinas; pero Carley se sintió impresionada, por la fría y oscura grandeza de aquella noche. El viento soplaba con gran fuerza. Por la calle pasaba mucha gente, en su mayoría hombres, que iban de un lado para otro. Por todas partes se veían automóviles. Nadie se fijó en la muchacha. Al llegar a la esquina de la manzana la dobló y se sintió aliviada al divisar el letrero del hotel. Cuando entró en el vestíbulo llegó hasta sus oídos el ruido producido por alguien que jugaba a los bolos y la discordante música de un gramófono. El mozo dejó sus maletas en el suelo y se marchó dejándola sola. El empleado o propietario del hotel charlaba con varios hombres detrás del mostrador. El vestíbulo estaba lleno de gente ociosa. El humo del tabaco enrarecía la atmósfera. Nadie se fijó en Carley hasta que, por último, se adelantó hacia el mostrador, interrumpiendo la conversación.

-¿Es esto un hotel? - preguntó bruscamente.

El individuo que estaba en mangas de camisa se volvió lentamente hacia ella y contestó

-Sí, señora. Carley observó:

-No lo hubiera adivinado, a juzgar por la cortesía de sus empleados. He estado esperando para inscribirme en el registro.

Con la misma calma, y mirándola con algo de impertinencia, le alargó el empleado el libro, formulando la siguiente observación:

-La gente de aquí pide lo que necesita.

Carley no hizo más comentarios. Desde luego, reconocía que no podía esperar en aquellos parajes la misma vida a que estaba acostumbrada. Su mayor deseo en aquellos momentos era acercarse al gran hogar abierto, en el que chisporroteaba un alegre fuego, púrpura y oro. Pero no tuvo más remedio que seguir al empleado. Éste la condujo a una habitación pequeña, de color gris parduzco, en la que no había más que la cama, una mesa, un lavabo fijo en la pared y provisto de un grifo, y una silla. Mientras Carley se quitaba el sombrero y el abrigo, bajó el empleado al vestíbulo en busca del resto de su equipaje.

Cuando volvió le dijo a Carley que a las nueve de la mañana del día siguiente salía un coche para Oak Creek Canyon. Aquella noticia le alegró tanto, que se sintió con fortaleza para hacer frente a aquella extraña sensación de soledad que la invadía. En la habitación no había calefacción de ninguna clase, ni agua caliente. Cuando Carley dio vuelta al grifo, salió de él un torrente de agua, que salpicó por fuera del lavabo, dejándola completamente empapada. En la vida había visto agua más fría. A continuación de la sorpresa y el desconcierto, tuvo un acceso de mal humor. Pero después se dio cuenta de lo cómico de la situación, y no tuvo más remedio que echarse a reír.

-Bien empleado te está, muñeca lujosa y mal educada - exclamó en tono burlón -. Esto es el Oeste. ¡Tiembla de fría y arréglate sin doncella!

Nunca se había desnudado tan de prisa, ni había sentido tal gratitud al sentir las gruesas mantas de lana que cubrían su dura cama. Poco a poco fue entrando en calor. La oscuridad le pareció asimismo muy consoladora.

-Sólo estoy a veinte millas de distancia de Glenn -murmuró-. ¡Qué extraño! Me pregunto si le alegrará mi llegada.

Sentía una seguridad dulce y encantadora de que así sería. Tardó en poderse dormir. La excitación había hecho presa de sus nervios, y estuvo mucho tiempo despierta. Al cabo de un rata cesó el! ruido de los automóviles y el sonido de los bolos y de las apagadas voces que llegaban hasta ella. Después oyó el gruñido intermitente del viento que soplaba en el exterior. Nunca había oído ruido semejante, y le pareció agradable. Oyó asimismo el' musical sonido de un reloj que daba los cuartos de hora. Poco después se durmió.

Cuando se despertó encontróse con que era tarde, y no tenía más remedio que apresurarse. Además, la temperatura de la habitación no permitía que se vistiera despacio. No encontré) palabra adecuada para calificar la sensación que le produjo el agua. Y tenía los! dedos tan entumecidos, que a su modo de ver hizo un tocado muy desgraciado.

Abajo, en el vestíbulo, ardía en la chimenea un alegre fuego rojo, semejante al de la noche precedente. ¡Qué encantadores eran los hogares bajos! Casi metió entre las llamas sus entumecidas enanos, y se estremeció bajo el dolor que la invadía hasta que se le fueron calentando poco a poco. El vestíbulo estaba desierto. Siguió un cartel indicador que señalaba el camino que conducía a un comedor que había en el sótano, y consiguió tomar parte de los huevos con jamón y del cargado café que le sirvieron.

Después subió al vestíbulo y salió a la calle.

Un viento frío y penetrante pareció atravesar todo su cuerpo. Fue hasta la esquina más próxima, v se detuvo mirando a su alrededor. Por la calle principal pasaba un torrente de peatones, caballos y coches, que se extendía entre las dos manzanas de casas poco elevadas. Frente a ella había un salar sin construcción, detrás del cual empezaba urna hilera de lindas casas de extraña arquitectura, que, evidentemente, eran residencias de la ciudad. Después

levantó la vista, atraída instintivamente por algo que obstruía la línea del cielo, y se quedó completamente sorprendida y encantada.

-¡Oh! ¡Qué magnifico! -exclamó.

Dos enormes montañas se erguían ante ella. En sus majestuosas laderas crecían bosques de árboles verdes y negros, hasta llegar a una superficie cubierta de nieve y rodeada de árboles, que cada vez se iba haciendo más limpia y blanca, hasta llegar a los escarpados pinos que se erguían noblemente y brillaban con un resplandor rojizo bajo el sol que los iluminaba, destacándose sobre el fondo azul del cielo.

Carley había subido al Montblanc, y había visto el Matterhorn; pero su vista no le había producido nunca la admiración y el asombro que le produjeron aquellos dos picos gemelos de su tierra natal.

-¿Qué montañas son ésas? -preguntó a un transeúnte.

-Los picos de San Francisco, señora -le contestó el hombre.

-¡Parece que están a una milla de distancia! -exclamó la muchacha.

-Dieciocho millas, señora -contestó el transeúnte con una sonrisa-. La atmósfera de Arizona es muy engañosa.

-Qué extraño-murmuró Carley-. En los Adirondacks no pasa eso.

Seguía contemplando los picos de San Francisco, cuando se le acercó un hombre diciendo que el coche para Oak Creek Canyon estaba a punto de salir, y, preguntándole si tenía ya sus maletas preparadas, Carley corrió a su habitación para hacer el equipaje.

Había imaginado que el coche en cuestión sería un autocar, o, cuando menos, un coche de turismo de gran tamaño, pero se encontró con que era un vehículo de dos asientos tirado por un tronco de escuálidos caballos. El cochero era un hombrecillo de rostro marchito y edad indecisa, y parecía no darse cuenta de la importancia de su pasajera. Además del equipaje de Carley, había que cargar en el coche muchos más bultos, pero, evidentemente, era la muchacha la única viajera.

-Me parece que va a hacer mal día -dijo el cochero -. Estos días de abril resultan fríos y borrascosos en lo alto del desierto. Quizá nieve, además de todo. Esas nubes que cuelgan alrededor de los picos no son muy prometedoras. Señorita, ¿no tiene usted algo de más abrigo?

-No, nada -contestó Carley-. Tendré que aguantarme. ¿Dijo usted que íbamos a pasar por un desierto?

-Desde luego. Bueno, debajo del asiento hay una manta del caballo, y puede usted hacer uso de ella si quiere - contestó el hombrecillo. Se: subió al asiento delante de Carley y, cogiendo las riendas, puso los caballos al trote. Al doblar el primer recodo se lió cuenta Carley de lo que quería decir el cochero al hablar de un mal día. Una ráfaga de viento fuerte, penetrante y cargada de polvo y arena, la azotó de: lleno en el rostro. Fue tan repentino, que casi no la dio tiempo de cerrar los ojos. Tuvo que hacer grandes esfuerzos para conseguir limpiárselos con la ayuda del pañuelo y de aliviadoras' lágrimas. La última etapa le resultó altamente incómoda.

Ante ella y a ambos lados se extendían los escuálidos alrededores de la ciudad. Mirando hacia atrás, el panorama no dejaba de ser pintoresco, gracias a los picos que se erguían en el fondo. Pero la dura carretera, con sus sábanas de polvo ambulante, la pelada vía, del ferrocarril y las cercas circulares, que Carley tomó por corrales de ganado, así como los montones de escombros que llenaban las proximidades de un inmensa aserradero, le parecieron altamente desagradables á la vista. De un elevado y abovedado cañón de chimenea salía una columna de humo amarillento, que se extendía al elevarse, dando al cielo un aspecto aún más triste. Detrás del aserradero se extendía el campo. Había unas pendientes muy pronunciadas, y evidentemente debía de haber habido allí un bosque, pero no quedaba de él

más que un paraje terriblemente pelado, donde se elevaban algunos troncos de árboles quemados y millares de tocones que atestiguaban la devastación sufrida.

El pelado camino torcía hacia el Sudoeste, y de aquella dirección precisamente procedía aquel desagradable viento. Como no soplaba con regularidad, Carley no podía estar en guardia para protegerse contra él. De vez en cuando disminuía su intensidad, permitiendo a la muchacha mirar a su alrededor, pero, de repente, volvía a azotarle fuertemente el rostro, llenándola de polvo. El olor de éste era tan desagradable como su furia. Las aletas de la nariz le escocían a Carley. Era tan violento el aire, que si hubiese soplado con un poco más de fuerza, hubiera resultado sofocante. Un grupo de pesadas nubes grises pasó por encima de su cabeza, y el viento empezó a soplar con más ímpetu. El frío era cada vez mayor, Antes estaba escalofriada, pero aquel aire la heló por completo. El bosque parecía interminable, y cuanto más avanzaba, más triste y sórdido se hacía el paisaje. Carley se olvidó de las magníficas montañas que había a sus espaldas, y como el viaje duraba horas enteras, se sintió tan incómoda y desilusionada, que también olvidó por completo a Glenn Kilbourne. No llegó hasta el punto de deplorar el haberse puesto en viaje, pero se sintió intensamente desgraciada. De vez en cuando veía ruinosas cabañas de maleara, y el paisaje era aún más desnudo que cuando atravesaron el bosque devastado. ¡Qué viviendas más miserables! ¿Era posible que alguien las hubiera habitado alguna vez. Imaginaba que sus dueños no tendrían más que a sus mujeres y sus hijos. Se olvidó de que tanto las mujeres como loas niños son muy escasos en el Oeste. Enmarañados fragmentos de bosque -pinos, amarillos, según dijo el cochero empezaban a aparecer en aquella tierra quemada, estéril y árida. A Carley le pareció aquella vegetación más triste y terrible al pensar en lo que debió de ser en tiempos.

¿Por qué habían cortado aquel bosque de varias millas de extensión? Suponía que sería obra de los que iban en busca de fortuna, como sucedía con los que devastaban los Adirondacks. Cuando el; cochero tuvo que detenerse para reparar o ajustar algo que se había salido de su sitio en el arnés, Carley agradeció el verse libre unos instantes de aquella inacción, que contribuía a su entumecimiento. Se bajó del coche y echó a andar. Empezó a caer aguanieve, y cuando volvió al vehículo le pidió al cochero la manta para taparse. El olor de aquella manta del caballo era poco más sufrible, que el frío. Carley se arropó en su asiento, dominada por un estado de aflicción resignada. Ya estaba harta de su estancia en el Oeste.

Pero la borrasca de aguanieve cesó, las nubes desgarráronse para dar paso a los: rayos de sol, y la incomodidad de Carley quedó un tanto mitigada.

El camino se adentraba poco a poco por un verdadero bosque que no había sufrido devastación alguna. Carley vio ardillas grises de gran tamaño, con erguidas orejas y peludas colas. El cochero le señaló un grupo de enormes aves. Carley vio que se trataba de pavos, pero eran lustrosos y satinados, con manchas broncíneas, blancas y negras, muy diferentes de los que había visto en el Este.

-Debe de haber una granja por aquí cerca -dijo Carley mirando a su alrededor.

-No, señora. Son pavos silvestres -contestó el cochero-, y su carne es! la más deliciosa que puede usted comer en su vida.

Poco después, cuando salían del bosque y avanzaban por un paraje menos frondoso, señaló a Carley una manada de animales grises, de ancas blancas, que la muchacha tomó por carneros.

Y aquéllos son antílopes -dijo-. En tiempos estaba este desierto lleno de antílopes. Después desaparecieron casi por completo, pero ahora van de nuevo en aumento.

Los parajes áridos, el mal tiempo y especialmente el pésimo camino que recorrieron a continuación volvieron a deprimir intensamente a la muchacha. Loas saltos que daba el coche al pasar por encima de raíces, rocas v baches era altamente desagradable. Tenía que agarrarse al asiento para no ser lanzada fuera del coche. Un salto más brusco que loas demás hizo que se diera un golpe violento en la rodilla contra una clavija de hierro que había en el asiento de

delante, y el dolor fue tan intenso, que tuvo que morderse los labios para reprimir aun grito. Después entraron en una parte del camino un poco más transitable, y Carley se alegró intensamente, pues no podía resistir más aquellos vaivenes.

Volvieron a entrar en el bosque. Carley observó que, por fin, habían dejado atrás los bosques quemados y devastados. El frío viento gemía, agitando las copas de los árboles, y hacía caer sobre la muchacha las gotas de agua que en ellas había. Su rostro estaba completamente mojado. Carley cerró los ojos y se hundió en su asiento, sin fijarse en absoluto en el paisaje que le circundaba.

-Las chicas no me creerán cuando les cuente todo esto -monologó. Y, en realidad, estaba asombrada de sí misma. Después, el recuerdo de Glenn la reanimé). Verdaderamente, no significaban nada los sufrimientos que le ocasionara el ir a su encuentro. Lo único que le disgustaba era su decaimiento y las molestias e incomodidades de viaje tan primitivo.

-Bueno; ya estamos en Oak Creek Canyon - gritó el cochero.

Carley despertó de sus tristes preocupaciones y abrió los' ojos, viendo que el cochero se había detenido en un recodo del camino, donde aparentemente descendía en una pendiente muy pronunciada.

Parecía, que aquella tierra rodeada de bosque se había abierto en un profundo abismo, bordeado por muros de roca roja y obstruido por gran cantidad de troncos de madera verde. El abismo tenía forma de V, y era tan profundo, que Carley sintió un estremecimiento de horror y de emoción al mirar hacia abajo. Desde donde ella estaba parecía estrecho y con apariencias de zanja. En la dirección opuesta se ensanchaba y profundizaba, extendiéndose más y más entre aquellos enormes muros rojos. El fondo estaba cubierto de una alfombra verde, cuyos reflejos se mezclaban con los de un riachuelo rutilante, lleno de guijarros y de espuma blanca, que se formaba en los puntos en que la pendiente se acentuaba más. El murmullo sordo y suave del agua corriente llegó hasta los oídos de Carley. ¡Qué sitio más salvaje, solitario y terrible! ¿Era posible que Glenn viviera en aquella escarpada grieta abierta en la tierra? Se asustó al pensar era tenerse que hundir de repente en ella desde la altura en que se encontraba. Un resplandor purpúreo iluminaba las profundidades de aquel barranco, y en aquel momento el' sol atravesó las nubes y lo inundó con sus dorados rayos, transformándolo de una manera incalculable. Las grandes rocas parecían de oro, el arroyo rutilante, plata, y los rayos de sol penetraban en las profundidades donde antes reinaban las azules sombras. Carley no había contemplado nunca una escena semejante.

A pesar de su hostilidad y sus prejuicios, tuvo que reconocer su belleza y grandiosidad. ¡Pero aquella belleza era violenta v salvaje! ¡Imposible que nadie viviera allí! Aquella hendidura aislada, abierta en plena corteza terrestre, era una gigantesca madriguera para los animales salvajes, quizá pudiera servir de refugio a los hombres fuera de la ley, pero no era habitación apropiada para un hombre civilizado como Glenn Kilbourne.

-No se asuste usted, señora -dijo el cochero- No hay peligro si se va con cuidado. He pasado por aquí infinidad de veces.

El corazón de Carley empezó a latir con una violencia que desmentía sus afirmaciones de absoluta tranquilidad. El desvencijado vehículo se lanzó por una pendiente tan pina, que Carley no tuvo más remedio que agarrarse al asiento para mantener el equilibrio.

II

Carley se agarraba a su asiento con la respiración entrecortada y fa cara dolorida a causa del frío. Su mirada se fijaba con fascinación y asombro en el borde de la garganta. A veces, las ruedas del vehículo correspondientes al lado en que estaba la muchacha pasaban a pocas

pulgadas del borde del camino. Los frenos rechinaban v las ruedas resbalaban sobre el pavimento. Oyó el ruido producido por las herraduras de los caballos, que se echaban hacia atrás con las patas rígidas, obedeciendo a las voces del cochero. Le pareció que los primeros cien, metros de aquel pendiente camino, abierto en plena roca viva, eran las peores. Empezó a' ensancharse, y su pendiente disminuyó. Las copas de los árboles estaban a la altura de su mirada, ocultándole las profundidades azules. Después empezaron a aparecer matorrales a ambos lados del camino.

La tensión de nervios que sufría la muchacha fue disminuyendo poco a poco, al mismo tiempo que la contracción muscular que había tenido que hacer para no ser despedida de su asiento. Los caballos se pusieron nuevamente al trote y las ruedas empezaron a rechinar. El camino hacía violentos recodos y las murallas rojas y verdes de la cañada que había enfrente de 1'a muchacha se acercaban más y más. El sordo murmullo de agua corriente llegó hasta los oídos de la viajera. Cuando, por último, levantó la vista, que tenía fija en el suelo, no vio más que una masa de follaje verde, entrecruzada por el pardo y el gris de los troncos y ramas de los árboles. Después entró el vehículo en un sitio en que reinaba una oscura y fresca sombra, una especie de túnel formado por la roca húmeda revestida de musgo que había a uno de los lados del camino y los apiñados árboles que se erguían en el lado opuesto.

-Me parece que ya estamos a buen seguro, a menos que nos encontremos algún vehículo que suba -declaró el cochero.

Carley sintió que sus nervios se relajaban, y lanzó un hondo suspiro de alivio. Por primera vez se le ocurrió la idea de que quizá su anterior experiencia en automóviles, trenes expresos, trasatlánticos y hasta aeroplanos no serían las aventuras más emocionantes que le tenía deparada la suerte.

Era probable que en el Oeste se encontrara con cosas impresionantes y enteramente nuevas para ella.

El murmullo de una cascada sonaba cada vez más cerca. Carley vio que el camino hacía un recodo y penetraba en la cañada, cruzando un río claro y de rápida corriente. Aquel paraje estaba lleno de inmensos guijarros cubiertos de musgo y rojas murallas vestidas de liquen. La atmósfera era muy húmeda, y un estruendo dulce y sordo parecía llenarlo todo. Después de aquel cruce, el camino descendía por la parte oeste de la cañada, apartándose del río y dejándolo a sus pies. Arbustos enormes, distintos de los que Carley había visto hasta la fecha, se erguían majestuosamente, empequeñeciendo a los meples y sicómoros moteados de blanco. El cochero dijo que se llamaban pinos amarillos. El camino descendió, por último, de la rápida pendiente a la. parte baja de la cañada. Lo que desde lejos parecía una grieta llena de troncos verdes se convirtió, viéndolo de cerca, en un valle que subía en zigzag, y que en su mayor parte estaba cubierto de árboles. Había, sin embargo, espacios libres, y todo él estaba seccionado por el río. Cada cuarto de milla, poco más o menos, cruzaba el camino la corriente, y entonces Carley volvía a agarrarse con ahínco a su asiento, y en su rostro se reflejaba una gran intranquilidad, ya que el río era profundo, rápido y lleno de guijarros. Ni al cochero ni a los caballos parecían preocuparles los obstáculos. Carley estaba empapada a causa del agua que salpicaba, y se veía zarandeada de un lado para, otro. Pasaron por sitios cubiertos completamente de robles, y Carley dedujo la razón de su nombre: Oak Creek Canyon[2]. A ambos lados se erguían murallas, frías, húmedas, sombrías y silenciosas, y pinos que extendían sus poderosas ramas. Carley vio que bajo las masas de enormes rocas había remansos profundos y verdes y tranquilas superficies de agua clara. A mucha altura, y por encima de las copas de los árboles, se recortaba la salvaje silueta del borde de la cañada, destacándose violentamente contra el cielo. Le pareció que estaba completamente aislada del mundo y perdida en una inabordable grieta de la tierra. El sol se había ocultado de nuevo, y la

[2] Oak significa roble.

oscuridad que reinaba en la cañada la oprimía, intensamente. Carley se sintió extrañada al comprobar que no podía evitar el dejarse influir basta por los cambios que sufría el tiempo, por la altura, la profundidad, las murallas de roca, los pinos y las corrientes de agua. En realidad, ¿qué tenían que ver con ella todas aquellas cosas? Eran solamente sensaciones físicas las que experimentaba. Sin embargo, a pesar de su resistencia, cada vez estaba más impresionada ante lo grandioso y lo salvaje de aquel lugar. El camino se desviaba bruscamente hacia la derecha, y Carley vio una bajada muy pendiente, que conducía al río. En la otra orilla había huertas y campos. A los pies de la muralla rocosa anidaba una pequeña granja. El río era más profundo y más abundante que en los puntos que lo habían atravesado antes, y Carley se sintió más inquieta que nunca. Uno de los caballos resbaló en la roca y cayó al agua, volviendo a salir a la superficie después, y salpicando considerablemente a su alrededor. Sin embargo, cruzaron el río sin que Carley tuviera más accidentes que el empaparse completamente en aquella: agua helada. Al llegar a aquel punto dio la vuelta el; cochero y bordeó el río, pasando entre huertas y campos. Siguió a lo largo de la base de aquella muralla roja, y, de repente, llegó a un caserón rústico de gran tamaño, oculto hasta entonces a la vista de Carley. Casi se apoyaba en las rocas, de las que caía una blanca, y espumosa sábana de agua. Era de troncos de árboles con corteza y todo, y tenía dos galerías que la rodeaban, por lo menos, hasta llegar a la roca. Las verdes plantas que crecían en algunos resquicios de la roca caían sobre la galería superior. De la chimenea de piedra salía una columna de humo, que se elevaba perezosamente. En uno de los barrotes de 1'a galería había un cartel, escrito en toscos caracteres, que decía: «Lolomi Lodge».

-Oye, Josh, ¿trajiste la harina?- gritó desde el interior una voz femenina.

-¡Hala! Me parece que no se me ha olvidado nada -contestó el hombre bajándose del coche-. Y oiga usted, Mrs. Hutter, aquí tiene usted a una señorita de Nueva York.

Las últimas palabras del, cochero hicieron que la señora Hutter apareciese en los soportales de la casa.

-Flo, ven aquí - dijo a alguien que, evidentemente, no estaba muy lejos. Después saludó a Carley con la sonrisa en los labios.

-Baje usted del coche y entre en la casa, señorita -dijo-. Me alegra mucho el verla a usted por aquí. Carley tenía los miembros rígidos a consecuencia del frío, y bajó de la manera menos graciosa del mundo, apoyándose en la gran rueda cubierta de barro y en el estribo del coche. Cuando subió las escaleras que conducían al soportal vio que Mrs. Hutter era una mujer de mediana edad, bastante gruesa, de rostro lleno, de graciosas curvas, de ojos oscuros y de -expresión bonachona.

-Soy miss Burch -dijo Carley.

-Usted es la muchacha del retrato que tiene Glenn Kilbourne encima de la repisa de su chimenea -declaró la mujer alegremente-. Le aseguro que me alegro mucho de conocerla, y mi hija Flo se alegrará también.

Lo que le dijo Mrs. Hutter a propósito del retrato la satisfizo y la animó.

-Sí, soy la prometida de Glenn Kilbourne. He venido al Oeste para sorprenderle. ¿Está aquí? ¿Está bien?

-Perfectamente. Ayer le vi. Ha cambiado mucho durante su estancia aquí. Sobre todo en los últimos meses. Me parece que no le conocerá usted... Pero está usted muy mojada, tiene frío y su aspecto es de cansancio. Entre usted y acérquese al fuego.

-Gracias, estoy perfectamente -contestó Carley.

En el umbral de la puerta se encontraron con una muchacha de figura esbelta y musculosa y de una rapidez extraordinaria de movimientos. Carley se dio cuenta en seguida de su juventud y su gracia y de que su rostro, sin ser lindo ni hermoso, era, sin embargo, maravillosamente atractivo.

-Flo, aquí tienes a miss Burch -exclamó Mrs. Hutter alegremente y atándose importancia -. ¡La prometida de Glenn Kilbourne ha venido desde Nueva York para sorprenderle!

-¡Oh, Carley, mucho gusto en conocerla! -dijo la muchacha con voz profunda y armoniosa -. Ya la conozco a usted. Glenn Kilbourne me ha hablado mucho de usted.

Si aquel saludo, dulce y cordial, desconcertó a la muchacha, no dio señal alguna de que así fuera. Pero cuando murmuró algunas palabras para contestar a su saludo, fijó sus ojos, con la intensa curiosidad que caracteriza a las mujeres, en el rostro que tenía ante ella. Flo Hutter era muy blanca, y su rostro estaba cubierto de pecas. La boca y la barbilla, de rasgos demasiado pronunciados, no sugerían, en modo alguno, la suave belleza femenina. Tenía los ojos color avellana claro, y eran, de expresión franca, penetrante e intrépida. Su cabellera era abundante y de reflejos dorados y plateados a un mismo tiempo, y Carley pensó que debía de ser muy rebelde o, por el contrario, no era cuidada con esmero. A Carley le agradó el aspecto de la muchacha y la sinceridad de su saludo, pero, instintivamente, sintió una reacción de disgusto al pensar en la sugestión franca de la intimidad que tenía con Glenn. Aquel detalle le hizo adoptar una actitud reservada.

Hicieron penetrar a Carley en un amplio gabinete y la condujeron junto a una chimenea de chisporroteante fuego, ayudándola a continuación a quitarse el abrigo. Hablaban de la manera solícita característica en las personas amables y que no están acostumbradas a recibir muchos visitantes. Después se alejó Mrs. Hutter para hacer una taza de café caliente, y Flo se quedó charlando con la muchacha.

-Le daremos a usted la mejor habitación. Tiene una galería donde puede usted dormir, y que está bajo la roca de la cascada. El agua le arrullará hasta que se duerma. Naturalmente, no tiene usted que usar la ama de la galería hasta que haga más calor. La primavera es muy tardía en este país, y aún tendremos mal tiempo. ¿Sabe? Realmente, ha venido usted a Oak Creek en su época menos atractiva. Pero siempre será Oak Creek. Ya llegará usted a comprender lo que quiere decir.

-Le aseguro que recordaré siempre la primera vez que lo vi y la bajada por el camino rocoso - dijo Carley con cansada sonrisa.

-¡Oh, eso no es nada en comparación de lo que verá y 'hará usted durante su estancia aquí! - dijo Flo con aire de sabiduría-. Ha habido aquí «pies blandos» procedentes del Este, y ni uno solo hubo que no acabara por entusiasmarse de Arizona.

-¡Pies blandos! No se me había ocurrido pensar en ello. Pero naturalmente... -murmuró Carley.

Mrs. Hutter volvió en aquel momento, llevando una bandeja en la mano. La dejó sobre una silla y se la acercó a Carley.

-Coma usted y beba -dijo, como si aquellos actos tuvieran la importancia más capital en esta vida-. Flo, lleva las maletas a la habitación orientada al Oeste, que es la dedicada a los que deseamos les guste Lolomi. -A continuación echó leña al fuego, haciéndolo crujir y llamear, y se sentó cerca de Carley, mirándola de hito en hito.

-¿No le importará a usted que la llamemos Carley? -preguntó con ansiedad.

-¡Oh, claro! Me encantaría -contestó Carley, que, a pesar suyo, se sentía rodeada de un ambiente acogedor; que hacía que le pareciera estar en su propia casa.

-Mire, usted no es para nosotras una extraña -continuó diciendo Mrs. Hutter-. Tom, el padre de Flo, le cogió mucha simpatía a Glenn Kilbourne cuando vino por primera vez a Oak Creek, hace más de un año. No sé si sabrá usted lo grave que estuvo ese pobre muchacho... Estuvo en la cama durante dos semanas enteras en la habitación que le vamos a dar a usted. Y yo no creí que saliera adelante. Pero salió adelante, y se puso mejor. Al cabo de algún tiempo se fue a trabajar con Tom. Después, hace ya más de seis meses, invirtió sus ahorros en el negocio que tiene Tom de la cría de carneros. Vivió con nosotros hasta que se hizo una cabaña, arriba, en West Fork. Has ido mucho con Flo y, naturalmente, le ha contado todo lo

Librodot

relacionado con usted. Como verá usted, no es una extraña para nosotros, y quisiéramos que se diera cuenta de que está entre amigos.

-Se lo agradezco en el alma, Mrs. Hutter -dijo Carley conmovida-. Nunca le podré agradecer bastante lo buena que ha sido con Glenn. Ignoraba que estuviera tan enfermo. Al principio sólo me escribía de tarde en tarde.

-Supongo que nunca le diría, ni de palabra ni por escrito, lo que hizo durante la guerra -declaró Mrs. Hutter.

-¡Desde luego que no!

-Bueno, ya se lo diré yo a usted' algún día. Tom se enteró de todo lo concerniente al' muchacho. Parte de sus informes se los proporcionó un soldado que vino a Flagstaff por estar enfermo del pecho. Había estado en la misma compañía que Glenn. Al principio no sabíamos cómo se llamaba, pero luego se enteró Tom de que su nombre era John Henderson. Era un muchacho muy simpático, y no tenía más !que veintidós años. Y murió en Phoenix. Tratamos -de hacerle venir, aquí, pero no quería vivir de caridad. Siempre estaba esperando dinero, una pensión de guerra o algo por el estilo. La pensión no llegó. Durante algún tiempo estuvo empleado en El Tovar. Después vino a Flagstaff. Pero hacía mucho frío, y estuvo allí demasiado tiempo.

-¡Qué pena! -dijo Carley con aire pensativo. Aquellas noticias relacionadas con el sufrimiento de los soldados americanos habían ido en aumento durante los últimos meses, y tenían el dan de deprimir intensamente a la muchacha. Durante toda su vida había huído de las cosas desagradables. Y los sufrimientos de aquellos desgraciados eran casi tan desagradables como el contacto directo con las enfermedades y la suciedad. Pero Carley había comprendido que durante la vida habría circunstancias contrarias a su comodidad! y felicidad y a las que era imposible volverles la espalda.

En aquel momento volvió a entrar Flo en la habitación, y Carley se quedó asombrada al ver la singular libertad de movimientos, aplomo y alegría que parecía emanar su presencia.

-He encendido fuego en su estufa -dijo- Hay agua puesta a calentar. ¿No quiere subir a cambiar por otro el traje de viaje? Supongo que querrá arreglarse para cuando venga Glenn. ¿No?

Carley no pudo por menos do sonreír ante aquellas- palabras. No había duda de que la muchacha era franca, natural y alegre. Carley se puso en pie.

-Son ustedes muy buenas al recibirme como a una amiga -dijo-. Quisiera no decepcionarlas. Sí, efectiva-mente, quisiera componerme un poco para cuando me vea Glenn... ¿Hay forma de que le envíe un recado por medio de alguien que no me haya visto?

-Desde luego. Mandaré a Carley, uno de nuestros empleados.

-Gracias. Entonces encárguele usted que diga que ha venido a verle una señora de Nueva York para tratar de un asunto muy importante.

Flo Hutter palmoteó, riéndose alegremente. Su alegría hizo que Carley sintiera remordimiento de conciencia. Los celos eran algo injusto y sofocante. Condujeron a Carley por una amplia escalera y, atravesando un pasillo de suelo de madera, entraron en una habitación que daba sobre fa .galería. Un murmullo persistente y sordo llegó a los oídos de Carley. Era la voz de la cascada. Por la entreabierta puerta vio al otro lado del porche un velo de encaje blanco, de una cascada de agua que caía saltando v cambiando constantemente de forma. Estaba tan cerca, que parecía tocar los pesados barrotes de la galería.

La habitación parecía una tienda de campaña. No tenía techo, pero el tosco alero del tejado de la casa descendía en un plano inclinado hasta poco más arriba de la habitación. Los muebles eran de confección casera, y el suelo estaba cubierto por una alfombra india. La cama, con sus limpísimas mantas de lana y sus almohadones blancos, 'parecían invitarla al descanso.

-¿Era aquí donde estaba Glenn durante su enfermedad? -preguntó Carley.

-Sí -contestó Flo gravemente, y una sombra oscureció sus ojos-. Mi deber sería contárselo a usted todo. Algún día lo haré. Pero hoy no quiero entristecerla...

Glenn estuvo a punto de morir aquí. Mi madre y yo no nos separamos ni un momento de la cabecera de su cama mientras duró la gravedad.

Mostró a Carley el modo de abrir la estufita, echar dentro las astillas y regular el tiro, advirtiéndole que tuviera cuidado de que no se calentara excesivamente. Luego salió de la habitación, dejando sola a Carley.

Carley se sintió de un humor completamente insólito en ella. Cada vez que se acordaba de lo pronto que iba a ver a Glenn, le daba un vuelco el' corazón. Sin embargo, no era aquello lo insólito. No acababa de comprender los pensamientos y sensaciones vagas que la dominaban. Todo aquello era completamente diferente de su vida corriente. Además, estaba cansada. Pero aquellas explicaciones no eran suficientes. Su corazón se sentía dolorido, sin duda alguna, al recordar que Glenn Kilbourne había estado enfermo en aquella pequeña habitación y que no le había cuidado Carley Burch, sino otra muchacha.

-¿Estoy acaso celosa? -murmuró-. ¡No! -Pero en el fondo de su corazón sabía que mentía. Tan imposible era que una mujer no se sintiera celosa en aquellas circunstancias, como que la muchacha evitara los acelerados latidos de su corazón. Sin embargo, Carley se alegraba de que Flo Hutter hubiera estado allí, y siempre le agradecería la bondad de que había dado muestras. Carley se quitó el vestido, y, poniéndose la bata de casa, empezó a deshacer las maletas y a colgar sus cosas en las perchas que había en unos estantes cubiertos con una cortina. Después se tendió en la cama para descansar, aunque sin el menor deseo de dormir. Pero había tal, magia extraña en la fragancia de la habitación, que recordaba al olor de pinos que había en el exterior, en la blandura de la cama y, sobre todo, en, el sordo murmullo ensoñador de la cascada, que se durmió. Cuando despertó eran las cinco de la tarde. El fuego de la estufa se había apagado, pero el agua, estaba aún templada. Se bañó, se vistió cuidadosamente, pero coro la misma rapidez que lo hacía cuando estaba en su casa. Se paso un traje .blanco, porque era' como más le gustaba siempre a Glenn. Desde luego, aquel vestido no era apropiado para una casa de campo, en la que las corrientes de aire llenaban las habitaciones y vestíbulos, desprovistos en absoluto de calefacción. En su consecuencia, se puso una chaqueta de lana de mucho abrigo, adornada con rayas de colores vivos, que le sentaban admirablemente a causa del oscuro color de sus ojos y de su pelo.

Mientras se vestía y reflexionaba parecía estar invadida por aquel suave murmullo de la cascada. Viviendo en Lolomi Lodge era imposible librarse completamente de aquel sonido, ni de día ni de noche. Atormentaba, vagamente a Carley, y, sin embargo, no le parecía desagradable. Salió a la galería. El pequeño espacio que le había de servir de alcoba contenía la cama y una tosca silla. Levantando la vista, vio las peladas estacas del tejado, que estaban a pocos pies de su cabeza. Tuvo que apoyarse en la barandilla de la galería para mirar hacia arriba. Aquella muralla de roca verde y roja parecía estar cerquísima de ella. La cascada tenía su origen en una rendija que se abría en la roca. Después de bajar centelleando por la lisa muralla, se estrechaba salpicando con pequeñas gotas al pasar por una hendidura y caer de repente formando una blanca y sutil sábana. Desde la galería no se veía más que tinos, y más allá el lado opuesto de la, cañada. ¡Qué cerrado era el sitio en que se erguía aquella casa! ¡Parecía rodeado de paredes!

-En verano, quizá resulte agradable pasar aquí un par de semanas - monologó Carley -. ¿Pero vivir aquí? ¡Cielos! ¡Casi da lo mismo que le entierren a uno!

El ruido de pesados pasos, y el sonido de una voz masculina que procedía del vestíbulo, aceleraron el pulso de la muchacha. ¿Pertenecían a Glenn? Al cabo de un segundo de atención advirtió que no era él. Sin embargo, cuando salió de la galería y penetró en el entarimado pasillo, el corazón seguía latiéndole violentamente y sentía una emoción involuntaria que hacía mucho no había experimentado. ¡Qué aspecto de pajar tenía aquel piso

alto de la casa! ¡Qué gris era! Sin embargo, desde la parte superior de la escalera, el gabinete de estar contrastaba con aquella tristeza. Había objetos de colores vivos, algunas mecedoras, una lámpara que alumbraba .brillantemente la habitación y un hogar abierto, en que ardía un fuego que hubiera bastado para disipar lo sombrío del día.

Un hombre de gran estatura, con traje de pana y botas altas, fue al encuentro de Carley. Iba completamente afeitado y su rostro hubiera resultado severo y duro a no ser por su sonrisa. Sólo con mirarle a los ojos se comprendía el parecido que había entre el y Flo.

-Soy Tom Hutter y estoy encantado con que haya venido usted a Lolomi, señorita Carley. ¡Sea usted bien venida! -dijo. Hablaba lentamente y con voz profunda.

Su aspecto era fuerte y cordial, y estrechó la mano de Carley de manera que dejaba ver a las claras que sus apretones de mano eran siempre igual de expresivos. Carley, que tenía el don de saber cómo eran las personas en cuanto das veía, sintió viva simpatía hacia Tom Hutter. Le saludó a su vez y le expresó su agradecimiento por lo bueno que había sido con Glenn. Naturalmente, Carley esperaba que dijera alga de su prometido, pero no fue así.

-Bueno, señorita Carley, si no se enfadara usted, le diría que es mucho más bonita de lo que parece en el retrato-dijo Hutter-. Y ya es decir bastante. Todos los pastores del ganado del país le han echado una mirada. Naturalmente, a escondidas.

-Eso me halaga mucho -dijo Carley riéndose.

-Nos alegramos mucho de que haya usted venido -dijo Hutter sencillamente-. Yo acabo de llegar del Este también. Estuve en Chicago y en Kansas City. Vine a Arizona desde Illinois, hace más de treinta años. Y desde entonces es el primer viaje que he hecho. Todavía me parece que no he recobrado del todo el aliento. Los tiempos han, cambiado, señorita Carley. ¡Los tiempos y la gente!

Mrs. Hutter apareció en la habitación .rápidamente. Había estado en la cocina, muy ocupada en apariencia.

-¡Dios mío! -exclamó fervientemente al ver a Carley, levantando las manos en alto. Su expresión era, sin duda, halagadora para Carley; pero había en ella algo de susto también. En aquel momento entró Flo. Llevaba un sencillo traje gris, que le, llegaba hasta la parte superior de sus altas botas.

-Carley, no haga usted caso a mi madre -dijo Flo-. Encuentra su vestido encantador. A mí también me lo parece... Pero oiga. Acabo de ver a Glenn que subía por el camino.

Carley corrió hacia la puerta con más apresuramiento que dignidad. Vio a un hombre de elevada figura que se acercaba a grandes pasos. Había algo en su aspecto que le resultaba familiar. Era su manera de andar rápida y decidida. Caminaba muy erguido y moviendo los brazos. Carley reconoció a Glenn, y todo pareció volverse inestable dentro de ella a causa de su emoción. Le contempló mientras cruzaba el camino enfrente de la casa. ¡Qué cambiado estaba! No, aquél no era Glenn Kilbourne. Era un hombre bronceado, ancho de hombros, vestido toscamente, de pesados pasos y completamente diferente del Glenn que ella recordaba. El hombre, subió las escaleras del soportal, y Carley, sin ser vista aún, pudo contemplar su rostro. ¡Sí, Glenn! La sangre que corría por las venas de la muchacha parecía temer un calor inusitado. Dio media vuelta y se apoyó contra la pared, detrás de la puerta. Levantó un dedo, advirtiendo a Flo, que era la que estaba más cerca de ella. ¡Qué extraña y desconcertante fue lo que leyó en aquel momento en los ojos de Flo! ¡Imposible que ninguna mujer no se diera cuenta de, lo que significa-ha aquella expresión!

Una silueta de gran tamaña oscureció la puerta. Penetró en la habitación, y se detuvo.

-¡Flo! ¿Quién? ¿Dónde? - empezó a decir casi sin aliento.

Su voz, que tan bien recordaba, le pareció, sin embargo, más profunda y más dulce. Al oírla comprendió la muchacha do mucho que había deseado volverla a escuchar. Había ensanchada tanto, que no le hubiera reconocido por su figura. También su rostro había sufrido un cambio. Sus regulares facciones, que eran su principal atractivo, seguían siendo igual,

pero había desaparecido aquella trágica delgadez y aquella palidez que tenía antes. Carley sintió que se le henchía el corazón de alegría. Su más ardiente deseo había sido que desapareciera de su rostro aquella expresión de tristeza y desolación. En su consecuencia, aquella frialdad y negligencia de que se enorgullecía la muchacha sufrió un eclipse, desapareciendo en absoluto.

-¡Glenn! ¡Mira quién ha venido! -exclamó con voz insegura. Aunque le hubiera ido la vida en ello, no hubiera podido hablar con voz firme. Aquel' encuentro sobrepasaba a todo lo que había anticipado.

Kilbourne giró sobre sus talones con un grito inarticulado. Vio a Carley. Y por muy irrazonables y exigentes que hubieran sido los deseos de Carley, se vieron satisfechos por completo.

-¡Tú! -gritó saltando hacia ella, con rostro radiante.

Carley no se preocupó de los espectadores, y se olvidó completamente de su existencia. Había algo profundo y extraño que la conmovió hondamente; más aún que la alegría de ver a Glenn, más que la seguridad halagadora de que seguía siendo amada. Aquella sensación iba más allá del egoísmo. Era gratitud hacia Dios y hacia el Oeste, que le había devuelto el hombre que amaba.

-¡Carley! No podía creer que fueses tú-dijo Glenn librándola de la fuerte presión de sus .brazos, pero sin soltarla del todo.

-Sí, Glenn, soy yo, todo lo que has dejado de mí -contestó temblorosamente, tratando de alisarse con manos inseguras el enmarañado pelo -. ¡Pastor gigantesco! ¡Goliat!

-Me quedé completamente desconcertado -dijo-. Había venido a verme una señora de Nueva York... Claro que tenías que ser tú. Pero no podía acabar de creerlo. Carley, eres muy ¡buena por haber venido.

La expresión dulce y ardiente de sus oscuros ojos la entristeció. Aquélla era una de las muchas cosas extrañas y nuevas que había en la expresión de su prometido. ¿Por qué no habría ido antes al Oeste? Carley se libró de sus manos y se apartó de él, tratando de recobrar su acostumbrada compostura. Flo Hutter estaba delante del fuego, mirando hacia abajo. Mrs. Hutter miró a Carley con rostro radiante.

-Vamos a cenar ahora-dijo.

-Me parece que la señorita Carley no podrá cenar después del abrazo que le ha dado Glenn -murmuró Tom Hutter-. Me ha asustado. Mire usted: Glenn ha ganado setenta libras en seis meses y no se da cuenta de la fuerza que tiene.

-¡Setenta libras! - exclamó Carley alegremente-. Creí que aún había ganado más.

-Carley, perdona mi violencia -dijo Glenn-. He estado abrazando a los carneros. Cuando los esquilo no tengo más remedio que agarrarlas bien.

Todos se echaron a reír, y aquello hizo que desapareciera la violencia del' encuentro. Carley se encontró sentada a la mesa frente por frente de Flo. Su rostro palidecía, asemejándose su color al de las perlas. Sus francos ojos se encontraron con las de Carley, no tratando de ocultar nada de lo que sentía. Carley pensaba que lo que tenía más importancia en el carácter femenino era la nobleza. Como ella no la poseía en gran cantidad, adivinaba a las mujeres nobles. En aquel momento nació el respeto y la simpatía que le había de inspirar aquella muchacha del Oeste. Aunque fuera su rival, sabía que se comportaría noblemente.

Poco después de acabar de cenar, Hutter le hizo a Carley un signo de despedida, diciendo que, siguiendo sus principios, se iba a acostar. Mrs. Hutter descubrió de repente que tenía que hacer algo en otra habitación, y Flo dijo, con aquella voz dulce y armoniosa, un poco audazmente y con socarronería:

-Seguramente querréis estar solos.

-Mira, Flo, las muchachas del Este no son tan anticuadas como todo eso-declaró Glenn.

-¡Qué pena! No comprendo cómo el amor puede pasarse nunca de moda... Buenas noches, Glenn. Buenas noches, Carley.

Flo se detuvo durante unos instantes al pie de la oscura escalera, y la luz de, la lámpara daba de lleno sobre su rostro. A Carley le pareció dulce y serio. Expresaba un deseo inconsciente, pero en él no se reflejaba la envidia. Después subió corriendo las escaleras y desapareció.

-Glenn, ¿está enamorada de ti esa muchacha? -preguntó Carley bruscamente.

Se asombró al ver que Glenn se echaba a reír. ¿Cuándo le había oído reír? Aquello la emocionó, pero la dejó un poco desconcertada.

-¡Qué tuyo es lo que acabas de decir! -exclamó Glenn-. ¡Las primeras palabras que has pronunciado después de dejarnos solos! Eso me recuerda al Este, Carley.

-Probablemente el recordar te será beneficioso -contestó Carley-. Pero, dime: ¿está enamorada de ti?

-¡Cómo! ¡No, claro que no! -contestó Glenn-. Y en todo caso, ¿cómo voy a contestar a esa pregunta? Me hizo reír, eso es todo.

-¡Hum! Recuerdo perfectamente la época en que no tenías a menos hacer el amor a una muchacha bonita. Bastante me hiciste rabiar antes de que nos prometiéramos -dijo Carley.

-¡Qué tiempos aquéllos! ¡Qué lejos parecen estar...! Carley, es maravilloso verte de nuevo.

-¿Te gusta mi vestido? -preguntó Carley, haciendo piruetas en su obsequio.

-Su tamaño es exiguo, pero realmente es precioso -contestó con una lenta sonrisa-. Siempre me gustaste como vas, vestida de .blanco. ¿Lo recordabas?

-Sí. Me puse el vestido en tu honor, y no lo llevaré nunca más que para ti.

Eres la coqueta de siempre. Tienes el espíritu femenino de siempre -dijo con un poco de tristeza-. Sabes perfectamente cuándo estás encantadora... Pero, Carley, el corte, o, mejor dicho, la abreviación del vestido, me inclina a creer que la moda femenina no ha cambiado para mejorar. En realidad, es aún peor que lo fuera hace dos años en París y más tarde en Nueva York. ¿Dónde os detendréis las mujeres?

-Las mujeres somos esclavas de la moda reinante -contestó Carley-. Me parece que las mujeres elegantes no se detendrían si la moda continuara mandando que cada vez fueran más cortas.

-¿Pero, se preocuparían tanto de esas cosas si tuvieran trabajo, mucho trabajo y niños? -preguntó Glenn con aire pensativo.

-¡Glenn! ¿Trabajar y tener hijos las mujeres modernas? Pero, ¡tú estás soñando! -dijo Carley con una carcajada.

Vio que Glenn fijaba sus ojos con aire pensativo en el brillante rescoldo de la chimenea, y su rápida intuición vio el cambio sutil que se había operado en la actitud de Glenn. Su rostro reflejaba una profunda seriedad, y a la muchacha le parecía mentira tener ante su vista al Glenn Kilbourne de antaño.

-Acércate al fuego -dijo Glenn aproximando una silla. Después echó más leña sobre las rojas ascuas-. Has de tener cuidado de no coger un enfriamiento en este país. La altura los hace peligrosos, y el vestido que llevas no basta para protegerte contra el frío.

-Glenn, en tiempos nos bastaba con una silla -dijo la muchacha maliciosamente, deteniéndose detrás de él. Pero Glenn no respondió a aquella sugerencia y Carley se sentó en la silla que le había preparado su prometido, un poco avergonzada. Glenn la amenazó con formular rápidamente un sinfín de preguntas. Estaba ansioso de tener noticias de su tierra, de su familia, de antiguos amigos. Sin embargo, no le preguntó a Carley por sus amigas. La muchacha estuvo hablando sin parar durante una hora entera, hasta satisfacer el hambre de noticias de su prometido. Pero cuando le llega la vez de interrogar a Glenn, éste se mostró reacio a contestar. Al principio de su estancia en el Oeste había tropezado con muchas

dificultades. Su salud empezó a mejorar al poco tiempo, y tan pronto como se encontró en condiciones de trabajar se allanaron las dificultades. En la actualidad, sus negocios le iban bastante bien. Carley se sintió ofendida ante su aparente desconfianza. Las enérgicas facciones de, su rostro, que parecía tallado en bronce, la expresión severa de sus labios y su cuadrada mandíbula, el fulgor tranquilo de sus ojos, que parecían ocultos por una máscara, lo tosco de sus tostadas manos, muda evidencia de trabajos rudos, todo aquello dejaba ver que su vida no era exactamente lo que reflejaban aquellas observaciones ligeras que le había dicho Glenn. Además, su pelo castaño claro empezaba a encanecer por las sienes. Glenn no tenía más que veintisiete años, pero parecía tener diez años más. Le observó y al recordar cómo era algunos años antes tuvo que admitir que le gustaba infinitamente más como era ahora. Se había convertido en un hombre fuerte. ¿Qué habría sido el origen de aquel cambio? ¿Su amor hacia ella, la guerra de Francia o la lucha par la salud y la vida, por la que había tenido que pasar después?

¿O había sido acaso obra de aquel tosco y extraño Oeste? Carley sintió celos y rabia al pensar en esta última posibilidad. Temía al Oeste, y estaba segura de que llegaría a odiarlo. Tenía la intuición femenina lo bastante desarrollada para ver en Flo Hutter una muchacha con la que había que contar. Sin embargo, Carley no quería reconocer que aquella muchacha del Oeste, sencilla y franca, fuese una posible rival. Carley no necesitaba recordar que había sido siempre blanco de la admiración masculina. No era precisamente su vanidad lo que hacía descartar a Flo Hutter como enemiga.

Gradualmente, la conversación fue decayendo, hasta que los dos guardaron silencio. Carley no hizo nada por interrumpirlo. Observó a Glenn mientras éste miraba pensativamente a las ambarinas profundidades del fuego. ¿Qué estaría pensando? La perplejidad que invadía en tiempos a Carley volvió a surgir. Y, al mismo tiempo, sintió un insólito temor, que no fue capaz de dominar. Mientras estaba sentada junto a Glenn, comprendió que le amaba y deseaba apasionadamente. La inconfundible alegría que mostró al verla, la expresión fuerte y hasta violenta de su amor, hicieron que se despertara en el fondo de su corazón una sensación completamente nueva. De no haber existido aquellos hechos innegables, Carley hubiera estado completamente aterrorizada. Su recuerdo tuvo el don de tranquilizarla, pero no consiguió otra cosa que sentirse más descontenta que nunca.

-Carley, ¿sigues bailando? -preguntó Glenn volviendo hacia ella sus pensativos ojos.

-Naturalmente. Me gusta bailar, y casi es ése el único ejercicio que hago -contestó la muchacha.

-¿Han cambiado los bailes de nuevo?

-Quizá sea la música lo que cambia los bailes. El jazz cada vez se hace más popular, y 1'a gente no baila otra cosa que infinitas variaciones del fox-trot.

-¿No se baila el vals?

-Me parece que en todo este invierno no se ha bailado el vals ni una sola vez.

-¿Jazz? ¿No es una especie de charanga a base de ruido de latas?

-Glenn, es la fiebre del pulso público -contestó Carley-. El gracioso vals y el elegante minué reinaban en la época en que la gente se dedicaba a descansar en vez de correr.

-Pues es una lástima -dijo Glenn. Después su mirada volvió a fijarse en el fuego, y preguntó con excesiva indiferencia-: ¿Sigue Morrison yendo detrás de ti?

-Glenn, asa soy vieja, ni estoy casada -contestó riéndose la muchacha.

-¡No; es verdad. Pero si estuvieras casada, Morrison seguiría haciendo lo mismo.

Carley no notó que en su voz se reflejaran ni los celos ni' la amargura. Se hubiera alegrado de que fuera así. Sin embargo, dedujo de su observación que sería más difícil de entender que nunca. ¿Qué habría dicho o hecho para que Glenn se encerrara en sí mismo y adoptara aquella actitud distraída, impersonal y poco familiar? No se conducía como un hombre enamorado. ¿Qué ironía del destino hacía que la muchacha deseara sus caricias y sus

besos con más intensidad que nunca, mientras que Glenn miraba al fuego y le hablaba como a una simple conocida? Su aspecto era triste y distraído. ¿O es que todo aquello era imaginación suya? En aquel momento se sentía segura solamente de una cosa, y era que el orgullo nunca sería su aliado.

-Escucha, Glenn -dijo acercando su silla a la de su prometido y alargándole la mano izquierda, delgada y blanca. En su dedo central lucía un resplandeciente diamante.

Glenn cogió aquella mano entre las suyas, la oprimió fuertemente y sonrió.

-Sí, Carley, tienes una manecita suave y encantadora. Pero me parece que aún me gustaría más si estuviera tostada y fuerte, con la palma endurecida a consecuencia del trabaja útil.

-¿Como la, de Flo Hutter? -preguntó Carley.

-Sí.

Carley clavó su mirada orgullosa en los ojos de Glenn.

-No todo el mundo nace en la misma esfera. Respeto a tu amiguita del Oeste, Glenn, pero supongo que no creerás posible que yo me dedicara a lavar, fregar, ordeñar vacas, cortar leña y demás cosas por el estilo.

-No creo que pudieras hacerlo -admitió él con una carcajada breve y un poco brusca.

-¿Desearías tú que lo hiciera? -preguntó Carley.

-Es difícil de -explicar -contestó Glenn frunciendo el entrecejo-. No estoy seguro de lo que pienso respecto al particular. Me parece que depende de ti. ¿Pero no serías más feliz si' hicieras esa clase de trabajos?

-¡Más feliz! ¡Glenn, me sentiría terriblemente desgraciada! Pero, oye. Yo no quería que admiraras mi linda e inútil mano. La que te enseñaba era mi sortija de prometida.

-i Oh!, ¿y por qué? -preguntó el muchacho lentamente.

-No me la he quitado ni un solo momento desde que te fuiste de Nueva York -dijo Carley dulcemente-. Me la diste hace cuatro años. ¿Te acuerdas? Era el día que yo cumplía veintidós años. Me dijiste que necesitabas el sueldo de dog meses para pagar la cuenta.

-Y así fue -contestó Glenn con aire un poco burlón.

-Glenn, durante la guerra no fue tan difícil el llevar la vida que corresponde a una muchacha comprometida -dijo Carley más seria-. Pero después: de la guerra, especialmente después de tu marcha al Oeste, me fue terriblemente difícil ser leal a la significación de este anillo de prometida. Todas las mujeres habían perdido un poco de dignidad. ¡Oh, no es necesario que me lo asegure nadie! Así era. Y los hombres sufrían los efectos de esta falta de dignidad y de lo caótico de la época. Nueva York fue teatro de una vida de locura durante el año que has estado ausente. Nadie hacía caso de la prohibición. Bueno, dancé de un lado para otro, bailé, vestí bien, bebí, fumé y di paseos en automóvil, como todas las demás mujeres de mi clase. Algo me empujaba. No descansaba, ni un solo momento. Aquella excitación parecía representar la felicidad. Glenn, no pretendo disculparme. Pero quiero que sepas en qué circunstancias más difíciles te seguí siendo leal en absoluto. Entiéndeme. Digo que te he sido leal en lo que se refiere al amor. A pesar de todo lo que te he dicho, te seguí queriendo lo mismo. ¡Y ahora que estoy contigo, mi amor me parece aún mucho mayor...! Tu última carta me produjo una impresión dolorosa. Pero viene al Oeste para verte, para decirte lo que -te he dicho y para preguntar te... ¿quieres que te devuelva este anillo?

-De ninguna manera -contestó Glenn con fuerza, y su rostro se puso de color de púrpura.

-Entonces, ¿me quieres? - susurró Carley.

-Sí, te quiero- contestó él deliberadamente-. Y a pesar de todo lo que dices, probablemente más que tú a mí... Pero tú, igual que todas las demás mujeres, hacéis del amor, y de su expresión, el único objeto de vuestra vida. Carley, yo he tenido que luchar para que mi cuerpo no fuera a parar a la tumba y mi alma al infierno.

-Pero, amor mío, ¿no estás bien ahora? -preguntó Carley con labios temblorosos.

-Sí, se puede decir que he salido adelante.

-Entonces, ¿qué pasa?

-¿Qué pasa? ¿A ti o a mí? -preguntó Glenn, mirándola de una manera enigmática y penetrante. -¿Qué pasa entre nosotros? Hay algo que nos separa.

-Carley, un hombre que ha estado a punto de morir, como lo he estado yo, raras veces, o nunca, vuelve a sentirse completamente feliz. Pero quizá...

-Me asustas-gritó Carley, y, poniéndose en pie, fue a sentarse en el brazo del sillón que ocupaba Glenn, rodeándole el cuello con sus brazos -. ¿Qué le voy a hacer si no comprendo? ¿Tan miserablemente insignificante soy...? Glenn, ¿es preciso que te lo diga? Ninguna mujer puede vivir sin amor. Necesito ser amada. Eso es lo único que me pasa a mí.

-Carley, sigues siendo una muchacha terriblemente dominadora -contestó Glenn cogiéndola entre sus brazos-. Yo también necesito ser amado. Pero no es precisamente eso lo que me pasa. Tendrás que adivinarlo tú sola.

-Amor mío, eres una esfinge -contestó ella.

-Oye, Carley -dijo Glenn muy serio-. Hablemos del amor. Quisiera que me comprendieras. Te quiero. Estoy hambriento de tus besos. Pero, ¿tengo derecho a pedir que me los des?

-¡Derecho! ¿No somos acaso prometidos? ¿Y no quiero yo dártelos, acaso?

-¡Si tuviera la seguridad de que vamos a casarnos! dijo Glenn en voz baja y tensa, como si estuviera hablando más bien consigo mismo.

-¡Casarnos! -exclamó Carley, abrazándole convulsivamente-. Claro que nos casaremos. Glenn, es imposible que me dejes, ¿verdad?

-Carley, lo que quiero decir es que es posible que no te cases conmigo nunca, en realidad -contestó él muy serio.

-¡Oh, si lo que necesitas es la seguridad de que nos hemos de casar, Glenn Kilbourne, puedes empezar a hacerme el amor ahora mismo!

Era: ya tarde cuando Carley subió a su habitación. Y estaba tan contenta, tan feliz y excitada, y, sin embargo, tan desconcertada de espíritu, que no hizo ningún caso del frío ni de la oscuridad. Se desnudó rodeada de la oscuridad más completa. Cuando ya estaba dispuesta a meterse en la cama, abrió el balcón y miró al exterior.

A través de la densa oscuridad vio la cascada que se destacaba opacamente sobre la roca. Carley sintió que una suave neblina humedecía su rostro. El estruendo de la cascada parecía envolverla. Bajo la muralla reinaba una oscuridad impenetrable. Pero por encima de las copas de los árboles brillaban las estrellas. Eran maravillosamente blancas, radiantes y frías, contrastando violentamente contra el azul profundo del cielo. La cascada rugía rodeada del más absoluto silencio. Parecía que su estruendo hacía aún más potente el silencio de la noche. Carley se estremeció, no sólo a consecuencia del frío, sino al pensar en lo solitaria, perdida y escondida que estaba aquella cañada.

Después se metió rápidamente en la cama, sintiendo gran gratitud hacia las calientes mantas de lana. El reposo y la reflexión hicieron que se diera cuenta del ardor de su sangre y del tumulto que había en su interior. En la solitaria negrura de su habitación hubiera podido hacer frente a la idea del amor que sentía hacia Glenn Kilbourne. ¡Qué extraño! ¡Su amor se había renovado y aumentado considerablemente al' volverla a ver! Pero le preocupaba más su felicidad. Le había conquistado de nuevo. Su presencia y su amor habían vencido su frialdad. Se estremeció dulcemente al pensar en aquella conquista. ¡Qué maravilloso era Glenn! ¡Había dominado su ternura física, las sencillas expresiones de su amor, porque temía que la coaccionaran indebidamente! Se había elevado en muchos aspectos. Tenía que tener cuidado en alcanzar sus ideales. ¡Lo que dijo de las toscas manos de Flo Hutter! ¿Tendría aquello alguna relación con la barrera que les separaba? Carley comprendía que ocurría algo

incomprensible e intangible que amenazaba sus sueños de felicidad futura. Sin embargo, ¿que podía temer mientras estuviera cerca de Glenn?

Y, a pesar de todo, no dejaba de formularse insistentemente las preguntas que tan perpleja la tenían. ¿Era egoísta su amor? ¿Pensaba acaso en Glenn? ¿No veía acaso algo que él veía? Los días que habían de seguir prometían ser muy felices, por transcurrir en alegre camaradería, con. Glenn. Sin embargo, parecían llenos, al mismo tiempo, de disgustos, luchas y lecciones, que tendrían por consecuencia el que ella se diera cuenta de la verdadera significación de la vida.

III

Carley se despertó al oír que alguien se movía en su habitación. Al levantar sus somnolientos párpados, vio a Flo Hutter de rodillas ante la estufita, encendiendo el fuego.

-Buenos días, Carley -murmuró-. Hace frío. Me parece que hoy nevará. Qué mala suerte que haga tan mal tiempo estando usted aquí. Hágame caso y estése en la cama hasta que se encienda bien 1'a estufa.

-No pienso hacer semejante cosa - declaró Carley heroicamente.

-Tenemos miedo de que se enfríe usted - dijo, Flo-. Este país está situado a gran altura, y, además, estamos en el desierto. Aquí no hay primavera más que cuando brilla el sol. Pero estos días no brilla más que a ratos. Eso quiere decir que aún hace tiempo invernal. Sea usted buena y siga mi consejo.

-Bueno, en realidad, no es un sacrificio muy grande el quedarse en la cama un poco más -contestó Carley perezosamente.

Flo salió de la habitación después de haberle advertido que no dejara que la estufa se calentara demasiado. Y Carley, envuelta en las calientes mantas, pensaba con horror en el momento de levantarse y vestirse en aquella habitación fría y desnuda. Tenía la nariz helada. Cuando se le enfriaba la nariz, que le servía de termómetro que reflejaba con toda exactitud la temperatura que había en el exterior, sabía Carley que el tiempo era de escarcha. Prefería el verano. La calefacción central y las flores de estufa que perfumaban el ambiente de su casa no la habían preparado para hacer frente a tan primitivas condiciones de vida. Sin embargo, su espíritu se rebelaba un poco ante el temor que tenían todos de que se enfriara y a su probable debilidad ante las privaciones. Carley se levantó. Sus desnudos pies se apoyaron sobre el entarimado del suelo, en vez de la alfombra de los Navajos, y fe pareció que estaba pisando .piedra completamente helada. A pesar de la estufa y del agua caliente, a mitad de su tocado estaba aterida de frío.

-Un actor dijo en cierta ocasión que cuando se va al Oeste se hace vida de campamento - exclamó Carley chocando diente con diente- Creo que tenía razón.

El hecho era que Carley nunca había pasado la noche en una tienda de campaña. Sus amigos jugaban al golf, montaban a caballo, liban en automóvil y daban paseos en lanchas, pero nunca hacían excursiones incómodas. Los albergues y hoteles de los: Adirondacks eran tan confortables y lujosos, como su propia casa. Carley echaba de menos muchas cosas. Y, realmente, no era muy fuerte. Le costó un gran esfuerzo de voluntad y verdadero dolor el acabar de atarse las botas. Como se había citado con Glenn para ir a visitar su cabaña, se vistió de manera apropiada para andar por el campo. Se preguntaba si tendría que ver algo el frío con la notable disminución del ruido de la cascada. Quizá parte del agua se habría helado, como les había sucedido a sus dedos.

Carley bajó al gabinete y no hizo esfuerzo alguno para reprimir su deseo de correr hacia la chimenea. Flo y su madre se divirtieron grandemente al' ver la impetuosidad de la muchacha.

-Cuando se acostumbre usted al aire fresco, le gustará-dijo Mrs. Hutter.

Carley se permitió dudar de que así fuera. Cuando se calentó del todo, descubrió que tenía un apetito completamente insólito en ella, y se desayunó muy a gusto. Después decidió que ya era hora de ir al encuentro de Glenn.

-Hace una mañana muy fría -dijo Flo -. Necesitará usted guantes y un chaleco de lana.

Después de proveerse de dichas prendas, preguntó Carley el camino que había de seguir para encontrar West Fork Canyon.

-Está un poco más abajo del camina -contestó Flo -. Una cañada larga y estrecha que se abre a la derecha. No puede usted equivocarse.

Flo la acompañó hasta los peldaños que conducían al soportal. Un individuo de extraño aspecto andaba lentamente, llevando un hacha al hombro.

-Ahí está Carley - dijo Flo -. Él le enseñará el camino. -Después murmuró en voz baja-: A veces está medio tonto, probablemente a consecuencia de una coz que en una ocasión le lió un caballo. Pero casi siempre está completamente normal.

Al oír la llamada de Flo, se detuvo el muchacho con una sonrisa. Era alto, delgado, desgarbado y llevaba zahones azules metidos en unas botas llenas de barro. Su rostro era color oliva claro, y era completamente barbilampiño. No tenía ni una sola arruga. Tenía la frente un poco abombada, y bajo ella había un par de ojos castaños que miraban con ansiedad! .y cuya expresión le recordó a Carley la de un perro que había tenido.

-No va a hacer muy buen día -observó Carley, mientras trataba de acomodar sus zancadas al paso de Carley.

-¿Y en qué se funda usted para decirlo?-preguntó la muchacha-. Parece claro y despejado.

-No, la mañana está oscura y el sol cubierto de nubes. No tardará en nevar.

-¿Le molesta a usted el mal tiempo?

-¿A mí? Me es completamente igual. Me parece, sin embargo, que me gusta que haga frío para sentarme por las noches alrededor de una gran fogata.

-También a mí me gusta el fuego.

-¿Ha pasado usted alguna noche en un campamento? -preguntó el muchacho.

-No, en el verdadero sentido de la palabra - contestó Carley.

-Qué pena. Me tema que resulte demasiado cansado para usted-continuó diciendo dulcemente-. Hace dos años estuvo aquí una muchacha de la ciudad, y tuvo que pasar por un verdadero infierno. Todos se reían de ella, menos yo, y le jugaban malas pasadas. Y ella siempre caía en las trampas. Me daba mucha pena de ella.

-Fue usted muy bueno al no hacer lo que los demás - murmuró Carley.

-Tenga cuidado con Tom Hutter. Me parece que es fácil que la misma Flo le ponga a usted algún lazo. Especialmente por estar enamorada de su novio de usted. Les he visto juntos muchas veces.

-¿Sí?-preguntó Carley en tono incitante.

-Kilbourne es el mejor muchacho que ha habido nunca en Oak Creek. Yo le ayudé a construir la cabaña. Hemos cazado juntos muchas veces. ¿Ha cazado usted alguna vez?

No.

-Pues se ha perdido usted una cosa muy divertida.

Lo que más les gusta a las chicas es cazar pavos. Supongo que será por lo buena que es la carne. Ya han empezado a engullir. Si quiere usted, la llevaré a cazar pavos. -Ya lo creo que quiero.

-Un poco más adelante, se pescan por aquí muy buenas truchas - dijo señalando al río- Crik está ahora demasiado alto. Donde más me gusta pescar es en West Fork. Allí he cogido algunas truchas enormes.

Carley se sentía divertida e interesada. No podía decir que Carley le hubiera dado ninguna muestra de su peculiaridad mental. Le costó mucho trabajo el dominarse y no tratar de hacerle decir algo más de Glenn y Flo. Llegaron a un recodo del camino, que estaba enfrente de la casa de campo que había visto Carley el día anterior. Su locuaz guía se detuvo al llegar a aquel punto.

-Siga usted este camino -dijo señalándolo- hasta llegar a West Fork. Hasta la vista, y no se olvide usted de que iremos a cazar pavos.

Carley le dio las gracias sonriendo, y emprendió a andar rápidamente por el camino, fijando su atención en lo que la, rodeaba. La cañada se había ensanchado, y el río, bordeado de los espesos matorrales verdes y blancos, se había desviado hacia la izquierda. A su derecha se elevaba la muralla de la cañada, que cada vez parecía adquirir mayor altura. No podía verla bien a causa de las copas de los árboles, que la separaban de ella. El camino la condujo a través de una arboleda de meples y sicómoros, hasta llegar a un montículo cubierto, que se asemejaba a los que hay en los parques y que se inclinaba hacia la derecha, acercándose a la roca. Carley vio de repente que el muro rojo se quebraba. Era la cañada de West Fork, que confluía con la de Oak Creek. ¡Qué barranco más estrecho! Estaba bordeado de roca roja, y sobre la cabeza de la muchacha se extendían las largas ramas de enormes pinos. El viento susurraba suavemente entre sus copas, balanceando sus pardas agujas. Carley volvió un recodo del camino y se detuvo ante un magnífico espectáculo. Frente a la muchacha parecía elevarse una montaña inmensa. Era la parte oeste de la cañada tan elevada, que Carley tuvo que echar la cabeza hacia atrás para ver la cumbre. Recorrió con su vista la enorme extensión de aquella muralla roja, y cuando llegó a la base volvió a levantar la vista para examinarla de nuevo. Estaba completamente asombrada. Aquella roca fenomenal era algo que estaba más allá de su comprensión. Parecía tener una milla de altura. Los escasos árboles que crecían en aquella roca pendiente parecían arbustos puntiagudos, que se recortaban contra el color gris acero del cielo. Arrecifes, cuevas, capas de roca, rendijas, fisuras, crestas rojas que se combaban, riscos amarillentos que se desmoronaban, bancos cubiertos de verdes plantas y nichos llanos de arbustos; salientes osados donde crecían peligrosamente pinos solitarios, murallas lisas y sombrías de mil pies de altura; todo aquello fue tomando forma lentamente bajo la confusa mirada de Carley, hasta que el frente de aquella colosal montaña se irguió ante ella en toda su belleza y magnífica rusticidad.

-¡Arizona! Quizá se refiera a esto-murmuró Carley -. Nunca soñé que hubiera nada parecido... ¡Pero, oh! Me empequeñece y oprime. No podría tener ni un momento de paz en este sitio.

El panorama la fascinaba. Había arrecifes inaccesibles, que parecían perseguirla con su remota fuerza. ¡Qué maravilloso sería llegar hasta allí y descansar, si esto fuera posible! Pero solamente las águilas podían llegar a aquellos sitios. Había lugares en aquella montaña que no podían profanar manos humanas. Las oscuras cuevas parecían irradiar un poder místico, mirando soñadoramente hacia el mundo que tenían a sus pies. Los riscos que se desmoronaban, las grietas que se venían abajo y las inclinadas rocas amenazaban derrumbarse bajo la acción del viento, produciendo enorme estruendo. ¡Qué profundo y suave resultaba el contraste del rojo y del verde! ¡Qué maravillosa la osadía de aquellos gigantescos escalones! Carley pensó en las fuerzas ocultas que habían, erigido aquel selvático, rudo y grandioso monumento a la Naturaleza.

-¡Qué hay, paseante de la Quinta Avenida! - gritó una voz alegre-. Si la pared que hay detrás de mi vivienda te asombra tanto, ¿qué harás cuando veas el Desierto Pintado, escales Sunset Peak o hundas tu mirada en la Gran Cañada?

-¡Oh, Glenn!, ¿dónde estás? - gritó Carley mirando a su alrededor. Pero Glenn no estaba tan cerca como ella hubiera supuesto. La claridad de su voz la había engañado. De ¡pronto, le vio un poca más allá de donde ella se encontraba, al otro lado de un río, que no había notado hasta aquel momento.

-Ven. -gritó Glenn-. Quiero ver cómo cruzas las pasaderas.

Carley bajó corriendo una pequeña pendiente de roca lisa de color rojo. Llega hasta la orilla de aquella corriente de agua verde. E¡ agua estaba muy clara y la corriente era rápida. En, algunos puntos había mucha profundidad, mientras que en otros había poca agua. Alrededor de las rocas, que, evidentemente, habían sido colocadas para cruzar el río, había blancas coronas de rizada espuma. Carley se echó hacia atrás horrorizada.

-Glenn, me sería imposible cruzar por aquí -gritó.

-¡Vamos, alpinista! -dijo él en tono burlón-. ¿No te vas a atrever con Arizona?

-¿Quieres acaso que me caiga al agua .y coja un enfriamiento? -gritó la muchacha, desesperada.

-ley, las grandes mujeres serían capaces de cruzar los lugares peligrosas de la vida moderna sobre pasaderas formadas por sus propias, cadáveres - continuó diciendo Glenn en el mismo tono de burla-. Estoy segura de que puedes hacer perfectamente ese esfuerzo físico.

-¿Es que estás repitiendo 1-as palabras de Tennyson, o es que me tomas el pelo?- preguntó de manera poco académica.

-Amor mío, Flo cruzaría el río con los ojos cerrados. Glenn hablaba, en broma, y, sin embargo, había algo de seriedad' en sus palabras. Aquellas palabras hicieron que Carley se decidiera a pasar. Con el corazón latiéndole fuertemente, se lanzó a la primera roca, y calculó la distancia que tenía que salvar- de un salto para llegar a la otra. Una vez en marcha, le hizo el efecto de que estaba rodando -de la cumbre a la falda de una colina. Se tambaleaba, salpicaba, resbalaba, y después de haber salvado de un salto la mayor distancia, que era precisamente la que había entre la última roca y la orilla, perdió el equilibrio y cayó entre los brazas de Glenn, Sus besos hicieron desaparecer tanto su pánico como su resentimiento.

-¡Caramba! ¡No creí que te atrevieras nunca a in tentarlo! -declaró Glenn muy complacido -. Tenía la seguridad de que tendría que cruzarte en mis brazos; en realidad, me agradaba mucho la idea.

-Te aconsejo que no vuelvas a emplea semejantes medios para empujarme a hacer alguna cosa - contestó Carley.

-Llevas un traje de deporte muy bonito -dijo Glenn en tono de admiración -. He estado pensando lo que te pondrías. Para las mujeres, gustan más las faldas cortas de departe que los pantalones, la guerra hizo que el bello sexo perdiera la cabeza en esa de los pantalones.

-No les hizo perder la, cabeza sólo en eso - contestó la muchacha-. Ni tú ni yo viviremos lo suficiente para ver recobrar de nuevo el equilibrio a las mujeres.

-Estamos de acuerdo-contestó Glenn.

Carley introdujo su brazo bajo el de su prometido, diciendo

-Amor mi o, quiera pasar un día feliz. No hablemos más de las de mas mujeres.., Llévame a ver tu casita gris del Oeste... ¿No es acaso gris?

Glenn se echó a reír.

-Sí, así es. Es gris porque los trancos se han puesto un paco descoloridos.

Glenn la condujo por un camino que subía entre guijarros, discurriendo par encima de las alfombra de agujas de calor castaño, bajo los enormes y silenciosos pinos; se acercaba más y más a la imponente montaña junto a su base de roca corría el río, que susurraba suavemente. El sal no llegaba hasta allí, y no podía, por la tanto, disipa la fría oscuridad de aquel paraje. Después de atravesar bosques impregnados de un aroma muy dulce, volvieron a salir a la, luz del sol. Atravesaron el río, que aquella parte adquiría mayor anchura, y subieron una ligera pendiente bordeada de magníficos pinos, hasta llegar a una cabaña orientada hacia el oeste.

-Ya hemos llegado, amor mío - dijo Glenn -. Ahora veremos cómo eres realmente.

Carley no hizo ningún comentario, pues el intenso interés que sentía hacía desaparecer todo lo más que pudiera pensar en aquel momento. Hasta que vislumibró la cabaña de madera que había erigido Glenn con sus' propias manos, no había sentido, un gran interés par la que la rodeaba, Pera su vista despertó en Carley sentimientos completamente nuevos. En el momento que penetraba la cabaña, su corazón latía de manera poco natural en una muchacha que no se siente atraída a vivir con su amado en una casa de campo.

La cabaña de Glenn constaba de una habitación de quince pies de anchura por veinte de largo. Entre los pelados maderos había barro rojo, que al secarse había adquirido una gran dureza. Frente a la puerta había una pequeña ventana. En una esquina se veía un diván, hecho de maderos. Bajo las mantas que lo cubrían aparecían verdes ramitas de pino. El suelo estaba formado de losas planas de roca, colocadas, irregularmente, y entre las cuales se veían muchos espacias cubiertos de barro. El hogar abierto era excesivamente grande para las dimensiones de la habitación, pero tanto su tamaño como la chisporroteante leña y el brillante rescoldo atraían fuertemente a la muchacha. Un tosco madero hacía las veces de repisa, y sobre el se destacaba el retrato de Carley, que ocupaba el sitio de honor. Sobre la chimenea había un rifle, que se apoyaba en las astas de un ciervo. Carley se detuvo al llegar a aquel punto de su revista para besar a Glenn, señalando la fotografía.

- No sabes lo que me alegra el que tengas aquí mi retrato.

A la izquierda de la chimenea había un tosco armario, hecho con tablas, lleno de cajas, latas, ¡bolsos y toda clase de utensilios. Bajo el armario, colgadas de clavos, había cacerolas y ollas ennegrecidas, un cazo de mango muy largo y un cubo. La mesa de Glenn era una verdadera obra de arte. Imposible! hacerla caer de un empujón. Constaba de cuatro barrotes hundidos en el suelo, sobre los cuales habían sido clavadas dos anchas tablas. La mesa tenía aspecto de haber sido fregada escrupulosamente. Había dos banquetas hechas can ramas de árboles. Los asientos estaban cubiertos con pieles de cordero.

En el ángulo derecho de la habitación había un curioso montón de leña cortada con hacha. Detrás de la leña es- taba colgada una silla de montar y su manta correspondiente, riendas y espuelas. Del pomo del! arzón colgaba un viejo sombrero de anchas alas. De la pared, un poco más arriba, pendía una lámpara que se apoyaba en un rollo de cuerda y que Carley supuso sería un lazo. Bajo un estante, en el' que había una maleta, vio Carley unas cuantas prendas de vestir de tosco aspecto.

Carley observó que su retrato y la maleta eran las únicas pruebas de la relación que tenía la vida de Glenn con el Este. Aquello le hizo un efecto inesperado. ¿Qué se había imaginado? Después de haber pasado revista nuevamente a la habitación, abrumó a Glenn a fuerza de preguntas. Glenn le enseñó la fuente que tenía delante de la casa y el banquito sobre el cual se encontraba el barreño y el jabón. Carley lió muestras de un gran asombro al ver la empapada toalla que tenía Glenn. Se sentó en las banquetas, se tumbó en el diván y revolvió el contenido del armario. Echó leña al fuego, y, finalmente, cuando hubo terminado sus investigaciones, se sentó en una banqueta y se quedó mirando a Glenn con respeto, admiración e incredulidad.

-¿Glenn, es posible que hayas vivido aquí! -exclamó.

-Desde el otoño último, antes de que empezara a nevar - contestó él sonriendo.

-¿A nevar? ¿Nevó de verdad? - preguntó la muchacha.

-Ya lo creo. Estuve una semana entera bloqueado por la nieve.

-¿Por qué elegiste un sitio tan solitario y tan lejos de Lodge? -preguntó Carley lentamente.

-Quería estar solo -contestó Glenn brevemente.

-Es como una especie de tienda de campaña para pasar la noche cuando estás en el monte, ¿no?

-Carley, es mi hogar -contestó el muchacho con voz dulce y enérgica.

Carley no le había oído hablar nunca en aquel tono. Esto hizo que permaneciera silenciosa durante algún tiempo. Se dirigió hacia la puerta y contempló la enorme muralla, que le parecía más bella y más aterradora que nunca. Sus ojos se llenaron de lágrimas. No comprendía a qué se debía aquella emoción, y se sentía avergonzada de ella, ocultándoselo a Glenn. Había un terrible abismo que le separaba de su amado, y comprendía que no era él quien tenía la culpa. Aquella cabaña, que Glenn calificaba de hogar, le produjo un desconcierto que no se podía analizar en un momento. Finalmente, se volvió hacia él con una exclamación de alegría. Trató de apartar de su imaginación la idea de aquella cabaña tosca y primitiva; tenía un poder inescrutable sobre una parte de su ser, que nunca había adivinado poseyera. Hasta las piedras del hogar parecían hablar de un remoto pasado, y el dulce e intenso aroma de madera quemada la hacía estremecerse hasta los huesos. ¡Qué poco se conocía! Pero tenía la suficiente inteligencia para comprender que en ella había una mujer, un ser femenino, y que a eso se debía, precisamente, que los leños y las piedras le produjeran aquella sensación que le habían legado las mujeres de otras épocas. Aquella emoción, aquel apresuramiento de los latidos de su corazón, aquel recuerdo vago que la perseguía, como si se tratara de alguna aventura infantil ocurrida hacía muchos años, aquella sensación de miedo, todo aquello persistía e iba en aumento, mientras trataba de mostrar a Glenn lo orgullosa que estaba de él y de decirle lo graciosa que le parecía su cabaña.

Glenn trató de abordar la cuestión de su trabajo en el Oeste una o dos veces. Lo hizo titubeando, y con voz en la que se reflejaba la ansiedad. Al menos, eso le pareció a Carley. Pero la muchacha deseaba estar con él un rato sin tratar de asuntos desagradables. Estaba completamente convencida de que no le agradaría el trabajo que llevaba a cabo su prometido. Al principio había tenido la intención de empezar inmediatamente a persuadirle, con todas sus fuerzas, de que volviera con ella a Nueva York, o, cuando menos, durante aquel mismo año. Pero la tosca cabaña de madera la había hecho dominar su impulso. Comprendió que quizá fuera contraproducente el apresurarse.

-Glenn Kilbourne, ya te he dicho por qué he venido a verte al Oeste - dijo alegremente -. Bueno, puesto que aún sigues queriendo a la novia que dejaste en Nueva York, deberías de entretenerla un rato antes de empezar a hablar de asuntos de negocios.

-Muy bien, Carley -contestó Glenn, riéndose-. ¿Qué quieres que hagamos? Tienes todo el día a tu disposición. Ojalá estuviéramos en junio. Si no te enamorabas entonces del West Fork, había que reconocer que no servías para nada.

-Glenn, yo me enamoro de las personas y no de los sitios - contestó ella.

-Ya lo recuerdo. Y ésa es una de las cosas que no me agradan en ti. Pero no riñamos. ¿Qué quieres que hagamos?

-Podemos pasear por los alrededores hasta que me entre el apetito. Después volveremos aquí y me prepararás la comida.

-¡Magnífico! ¡Oh, ya sé que estás muerta de curiosidad por ver cómo lo hago! Bueno, quizá se quede usted muy sorprendida, señorita.

-Vámonos -insistió Carley.

-¿Quieres que me lleve el fusil o la caña de pescar?

-No quiero que te lleves más que a mi persona -contestó Carley-. ¿Qué papel hace uña muchacha yendo con un hombre, si éste tiene ocasión de cazar o pescar? Salieron juntos y cogidos de la mano. La mitad del cielo que cubría sus cabezas estaba lleno de grises nubes que avanzaban rápidamente. El resto estaba azul, pero iba ensombreciéndose lentamente, adquiriendo un aspecto tormentoso. ¡Qué frío era el aire! Carley sabía ya por experiencia que en cuanto se ocultaba el sol se enfriaba considerablemente la atmósfera. Glenn la condujo por un camino que bajaba hasta el río. Al llegar a la orilla, la cogió tranquilamente entre sus

Librodot

brazos, aparentemente sin la menor dificultad, y cruzó lentamente la corriente, besándola media docena de veces antes de volver a depositarla sobre el suelo.

-Glenn, lo has hecho con tanta facilidad, que sospecho que lo practiques de cuando en cuando - dijo la muchacha.

-No. Pero es que eres linda y dulce como lo eras hace cuatro años. Me has hecho trasladarme a aquella época.

-Gracias. Eres un encanto. Me siento un poco maliciosa, y desearía que tuviéramos que cruzar el río muchas veces.

Aunque la atmósfera era primaveral y fresca, ni la tierra de color pardusca ni los árboles estaban muy verdes. Los bosques de algodoneros tenían un color verde claro, y parecían llenos de plumas. La larga hierba era de un tono blanquecino, y junto a la tierra aparecían nuevas briznas diminutas de vivo color verde. Vieron unos árboles pequeños que parecían rodeados de una funda. Tenían muchas hojas y se veían en ellas restos de ramas muertas. Glenn dijo que eran cedros, y aunque eran grotescos, a Carley le gustaron. Podía uno aproximarse a ellos, pues no eran majestuosos y enormes como los pinos. Además, olían de una manera muy dulce, y, sobre todos los demás atractivos, tenían el de protegerle contra el fuerte viento. A Carley le agradaba' más descansar que andar.

También le parecieron interesantes los enormes peñascos de roca roja que habían caído de la montaña. Sobre todo, le agradaba mucho su aspecto cuando el sol aparecía durante algunos instantes, dejando ver su verdadero color. La divertía andar por encima de los troncos de los caídos pinos. Glenn andaba junto a ella y le daba la mano. Carley buscó en vano flores y pájaros. Los únicos seres vivientes que vio fueron las truchas, que le enseñó Glenn al pasar por delante de los límpidos remansos del río. Los enormes guijarros, que se alineaban como si' hubieran sido ganados que se dirigieran a beber agua en el río; las oscuras cuevas que había bajo las rocas, donde el agua murmuraba con sonido burlón; las grises plantas de poca altura, con su forma puntiaguda, que parecían antiquísimas, con un largo tronco en el centro que sobresalía irguiendo su arrogante cabeza, y que Glenn llamó cactos; las estrechas gargantas con sus perpendiculares paredes rojas, donde el río caía en cascadas ambarinas y blancas de peña en peina, saltando y cantando su melodía acuática, todo aquello tenía un encanto para Carley, que estaba fascinada por los diferentes aspectos de aquella salvaje tierra. Parecían símbolos de los solitarios pieles rojas y sus antepasados. Aquel rudo contraste hacía que se desearan más vehementemente que nunca las comodidades y convenciones de la civilización. La teoría del hombre cavernario no le interesaba a Carley más que como un aspecto de la mitología. La cañada en que vivía Glenn se hacía cada vez más solitaria, salvaje y grandiosa. Carley se vio forzada, finalmente, a fijar su atención en las inconmensurables alturas de las cañadas y separar la vista de lo que había en su fondo. ¡Qué diferencia más enorme! Lo que veía junto a ella le parecían objetos conocidos, que podía coger al pasar y dejarlos atrás después. Pero las rocas de oro y púrpura que se recortaban contra el cielo, las alargadas peñas, los riscos donde anidaban las águilas, las elevadas y distantes murallas, donde se veían las huellas de las luchas de los dioses, todo aquello la perseguía, porque nunca podría poseerlo. Carley había contemplado con frecuencia los Alpes como célebre panorama. Los admiraba, se daba cuenta de su belleza, pero después se olvidaba de lo que había visto. En, cambio, las alturas de la cañada no le causaban aquel efecto. Le producían una ligera sensación de desagrado, y como no comprendía en qué consistía aquel desagrado, acabó por decidir que era de sí misma. Ver, contemplar, soñar, buscar, esforzarse, resistir, encontrar. ¿Era aquélla, acaso, su significación? Su vista podía hacerla pensar en lo vasta que era la tierra, en su eternidad y sus insondables misterios. ¡Pero, qué más podía recordarle l La tormenta que amenazaba hacía ya un rato ennegreció el cielo, y una serie de grises nubes se deslizaban rápidamente, ocultando el borde de la cañada. Empezó a llover y caer aguanieve. El viento soplaba por entre los pinos, ahogando el ruido producido por el río. De repente,

empezó a hacer un frío intensísimo. Carley había olvidado sus guantes, y los bolsillos: de su vestido no servían para protegerla. Glenn la condujo a un escondrijo resguardado. Una roca que sobresalía y un grupo de pinos jóvenes disminuían la fuerza del viento. Carley se sentó sobre una fría roca, se apretó contra Glenn y se sintió profundamente desgraciada. Glenn no sólo parecía contento, sino que se sentía completamente feliz.

-Esto es magnífico -dijo.

Llevaba el abrigo abierto, las manos sin guantes, y con templaba y oía la tormenta con delicia manifiesta. Carley no quería dejar traslucir su cobardía, y, en consecuencia, se resignó a su sino. Le parecía que sus entumecidos dedos se convertían en hielo, y su sensitiva nariz se le iba helando, asimismo, lentamente, produciéndole intenso dolor.

Sin embargo, la tormenta pasó antes de que Carley diera pruebas evidentes de su humillante desesperación. Consiguió andar al mismo paso que Glenn, y el ejercicio la hizo entrar en calor. Cada vez que tenía que subir una cuesta, por muy ligera que fuera, tenía luego gran dificultad en recobrar el ritmo de la respiración. No había duda de que en la cañada soplaba el aire en gran abundancia, pero sin saber por qué parecía faltarle. Cuando llegaron a la cabaña, Carley estaba empapada, rígida, helada y rendida. ¡Qué agradable le parecía estar bajo cubierto y junto al tibio hogar! Carley vio la cabaña desde un nuevo punto de vista y reconoció que, al fin y al cabo, no estaba del todo mal.

-Ahora hagamos un buen fuego y después comeremos -anunció Glenn, con el aire de alguien que pisa terreno firme.

-¿Pueda ayudarte en algo? -preguntó Carley.

-Hoy, no. No quiero que me hagas en este momento ninguna demostración de tu ciencia doméstica

Carley no tenía ningún interés en dar muestras de su ignorancia. Miraba a Glenn con creciente curiosidad e interés. Lo primero que hizo fue echar leña al humeante fuego.

-Tengo jamón y cordero criados por mí mismo -anunció Glenn, dándose importancia -. ¿Qué prefieres comer

-¿Que los has criado tú? ¿Qué quieres decir? -preguntó Carley.

-Querida mía, tan cegada has estado por la multitud, que no ves las necesidades de la vida doméstica. Quiero decir que tengo aquí carne de cerdo y de cordero criados por mí mismo. Por eso te he dicho que tenía cordero y jamón. ¿Qué prefieres comer?

-Jamón! - exclamó Carley con incredulidad.

Sin pronunciar más palabras, empezó Glenn a moverse activamente de un lado para otro. Carley seguía atentamente todos sus movimientos. Un hombre que desempeña los menesteres femeninos resulta siempre gracioso. Tratándose de Glenn Kilbourne, ¿no iba a interesarle? Evidentemente, sabía lo que se hacía, porque todos sus movimientos eran rápidos y seguros. Fue colocando bolsas, latas, sacos, cacerolas y demás utensilios sobre la mesa. Después arregló con el pie algunos leños del ardiente fuego, que se, habían salido de su sitio. Salió de la cabaña y volvió a entrar, llevando un cubo de agua, un barreño, toalla y jabón. Después descolgó dos cacerolas pequeñas de hierro, con pesadas tapaderas. Eran de forma muy extraña. Las dos cacerolas tenían asas de alambre. Quitó las tapaderas y puso las cacerolas sobre el fuego, o, mejor dicho, dentro de él. Echó agua en el barreño y procedió a lavarse las manos. A continuación cogió una cazuela grande y la llenó de harina hasta la mitad. Añadió un poco de levadura y sal. Fue una lección para Carley el verle repasar la harina entre sus diestros dedos para hacer desaparecer los terrones. Después se arrodilló delante del fuego, y, levantando una de las cacerolas con un palo en forma de tenedor, procedió a limpiarla y frotar el fondo con un poco de grasa. En seguida arregló con el mismo palo los rojos carbones y colocó encima la cacerola. Quitó, asimismo, el otro cacharro de la lumbre, dejándolo muy cerca del fuego.

-Qué, ¿observas? -dijo orgullosamente, mirándola de repente-. ¿No te dije que te sorprenderías?

-No te ocupes de mí. Nunca me he sentido tan feliz ni tan asombrada -contestó Carley.

Glenn volvió hacia la mesa y sacó algo de una gran lata de color rojo. Se detuvo un momento para mirar a Carley.

-¿Sabes hacer galletas, muchacha? -preguntó. -Quizá lo sabía en mis tiempos de colegiala, pero lo he olvidado - contestó ella.

-¿Sabes hacer tarta dé manzana? - preguntó Glenn imperiosamente.

-No - contestó Carley.

-Entonces, ¿cómo piensas dar gusto a tu marido?

-¿Cómo? Pues casándome con él, supongo -contestó Carley como pensando un problema.

-Ése ha sido el punto de vista universal de las mujeres durante muchos años -dijo Glenn accionando con una mano cubierta de harina-. Pero esas ideas no les sirvieron de nada a las mujeres de la Revolución y de los exploradores. Y ellas fueron, precisamente, las que formaron 1'a nación. Si sobrevivimos a esta época, tampoco les servirá de nada a las mujeres del futuro.

-¡Glenn, tú estás loco! -exclamó Carley sin saber si debía echarse a reír oponerse seria -. Hablabas de los trabajos humildes de las mujeres de casa.

-Precisamente. Las cosas humildes, que fueron la base de la gran nación americana. Me refiero al trabajo y a los hijos.

Carley se limitó a mirarle llena de asombro. La mirada que Glenn fijó en ella, la súbita intensidad y pasión de sus, palabras, hicieron que le pareciera estar mirando hasta el fondo del alma de su prometido. Quizás empezó a hablar en broma, pero no había duda de que acabó hablando completamente en serio. Tuvo la sensación de que, en realidad, no conocía a aquel hombre. ¿Condenaría en su fuero interno su manera de ser? Enrojeció estremeciéndose, y se sintió aliviada al ver que Glenn había vuelto a sus tareas domésticas. Mezcló la mantequilla con la harina y empezó a trabajar la masa concienzudamente. Cuando le satisfizo la consistencia que adquirió aquella mezcla, cogió un puñado, hizo con él una bola y, aplastándola con la palma de la mano, le dio la forma de una galleta. A continuación la puso en el horno, que había colocado sobre las brasas. Rápidamente hizo ocho o diez galletas y las colocó todas en el horno, como había hecho con la primera. Después cubrió la cacerola con la pesada tapadera de hierro y, valiéndose de un tosco cogedor, hecho de una lata desenrollada, cogió unas cuantas brasas rojas y las colocó sobre la tapadera. Después peló y cortó unas cuantas patatas y las puso a un lado dentro de una cazuela. Sobre las brasas del fuego había asimismo una pequeña cafetera negra medio llena de agua. A continuación cogió un inmenso y pesado cuchillo, que a Carley le pareció de siniestro aspecto, y cortó unas cuantas lonchas de jamón. Las puso en la otra cacerola, que dejó destapada. Quitó el saco de la harina y demás impedimentos de encima de la mesa, y empezó a poner cubiertos para dos. Los platos y las tazas eran de porcelana azul, y los cuchillos, cucharas y tenedores, de sólido aspecto y de una absoluta sencillez. Salió de la cabaña y volvió a entrar con un pequeño cántaro lleno de mantequilla. Evidentemente, la tenía dentro del pozo o en sus cercanías. Estaba húmeda, fría, y su aspecto era de una gran dureza. Después levantó un poco la tapadera de la cacerola que contenía las galletas y miró a su interior. De la otra cacerola salía gran cantidad de humo y un sabroso aroma, que a Carley le pareció agradabilísimo. La cafetera había empezado a humear. Glenn dio vueltas a las lonchas de jamón, valiéndose de un largo tenedor, y las contempló durante unos instantes. A continuación puso sobre la mesa latas de tres tamaños diferentes y Carley supuso que debían contener azúcar, sal y pimienta. Glenn no se ocupaba de la muchacha, y actuaba como si ésta no estuviera en la habitación siquiera. Miró de nuevo cómo iban las galletas. Colocó un plato de porcelana junto a las brasas y fue depositando

cuidadosamente las lonchas de .jamón. Carley no necesitó ver aquellos preparativos para notar que tenía verdadero apetito, pero, al ver el jamón, sintió despertársele aún con más fuerza. Hecho esto, vertió el contenido de la cacerola de las patatas dentro de la otra cazuela. Carley pensó que aquel cacharro debía de estar ardiendo. A continuación destapó la cacerola de las galletas, que habían adquirido un tono dorado, y, evidentemente satisfecho, las apartó de la lumbre. Revolvió una y otra vez las patatas y echó dentro de la cafetera dos cucharadas colmadas de café.

-Carley -dijo finalmente, volviéndose hacia ella con una sonrisa muy tierna -, aquí, en el Oeste, el cocinero grita generalmente cuando la comida está preparada: el que quiera comer que corra y coja lo que le apetezca. Acércate la banqueta.

Y Carley se encontró sentada ante aquella tosca mesa frente a Glenn, con la leña cortada como fondo y llenos los ojos del humo del hogar. Hacía algunos años se había sentado junto a él rodeada de la suave y discreta luz amarilloverdosa del Astoria, de la suntuosa atmósfera del, St. Regis. Pero aquella ocasión era tan diferente de las otras, tan asombrosa, que comprendió tendría una significación ilimitada. ¡Qué aspecto tenía Glenn! Nunca le había visto con semejante expresión. Se sentía maravillosamente feliz de tenerla junto a él. Estaba francamente orgulloso de aquella comida que había preparado en media hora, y la miraba de un manera extraña, como si la estuviera examinando. Todo aquello podía haber influido en los sentimientos de Carley, haciéndola sentir una emoción dulce e intensa, pero tenía mucho apetito, y, el almuerzo estaba tan bueno, que sólo ello bastaba para que aquel momento le pareciera memorable. Comió hasta sentirse avergonzada de sí misma. Se rió con gana, charló y se condujo amorosamente con Glenn. De repente se le ocurrió una idea, y preguntó bruscamente:

-Glenn, ¿te ha enseñado a guisar Flo?

-No. Cuando estábamos en el campo procuraba siempre hacer algo útil. Además, tuve la suerte de tropezarme con un viejo que era un cocinero maravilloso. Vivió conmigo durante algún tiempo... Pero, ¿qué hubiera importado que me hubiera enseñado Flo?

Carley sintió que la sangre enrojecía su rostro.

-No sé por qué me ha de importar, pero, sin embargo, me alegro de que no haya sido ella la que te ha enseñado. Prefiero que ninguna muchacha te enseñe lo que yo no puedo enseñarte.

-Entonces, te parece que soy bastante buen cocinero, ¿no? -preguntó Glenn.

-Es la comida que he comido más a gusto en toda mi vida.

-Gracias, Carley. Eso es una gran ayuda para mí -dijo alegremente mientras sus ojos brillaban con fulgor alegre y a la vez grave-. Espera sorprenderte. Desde que estoy aquí he descubierto que me gusta hacer las cosas bien. El Oeste tiene el don de hacer que la gente se esfuerce en conseguirlo. Debe de ser alguna ley que no está escrita aún. Tiene uno que hacerlo todo, valiéndose de sus propias fuerzas. En el Este, las comidas no son más que ocasiones por las que hay que pasar rápidamente. Sirven para vestirse de, etiqueta, para ver a alguna, persona, para comer, porque no hay más remedio que hacerlo. Pero aquí son una cosa completamente diferente. No sé cómo explicártelo. En la ciudad, tanto los cosecheros como los comerciantes y camareros, le sirven a uno porque se les paga. Las comidas son una transacción, y no tienen significación alguna. El dinero es lo que le libra a uno de morirse de hambre. Pero en el Oeste, el dinero no tiene gran importancia. Hay que trabajar para vivir.

Carley apoyó sus codos en la mesa y le miro llena de curiosidad y admiración.

-Chico, eres maravilloso. Te aseguro que estoy orgullosísima de ti. ¡Mira que venir al Oeste, débil y enfermo, y luchar hasta recobrar la salud, y aprender a valerte de ti mismo en absoluto! Es magnífico, y estoy maravillada. No puedo acabar de comprenderlo. Quiero pensarlo muy detenidamente. Sin embargo, te...

-¿Qué? - preguntó Glenn al ver que Carley titubeaba.

-¡Oh, no hablemos de eso en este momento! -contestó la muchacha, apartando rápidamente la mirada hacia otro lado.

Hacía tiempo que era de noche cuando volvió Carley a Lodge, y, a pesar de lo desagradable que era el fuerte viento que azotaba su rostro cuando subía por el camino, fue un día completamente inolvidable. Glenn le había mostrado plenamente el amor que hacia ella sentía, con toda clase de atenciones. Había sido camarada, enamorado, todo cuanto ella podía desear. Y aparte de aquellas extrañas palabras que dijo respecto al trabajo y a los hijos, no habían hablado de nada serio. ¡Un día de asueto en su cañada y en su cabaña! ¿Pero se sentía satisfecha de sí misma acaso? Su espíritu se sintió invadido por una sensación vaga y desconcertante,

IV

A principios de mayo hubo dos días seguidos de buen tiempo, y Mrs. Hutter decidió que, en vista de ello, convendría subir al desierto para echar un vistazo a sus rebaños de corderos. Naturalmente, Glenn iría en su compañía.

-Carley y yo seremos también de la partida - afirmó Flo.

-Me parece muy bien - asintió Hutter con un movimiento de cabeza.

Su mujer opinaba asimismo que a Carley le entusiasmaría la vista del bellísimo desierto que había alrededor de Sunset Park. Glenn, sin embargo, no parecía muy seguro.

-Carley, será una excursión muy penosa. Tú eres débil y te rendirá el cansancio, pues tenemos que montar a caballo y dormir en tiendas de campaña. Sería mejor que fueras acostumbrándote gradualmente.

-Hoy recorrí diez millas a caballo -contestó Carley-. Y no me cansé mucho.

Aquellas palabras no reflejaban absolutamente la verdad.

-Carley es sana y fuerte -protestó Flo-. Se cansará, pero eso no la va a matar.

Glenn clavó en Flo una mirada penetrante, y dijo -Puedo llevar a Carley en el coche.

-El coche no puede pasar por las llanuras de lava, ni rodearlas siquiera. Tendríamos que mandar caballos desde varias millas de distancia en vuestra busca. De ir, no hay más remedio que montar a caballo.

-Claro que iremos a caballo - dijo Flo -. Carley es mucho más valiente que la muchacha que estuvo aquí el verano pasado.

-Eso me parece a mí también. Y así lo espero, porque ya recordarás lo que le pasó a miss Spencer después de haber ido a caballo a Long Valley -contestó Glenn.

-¿Qué le pasó? - preguntó Carley.

-Cogió un enfriamiento muy fuerte, se le peló la nariz y toda la cara y tuvo unas agujetas enormes de montar a caballo, Se estuvo dos días en la cama. Durante el resto de su estancia aquí no tuvo ánimos para nada, y no volvió a montar a caballo ni una sola vez.

-¡Oh!, ¿es eso todo? -contestó Carley con fingida sorpresa.

-De tu tono deduje que miss Spencer había tenido que sufrir grandes incomodidades a consecuencia de su paseo a caballo... Mira, Glenn, aunque no estoy acostumbrada a estas cosas, no soy ninguna niña delicada de esas que se cansan en cuanto dan un paso.

-Querida mía, me doy por vencido - contestó Glenn riéndose.

-En realidad, estoy encantada con, la; idea. Pero si ocurre algo, no me eches la culpa a mí. Tengo la seguridad de que una excursión larga a caballo, en primavera, y por el desierto, te hará llegar a conocerte a ti misma muy a fondo.

Librodot

Al día siguiente, por la tarde, se encontró Carley montada en un pequeño mesteño, voluntarioso e indomable a más no poder. Iba detrás de sus amigos, atravesando un bosque de cedros que conducía a un lugar llamado Deep Lake.

Hacía varias horas que había emprendido la marcha, y Carley no había podido aún darse cuenta de la belleza del paisaje que recorría, ni del placer de su paseo a caballo.

En primer lugar, no veía a su alrededor más que cedros raquíticos y rocas de color parduzco. En segundo lugar, aquel potro indio que montaba había descubierto que no era una experta amazona, y se aprovechaba del hecho. A Carley no le consolaba la idea de que Glenn le hubiera aconsejado que no montase aquel potro. En cambio, Flo había aprobado la elección de Carley, y Mrs. Hutter hizo otro tanto riéndose a carcajadas y diciendo:

Déjala que monte el caballo que quiera.

Poco tardó Carley en comprender a qué venía la risa de Tom Hutter. Aquel caballo era terriblemente indómito. El joven pastor que lo había ensillado le había dicho cuál era su nombre.

-No tiene un nombre muy bonito -dijo riéndose y rascándose la cabeza.

-Todos le llamamos Spillbeans[3].

-¡Hum! ¡Qué nombre más poético! -exclamó Carley-. Pero, según Shakespeare, el nombre es lo de menos. Le montaré.

Hasta aquel instante no había sido necesario completar aquella frase. Pero después de subir cinco millas atravesando el bosque de cedros pensó que quizá no avanzara mucho más. Spillbeans había marchado bastante bien hasta que llegó a una extensión de terreno cubierto de larga hierba, que se agitaba movida por el viento. Entonces manifestó tener hambre, y mostrándose completamente insubordinado, acabó por dar señales de la más absoluta hostilidad. Carley había tratado de hacerle andar tirando de las riendas y dándole terminantes órdenes. Pero todo había sido en vano. Carley le golpeó en los flancos con el pie, y Spillbeans lió un brinco que la hizo saltar de la silla. En el momento en que volvía a caer, saltó nuevamente de aquella manera tan extraña, yendo a su encuentro. La muchacha creía que aquellos brincos iban a dislocarle todos los huesos de su cuerpo, a juzgar por los dolores que sentía. Pensó en lo ridículo de su aspecto, y, además, comprendió que Spillbeans no era un caballo a quien se pudiera llevar la contraria. Cuando deseaba comer hierba, se detenía, y, en su consecuencia, iba Carley siempre detrás de los demás, cosa que no la desagradaba. A pesar de sus genialidades, no parecía que Spillbeans quisiera perder de vista a los demás caballos.

Flo esperó varias veces a que Carley les alcanzara.

-Se está burlando de ti, Carley. Debían haberte puesto espuelas. Corta una rama y pégale.

A continuación golpeó el flanco del caballo con las riendas del suyo, y aquel castigo hizo que Spillbeans empezara a trotar. Carley estaba convencida de que a ella no le haría ningún caso aunque le pegara. Y los golpes de Flo y de Glenn hicieron que Spillbeans se mantuviera al trote durante un par de millas. Carley decidió que el trote de un caballo es la cosa más molesta del mundo. Su incomodidad iba en aumento, y empezó a sentirse completamente dolorida. Poco a poco fue haciéndosele inaguantable. Pero el orgullo la hizo resistir, hasta que, de repente, le pareció que alguien le había dado una puñalada en el costado. Aquel dolor tan intenso e inexplicable debía ser lo que Glenn había llamado el' «pinchazo», que le da a uno en el costado cuando no tiene costumbre de montar a caballo. Carley estuvo a punto de dejar escapar un grito. Hizo que el potro anduviera al paso y se hundió en la silla hasta que desapareció el dolor. ¡Qué alivio más consolador!

Carley comprendió claramente la diferencia que había entre montar a caballo en el Central Park y en Arizona. Deploró haber elegido tan mal su montura. Spillbeans tenía un

[3] Spill, tirar; beans, judías.

Librodot

aspecto muy atractivo, pero el' montarlo era altamente desagradable. Flo había dicho que su paso parecía el balanceo de una mecedora. Según Carley, el pastor, aquella muchacha del Oeste le jugaría algunas malas pasadas durante su estancia en Arizona. Fuera como fuera, Spillbeans dio muestras, de repente, de desear alcanzar a los otros caballos y se puso al trote.

Carley trató en vano de hacerle disminuir la marcha, y el suplicio comenzó de nuevo.

Le parecía que tenía roto el tobillo izquierdo. El estribo era pesado, y el cansancio no la permitía tratar de evitar que su peso le torciera el pie hacia dentro. La parte inferior de la rodilla derecha le dolía intensamente, y no eran esos sus únicos dolores. Carley esperaba aterrorizada a que se le repitiera la punzada del costado. Sabía que si volvía a sentirla caería del caballo irremisiblemente. Pero, por fortuna, en el momento en que se empezaba a sentir dominada por la debilidad y el mareo, los caballos de delante aminoraron el pasa al descender por una pendiente. El camino bajaba haciendo zigzag hasta el fondo de una profunda cañada. Carley sintió que los dolores disminuían. En la vida había experimentado tal gratitud al sentirse aliviada.

La tarde estaba muy avanzada y la puesta del sol aparecía envuelta en una neblina gris. A Hutter no le agradó el aspecto de aquellas nubes.

-Me temo que tengamos mal tiempo.

A Carley no le preocupaba en absoluto aquella cuestión. ¡Qué le importaba que hiciera mal tiempo, si a causa de él podía bajarse por fin del caballo! Glenn iba a su lado, y lo preguntó solícitamente si le había ido bien en la excursión. «¡Ha sido el paseo más encantador de mi vida! », mintió la muchacha heroicamente. Y se sintió aliviada al ver que su prometido la creía y se complacía en ello. Cuando atravesaron la cañada, vio que el desierto de cedros adquiría mayor altura y cambiaba de aspecto. Los árboles eran mayores, más verdes, con más follaje y más espesos. Los claros estaban cubiertos de hierba descolorida, y por todas partes se veían rocas cubiertas de liquen. Había asimismo algunos pequeños cactos y unas flores de color rojo vivo que Flo llamó arbustos indios de arrebol, y que daban una nota de color al tono gris del paisaje. Glenn señaló las oscuras masas de nubes que rodeaban los picos. Hacia el Oeste, el panorama era sombrío y triste.

Finalmente, los hombres y los caballos de carga, que iban delante, se detuvieron en un terreno llano, cubierto de hierba y de pequeños árboles. Al fondo se veía una cadena de colinas, redondeadas y suaves, de color gris; y más allá, una masa oscura de enormes montañas. Carley vio brillar agua entre los árboles; probablemente Spillbeans la vería u olería, porque emprendió el trote, con gran desesperación de la muchacha, que había llegado ya al límite de su resistencia y su paciencia. Tiró de las riendas, y al ver que Spillbeans se obstinaba en seguir andando, le dio un golpe con el tacón. Entonces ocurrió lo que tenía que ocurrir forzosamente. Sintió que las riendas se le escapaban de la mano, y que se despegaba de la silla de un salto. Al caer nuevamente, vio que de nuevo empezaban los brincos que - tanto la molestaban.

¡Mirad! - gritó Flo -. El potro de Carley se va a encabritar.

Agárrate bien, Carley -gritó Glenn.

Carley trató desesperadamente de seguir aquel consejo, pero Spillbeans la lanzó fuera de la silla. Cayó nuevamente sobre el lomo del caballo, y empezó a escurrirse de un lado para otro. Asustada y furiosa, trató de agarrarse con la mano a la silla, mientras sujetaba con las rodillas al potro. Spillbeans se puso a saltar de nuevo y Carley soltó la silla, y, después de haberse escurrido por el musculoso lomo del potro, cayó al suelo invadida por una terrible sensación de debilidad, que parecía hacerle un nudo en la garganta. Spillbeans se dirigió al trote hacia el agua.

Carley se sentó antes de que Flo y Glenn llegaran junto a ella. Se veía claramente que estaban preocupados por lo ocurrido, pero les faltaba muy poco para echarse a reír. Carley

sabía que no se había hecho nada, y tan feliz se sentía de haberse bajado del caballo, que hubiera reído de buena gana.

-¡Qué bien le va el nombre a ese animal! -dijo-. A mí me ha tirado al suelo, sin duda alguna, y me temo que parezca un verdadero saco de judías.

Carley, ¿no te has hecha daño? -preguntó Glenn riéndose, mientras la ayudaba a levantarse,

-No; pero me siento ofendida en mi amor propio. Glenn soltó una alegre carcajada, y Hutter le hizo eco riéndose de manera estentórea. Flo, sin embargo, parecía tener el suficiente dominio sobre sí misma para no hacer demostración alguna. A Carley le pareció que tenía un aspecto extraño.

-Dijiste que se iba a encabritar, ¿no es así? - dijo Carley.

-¡Oh, en realidad, no se ha encabritado! No ha hecho más que dar unos cuantos saltos - contestó Flo, que al ver que Carley no se enfadaba, rió alegremente a su vez.

Carley, el pastor, sonreía, y parte de los hombres se volvieron, y Carley vio que les temblaban los hombros a consecuencia de su risa.

-Reíd si queréis, salvajes del Oeste -exclamó Carley-. Comprendo que ha debido de ser cómico, y quisiera tomar las cosas como es debido... Pero os apuesto cualquier cosa a que mañana vuelvo a montar el mismo caballo.

-Claro que sí - contestó Flo.

Evidentemente, aquel pequeño incidente estrechó más las relaciones de todos. Carley sintió que a su sensación de humillación seguía una de alegría y buen humor. Sus amigos esperaban que le ocurrieran cosas por el estilo de la que le había pasado, y ella había de hacer otro tanto, y sin ser osada ni pretender que no le importaba, debía por lo menos no resentirse con ellos.

Carley anduvo de un lado para otro para desentumecer sus chinchados y doloridos miembros, y aprovechó la ocasión para observar el campamento y lo que sucedía en él. Después de mirarlo un rato, aquel lugar tenía una atracción difícil de definir. Su vista abarcaba una gran extensión y aquellas colinas extrañas y simétricas de color -gris que se elevaban al norte la fascinaban y la repelían al mismo tiempo junto a ella empezaba una pendiente que acababa en un, lago rodeado de rocas y que quizá tendría una milla de circunferencia. A alguna distancia y junto al agua vio una tienda de campaña blanca y de forma cónica. En aquel paraje habían hecho hogueras que despedían columnas de humo azulado, y Carley vio moverse unas cuantas siluetas grises que tomó por corderos.

Los hombres descargaron y quitaron las sillas a los caballos. A continuación les ataron las patas delanteras uno con otro y les soltaron. Estaba anocheciendo y los hombres parecían llevar a cabo su trabajo atenta y rápidamente. Glenn cortaba la maleza que rodeaba a un cedro de gruesas ramas, donde, según dijo a Carley, iba a instalar una cama para ella y Flo. Lo único que vio Carley que pudiera servir para semejante menester fue un bulto cubierto de lienzo. Glenn soltó una cuerda que lo sujetaba, y desenrollándolo lo arrastró, colocándolo debajo del cedro. Extendió el lienzo, dejando ver una gran cantidad de mantas. Sacó de debajo de las mantas dos almohadas pequeñas y aplastadas, y poniéndolas en el sitio correspondiente, volvió hacia abajo parte de las mantas.

-Carley, métete dentro, tápate bien con las mantas y cubre éstas con este lienzo embreado. Si llueve, ponte el lienzo por encima de la cabeza, y no le preocupes más de la lluvia.

Aquel consejo era mucho más agradable dicho alegremente por Glenn que las posibilidades que sugería. Desde luego, aquel cedro no podía protegerla contra la lluvia y la nieve.

-Glenn, ¿y los animales, gusanos y demás? - preguntó Carley.

-Oh, hay algunas tarántulas, ciempiés y algún que otro escorpión. Pero no suelen aparecer por las noches. Lo único que te debe preocupar son las zorrillas, que producen la hidrofobia.

-¿Y qué es eso? -preguntó Carley, completamente horrorizada.

-Las zorrillas son mofetas, ¿sabes? -contestó Glenn alegremente-. A veces le muerde a uno un coyote rabioso y se hace uno terriblemente peligroso. No temas nada, y si te encuentras con él, es posible que te muerda en la cara. Es extraño, pero casi siempre le muerden a uno en la nariz.

-Desde que estoy aquí ha habido dos hombres víctimas de esa mordedura. Uno de ellos murió y el otro tuvo que ir al Instituto Pasteur con un ataque muy desarrollado de hidrofobia.

-¡Cielo santo 1 - exclamó Carley, horrorizada.

-No tienes por qué tener miedo - dijo Glenn -. Ataré uno de los perros cerca de tu cama.

Carley se preguntaba si aquel tono indiferente que empleaba Glenn había sido adoptado en su honor o si era Simplemente cuestión de asimilación de la vida del Oeste.

Era probable que el mismo Glenn fuera capaz de jugarle alguna mala pasada. Carley trató de acostumbrarse a la idea del desastre para no perder completamente la serenidad' cuando llegara el caso. Cuando anocheció empezó a soplar un viento frío y penetrante entre los cedros. Carley se hubiera acercado al fuego, aun en el caso de no haber estado demasiado cansada para intentar moverse de donde estaba. A pesar de sus dolores hizo justicia a la cena, quedándose asombrada al comprobar que tenía tanto apetito que no le importaba comer aquellos alimentos tan poco refinados y tan fuertes. Antes de que acabaran de cenar se había hecho completamente de noche, y la oscuridad y el viento les envolvían pesadamente como una manta. Carley se aproximó aún más al fuego y no se movió de allí, limitándose a estar unos ratos de frente y otros de espaldas para calentarse bien. Cuando estaba de frente le parecía que se le tostaban: las manos, el rostro y las rodillas, mientras que la espalda se le helaba completamente. El viento arrastraba el humo en todas direcciones. Cuando se volvía de lado para escapar del humo que se le metía en los ojos, produciéndole un gran escozor, parecía seguirla a todas partes. Los otros miembros de la partida estaban sentados cómodamente en sacos y rocas sin hacer mucho caso del humo, que tanto exasperaba a Carley. Glenn insistió dos veces en que se sentara en un asiento que le había preparado, pero prefirió estar de pie y moverse un poco por los alrededores.

Poco a poco fueron terminando los hombres sus tareas y se acercaron todos al fuego para descansar, mientras charlaban y fumaban. Glenn y Hutter se pusieron a hablar con unos mejicanos que evidentemente debían de ser pastores de ganado. La conversación parecía interesarles extraordinariamente. Si el viento y el frío no la hubieran incomodado tanto, quizás hubiera encontrado Carley muy pintoresca aquella escena. ¡Qué negra era la noche! Casi no podía distinguir el cielo. El viento agitaba las ramas de los cedros, y de la oscuridad llegaba hasta ellos el murmullo de las olas, que chocaban contra las rocas de la orilla. Glenn levantó una mano y dijo:

-Escucha, Carley.

La muchacha oyó entonces unos aullidos extraños y salvajes, entrecortados, penetrantes y terriblemente tristes. Aquel sonido la hizo estremecerse.

-Son coyotes -dijo Glenn -. Ese coro llegará a entusiasmarte. Escucha cómo ladran los perros contestándoles. Carley escuchó con interés, pero se inclinaba a dudar que llegaran nunca a entusiasmarle aquellos aullidos tan salvajes.

-¿Se acercan los coyotes a los campamentos? - preguntó.

-Desde luego. A veces le arrancan a uno la almohada de debajo de la cabeza - contestó Flo lacónicamente. Carley no hizo más preguntas. La Historia Natural no era su asignatura favorita, y tenía la seguridad de poder pasarse perfectamente sin trabar conocimientos de ninguna clase con los animales del desierto. Sin embargo, le pareció oír decir a uno de los

hombres: «Una fiera de gran tamaño ronda alrededor del ganado.» A lo que contestó Hutter: «Me parece que es un oso.» Glenn añadió: «Vi huellas recientes cerca del lago. ¡Es un animal enorme!»

El calor de la lumbre la atontó, hasta el extremo de que apenas' podía mantener la cabeza levantada. Tenía grandes deseos de acostarse, aunque fuera a cielo raso. Flo la llamó con las siguientes palabras: «Ven, vamos a andar un poco antes de acostamos.»

Carley se dejó conducir de un lado para otro por un espacio abierto que había entre algunos cedros. El extremo de aquel espacio abierto estaba muy oscura y sombría, rodeado por completo de aquellos poblados cedros de misterioso aspecto, y Carley se sintió invadida por un temor que se avergonzaba de confesar. Flo le habló elocuentemente de las delicias de la vida de campamento, diciéndole que cuanto más duro fuera el trabajo y más resistencia y dolor precisara, se recordaba con más placer y orgullo. Carley pesaba el valor de aquellas palabras cuando, Flo la cogió de repente por un brazo, murmurando con ansiedad:

-¿Qué es eso?

Carley se detuvo en seco. Habían llegado al final de aquel espacio libre y dieron la vuelta para emprender el regreso. El resplandor del hogar iluminaba pálidamente las sombras que había ante ellas. Los arbustos se agitaron y las frágiles ramas se quebraron. Carley sintió que le recorría la espalda un escalofrío.

-Debe de ser alguna fiera. Démonos prisa -susurró Flo. Carley no necesitaba que la empujaran. Parecía ser que Flo no pensaba echar a correr. Andaba de prisa mirando hacia atrás por encima de su hombro, y cogiendo a Carley del brazo rodeó un cedro de gran tamaño que tapaba parte de la luz del fuego. La oscuridad no era tan grande en aquel lugar. Carley vio en aquel mismo momento una cosa bastante baja que se movía y que tenía gran cantidad de pelo color gris. Se quedó tan aterrorizada que le fue imposible pronunciar palabra. El corazón le dio un terrible vuelco, pareciendo ir a detenérsele.

-¿Qué ves? - gritó Flo de manera penetrante, mirando hacia delante.

-¡Oh!... Ven, Carley. ¡Corre!

El grito de Flo dejaba ver que estaba completamente aterrorizada. Pero Carley parecía helada completamente en el sitio en que se encontraba. Tenía los ojos fijos en aquel objeto peludo de color gris. El animal se detuvo, y después siguió avanzando con mayor rapidez. Parecía aumentar de tamaño. Era un animal enorme. Carley se sintió incapaz de controlar su espíritu, ni su corazón, ni su voz, ni sus músculos. Las piernas le flaquearon. Estaba a punto de caerse. Un pánico terrible, helado y angustioso, dominó todo su cuerpo.

Aquella enorme silueta gris se acercó a la muchacha, que, a pesar del zumbido de sus oídos, oyó el ruido que producía el animal al andar. El animal dio un salto y Carley se quedó completamente petrificada. Después vio que aparecía la oscura silueta de un hombre que echaba a un lado una especie de abrigo color gris. ¡Glenn!

¡Carley, qué miedosa eres! -dijo Glenn quejándose risueñamente.

La muchacha cayó entre sus brazos. El alivio al ver que no corría peligro alguno la impresionó tanto como el terror que la había invadido. Empezó a temblar violentamente. Sus manos recobraron la fuerza suficiente para agarrarse a Glenn. El corazón y la sangre parecieron librarse de aquel poder helador del miedo.

-Creo que te asustaste realmente - continuó diciendo Glenn, inclinándose sobre ella.

-¡Asustarme! -balbuceó la muchacha-. ¡No puedo expresar por medio de palabras mi estado de ánimo! Flo volvió corriendo hacia donde estaba Carley, riéndose alegremente.

-Glenn, te tomó por un oso. ¡Noté que se quedaba rígida como un poste! ...

-¡Ja, ja, ja! Carley, ¿te gusta la vida de campamento?

-¡Oh! ¡Os burlasteis de mí! -exclamó Carley-. Glenn, ¿cómo has podido hacer semejante cosa?... ¡Ha sido una broma terrible! No me hubiera importado que me hubierais hecho algo razonable. ¡Pero esto! ¡Oh, no te lo perdonaré nunca!

Glenn dio pruebas de arrepentimiento y la besó delante de Flo de un modo que la consoló un poco.

Quizá llevé la broma demasiado lejos -dijo-. Pero creí que el susto no te duraría más que un momento, lo bastante para hacerte dar un grito y en seguida comprenderías de qué se trataba. Me puse una piel de carnero sobre mis espaldas y empecé a andar a gatas.

-Glenn, yo te tome por un monstruo prehistórico un dinosaurio o cosa por el estilo - contestó Carley. Cuando volvieron junto al grupo de los que estaban alrededor del fuego del campamento, resultó que todo el mundo estaba al corriente de aquella broma y que se divirtieron grandemente con lo ocurrido.

-Eso la hace más nuestra -dijo Hutter genialmente-. Todos hemos sufrido esta clase de sustos.

Carley se preguntó si su constitución le permitiría resistir aquella clase de bromas. En lo más profundo de su corazón sentía el haberse visto forzada a dar pruebas de su cobardía; pero después comprendió que en realidad nadie se había dado cuenta del estado en que se puso, limitándose a encontrarlo divertido.

Poco después de aquel incidente, Hutter empezó a silbar. Aquélla era la señal de acostarse, y Carley, siguiendo las instrucciones de Flo, se sentó en la cama, se quitó las botas, dobló el abrigo y el chaleco de lana, poniéndolo bajo su cabeza, y se deslizó bajo las mantas. ¡Qué cama más extraña y más dura! Sin embargo, Carley se sintió invadida por la sensación más deliciosa de alivio y descanso que había experimentado nunca. Se tumbó sobre la espalda y pensó que nunca había apreciado en su verdadero valor el lujo que representaba el estar echada.

Flo se acostó junto a ella como una hermana y dijo:

-No te tapes la cabeza. Si llueve me despertaré y echaré sobre nosotras el lienzo impermeabilizado. Buenas noches, Carley.

A los pocos momentos pareció quedarse dormida. Carley, sin embargo, no podía dormirse. Tenía demasiados dolores; todavía le duraban los efectos del susto que le habían dado; y la negrura de la ,noche, las ráfagas de frío viento que azotaban su rostro y el terrible desamparo que sentía en aquella cama, eran sensaciones tan nuevas y desconcertantes que le era imposible dominarlas en seguida. Estaba con los ojos muy abiertos mirando fijamente las densas sombras grises que rodeaban las vacilantes luces que había sobre los cedros. Por fin decidió que por una vez en la vida merecía la pena sufrir todas aquellas penalidades para contemplar lo que contemplaba en aquellos momentos. ¡Qué concesión para el Oeste de Glenn! En lo más secreto de su imaginación no tuvo más remedio que confesar que si su vanidad no hubiera sido tan burlada y humillada, quizá lo hubiera pasado mejor. Sin embargo, le parecía imposible sentir emociones, placeres y exaltaciones teniendo ante sí tantas incomodidades, privaciones y aquella vaga sensación de temor. Ninguna mujer podía pasarlo bien ni hacer nada útil cuando su físico estaba menos bello que nunca. Carley pensó que le agradaría llevar a Flo Hutter a Nueva York, a una atmósfera desconocida y difícil y ver cómo iba haciendo frente a todas aquellas cosas desconocidas que se le irían presentando incesantemente. La imaginación de Carley siguió trabajando de esta suerte hasta que acabó por dormirse.

Una voz la despertó de sus sueños, en los que se veía en su hogar, rodeada de calor y de comodidades. Una casa afilada, fría y fragante le rozaba los ojos. Los abrió y vio a Glenn que, inclinado sobre ella, acariciaba su cara con una ramita de cedro.

-Carley, hace tiempo que ha amanecido -dijo alegremente- Queremos empaquetar tu cama. ¿Quieres hacer el favor de levantarte?

-¡Hola, Glenn! ¿Qué hora es? - contestó la muchacha.

-Son cerca de las seis.

-¡Qué dices!... ¿Pretendes que me levante a una hora tan absurda?

Librodot

-Ya estamos todos en pie. Flo está desayunándose. Me temo que tengamos un mal día y queremos prepararlo todo y emprender la marcha antes de que empiece a llover.

-¿Por qué se les ocurrirá a las muchachas marcharse de sus casas? - preguntó Carley con aire trágico. -Naturalmente, para hacer felices a los pobres diablos -contestó él sonriéndole.

Aquella sonrisa consoló a Carley de la desagradable sensación de músculos doloridos y entumecidos que la invadía. Le hizo avergonzarse de no poder lanzarse a aquella aventura con todo su corazón. Carley trató de sentarse.

-¡Me temo que se me haya desarticulado toda mi anatomía!... Glenn, ¿estoy muy fea?

No se le hubiera ocurrido nunca hacer aquella pregunta de no haber sabido que podría resistir que la inspeccionaran aún en un momento tan inoportuno como aquél.

-¡Estas muy bien! -aseguró Glenn con ardor-. Tienes buen color y me gusta tu cabellera revuelta. Siempre debieras ir peinada de esa manera. Ahora, date prisa, Carley.

En vista de lo cual, Carley hizo lo que pudo, a pesar de aquellas circunstancias adversas. Cuando llegó el momento de calzarse las botas, rechinaba los dientes y se dirigía a sí misma palabras halagadoras. Le pareció que las botas estaban húmedas y que se le habían hinchado los pies. Además tenía los tobillos doloridos. Sin embargo, consiguió metérselas a, costa de muchos dolores y sin dejar de lanzar exclamaciones más enérgicas que elegantes. Glenn le llevó agua templada, conque mitigó grandemente su situación. La mañana estaba fría y le horrorizaba pensar en tener que lavarse con aquella agua helada del desierto.

-Qué buen aspecto tienes -dijo Flo a modo de saludo-. Ven y desayúnate antes de que emprendamos la marcha.

Carley se apresuró a obedecer aquel mandato del Oeste y se asombró de nuevo al comprobar que no se le quitaba el apetito a pesar de las molestias que tenía por su poca costumbre de vivir en aquel ambiente. Glenn observó que por lo menos no se moriría de hambre durante aquella excursión.

-Ven hasta aquella garganta conmigo -invitó-. Quiero que eches una mirada hacia el Norte v hacia el Este. La condujo a través de los cedros y subieron una pendiente de tierra rojiza que les alejaba del lago.

Carley vio una especie de montículo verde cubierto de rocas rojas que le pareció estar a poca distancia y ser de fácil ascensión. A costa de su respiración pudo comprobar que sus ojos la habían engañado, pues estaba lejos y tenía una gran altura.

-Me gusta mucho este lugar -dijo Glenn-. Si tuviera dinero compraría este trozo de tierra - seiscientos cuarenta acres- y haría un rancho. En la falda de este montículo hay un espacio llano y abierto donde se podría construir una cabaña. Desde allí podría uno ver a través del desierto hasta Sunset Peak. Hay una fuente buena de agua de granito. Llevaría agua del lago hasta las llanuras que hay abajo, y estoy seguro de que haría un buen negocio.

-¿Cómo se llama este lugar? - preguntó Carley con curiosidad.

-Deep Lake. Ahora no sirve más que de abrevadero de los corderos y demás ganado. Pero la hierba es muy buena y me extraña que todavía no se haya instalado aquí nadie.

Carley miró hacia abajo y comprendió el deseo de poseer aquellas tierras. Inmediatamente sintió el deseo de comprar aquellos terrenos antes de que nadie descubriera sus ventajas y guardárselos para Glenn. Pero aquello seguramente entorpecería su intención de persuadir a Glenn de que volviera al Este. Aquel impulso murió tan pronto como hubo nacido. De repente sintió una gran emoción al contemplar el paisaje. Miró hacia todos lados tratando de comprender aquel encanto misterioso que había en aquel lugar. ¡Era la tierra salvaje y solitaria de Arizona! Veía cedros destrozados, gris y verde, fajas de tierra roja y un espacio circular de agua que brillaba pálidamente bajo las nubes, que cada vez estaban más bajas. A lo lejos, colinas aisladas de curvas extrañas que conducían hacia una montaña negra que oscurecía el fondo del cielo.

Librodot

Todo aquello parecían simples peldaños por los que pasaba su vista para llegar al cielo por donde navegaban algunas nubes y cuyos fulgores dorados y rosados recordaban al sol y al Este. Carley contuvo la respiración contemplando la transformación que tenía lugar ante sus ojos.

-Carley, qué amanecer más tormentoso-dijo Glenn. Sus palabras explicaban lo que ocurría, pero no acababan de convencerla. ¿No era acaso aquel glorioso espectáculo más bello que el sol que salía por detrás de unas nubes tormentosas? Veía cómo se movían las nubes mientras se iban coloreando. El tono gris que lo llenaba todo se rendía ante una pincelada mágica.

Las rendijas se ensancharon y la tristeza de aquel paisaje gris pálido pareció desvanecerse. Tras los redondeados bordes de las nubes rosáceas que se movían incesantemente brillaba el exquisito azul del cielo. Y un fulgor como de fuego, una explosión de oro derretido aparecía por encima de las nubes, inundando de luz solar todo aquel lugar. Transfiguraba completamente las redondas colinas que parecían bañadas en luz etérea y la neblina plateada que las cubría desaparecía a la vista de Carley, mientras que un resplandor rosado coronaba aquellas cúpulas simétricas.

Hacia el Sur, y a lo largo de la línea del horizonte, caían sabanas de lluvia, iluminadas ligeramente por el tinte de la aurora, que bajaban lentamente de las nubes a la tierra. Hacia el Norte había una cadena de colinas que conducía a la majestuosa cúpula de Sunset Peak, que era un montón volcánico de cenizas rojizas y purpúreas, tan pelado como la, roca, redondeado como las colinas de menor altura y de un color maravilloso. Iluminada enteramente por el resplandor del sol naciente, presentaba un frente que no sufría cambio alguno. Carley comprendió en aquel momento lo que le habían dicho de aquel pico. Los fuegos volcánicos habían producido una colosal montaña de cenizas, muertas y apagadas ya, que brillaba siempre como si estuviera iluminada por un sol poniente. En todos los momentos y a todas horas seguía fiel a su nombre. Más al Norte se erguían las osadas cadenas de los Picos de San Francisco, que dominaban aquel paisaje del desierto a pesar de estar medio perdidos entre las nubes. De repente vid Carley que las rendijas se empezaban a cerrar de nuevo. Empezó otra transformación, que era el reverso de la que estaba contemplando. La radiación dorada de la aurora se desvaneció y las redondas colinas recobraron su desolado y sombrío aspecto bajo una masa de nubes grises que cada vez se aproximaba más a la tierra. El verde desierto volvió a recobrar su frío aspecto.

-¿Verdad que es precioso, Carley? -preguntó Glenn-. Pues no es nada en comparación de lo que has de ver. Quisiera que estuvieras aquí hasta que hiciera buen tiempo. Quiero que veas un amanecer de verano en el Desierto Pintado, un mediodía con sus grandes nubes blancas que vienen desde el horizonte y un anochecer de púrpura y oro. Si esas cosas no te fascinan, me daré por vencido.

Carley murmuró unas palabras apreciando la belleza de lo que acababa de ver. Parte de su observación la desconcertaba y preocupaba, no pudiéndola apartar de su mente. ¡Esperaba que se quedara hasta el verano! Aquello la halagaba, pero quería que su visita fuera corta y pensaba terminarla haciendo que volviera con ella al Este. Si no le persuadía de que fuera con ella, quizá no quisiera volver, como decía en su carta, «de momento». Carley se sintió dominada por la preocupación. Sin embargo, aquel desconcierto mental no duró más que hasta que volvió can Glenn al campamento, donde encontró al potro Spillbeans dispuesto a ser -montado. Le pareció que levantaba una oreja y bajaba la otra, mirando a Carley con sorpresa, como diciendo: « Hola, damisela, ¿vas a montarme otra vez? »

Carley recordó que había asegurado que le volvería a montar. No le quedaba alternativa alguna y sus temores no hacían más que empeorar la situación. Sin embargo, cuando se montó tuvo la alucinación de que aquella perspectiva de montar a caballo durante millas y millas era realmente emocionante. Aquel extraordinario estado de ánima duró hasta que

Spillbeans empezó a trotar, y entonces empezó para Carley un nuevo día de sufrimientos simbolizados por aquellas largas distancias grises que tenía que recorrer.

Se lió cuenta de que tanto los sufrimientos como la alegría tienen su fin. Vio la monotonía de los cedros grises con ojos empañados. En cambio, el suelo lo veía con toda claridad, pues tenía la vista constantemente fija en él, en busca de lugares rocosos y arenosos donde su potro no pudiera trotar.

A mediodía, la cabalgata que abría la marcha se detuvo cerca de una cabaña y una empalizada, que resultó ser un rancho de ovejas perteneciente a Hutter. Glenn estaba tan ocupado que no pudo dedicarse a Carley, y Flo, que estaba más a gusto montada a caballo que de pie sobre el suelo, siguió a caballo a todos los sitios a que se dirigían los hombres. Carley, en cambio, no desaprovechó la ocasión de bajarse de Spillbeans para andar un poco. Sin embargo, comprendió que lo que más deseaba era descansar, pero como aquella cabaña desierta estaba muy húmeda y oscura y llena de un desagradable olor, no permaneció mucho tiempo en su interior.

Empezó a caer lluvia y nieve, empeorando la desagradable perspectiva que tenía Carley ante sí. El presente inmediato, sin embargo, se hizo un poco más agradable a causa de una taza de sopa, caliente y un pedazo de pan que le llevó Carley, el pastor. Al cabo de algún tiempo volvieron Glenn y Hutter con Flo, y tomaron un frugal almuerzo.

A Carley se le hizo muy corto el tiempo que estuvieron descansando, y poco después se encontró de nuevo sobre el potro. Glenn la ayudó a ponerse un trozo de lienzo impermeabilizado y pegajoso que le resguardaba los pies alrededor de los estribos, y que Carley consideró completamente abominable. Sin embargo, se alegró de comprobar que la protegía muy bien de la lluvia y del rudo viento.

-¿Adónde vamos desde aquí?-preguntó Carley irónicamente.

Glenn se rió de una manera que la hizo comprender que sabía perfectamente lo que sentía la muchacha. Aquella sonrisa le hizo de nuevo el efecto de un reproche. Se veía claramente que Glenn esperaba que se hubiera quejado mucho más, no demostrando tener tanta fortaleza. Carley se mordió los labios.

Así lió comienzo la excursión de aquella tarde. Mientras iban avanzando, el cielo se hacía cada vez más amenazador; el viento, más fuerte; el frío, más penetrante, y la lluvia cortaba como si hubieran sido trocitos de afilado hielo. Azotaba el rostro de Carley. Nevó lo bastante para cubrir de un manto blanco los espacios libres. Al cabo de una hora comprendió Carley que el trabajo más penoso de su vida era tener que llegar al fin de aquel viaje. Nadie podría haber adivinado su desolación. Glenn la felicitó por su adaptación a condiciones tan desagradables, y Flo, evidentemente, la observaba para comprobar los sufrimientos que le causaban su debilidad y falta de costumbre. Pero como Spillbeans había empezado a andar al paso, pudo ocultar todas las pruebas de sus sufrimientos. Llovía, hacía viento, nevaba, caía aguanieve y cada vez se hacía el frío más intenso. Los pies de Carley se convirtieron en trozos de hielo. Cada paso que daba el caballo producíale grandes dolores, que se ramificaban, extendiéndose por el magullado cuerpo de la muchacha. En una ocasión, en vista de que estaba detrás de los demás jinetes y oculta entre los cedros, se bajó y anduvo un poco llevando de las bridas al caballo. Sin embargo, aquello no podía prolongarse, porque comprendía que los demás le llevaban mucha delantera. Se montó de nuevo y siguió adelante, empezando a pensar que ya nada importaba, pues aquel viaje iba a ser forzosamente el fin de Carley Burch. ¡Cómo odiaba aquel terreno, llano, frío y triste, que cortaba el camino interminablemente! Le parecía que tardaba horas enteras en recorrer una milla. En los espacios abiertos veía al resto de los jinetes, que avanzaban penosamente, separados unos de otros. Era imposible que se divirtieran. Carley cerró los ojos, se agarró al arzón de su silla, tratando de sostener su peso. ¿Cómo iba a resistir una milla más? Desgraciadamente, quizá tendría que recorrer aún muchas millas. De repente se sintió dominada por un profundo

terror. Era, simplemente, que Spillbeans había empezado nuevamente a trotar. Tiró frenéticamente de las bridas; pero no consiguió lo que se proponía. Abrió sus ojos y vio una cabaña que aparecía a gran distancia y que, probablemente, sería el destino del viaje de aquel día. Carley estaba convencida de que no llegaría allí; pero, sin embargo, siguió agarrándose desesperadamente. Lo que temía era volver a experimentar aquel dolor, semejante a una puñalada que la hiriera en el costado. Hizo su aparición, y la vida le pareció una cosa abyecta y monstruosa. Siguió avanzando, con las piernas rígidas y con las manos asidas rígidamente al arzón de la silla. El dolor continuaba y cada vez se hacía más intenso. Cuando el potro detuvo su trote, al llegar junto a los demás caballos, había llegado Carley al límite de su resistencia. Sin embargo, cuando Glenn se le acercó, ofreciéndole una mano, siguió ocultando sus agonías. Flo gritó alegremente:

-Carley, has recorrido veinticinco millas con el día más desagradable que recuerdo en toda mi vida. Todos reconocemos tu mérito. Y confieso que nunca creí que resistieras el paseo. Spillbeans es el bicho más innoble que tenemos y el que tiene marcha más dura.

Poco después se hallaba Carley sentada en un confortable sillón, ante un chisporroteante fuego, que, afortunadamente, enviaba su acre humo hacia la chimenea. No cesaba de reflexionar.

Primeramente, pensaba en cosas familiares, cuya revelación era verdaderamente asombrosa. Bajarse de un, caballo que la había torturado, descubrir que tenía un apetito casi insaciable, descansar su dolorido y magullado cuerpo ante el agradable calor de un hermoso fuego, todo aquello eran cosas cuya delicia ignoraba Carley hasta aquel momento. De repente se le ocurrió la idea de que para descubrir la realidad de cualquier cosa eran necesarias a veces una infinita comprensión y experiencia. ¿Cómo sentir gratitud y alivio inmensos o el placer de satisfacer el hambre, o el dulce consuelo del descansa si no se había pasado por circunstancias que contrastaban grandemente con todo aquello? Tuvo que sufrir cruelmente montando a caballo para poder apreciar lo agradable que era desmontar. De no ser así, lo hubiera ignorado siempre. Entonces se preguntó la verdad que podía haber en aquel principio, relacionándolo con toda clase de experiencias. Aquello le daba mucho que pensar, pues había cosas en el mundo en las cuales no había ni siquiera soñado en su filosofía.

Carley se preguntaba si no serían sus miras algo estrechas al juzgar el ambiente de vida distinto al suyo, cuando una observación de Flo hizo que interrumpiera sus reflexiones.

-Aún nos queda lo peor - gruñó la muchacha. Carley pensó si aquellas palabras tan desalentadoras tendrían algo que ver con el resto de la excursión. Pronto tuvo la dolorosa convicción de que así era, en efecto.

-Flo, ¿vais a dormir Carley y tú dentro de la cabaña? - preguntó Glenn.

-Claro que sí. Afuera hace frío y hay mucha humedad -contestó Flo.

-Bueno; es que Félix, el pastor mejicano, me dijo que los navajos habían estado merodeando por aquí.

-¿Navajos? ¿Te refieres a los indios? -preguntó Carley muy interesada.

-Desde luego -dijo Flo-. Ya lo sabía. Pero no te preocupes, Glenn. Carley, Glenn es muy aficionado a las bromas pesadas, y le gustaría que nos. fuéramos a dormir en medio de toda la humedad.

Hutter se echó a reír con carcajadas estentóreas.

-Yo sé por experiencia lo que son las dos cosas -contestó Flo con su armonioso, modo de hablar-, y preferiría enfriarme. Pero por el bien de Carley...

-Haz el favor de no ocuparte de mí - dijo Carley.

El tono crudo de la conversación la molestaba grandemente.

-Bueno, querida mía -dijo Glenn-; hace mala noche para estar fuera. Nos haremos la cama aquí dentro.

-Glenn, eres de lo mas fresco que he visto -murmuró Flo.

Mucho después, de haberse acostado todos seguía Carley despierta, rodeada de la oscuridad de la cabaña, temblando y estremeciéndose sensitivamente a causa del contacto imaginario con cosas que se arrastraban por el suelo. El fuego se había extinguido y un aire muy frío barría la habitación. En el' tejado se oía el ruido de la lluvia. Carley oyó el ruido producido por los ratones. Parecía imposible el poder permanecer despierta y, sin: embargo, se esforzaba en no dormirse. Pera los dolores que llenaban su cuerpo y la enorme fatiga que la dominaba se doblegaron pronto ante la tranquilidad y el reposo que sentía, y pronto se sintió invadida por una somnolencia irresistible. A la mañana siguiente brillaba el sol y hacía buen tiempo, lo que hizo que Carley se sintiera con el valor suficiente para seguir haciendo esfuerzos para resistir sus dolores y molestias. Si hubiera tenido que arrostrar otro día desagradable no hubiera tenida más remedio que reconocer su humillante derrota. Afortunadamente para ella, los quehaceres de los hombres estaban por aquellos alrededores, donde esperaban permanecer durante toda la mañana.

-Flo, dentro de un rato convence a Carley de que vaya contigo a caballo hasta la cumbre de la primera colina -dijo Glenn-. No está lejos, y vale la pena para ver desde allí el Desierto Pintado. El día está claro y no hay polvo en la atmósfera.

-Está bien. Yo me encargo de ello. Además, quiero salir del campamento, en todo caso. Lee Stanton, el hombre más presumido del! mundo, no tardará en venir por aquí -contestó Flo lacónicamente.

La sonrisa de inteligencia de Glenn y la incredulidad de míster Hutter no pasaron inadvertidas a los ojos de Carley. Y cuando Carley, el pastor, le guiñó el ojo deliberadamente, concibió la idea de que Flo, a la manera de muchas mujeres, huía coro la idea de que la persiguieran. La existencia de aquel Lee Stanton agradó a la muchacha, aunque no quiso pararse a analizar a qué se debía aquel agrado. Pero admitió que las mujeres, entre las que se incluía a si misma, eran tan profundas y misteriosas como el mar, y, sin embargo, tan transparentes como una pulgada de agua cristalina.

Sucedió que aquel a quien esperaban llegó al campamento antes de que se marchara nadie. Antes de desmontar fe hizo buena impresión a Carley, y cuando se bajó del caballo, con gesto perezoso y gracioso, dejando ver su elevada y esbelta figura, le pareció que tenía un físico muy atractivo. Llevaba un sombrero negro, de anchas alas, camisa de franela, pantalones azules metidos en botas muy altas y largas espuelas de grandes rodajas.

-¿Cómo está? - dijo, a guisa de saludo.

De la conversación que siguió entre él y los hombres dedujo Carley que debía de ser mayoral de los ranchos de ganado. Carley sabía que Hutter y Glenn no se interesaban par la cría del ganado. Y, en, realidad, especialmente Hutter, era enemigo del dominio de las tierras rancheras que tenían algunos ganaderos de Flagstaff.

-¿Cuándo va a chapuzar Ryan los corderos? -preguntó Hutter.

-Hoy o mañana -contestó Stanton.

-Supongo que deberíamos ir allí-continuó diciendo Hutter-. Oye, Glenn: ¿te parece que miss Carley podría resistir el espectáculo del chapuzón del ganado?

Pronunció aquellas palabras en voz muy baja, sin pretender que Carley las oyera; pero la muchacha tenía un oído muy fino y las percibió con toda claridad. Probablemente aquel espectáculo era a lo que se refería Flo al decir que aún faltaba lo peor. Carley adoptó una postura distraída para ocultar sus ardientes deseos de escuchar lo que Glenn contestaba a Hutter.

-¡De ninguna manera! -susurró Glenn enérgicamente-. Ni hablar de ello. Lo oirá y se empeñará en ir. Entonces Carley sintióse dominada por una determinación intensa y rebelde a ver lo que era chapuzar al ganado. Asombraría a Glenn. ¿Qué era lo que quería, en todo caso? ¿No había, quizá, resistido el trote torturador del caballo más incómodo del rancho? Carley comprendió que de allí en adelante haría uso de aquel hecho como argumento de gran

Librodot

importancia. Aquella idea crecía en su espíritu. Cuando acabó la consulta de los hombres volvió Lee Stanton junto a Flo. Y Carley no tuvo que mirar dos veces a aquel muchacho para adivinar cuáles eran sus sentimientos. Estaba envuelto en las redes del amor. En cambio, adivinar lo que pensaba Flo era una cosa completamente diferente.

-¿Qué tal, Lee? - dijo con frialdad mirándole francamente.

Había fruncido ligeramente el entrecejo, pues en aquel momento no aprobaba por completo su manera de comportarse.

-Me alegra mucho el verte, Flo -dijo él, respirando profundamente.

En sus labios se dibujaba una alegre sonrisa, que no engañó en modo alguno ni a Flo ni a Carley. Los ojos del muchacho tenían una expresión algo furtiva.

-¡Vaya! - contestó Flo.

-Sentí mucho... esa -murmuró en voz baja.

-¿El qué?

-¡Oh, lo sabes perfectamente, Flo!

Carley se alejó y dejó de oírles. Tenía la seguridad de dos cosas: de que compadecía a Lee Stanton y de que la marcha de su amor no auguraba tranquilidad alguna. ¡Qué seres más extraños eran las mujeres! Carley pensó que había visto en su vida millones de coquetas y que, seguramente, Flo pertenecía a aquella clase de mujeres.

Cuando volvió hacia la cabaña encontró a Stanton y a Flo, que la esperaban para que les acompañara a caballo hasta la cumbre de la colina. Tan rígida y dolorida estaba, que apenas pudo subirse a la silla, y la primera milla de camino le hizo el efecto de una pesadilla. Seguía penosamente a Stanton: y a Flo, que disputaban y parecían haberla olvidado completamente.

Pronto llegaron los jinetes a la base de una larga pendiente de terreno rocoso, que conducía a la falda de una colina. Las rocas y la grava desaparecían, dando paso a una capa de negra ceniza, donde crecía una hierba raquítica y descolorida. Aquel césped del desierto era lo que daba aquel tinte de un gris tan suave a la colina cuando se la veía de lejos.

La pendiente era muy poco pronunciada; así es que la ascensión no era dura. Carley se quedó asombrada ante la longitud de la pendiente y al ver lo que había subido sobre el nivel del desierto. Le parecía sentirse elevada sobre un horizonte monótono. Un bosque de cedros verdes y grises, de una legua de longitud, se extendía hacia Oak Creek. A sus espaldas, la magnífica mole de montañas se hundía entre las tormentosas nubes, dejando contemplar a través de aquel velo gris pendientes cubiertas de blanca nieve.

Las herraduras de los caballos se hundían en la ceniza. Una ráfaga de aire penetrante inundó las aletas de la nariz de Carley. De repente, cuando aún parecía que les faltaba por recorrer una tercera parte de la pendiente, desmontaron Stanton y Flo y empezaron a andar, conduciendo sus caballos por las, bridas. Carley no tuvo más remedio que hacer otro tanto. En un principio sintió que el andar a pie era un gran alivio; pero bien pronto empezó a pesarle la blanda ceniza. Cada paso que daba retrocedía unas cuantas pulgadas, característica muy desagradable de las ascensiones. Tenía las piernas como muertas, y se detuvo para descansar un poco. En la última parte de la ascensión, al tener que recorrer unos cientos de metros de cenizas más sueltas, agotó completamente la energía que aún le quedaba. Tenía calor, estaba empapada y casi no podía respirar. El corazón trabajaba violentamente Sus esfuerzos parecían chocar contra una mala suerte irrazonable. Quería agradar a Glenn; pero aquel deseo no era lo bastante intenso para que se hubiera decidido a escalar aquel monte pelado, de terribles cenizas. Carley no se preocupaba por su debilidad; pero fe desagradaba enormemente que aquellas gentes del Oeste la consideraran débil. En su consecuencia, resistió el dolor que le producían las ampollas que se le habían hecho y la sensación desesperante de arrastrarse bajo una carga de plomo.

Observó varias veces que Flo y Stanton se encaraban, deteniéndose, pareciendo discutir con bastante violencia. Por lo menos, el rostro enrojecido de Stanton y sus expresivos gestos

Librodot

atestiguaban que, cuando menos, él estaba muy excitado. Flo estaba, evidentemente, cansada de discutir, y contestó a un enérgico reproche que le hacía Stanton:

-Desde luego, he cambiado desde que vino.

Stanton respondió con un rápido y apasionado estremecimiento, como si hubiera sido herido por aquellas palabras.

Carley reaccionó a su manera ante aquella frase, que no pudo dejar de oír. Interiormente, por lo menos, sus sentimientos debían de ser muy semejantes a los de Stanton. Olvidó el objeto de aquella ascensión y miró hacia la verde llanura que había a su derecha sin verla realmente. Sintió que le dominaba el corazón una vaga tristeza. ¿Iba a haber, acaso, un conflicto de destinos y voluntades y un cruce de amores? La confesión franca de Flo no podía ser tomada a la ligera. ¿Quería decir aquello que amaba a Glenn? Carley empezaba a temérse-lo. ¡Otra razón más para que persuadiera a Glenn de que volviera con ella al Este! Pero cuanto más se acercaba a plantear aquella cuestión, que sabía erizada de dificultades, más dominada por el temor se sentía. Aquel rudo y tosco Oeste quizá la hiciera hacer frente a una situación que se sentía incapaz de dominar. Y mientras arrastraba sus pesados pies por das cenizas, levantando pequeñas nubecillas de negro polvo, sintió-se invadida por un resenti-miento, que ella misma comprendía era irrazonable, contra aquellos habitantes del Oeste y su mundo aislado, cerrado e ilimitado.

-Carley -llamó Flo-, ven y mira, como dicen los indios. Aquí tienes el Desierto Pintado de Glenn, y me parece que vale la pena verlo.

Carley se quedó sorprendida al ver que estaba en la cumbre de la colina, y cuando miró hacia el vacío que pudo distinguir, de repente se sintió dominada por fa inmensidad de algo que se sentía incapaz de comprender. Dejó caer las bridas y contempló el paisaje lentamente, como absorta en lo que veía, oyendo al mismo tiempo la voz de Flo.

-Aquella línea estrecha y verde de algodoneros que ves allí es el río Pequeño Colorado - decía Flo - Debe de estar a unas sesenta millas de distancia, siempre bajando la pendiente de la colina. El Desierto Pintado y el territorio navaja empiezan allí. ¿Ves las fajas blancas, rojas, amarillas y negras que hay en el terreno? Son escalones del desierto, que se prolongan durante millas y millas. Ese pico negro tan agudo se llama Gato Montés. Está a unas cien millas de aquí. ¿Ves el desierto, que se extiende hacia la derecha y parece cubierto por un velo al perderse en la lejanía? Nosotros no conocemos aquellos parajes; pero, en todo caso, conocemos los nombres de todos los picos de la región norteña. Mira aquella cordillera, semejante a los dientes de una sierra. Los indios la llaman Echo Cliffs. Por el extremo más lejano muere en el río Colorado. Lee Farry está allí, a unas ciento sesenta millas. Aquel desfiladero negro y escarpado es el Gran Cañón. Parece una hebra de hilo, ¿verdad? Pues, Carley, puedes creerme: es un agujero enorme. Hacia la izquierda, ¿ves la, terrible muralla que se yergue y llega hasta aquí, después de haber dado -muchas vueltas? Es la muralla norte de la cañada. Acaba en un risco enorme Greenland-Point. Mira la franja negra que hay sobre la faja de oro. Es un cinturón de pinos. Está a unas ochenta millas a través del ruinoso desierto de piedra... Ahora vuélvete y mira de frente, esforzando los ojos en la contemplación del Gato Montés. Fíjate en la cúpula purpúrea. Fuerza la vista. Me alegro de que el día esté claro y de que haga sol. Pocas veces podemos ver lo que contemplamos en este momento... Esa cúpula purpúrea es la montaña de los navajos, que está a más de doscientas millas de distancia.

Carley, dominada por una fuerza y un poder extraños, adelantóse lentamente hasta llegar al, borde del abismo. ¿Qué era lo que confundía su vista? Una pendiente desierta, que bajaba más y más color, espacio, distancia. El viento que le azotaba el rostro parecía tener tras de sí la intemperie del mundo entero. Frío suave, seco y vivificante, hablaba de la enorme 'extensión de aquel paraje. Los recuerdos que tenía Carley de los Adirondacks palidecieron

Librodot

hasta convertirse en pastorales; las imágenes de los paisajes europeos le parecieron decorados de opereta. No tenía nada con que comparar aquel espacio ilimitado.

-¡Oh América! dijo, rindiendo aquel tributo inconsciente a su país.

Stanton y Flo se habían acercado a ella. El joven se echó a reír.

-Vaya, miss Carley; no podía usted decir más de lo que ha dicho. Cuando estuve en el campamento entrenándome para cuando me mandaran a Europa a combatir, me acordaba de esta escena. Y me parecía que era una de las cosas por las que iba a luchar. No me agradaba la idea de que los alemanes se apoderaran de mi Desierto Pintado. No crucé el mar para luchar por él, pero lo hubiera hecho muy a gusto.

-Ves, Carley; ésta es nuestra América -dijo Flo suavemente.

Carley no había comprendido nunca el significado de aquella palabra. Parecía como si hubieran puesto ante ella la intensidad del Oeste. Lo que contemplaba su vista, a pesar de lo ilimitado y vasto de su extensión, no era más que un punto del mapa.

-¿Vive alguien allí?-preguntó, haciendo un movimiento lenta con la mano.

-Unos cuantos tratantes blancos y algunas tribus indias -contestó Stanton-. Pero puede usted pasarse dos días a caballo sin ver un solo ser humano.

¿Qué significaba el tono satisfecho de sus palabras? ¿Les agradaba, acaso, la soledad a los habitantes del Oeste? Carley apartó su vista del desierto para fijarla en sus acompañantes. Los ojos de Stanton se habían estrechado y su expresión había sufrido un cambio. Su rostro, delgado, duro y tranquilo, parecía de bronce. La ligereza y el buen humor se habían desvanecido, así como la excitación de la disputa que había sostenido con Flo. También la muchacha había sufrido un sutil cambio, respondiendo a una influencia que la había hecho ceder, enterneciéndola. Estaba silenciosa; sus ojos tenían una luz comprensiva que aparecía abarcarlo todo. En aquellos momentos estaba verdaderamente bella. Porque Carley, rápida en sus emociones, adivinó el alma fuerte y firme de la muchacha, que espiritualizaba su rostro moreno y lleno de pecas.

Carley se volvió a contemplar aquel abismo incomprensible y las altísimas montañas blancas, rojas y amarillas, así como la maravillosa y mística vaguedad de la distancia. No acababa de comprender la significación de las millas de distancia de que había hablado Flo. No se hacía cargo, pero no tenía necesidad de ello para comprender que la magnitud tragaba todas sus percepciones. Hasta aquel momento desconocía el poder de sus ojos. ¡Qué magnífico era poder ver tan lejos! Veía, efectivamente; pero ¿qué era lo que veía? Primeramente, el espacio; un espacio tan vasto, que empequeñecía las imágenes que había contemplado hasta entonces, y, en segunda lugar, colores maravillosos. ¿Qué sabía del color hasta aquel momento? No había pintores, por maravillosos que fueran, que supieran pintar con veracidad las montañas, aun dejando al lado el espacio del desierto. Los afanosos millones de habitantes de las populares ciudades ignoraban aquella terrible y sublime belleza. ¿Hubieran ganado algo pudiendo contemplarla? Pero ¿no les serviría de nada la simple contemplación de las inmensas extensiones, de arena de color y rocas, el poder respirar aquel aire tan puro, el comprender lo que significaba la libertad de las águilas?

Y al pensar aquello, el espíritu de Carley, que pensaba rápida y activamente, se dio cuenta de lo que significaba la palabra «libertad». No había visto nunca águilas; pero contemplaba en aquellos momentos: sus dominios. ¿Qué efecto tendría aquel paisaje sobre los que vivieron en él? La idea desconcertó a Carley. ¿Vivirían aquellas gentes en proporción con la Naturaleza, contra fa cual luchaban? La influencia hereditaria no era comparable al poder que tendría seguramente aquel país para formar los caracteres de sus habitantes.

-Estaría de buena gana todo el día en este sitio -dijo Flo-. Pero empieza a nublarse y este viento de las alturas es frío. Por tanto, es mejor que nos vayamos, Carley.

-No sé lo que siento; pero no es frío precisamente -dijo Carley.

-Mire, miss Carley; antes de que se encuentre usted completamente a gusto en este sitio tendrá que venir una y otra vez -dijo Stanton.

Carley se quedó sorprendida al comprender que aquel muchacho del Oeste había adivinado la verdad. La comprendía. Realmente, no se encontraba a gusto, sintiéndose oprimida y vagamente desgraciada. Pero ¿por qué? Aquel paisaje, lo infinito de las llanuras de arena y de las rocas, era maravilloso, bello, hasta glorioso. Carley volvió a hundirse en la contemplación de aquel cuadro.

Las pendientes de ceniza negra, con sus manchas de suave hierba gris, bajaban: más y más, hasta llegar a un espacio cubierto de cedros. Todo estaba inmóvil, aparte de un halcón de cola raja que cruzó ante su mirada. ¡Qué tranquilo, qué gris era aquel desierto que se perdía en la lejanía, en la que desaparecían manchas negras, dejándose ver, en cambio, las pinceladas de bronce de las piedras! Contemplaba las llanuras y praderas, y cada pulgada de terreno gris se agrandaba a sus ojos, perdiéndose en su inmensidad hasta llegar a las franjas oscuras de las estepas y detenerse, por último, en aquella hebra verdosa, que marcaba el lugar por dónde discurría el río del desierto. Más allá se extendía la blanca arena, donde los remolinos de polvo formaban aquellos montones en forma de embudo, y, aún más lejos, las crestas y desfiladeros rojizos, murallas amarillas y negras montañas para acabar en aquella trinchera purpúrea, etérea y mística que se recortaba sobre la franja de cielo, de un azul profundo y cubierta de una cortina de nubes.

Y en aquel momento se oscureció el sol, y aquel mundo de ardiente colorido se apagó como se hubiera apagado una llama.

Desprovisto de su fuego, el desierto pareció retroceder y desvanecerse fría y sombríamente, mientras que los picos se perdían envueltos por la oscuridad. Más cerca, y hacia el Norte, la cañada pareció bostezar con sus innumerables y grises mandíbulas, escarpadas y duras, y aquel terreno, lleno de hendiduras, cambió de aspecto. No había sombras. Pareció hacerse completamente llano y reflejar, como el mar, el vasto espacio gris de las nubes. Lo sublime se desvaneció, y sólo quedó lo desolado. No quedaba allí ni color, ni movimiento, ni vida. Eran piedras muertas, que los siglos habían hendido en millones de sitios. Carley tuvo la sensación de que estaba contemplando el caos.

En lugar del halcón que cruzara ante su mirada, vio pasar a un cuervo, negro como el carbón, que dejó escapar un ronco graznido.

-Fíjate en ese cuerno -murmuró Carley con una risa un poco amarga al volverse, sin poder evitar un estremecimiento, a pesar de los esfuerzos que hizo para dominarse-. Quizá significa que este maravilloso y terrible oeste no está destinado para las personas como yo... Vámonos.

Carley cabalgó toda aquella tarde en la retaguardia de la caravana, sucumbiendo gradualmente bajo el frío y fuerte viento y los dolores que llenaban su cuerpo. Sin embargo, acabó la jornada, y, a pesar de lo que hubiera necesitado de la mano cariñosa de Glenn, bajó de su caballo sin que nadie le ayudara a hacerlo.

Acamparon al borde de aquellos terrenos del bosque devastado que Carley había encontrado tan desconsoladores. Quedaban en pie unos cuantos pinos melancólicos, y en todo lo que alcanzaba su vista en dirección sur vio árboles caídos y troncos ennegrecidos. Era un paraje muy triste. El escaso ganado que pastaba en el descolorido césped parecía tan melancólico como los pinos. El sol, brilló intensamente al ir a ponerse, y después desapareció, dejando la tierra invadida por las sombras.

Cuando se encontró instalada en un asiento confortable, cerca del fuego del campamento, no sintió Carley el menor deseo de moverse de donde estaba. Sentíase tan exhausta y dolorida, que ni siquiera podía darse cuenta de 1'o agradable que era el descansar. Tampoco tuvo apetito para cenar aquel día. Pronto oscureció por completo. El viento gemía por entre

los pinos. Sintió gran alegría al meterse en la cama, y ni siquiera el recuerdo de las zorrillos consiguió mantenerla despierta.

A la mañana siguiente pudo ver que el viento había arrastrado las nubes. El sol brillaba intensamente sobre la tierra, blanca de escarcha. No corría viento alguno. Carley se levantó y, después de cepillarse el pelo, se puso las botas. Le pareció que los sufrimientos que había tenido hasta entonces no eran nada en comparación de los dolores que sentía aquella mañana. ¡Cómo odiaba aquella tierra fría, pelada y desnuda, del bosque, y su soledad, rudeza y crudeza l Si aquellos sentimientos se hacían más intensos, comprendía que acabaría por odiar a Glenn. Sin embargo, aquello no alteró su resolución de seguir adelante, ver el baño del ganado y seguir montando aquel endemoniado potro hasta que diera fin al viaje.

El montar a caballo y emprender la marcha casi le produjo mareos aquella mañana. Glenn y Flo comprendieron el estado en que se encontraba y la dejaron sola completamente. Carley agradeció la comprensión de que habían dado muestras. Parecía proclamar el respeto que hacia ella sentían. Otra cosa que la llenó de alegría fue el descubrimiento sorprendente de que al cabo del primer cuarto de hora, que fue verdaderamente terrible, empezó a sentirse más a su gusto. Transcurridas varias horas no sentía ningún dolor especial, aunque se sentía dominada por la debilidad.

Por último, el terreno devastado concluyó en un bosque de frondosos pinos. El camino lo atravesaba dirigiéndose hacia el Sur y hundiéndose en una ancha y profunda cañada. Carley vio un río a través de los árboles, verdes prados, largas empalizadas, cabañas y humo azul. Oyó el ruido producido por una máquina de gasolina y los balidos de las ovejas.

Glenn esperó a que le alcanzara y dijo:

-Carley, éste es uno de' los ranchos de ganado de Hutter. No es un sitio muy agradable. No te gustará ver el baño de las ovejas. Así es que creo que debías esperar aquí.

-Es inútil, Glenn -interrumpió la muchacha-. Pienso ver todo lo que ocurra.

-Pero, querida mía, los hombres, la manera que tienen de manejar las ovejas; no, en realidad no te agradará el espectáculo - dijo torpemente.

-Por qué no?-preguntó Carley, mirándole.

-Porque, Carley, ya sabes que no te gusta la parte desagradable de las cosas... ¡Y el mal olor te produciría náuseas!

-Vamos a ver, Glenn -dijo ella-. Supongamos que es así. ¿No me tendrías en mejor concepto si lo resistiese?

-Mujer, claro que sí -contestó Glenn a regañadientes y con una sonrisa-. Así es. Pero quisiera evitarte el espectáculo. El viaje ha sido penoso. Estoy orgulloso de ti. Y, Carley, puedes llevar tus esfuerzos, demasiado lejos. No basta con el valor. Simplemente te será imposible resistir esto.

-¡Glenn, qué poco conoces a las mujeres! -exclamó la muchacha- Ven conmigo v veamos el famoso baño de las ovejas.

A caballo llegaron hasta el otro lado del bosque y entraron en un valle abierto, que hubiera sido pintoresco de no haber sido estropeado por el trabajo del hombre. Una empalizada de madera rodeaba aquel' espacio y un dique de barro contenía una gran charca de agua maloliente, pegajosa y verde. Cuando se fue acercando, los balidos de las ovejas eran tan fuertes que apenas oía lo que le decía Glenn.

Algunas cabañas de madera, construídas toscamente y grises por el' tiempo, se erguían dentro del cercado. Detrás se veían corrales de gran tamaño. Desde el otro lado de aquellos corrales llegaban las rudas voces de algunos hombres, el ruido de herraduras de caballos, el producido por cuerpos pesados al caer al agua, el sonido de la máquina y el incesante balido de las ovejas. Al llegar a aquel punto, los miembros de la caravana de Hutter desmontaron y ataron sus caballos a la parte superior de la empalizada de madera. Cuando Carley iba a

desmontar, a su vez trató Glenn de detenerla, diciendo que vería bastante desde donde se encontraba. Pero Carley desmontó y siguió a Flo. Oyó que Hutter gritaba a Glenn:

-Oye, Glenn; Ryan tiene poca gente. Le echaremos una mano durante un par de horas.

Carley llegó junto a Flo y junto al primer corral lleno de ovejas. Formaban una masa compacta de lana bastante blanca y con una mancha de color de rosa. Cuando Flo trepó a la parte alta de la empalizada, todas las ovejas huyeron en masa a la parte más alejada del corral. Algunos carneros viejos, de cuernos anchos y retorcidos, se volvieron, y unas cuantas ovejas treparon sobre la masa formada por el resto. A Carley la divirtió aquel espectáculo, no comprendiendo que pudiera haber en él nada de desagradable.

El corral siguiente contenía un número semejante de corderos y había algunos mejicanos haciéndolos bajar por él. Carley vio cabezas de hombres por encima de las empalizadas de otros corrales y un humo espeso y amarillento que salía de por allí cerca.

-Carley, ¿estás decidida a ver el baño? -preguntó Flo amablemente pero con un aire un poco burlón.

-Desde luego -contestó Carley con ligereza.

Tanto Glenn como Flo parecían tener el don de hacer que la muchacha saltara en seguida. Flo se echó a reír pues le agradaba la resuelta que era.

Condujo a Carley a lo largo de la empalizada de madera a través de una enorme puerta que estaba abierta, y después de atravesar un vatio muy ancho llegaron a otra empalizada, que escalaron. Carley la siguió, sin sentir ansiedad alguna por ver lo que ocurría ante sus ojos. Un olor muy pesado llegó a las delicadas aletas de la nariz de Carley. Flo la condujo por un corto camino, y trepando a otra empalizada se sentó en la parte superior de los maderos. Carley se apresuró a subir junto a ella, pero se quedó erguida apoyando sus pies en el segundo tablón de la empalizada.

De repente sintió Carley un hedor terrible, que le hizo el efecto de haber recibido un golpe en la cara, y ante su confusa mirada apareció una masa de denso humo, corderos que corrían de un lado para otro y hombres activos. Todo ello se destacaba sobre un fondo de barro. Pero lo primero que la hizo cerrar los ojos y apretar fuertemente sus rodillas contra el tablón superior de la empalizada para no caerse fue aquel hedor. En su vida había sentido unas náuseas tan intensas. El hedor parecía atacar todo su cuerpo. La sensación de náuseas que había tenido hasta aquel momento no era nada en comparación con lo que entonces sentía... Carley respiró profundamente, apretó su nariz entre los dedos para evitar que el olor llegara hasta ella y abrió los ojos.

Bajo sus pies había un pequeño cercado abierto por uno de los extremos y adonde era conducido el ganado desde un corral de mayor tamaño. Los pastores gritaban. Los corderos que había en la retaguardia saltaban sobre los de delante, forzándoles a que siguieran avanzando. Dos hombres trabajaban en aquel pequeño cercado. Uno de ellos era un musculoso gigante en camiseta y pantalones, que tenía un aspecto sucísimo. Llevaba un trapo' en la mano y se acercaba a la oveja más próxima. Rodeando el cuello del animal con el trapo, tiraba de él, arrastrándole con una facilidad que demostraba lo fuerte que era, y lo arrojaba dentro de un estanque que había a uno de los lados. La oveja caía dentro de aquel charco sucio y cenagoso y desaparecía. Pero de repente volvían a aparecer su cabeza y su lomo. Y empezaba medio a andar y medio a nadar a lo largo de lo que parecía un estrecho charco que contenía otras ovejas, que se removían asimismo de un lado para otro. Después vio Carley a ambos lados de aquel estanque a hombres que se inclinaban con largos palos provistos de ganchos. Su trabajo consistía en empujar a las ovejas hasta el extremo del estanque y hacerlas subir por una rampa de madera que conducía a otro cercado, donde había ya amontonadas gran cantidad de ovejas que tenían un color sucio, como el agua en que habían sido sumergidas. ¡Al agua! ¡Al agua! Las ovejas eran arrojadas una detrás de otra. De vez en cuando dejaba alguna de hundirse. Entonces uno de los hombres la empujaba con su palo y

Librodot

levantaba rápidamente su cabeza. Aquel trabajo continuaba con precisión y rapidez, a pesar de los gritos, tropezones, balidos y del incesante movimiento, que daba la sensación de que existía una gran confusión.

Carley vio una tubería que iba desde un gran depósito de agua hasta el estanque. Aquel fluido oscuro salía de allí. De una máquina vieja y roñosa, con una gran chimenea, salía aquel humo tan denso. Un hombre abrió un saco lleno de polvos amarillos y arrojó su contenido dentro del agua del estanque. A continuación vertió un líquido que parecía ser un ácido.

-Sulfuro y nicotina -gritó Flo a Carley-. El veneno del baño de las ovejas. Si alguna oveja abre la boca, generalmente se muere. Pero a veces salvan a alguna.

Carley deseaba' apartarse de aquel espectáculo tan desagradable, pero sentía que la retenía una especie de fascinación vio a Glenn y a Hutter que se incorporaban a la fila formada por los otros hombres y que trabajaban con toda su alma. Los dos hombres' que abrían paso a las ovejas en el pequeño cercado las hacían pasar tan velozmente, que cada trabajador tenía una tarea precisa que llevar a cabo. De repente, Flo dio un grito señalando algo.

-¡Mira! Esa oveja no ha salido a flote -gritó -. Seguramente habrá abierto la boca.

Entonces vio Carley que Glenn hundía enérgicamente su pala dentro del agua y rebuscaba hasta saber dónde se encontraba la oveja sumergida. Levantó la cabeza del animal hasta sacarla fuera del agua. No daba señales de vida. Glenn se arrodilló para sacar del agua al animal con sus nervudas y morenas manos y arrojarlo al suelo, donde se quedó completamente inerte. Glenn lo friccionó y trabajó tanto como Carley había visto trabajar a los guardacostas para salvar un hombre medio ahogado. Pero la oveja no respondió a la activa intervención de Glenn.

-Es inútil, Glenn - gritó Hutter con voz ronca -. Está muerta.

Carley no dejó de observar el estado de las manos, brazos y pantalones de Glenn cuando volvió a trabajar junto al estanque. La mirada de Carley fue fijándose en todos los actores de aquella escena. De repente se detuvo en aquel ser gigantesco que tan brutalmente manejaba a las ovejas. Cada vez que cogía una y la arrastraba hacia el estanque gritaba: « ¡ Oh, olí! >> Carley le miró a la cara, y se quedó asombrada al encontrarse con que él 1'a miraba a su vez de la manera más descarada y más osada del mundo, con aquellos ojos malignos que la muchacha tuvo la desgracia de incitar. Se sintió dominada por un sentimiento de horror completamente nuevo en ella. Aquel hambre no tenía muchos más años que Glenn. Sin embargo, tenía el pelo gris, un rostro lleno de rayas y cicatrices, labios gruesas y osados y pobladas cejas, bajo las cuales brillaban sus claros ojos. Cada vez que se volvía los fijaba descaradamente en el rostro de Carley, en su cuello y en la curva de su busto. Instintivamente se abrochó su traje de montar. Sintió como si alguien hubiera quemado su carne. Aquel hombre la fascinaba como una serpiente. La inteligencia de su osada mirada hacía que la bestialidad de aquel hombre fuera aún más difícil de resistir; más intensa.

-Ven, Carley; alejémonos de este espectáculo desagradable y maloliente - gritó Flo.

Carley necesitó de fa ayuda de Flo para bajarse de la empalizada rodeada de aquel humo tan denso y aquel hedor tan insoportable.

-Adiós, lindos ojos-gritó el hombre del cercado.

-Mira -dijo Flo cuando salieron de aquel sitio -, le voy a decir a Glenn unas cuantas cosas desagradables por haberte dejado venir aquí.

-Yo tuve la culpa -balbuceó Carley -. Dije que resistiría el espectáculo.

-¡'Oh, ya sé que eres muy valiente! No me refería a la maniobra de chapuzar las ovejas... Ese hombre es Haze Ruff, el individuo más brutal de este rancho. ¡De buena gana le daría un castigo ejemplar! ... Se lo diré a papá y a Glenn.

-Haz el favor de no hacer semejante cosa-contestó Carley, suplicante.

-Ya lo creo que lo haré. Papá necesita muchos hombres estos días, y por eso es tan benévolo. Glenn le Regará una paliza, y quiero ver cómo lo hace.

Carley vio en Flo Hutter otra fase distinta del carácter de los habitantes del Oeste, una violencia fiera e indomable que se dejaba ver en la tranquila voz y en la penetrante mirada de la muchacha.

Volvieron junto a los caballos, sacaron sus almuerzos de las alforjas, y después de encontrar asientos cómodos en un sitio soleado, y amparado, se pusieron a comer y charlar. Carley atuvo que forzarse para poder engullir los alimentos, Parecía que el horrible olor del ganado y del agua del estanque lo había invadido todo. Glenn la había conocido mejor que ella se conocía a sí misma, y hubiera querido evitarle una escena desagradable e innecesaria. Sin embargo, la testarudez de la muchacha llegaba hasta el punto de no deplorar el haber contemplado aquel espectáculo.

-Carley, tengo que reconocer que tienes más resistencia que todas las muchachas de la ciudad que han estado aquí hasta la fecha -dijo Flo.

-Gracias. Esas palabras pronunciadas por una muchacha del Oeste son una alabanza que no echaré en olvido con facilidad - contestó Carley.

-Lo digo en serio. Hemos tenido un tiempo infame. Y como final de la excursión, venir a este agujero a contemplar el espectáculo del chapuzón de las ovejas. ¡Por lo visto, Glenn quería que tuvieras que vencer verdaderas dificultades!

-Glenn no quería que fuera de la partida, y especialmente no quería que viniera aquí - protestó Carley.

-Ya lo sé; pero te dejó, sin embargo, que lo hicieras.

-Ni Glenn ni ningún otro hombre podrían evitar que yo hiciera lo que se me ocurriera.

-Perdóname que te diga -dijo Flo- que no estamos de acuerdo. Me parece que Glenn Kilbourne no es el mismo hombre que conociste antes de la guerra.

-No, no lo es. Pero eso no altera lo que he dicho.

-Carley, no nos conocemos bien -continuó Flo cuidadosamente-, y yo no soy de tu clase. Ignoro vuestras costumbres del! Este. Pero sé en cambio el efecto del Oeste sobre los hombres. La guerra arruinó a tu amigo, tanto física como moralmente... ¡Qué lástima nos daba, a mi madre y a mí, de Glenn, en aquellos días en que parecía que iba a morirse! ¿Sabías que fue víctima de los gases asfixiante y que tuvo cinco hemorragias?

-¡Oh! Ya sabía que el gas le había debilitado los pulmones, pero nunca me dijo que tuviera hemorragias.

-Pues las tuvo. Nunca olvidaré la última. Siempre que tosía echaba sangre. ¡Te aseguro que fueron unos días terribles! ... Le rogué que no tosiera. Sonrió como un espíritu y susurró: «No toseré...» Y así lo hizo. Vino el doctor de Flagstaff, y le rodeó de hielo. Glenn se pasaba las noches sentado sin mover ni un solo músculo. ¡No volvió a toser! Y las hemorragias cesaron. Después le pusimos en la galería, donde respiraba constantemente aire puro. Hay algo maravillosamente curativo en el aire de Arizona. Proviene del seco desierto y de los cedros y pinos que llenan esta comarca. El caso es que Glenn se curó, y me parece que el Oeste también le ha curado el espíritu.

-¿De qué? -preguntó Carley, dominada por una intensa curiosidad que apenas podía ocultar.

-¡Oh, sólo Dios lo sube! - exclamó Flo levantando en auto sus enguantadas manos -. Nunca lo pude entender. Pero odiaba lo que la guerra destrozó en él.

Carley se apoyó contra la empalizada completamente rendida. Flo la torturaba sin darse cuenta de ello. Carley deseaba apasionadamente sentirse celosa de aquella muchacha del Oeste, pero le era imposible hacerlo. Flo Hutter merecía algo mejor que aquello. Y los instintos más bajos de la naturaleza de Carley parecieron luchar contra los más nobles. La

victoria no se decidía, y aquélla fue una de las horas más difíciles de la vida de Carley. Casi se habían agotado sus fuerzas y estaba completamente desanimada.

-Carley, estás rendida - declaró Flo -. No tienes por qué negarlo. Eres valiente, pues, a pesar de tu debilidad y falta de costumbre, has resistido basta el último momento. Pero sería absurdo que te mataras y que yo permitiera semejante cosa. Por tanto, voy a decir a mi padre que queremos volver a casa.

Dejó a Carley en aquel sitia. La palabra «casa» había impresionado extrañamente a la muchacha y no se apartaba de su mente. De repente comprendió lo que significaba la nostalgia del hogar. El confort, la comodidad, el lujo, el reposo, la dulzura, el placer, la limpieza, el deleite de la vista y el oído -de todos los sentidos-, ¡cómo la perseguían todas aquellas ideas! Carley había necesitado de toda su fuerza de voluntad para sostenerse en aquel viaje y evitar un fracaso terrible. Pero había triunfado.

El contacto con el' Oeste la había disgustado y sorprendido desagradablemente. En aquel momento no podía pensar imparcialmente. Lo sabía y no le importaba lo más mínimo.

Carley miró a. su alrededor. Desde el' sitio en que se encontraba no se veía más que una de las cabañas. Evidentemente, era el hogar de algunos de aquellos hombres. A uno de los lados había sido prolongado el tosco tejado más allá de la pared, seguramente para que hiciera el oficio de soportal. De aquella pared pendían los objetos más heterogéneos que !había visto en su vida: utensilios, pieles de ovejas y de vacas; sillas de montar, arneses, prendas de cuero, cuerdas, sombreros viejos de anchas alas, palas, tubos de chimenea y otros muchos objetos cuyo nombre ignoraba. La característica más notable de todas aquellas cosas era su estado. ¡Lo usadas que estaban! Habían permitido a aquellas gentes vivir bajo primitivas condiciones. Aquella idea hizo que Carley sintiera menos repulsión al pensar en su ruda y tosca apariencia. ¿Habrían sido colonizadores algunos de sus antepasados? Carley lo ignoraba, pero aquella idea la desconcertaba, dándole mucho que pensar. Muchas veces, en su casa, cuando se vestía para cenar, había contemplado en el espejo las graciosas líneas de su cuello y de, sus brazos, la orgullosa pose de su cabeza, la blancura alabastrina de su piel, y se había preguntado al contemplar su imagen: «¿Es posible que yo descienda de los hombres de las cavernas?»

Nunca había conseguido comprenderlo, y, sin embargo, sabía que así era. Quizás, hacía no mucho tiempo, habría existido alguna abuela suya que viviera una vida primitiva usando utensilios y objetos como los que colgaban de la pared' de aquella cabaña y ayudado de aquella manera a algún hombre a conquistar la Naturaleza, vivir en ella y reproducir su especie. Carley recordó las palabras de Glenn como en un relámpago: « ¡Trabajo e hijos! »

La interpretación de su significado y la relación que tenía con aquellos momentos era algo que Carley no comprendía. La hora de tener la bastante grandeza de alma para comprender y aceptar aquella vida estaba aún muy lejana. Estaba cansada y enferma físicamente, y su espíritu no estaba en estado de dejarse influir por la receptividad. Sin embargo, ¿cómo iba a tener nunca impresiones más intensas que las que sentía en aquel momento? Todo aquello era un problema. Se cansó de reflexionar; pero, a pesar de ello, su espíritu seguía víctima de sensaciones que le era imposible dominar. Aquel' monótono bosque estaba desierto. Ni pájaros, ni ardillas, ni criaturas de las que la fantasía hubiera anticipado, En otra dirección, a través de la cañada, vio el ganado, flaco, escuálido e impasible, que andaba pesadamente. Y en aquel momento la brisa llevó hasta ella el olor de las ovejas. El tiempo parecía detenerse en aquel lugar, y lo que Carley deseaba era que las: horas y los días pasaran volando, para encontrarse de nuevo en su hogar.

Par fin volvió Flo con los: hambres. Una rápida mirada convenció a Carley de que Flo aún no le había hablado a Glenn de Haze Ruff, el pastor.

-Carley, eres verdaderamente muy valiente -declaró Glenn con una rara sonrisa, de las que tanto agradaban a la muchacha-. Es un espectáculo repugnante. ¡Y pensar que lo has

resistido...! ¡Señorita Quinta Avenida, si querías complacerme de nuevo, lo has conseguido plenamente!

Su ardor asombró y contentó a Carley. No acababa de comprender lo que podía importarle a Glenn que lo resistiera o no. Pero cada día parecía comprender menos a su prometido. Sus alabanzas la alegraron, dándole fuerzas para hacer frente al resto del viaje de regreso a Oak Creek.

Cuatro horas más tarde, en un anochecer tan sombrío que nadie pudo ver lo que sufría, Carley medio se escurrió y medio se dejó caer del! caballo, y consiguió subir las escaleras y entrar en el alegre gabinete. En el hogar ardía un alegre fuego roía; el Perro de Glenn, Moze, tembló de ansiedad al verla, y levantó hasta ella sus oscuros v humildes ojos; la mesa de blanco mantel estaba cubierta de apetitosos platos. Flo se detuvo ante el fuego, calentándose las manos. Lee Stanton se apoyó contra la repisa de fa chimenea, contemplándola. En los rasgos de su rostro, delgado y enérgico, se reflejaba la devoción que por ella sentía. Hutter se sentó a la cabecera de la mesa, invitando alegremente a todos: a que se sentaran a su vez y empezaran a cenar. El rostro de la señora Hutter estaba radiante contemplando aquel' hogar. Y, por último, vio Carley que Glenn la esperaba, mirándola de manera que expresaba la esperanza que sentía y lo orgulloso que estaba de ella, mientras la muchacha se acercaba completamente rendida a Glenn y al brillante fuego.

Aquellas actitudes, o el afecta producido por ellas, hicieron que Carley comprendiera vagamente que estaba sufriendo un cambio incalculable, y que Carley Burch había crecido enormemente a los ojos de sus amigas y, lo que era aún más extraño, se encontraba a sí misma menos insignificante.

V

Aunque la primavera hizo su aparición en Oak Creek Canyon, se convirtió en verano con una rapidez que Carley no tuvo tiempo de sentir la fiebre y el languidecimiento que le producían los primeros días de junio en el Este.

La verde hierba surgió como por arte de magia; los verdes capullos se abrieron, convirtiéndose en hojas; las campanillas y primaveras florecieron; la flor de los manzanos y melocotoneros se destacaban, exquisitamente blancas y rosadas, sobre el azul del cielo. Oak Creek se convirtió en un arroyo bellísimo y transparente, que discurría perezosamente por entre los laberintos rodeados de piedra, corriendo y murmurando por los pequeños saltos de agua. Las mañanas eran frescas, claras y fragantes; las horas del' medio día eran muy calurosas, y las noches caían como oscuros mantos del melancólico cielo, cuajado de estrellas.

Carley había seguido montando obstinadamente y trepando por el monte, hasta que hizo desaparecer la duda secreta que la asaltaba de que, realmente, aquella vida no era superior a' sus fuerzas, cosa que complacía grandemente su insistente vanidad. Adelgazó, a pesar de que su apetito iba en aumento. Su palidez desapareció, dando paso a un color tostado y dorado, que estaba segura causaría la admiración de sus amigos del Este. Las ampollas, relajamientos y dolores desaparecieron y sintió que sus músculos se fortalecían, que su silueta se estilizaba y que su pecho se ensanchaba. Además de aquellas manifestaciones físicas, sentía una sutil sensación de delicia al sentirse libre, cosa enteramente nueva en ella. La vida activa la hacía respirar profundamente y acalorarse. Prescindía de una infinidad de detalles sin importancia, lujosos y superficiales, que hasta entonces le habían parecido necesarios a su felicidad. Lo que hizo con el solo objeto de conquistar el orgullo de Glenn y la tolerancia occidental de Flo

Librodot

Hutter, la avergonzaba. Se había granjeado la admiración de Glenn y el aprecio de aquella muchacha del Oeste. Pero su deseo apasionado y obstinado no había sido noble, y la sensación que le produjo aquel triunfo probaba claramente que así era. Se sentía invadida, por una dulzura que trataba de rechazar. Odiaba aquel Oeste con su rudeza y sus paisajes abruptos.

Sin embargo, los días de junio fueron pasando con incomprensible rapidez y plenitud, sin que hubiera abordado con Glenn el principal objeto de su visita - el hacer que volviera con ella al' Este-. ¡Esperaría un poco más! Odiaba su trabajo y no había hablado de aquel asunto. Sin embargo, reconocía honradamente en lo más profundo de su corazón que cada día que pasaba temía más y más el decirle que estaba malgastando su vida en aquel lugar, que ella no podía resistir. Y, sin embargo, ¿perdía realmente el tiempo? De vez en cuando, una Carley Burch tímida y desconocida se lo discutía ardientemente. Quizá lo que más contribuía a detener a Carley era lo feliz que se sentía en sus paseos a pie y a caballo con Glenn. Su recuerdo le hacía guardar silencio. Cada día amaba más a su prometido y, sin embargo, había algo entre ellos. ¿Quién tenía la culpa? ¿Ella o él? Tenía la seguridad femenina de que era amada, y a veces contenía la respiración ante la fuerza de la emoción tumultuosa que le producía esta certeza. Prefería gozar de aquella felicidad' mientras lo fuera posible y soñar en vez de pensar. Pero le era imposible no pensar en las cosas, aunque fuera de una manera soñadora y vaga. El recuerdo volvía insistentemente. Y en algunas ocasiones no podía apartar de su mente la idea de que Glenn nunca sería su esclavo. Adivinaba que había algo en el espíritu de su prometido que le mantenía cariñoso y benévolo hacia ella, siempre reservado, algunas veces melancólico y distante, como si fuera un impasible destino que esperara las férreas consecuencia que habían de surgir de modo inevitable. ¿Qué era aquello que él sabía y ella ignoraba? Aquella idea la perseguía, y quizás era aquello lo que la impulsaba a emplear toda la fuerza de sus encantos femeninos para hacerse amar de Glenn. Sin embargo, aunque la emocionaba el ver que cada día se hacía amar más intensamente de su prometido, no se cegaba hasta el punto de dejar de comprender que todos sus encantos y su dulzura no bastaban a hacer desaparecer aquella extraña reserva. ¡Cómo la desesperaba aquel hecho! ¿Era, acaso, que se resistía, que comprendía, o era un sentimiento de nobleza y de duda? A mediados de junio cumplió Flo Hutter veinte años, y todos los vecinos y empleados del rancho fueron invitados a la celebración de aquel acontecimiento.

Por segunda vez durante su estancia en el Oeste se puso Carley aquel vestido blanco que había causado la admiración y la delicia de Flo y el asombro de la señora Hutter, logrando que Glenn le hiciera un reacio cumplimiento. A Carley le agradaba causar sensación. ¿Qué significaban para ella los vestidos exquisitos y costosos más que -el placer de ser admirada?

Anochecía aquel día de junio cuando se dispuso a bajar las escaleras, y se detuvo durante unos instantes en la larga galería. La estrella de la noche, radiante y solitaria, tan fría y tranquila en el oscuro azul del cielo, se había convertido en algo que esperaba y contemplaba, así como había aprendido a amar la melodía soñadora del murmullo de la cascada. Se detuvo en aquel lugar. ¿Que significación tenían ya para ella la vista, los ruidos y los aromas de aquella salvaje cañada? No podría explicarlo; pero comprendía que habían sufrido una transformación inconmensurable.

Sus ligeros zapatos' no hacían ningún ruido al andar por la galería, y cuando volvió el ángulo de la casa, donde las sombras eran mucho más espesas, oyó la voz de Lee Stanton que decía

-Pero, Flo, tú me amabas antes de que viniera Kilbourne.

Lo patético y emocionado de aquella voz hizo que Carley permaneciera inmóvil. Algunas situaciones son tan irresistibles como el destino.

Desde luego-contestó Flo soñadoramente. Aquella voz era la de una muchacha que el día de su cumpleaños tiene que hacer frente a recuerdos felices y dolorosos a un mismo tiempo.

-¿No me quieres ya? -preguntó Lee en un murmullo emocionado.

-¡Claro que te quiero, Lee! Yo no cambio nunca -dijo la muchacha.

-Pero entonces, ¿por qué...?

En aquel momento le faltó el valor para seguir hablando.

-Lee, ¿quieres que te diga la verdad absoluta?

-Sí; eso es lo que quiero.

-Bueno; pues te quiero como te he querido siempre -contestó Flo gravemente-. Pero, Lee, a él le quiero más que a ti y más que a nadie en el mundo.

¡Dios mío! Flo..., vas a causar la ruina de todos -exclamó él con voz ronca.

-No, no lo haré. No puedes decir que no tengo la cabeza firme. He sentido mucho haber tenido que decirte esto, Lee; pero me has obligado a hacerlo.

-Flo, ¿me quieres a mi y le quieres a él..., a dos hombres a un mismo tiempo? - preguntó Stanton incrédulamente.

-Así es, desde luego -contestó la muchacha con una suave carcajada, Y te aseguro que no tiene nada de divertido.

-Comprendo que hago un triste papel si me comparas; con Kilbourne -dijo Stanton desconsoladamente.

-Lee, puedes resistir fa comparación con cualquier hombre del, mundo -contestó Flo elocuentemente-. Eres del Oeste y eres firme, y leal, y bueno, y algún día serás como mi padre. ¿Qué más quieres que te diga?... Pero, Lee, ese hombre es diferente. Es maravilloso. No sé explicártelo, pero lo siento. Ha atravesado por un fuego infernal. ¡Oh! ¿Podré olvidar nunca sus delirios cuando estaba enfermo? Para mí significa más de lo que puede significar un solo hombre. Es americano. También tú eres americano, Lee, y fuiste soldado y hubieras sido un guerrero magnífico; conozco perfectamente el viejo Arizona... Pero no fuiste llamado a Francia... Glenn Kilbourne fue. Sólo Dios sabe lo que eso significa. Pero fue. Y ésa es la diferencia. Vi la ruina en que le había convertida la guerra. Traté de salvarle la vida y el espíritu. No seria americana si no le amara... ¡Oh, Lee, es que no sabes comprenderme!

-Me parece que sí. No quito a Glenn que se merezca tu cariño. Lo único que temo es perderte.

-¿Es que te he prometido acaso alguna vez el casarme contigo?

-No por medio de palabras. Pero los besos debían...

-Sí, los besos significaban: un mundo de cosas -contestó ella-. Y no niego mi culpabilidad. Supongo que algún día me casaré contigo y seré terriblemente afortunada. Seré feliz también, no lo olvides... No tienes que preocuparte. Glenn está enamorado de Carley. Es bella, rica... y de su clase. ¿Cómo va a fijarse en mí?

-Flo, quién sabe-contestó Stanton pensativo-. Al principio no me gustaba la muchacha, pero estoy cambiando de opinión. La cuestión es, Flo, si le quiere tanto como tú fe quieres.

-¡Oh!, creo que sí, espero que sí -contestó Flo con aire de preocupación.

-Yo no estoy tan seguro. Pero no puedo saber lo que piensa. Dios sabe que yo también lo espero. Si no le quiere, si se vuelve al Este dejándole aquí, supongo lo que sucederá en lo que a mí se refiere...

-¡Hum! Sé que ha venido aquí a llevárselo con ella. Bajemos ahora.

-¡Oh, espera, Flo! - rogó él-. ¿Qué prisa tienes...? Vamos, dame...

-¡Toma! No te daré más sea o no mi cumpleaños -contestó Flo alegremente.

Carley oyó el suave murmullo del beso y el suspiro profundo de Lee, y, a continuación, los pasos que se alejaban hacia la oscuridad' de la escalera. Carley se apoyó contra la pared de madera. Tocaba las toscas tablas y percibía el intenso olor de la resina de los pinos. Con la otra mano oprimía su pecho. Su corazón latía con violencia inusitada. A sus pies se oían voces y pasos. Se había hecho completamente de noche. El -suave murmullo de la cascada y del arroyo llegaba hasta sus atentos oídos.

Las personas que escuchan sin ser vistas, nunca oyen hablar bien de sí mismas. Pero fa sutil duda de Stanton de que hubiera nada profundo en ella, a pesar de dolerle no la preocupaba tanto como la certeza absoluta de que Flo amaba a Glenn. Aquel conocimiento, que no había tratado dé obtener, la afligía grandemente. Desde aquel momento estaba advertida y armada. Lo ocurrido la entristecía sin lograr debilitar la confianza que tenía en el amor de Glenn. Pero excitaba su perplejidad y su curiosidad ante el misterio que parecía rodear la transformación del carácter de su prometido. Aquella muchacha del Oeste sabía realmente más de Glenn que ella misma.

Carley se sintió desconcertada y humillada al comprender que había pensado en sí misma, en su amor, su vida y sus necesidades en vez de pensar en las de Glenn. No hacía falta ser muy inteligente ni conocer muy a fondo 1'a naturaleza humana para comprender que Glenn la necesitaba más que ella necesitaba a su prometido.

Involuntariamente desconcertada, preocupada y humillada, bajó Carley a la reunión. Nunca había producido un contraste tan intenso, nunca le habían hecho las circunstancias sentirse tan radiante, alegre y orgullosa. Oyó muchas observaciones formuladas sin intención de que sus agudos oídos las percibieran. Un viejo canoso occidental le dijo a Hutter.

-Parece, un hada.

Otro de los invitados, una mujer -observó

-Dulce y linda como una colombina. Pero me gustaría más si fuera vestida con más decencia.

Y un toso ranchero que estaba con unas amigos a la puerta del porche mirando hacia la sala, preguntó a uno de sus camaradas.

-¿Crees que en el! Este va la gente así? A lo que respondió el otro:

-Quizá, pero me apuesto cualquier corsa a que en el Este escasea la seda.

Carley se sintió satisfecha al ver la sensación que había causado, pero no llevó su locura hasta el punto de tratar de oscurecer a Flo. Por el contrario, hizo que la muchacha participara de aquella admiración. Enseñó a Flo a bailar el fox-trot, e hizo que Glenn bailara con ella. Después se lo enseñó a Lee Stanton. Y cuando Lee bailó con Flo, causando la infinita admiración y delicia entre los circunstantes, experimentó Carley el primer placer sincero de aquella velada.

Su momento llegó cuando bailó con Glenn. Aquello le recordó días lejanos que deseaba hacer volver. A pesar de la tosca vida guerrera y :de sus labores del Oeste, conservaba Glenn algo de su antigua gracia y belleza. Pero el simple hecho de bailar con él bastaba para emocionarla intensamente, y por unos momentos se olvidó completamente de los espectadores.

-Glenn, ¿te gustaría ir de nuevo al Plaza conmigo y bailar entre plato y plato como hacíamos en tiempos? - susurró a su oído.

-Claro que me gustaría, a menos que Morrison supiera que ibas a estar allí -contestó él.

- ¡Glenn...! Ni siquiera le vería.

-¡Sí que sería extraño que dejaras tú de ver al viejo Morrison! -exclamó Glenn medio burlonamente.

Su duda y su tono la excitaron. Oprimiéndose más contra él, dijo:

-Vuelve conmigo y te lo probaré.

Pero él se echó a reír sin contestarle. Al pronunciar aquellas osadas palabras había sentido Carley que el corazón le daba un vuelco. Si su prometido le hubiese contestado, aunque fuera en broma, le hubiera hablado de su intenso deseo de que volviera con ella. Pero su silencio la intimidó, y aquellos momentos transcurrieron sin que Carley le dijera nada.

A1 final de aquel baile llamó Hutter a Glenn para tratar con unos pastores vecinos de un asunto que les interesaba. Y Carley, cruzando sola el espacioso gabinete, pasó cerca de una de las puertas que daban al' porche. Alguien, invisible a causa de la oscuridad, le dijo en, voz

baja: ¢ ¡Hola, lindos ojos! » Carley sintió que le recorría el cuerpo un escalofrío, pero no dio muestra alguna de haber oído. Reconoció la voz y el epíteto. Dirigiéndose hacia un grupo que había al otro lado de la habitación miró con aire indiferente hacia la puerta y vio a un grupo de hombres. Uno de ellos era el ranchero Haze Ruff. Sus osados ojos estaban fijos en ella y su rudo rostro sonreía significativamente como si comprendiera algo relacionado con la muchacha y que era un secreto para la demás gente.

Carley bajó los ojos. Pero no pudo evitar la sensación de que la mirada de aquel hombre la seguía adondequiera que fuera. Lo desagradable de aquel incidente no hubiera significado nada para Carley de haber podido olvidar inmediatamente. Sin embargo, y sin saber por qué, la atención de aquel rufián no le pasaba inadvertida. No le servía de nada el pensar que en realidad era el blanco de todas las miradas. El tono y el aspecto de Ruff le producían una sensación que nunca había experimentado. Sintió la tentación de decírselo a Glenn, pero no lo hizo al comprender que sus palabras serian causa de una riña entre los dos hombres. Bailó de nuevo y ayudó a Flo a entretener a sus invitados. Pasó frecuentemente ante aquella puerta, y en una ocasión se detuvo deliberadamente dominada por el extraño y contradictorio impulsa tan inescrutable en las mujeres. Ni un solo momento dejó de sentir la osadía de aquel hombre. Al cabo de largo rato acabó por comprender que lo que le extrañaba en aquella osadía era lo diferente que era de las que había sufrido hasta entonces. La sonrisa de aquel insensato significaba que creía que ella se había dado cuenta de sus miradas y que, comprendiéndolas perfectamente, se deleitaba secretamente en aquella admiración. Carley había tenida ocasión de ser testigo de muchas y variadas fases de la vanidad masculina. Pero aquel tasco ranchero, Haze Ruff, estaba más allá de la comprensión de la muchacha. Una vez que terminó la reunión y partieron los invitados, olvidó inmediatamente a aquel hombre y el incidente surgido entre ambos.

Al día siguiente, a avanzada hora de la tarde, cuando Carley salió al porche, fue llamada por Flo, que acababa de volver de la cañada a caballo.

-¡Eh, Carley, baja en seguida! Tengo que decirte una cosa -gritó.

Carley bajó rápidamente los toscos escalones del porche. Flo estaba acalorada y llena de polvo y de sus vestiduras se desprendía el inconfundible olor del baño de las ovejas.

-He estado en el campamento de Ryan y he tenido que correr mucho para llegar a casa antes que Glenn -dijo Flo.

-¿Por qué? -preguntó Carley con ansiedad.

-Quería decirte una cosa. Glenn juró que no me dejaría decírtela... A veces me pone nerviosa. Cree que no puedes resistir la que se te dice.

-¡Oh! ¿Está herido?

-Tiene algunos rasguños y magulladuras, pero creo que no está herido.

-Flo, ¿qué ha sucedido? - preguntó Carley llena: de ansiedad.

-Carley, ¿sabes que Glenn sabe luchar como un verdadero demonio? -preguntó Flo.

-No, no lo sabía. Pero recuerda que practicaba el atletismo. Flo, me intranquilizas. ¿Es que ha reñido Glenn con alguien?

-Ya lo creo -contestó Flo.

-¿Can quién?

-Con ese gigante de Haze Ruff.

-¡Oh! -exclamó Carley con un violento estremecimiento-. ¡Ese hombre es un canalla! Flo, ¿viste acaso...? ¿Estabas allí?

-Desde luego, estaba, y te aseguro que después de una carrera de caballos lo que más me gusta del mundo es una riña -contestó la muchacha occidental-. Carley, ¿por qué no me dijiste que Haze Ruff te había insultado anoche?

-Pero, Flo, si sólo me dijo: «Hola, lindos ojos», y no le hice caso alguno-dijo Carley azoradamente. -En el Oeste no se puede dejar de hacer caso de nada. La próxima vez se

comportaría con más osadía. Eso de volver la cara del otra lado no sirve de nada en Arizona. Pero, desde luego, creímos que Ruff te habría dicho algo peor. Aunque en él ya es bastante.

-¿Cómo te enteraste?

-Carley lo dijo. Estaba aquí, junto a la puerta, anoche, y oyó que Ruff te hablaba. Carley te tiene mucha simpatía, y creo que odia a Ruff. Además, Carley aumenta las cosas. Sus palabras excitaron a Glenn, y te aseguro, querida mía, que te has perdida el espectáculo más: espléndido sucedido desde que estás aquí.

-De prisa, dime lo ocurrido -rogó Carley, sintiendo que la sangre se le subía a la cabeza.

-Fui al rancho de Ryan en busca de mi padre, y cuando llegué allí no sabía nada de que te hubiera hablado Ruff -empezó a decir Flo cogiendo a Carley de la mana-. Mi padre tampoco sabía nada. Glenn no había llegado aún allí. En el momento en que los hombres acababan de chapuzar un grupo de ovejas, llegó Glenn a caballo can aspecto muy indignado.

-¿Qué demonios le pasará a Glenn? - dijo mi padre, levantándose de donde estábamos sentados.

»Desde luego, comprendí que Glenn estaba como loco, aunque nunca le había visto en aquel estado. Su aspecto era terrible... Se dirigió a caballo hacia donde estábamos, y al llegar junto a nosotros, desmontó. Mi padre y yo le llamamos a gritos, pera él se dirigió hacia el cercada de las ovejas. ¿Te acuerdas que vimos a Haze Ruff y a Lorenzo chapuzando las ovejas dentro del estanque? Ruff iba a escalar la empalizada en aquel momento, y Glenn se subió a ella de un salto.

»-Oye, Ruff -dijo con voz ronca-: Carley y Ben me dicen que anoche te oyeron hablar irrespetuosamente a miss Burch.

»Mi padre y yo corrimos hacia la empalizada, pero antes de que pudiéramos sujetarle había saltado Glenn dentro del cercado.

»-No me importa nada de lo que te hayan podido decir esos idiotas-contestó Ruff.

»-¿Lo niegas? - preguntó Glenn.

»-No niego nada, Kilbourne -gruñó Ruff-. Te discutiría esa de la falta de respeto. Es cuestión de opiniones.

»-Pide perdón por haber hablado a miss Burch o de, la contrario te daré una paliza y haré que Hutter te despida.

»-Mira, Kilbourne, yo nunca me vuelvo atrás de lo que he dicho -contestó Ruff.

»Entonces Glenn le tumbó de un golpe. Me gustaría que hubieras oída el ruido que hizo. Sonaba como cuando Carley golpea a un toro con un garrote. Mi padre gritó: «-¡Cuidado, Glenn! Ha cogido un revólver.» Ruff se puso en pie, completamente enloquecido. Después se agarraron uno a otro. Ruff le dio algunos puñetazos, pero no consiguió llegarle a la cara. Y Glenn le dio una serie de golpes can la derecha y con la izquierda, siempre en su repulsivo rostro. Ruff estaba lleno de sangre y juraba de una manera terrible. Glenn le golpeó contra la empalizada, y entonces vimos todos que Ruff buscaba un revólver o un cuchillo. Todos las hombres gritaron, y yo no pude menos de hacerla también. Pero Glenn le había visto a su vez. Su fiereza fue en aumento. Hizo arrodillarse a Ruff y le golpeó con fuerza, haciéndole caer intencionadamente dentro del estanque. Salpicó a gran distancia, mojándonos: a todas. Ruff desapareció. . Después se encogió como un cerdo de gran tamaño. Estábamos asustados, pues, como sabes, el agua del estanque es, venenosa. Supongo que Ruff lo sabría también. Avanzó arrastrándose y trepó par el otro extremo. Vimos que tenía los ojos y la boca herméticamente cerrados. Empezó a palpar a su alrededor, tratando de buscar él estanque, de agua clara. Uno de los hombres le guió hacia allí y fue muy divertido el verle bañarse y meter la cabeza debajo del agua. Cuando salió fuera, se le pusieron los hombres delante y le detuvieran. Tenía un aspecto terrible... Y Glenn le gritó: «Ruff, el chapuzón no te ha matado, pera veremos si una bala consigue dar fin a tu vida.»

Poco después de aquel incidente emprendió Carley su acostumbrado paseo a caballo, pues había quedado con Glenn en reunirse con él cuando volviera del trabajo. A fines de junio había adelantado tanto Carley en su modo de montar a caballo que Flo le prestó una de sus potros. Quizás aquel cambia no significaba que montara maravillosamente, pero Carley creía que así era, en efecto. Hay tanta diferencia entre los caballos cama entre las personas. El potra que había montado últimamente era de raza navaja, pero había nacida y :se había criada en Oak Creek. Carley no había descubierto hasta la fecha que aquel animal tuviera ninguna objeción a hacer lo que ella deseaba. Le agradaba todo cuanto agradaba a la amazona, y, sobre todo, le encantaba andar. Su color se asemejaba a las dibujos de tela indiana. Cuando le dejaban que anduviera a su placer adoptaba un paso suave y ondulante, que no cansaba nunca a la muchacha. Además, no se asustaba de que hubiera algo en el camino, o que los conejos lo cruzaran, a que se levantara una bandada de pájaros. Carley le tomó cariño sin darse cuenta, y el que Carley tomara cariño a algo o a alguien era una cosa muy seria, ya que no sucedía frecuentemente y perduraba durante mucho tiempo. Era terriblemente tenaz en todas sus: afecciones.

Junio casi tocaba a su fin, y el verano cubría aquel solitario paraje. Carley no había visto en la vida un tiempo tan perfecto y maravilloso como el que hacía entonces. Los amaneceres eran frescos, puras, fragantes, dulces y rosadas, con una brisa que parecía más bien divina que terrenal. La atmósfera estaba llena del murmullo de las cascadas y la melodía de los burlones pájaros. A la hora solemne de mediodía calentaba el sal con tanta fuerza que quemaba la piel, pero aquella quemadura era, sin embargo, en extrema agradable. Las pálidas tardes eran el tormento mayor de Carley. Parecía que los ruidos y la brisa que habían reinado durante el día buscaban reposo llenos de cansancio, y que la vida se suavizaba, convirtiéndose en irreflexiva felicidad. Aquellas horas preocupaban a la muchacha, porque hubiera deseado que duraran eternamente y porque sabía que aquel tiempo de transformación no podía durar mucho. Cuando no pensaba se sentía enteramente feliz. Los meples, sicómoros y robles estaban llenos de hojas, y su clara color verde contrastaba suavemente con el oscuro color de los pinos. Entre los troncos de color castaño y los de los sicómoros cubiertos de manchas blancas corría el agua ambarina del arroyo. Se oía constantemente el murmullo musical de los rápidos riachuelos. En la superficie de las tranquilas y sombrías lagunas aparecían truchas, y, a su alrededor, círculos que se iban ensanchando más y más. Los arbustos indios, de vivo color carmín, daban una pincelada de fuego en los verdes bancos, y bajo los robles, en los oscuros y frescos rincones, en, los que habría pedruscos cubiertos de musgo que bordeaban la corriente, se veían pajaritos amarillos. A gran altura, y entre las grietas de las rocas se veían plantas maravillosas que empezaban a florecer, unas en tonos dorados v otras en tonos rojizos.

Bajando a lo largo de la cañada, bajo sus enormes murallas, se preguntaba Carley si, sin darse cuenta, todos aquellos aspectos de la naturaleza de Arizona no habrían adquirido para ella una gran significación. Esta idea se le había ocurrido ya alguna vez. En aquella ocasión, como siempre, 'fa combatió, y negó que así fuera, defendiendo su teoría por la eliminación. Sin embargo, el negarse a pensar una cosa que está constantemente presente en nuestra mente acaba por no servirnos de nada. Iba adquiriendo insensiblemente sobre ella un dominio sutil imposible de romper. Sin embargo, era infinitamente más sencillo soñar que pensar.

Pero se le ocurrió la idea de que últimamente no soñaba cuando imaginaba que vivía vaga y dulcemente horas felices pasadas ya o contemplaba a través de una encantadora fantasía el posible futuro que tenía ante sí. Un profesor de Colombia le había dicho a Carley que era el tipo característico de la época actual, una muchacha moderna de espíritu materialista. Sea como fuere, sabía que muchas otras cosas mezquinas y estrechas que caracterizaban su modo de ser se desprendían de ella paulatinamente, dejando ver una nueva, extraña y susceptible suavidad de fibra.

Librodot

Y aquel estado de ánimo en que se encontraba la muchacha, sin pensar ni soñar en nada, significaba que el cuerpo, el corazón y el alma de Carley Burch habían salido de aquella envoltura que los rodeaba hasta entonces. Sus nervios, sus emociones y su espíritu recibían algo de lo que les circundaba. Absorbía lo que tenía junto a ella. Sentía. Era aquél un estado delicioso. Pero cuando pensaba conscientemente en ello le disgustaba y entristecía. Cualquier cosa que se asemejara al atractivo permanente de aquel rudo y libre Oeste era algo que Carley no podía tolerar ni por un momento. A regañadientes admitía que su salud había mejorado, su sangre circulaba con mayor rapidez y que casi se había olvidado completamente de Florida y los Adirondacks.

-Bueno, como le dije a Glenn-monologaba Carley -, cada vez que me siento atraída por Arizona sucede algo que me hace echarme hacia atrás. Hoy siento intensamente el atractivo de este país. Veremos lo que me sucede. Supongo que el decir esto será consecuencia de mi pesimismo y mi materialismo. ¡Qué chocante es eso que dice Glenn de que los golpes más rudos son los que mejor se recuerdan! No comprendo del todo lo que quiere decir.

Cinco millas más abajo de West Fork se ramificaba un camino subiendo por el lazo izquierdo de la cañada. Era un sendero muy pendiente, largo y zigzagueante y lleno de rocas y raíces. A Carley no le agradaba aquella subida, pero prefería la ascensión al descenso. Costaba media hora llegar a la cumbre de aquella pendiente. Cuando llegó al llano desierto, en el que se veían algunos cedros, le azotó el rostro un aire caliente y lleno de polvo que soplaba desde el Sur. Carley se buscó en el bolsillo las gafas ahumadas y comprobó con desagrado que se le habían olvidado. Lo que más desagradaba a la muchacha después del aire helado y el aguanieve era el viento caliente y fa arena y el' polvo que arrastraba consigo. A pocas millas de distancia, y siguiendo aquel camino, había de encontrar a Glenn. Si se volviera atrás por una razón cualquiera, Glenn se intranquilizaría, y lo que más le preocupaba a ella era que la creyera incapaz de hacer frente a un poco de polvo. Por tanto, siguió avanzando.

El viento era borrascoso. Soplaba fuertemente y después se paraba durante unos instantes. Fue yendo en aumento su volumen y persistencia, hasta que la muchacha tuvo que avanzar frente a un verdadero huracán. Había llegado a un paraje, desnudo, llano y cubierto de grava en él que escaseaban los cedros y los arbustos. A lo lejos veía un resplandor amarillento que se elevaba a gran altura. Era una tormenta de arena arrastrada por el huracán. Carley recordó que por aquella llanura había una cabaña de madera que les había servida de refugio a ella y a Flo una vez que les cogió una tormenta. No creía haber pasado por la cabaña sin verla.

Hizo frente al huracán resueltamente, y comprendió que le costaría gran trabajo encontrar aquel refugio. Si' hubiera habido por allí cerca alguna roca o algún cedro de gran tamaño que le ofreciera protección, se hubiera alegrado intensamente. Pero no había nada. Cuando les ráfagas de viento le, azotaban, el rostro no tenía más' remedio que cerrar los ojos. Cuando disminuía la fuerza del" huracán los abría y seguía avanzando, mirando cuidadosamente a través de la amarillenta neblina en busca de la cabaña. Se le llenaron los ojos de polvo, un polvo alcalino que le producía un gran escozor y una intensa molestia. Las ráfagas de aire, más intensas, arrastraban piedras que hubieran podido producirle serias heridas. El polvo penetró en su nariz y entre sus dientes. Además de todas aquellas molestias hacía un calor asfixiante, como de horno caldeado. Carley sudaba copiosamente, y el polvo se le quedaba adherido al rostro. Siguió adelante, mientras su incomodidad y desesperación aumentaban gradualmente. Sin embargo, ni aun entonces dejó de sentir una agradable emoción al comprender que estaba abandonada a sus propias fuerzas. Odiaba los obstáculos, pero sentía cierto orgullo al hacerles frente y dominarlos.

Avanzó una milla más en medio de aquel huracán, y el esfuerzo la rindió y agotó sus nervios hasta el punto de que casi se sintió dominada por un pánico .terrible. Cada vez se le

hacía más penoso el no volver hacia atrás. Por último, cuando ya estaba a punto de darse por vencida, vio a mano derecha la cabaña que buscaba a través de las nubes de polvo. Dirigiéndose hacia la parte de atrás desmontó y ató el potro a una estaca. Después corrió hacia la puerta y entró.

¡Qué agradable era aquel refugio! Ya se encontraba perfectamente, y cuando llegara Glenn habría añadido a la considerable lista de sus méritos aquel triunfo que seguramente haría que Glenn se sintiera orgulloso de ella.

Valiéndose del pañuelo y de las abundantes lágrimas que salían de sus ojos, se los limpio, haciendo desaparecer aquel polvo tan molesto- que los llenaba. Pero cuando trató de quitárselo del rostro comprendió que necesitaría para conseguirlo agua caliente, jabón y una toalla.

La cabaña parecía rodeada de un murmullo suave y sordo. Crujía y rechinaba a causa del viento. De vez en cuando cesaba el ruido, para volver a sonar poco después con más intensidad que nunca. Carley se acercó a la puerta, satisfecha y alegre al ver que la tormenta de polvo iba pasando. La nube amarilla, que parecía elevarse hasta el cielo, se había desviado hacia el Norte. Ráfagas de polvo barrían, el camino, pero no en una nube continua, como sucedía antes. Hacia el Oeste se ponía el sol, rodeado de una aureola de color magenta, que se distinguía con mucha claridad.

-Ya sabía yo que me había de suceder algo desagradable -monologaba Carley con aire cansado mientras se dirigía a un tosco asiento de madera y se sentaba en él. El calor que la invadía había empezado a desaparecer. Sintióse sucia y cansada, y sucumbiendo de nuevo a su antigua depresión, se dispuso a esperar.

De repente oyó el ruido producido por unas herraduras de caballo.

-¡Hombre! Ahí esta Glenn -exclamó alegremente, poniéndose en pie y corriendo hacia la puerta.

Vio un caballo bayo de gran tamaño, sobre el que montaba un rudo jinete. Éste la descubrió en aquel instante y obligó al caballo a detenerse.

-¡Oh! ¡Oh! ¡Si es Lindos Ojos! - gritó con voz alegre y ronca.

Carley reconoció la voz y aquella frase antes de ver que aquel hombre no era otro que Haze Ruff. Sintió que le' recorría el cuerpo un extraño estremecimiento.

-¡Qué suerte más grande! -dijo Ruff, desmontando-. ¡Ya sabía yo que nos encontraríamos algún día! No es que la buscara, pero tenía los ojos muy abiertos por si me encontraba con usted.

Claramente se veía que sabía que la muchacha estaba sola, ya que ni siquiera miró dentro de la cabaña.

-Estoy esperando a Glenn -dijo Carley, esforzándose en aparentar aspereza.

-Me lo figuraba - contestó él con aplomo-. Pero aún tardará un rata en llegar.

Hablaba con tono alegre, como si sus palabras hubieran de alegrar a la muchacha, y su rudo rostro cubierto de cicatrices se iluminó con una sonrisa bien humorada y significativa. Después, sin rudeza alguna, hizo retroceder a la muchacha dentro de la cabaña y cruzó el, umbral de la misma.

-¿Cómo se atreve usted? -gritó Carley.

La ardiente ira que la dominaba desapareció, dando lugar a unos estremecimientos que presagiaban un desvanecimiento. Aquel hombre se inclinó sobre ella gigantesco y monstruoso en su tosca apariencia. Y su sonrisa significativa y el brillo de sus claras y duros ojos, diabólicamente inteligentes y penetrantes, no disminuían en; lo más mínimo la brutal' fuerza física' que se desprendía de aquel hombre. El verle simplemente era lo bastante para que Carley se quedara completamente aterrorizada.

-¡Yo soy! ¡Oh! Soy un hombre muy osado y un demonio en cuestión de mujeres - dijo con una carcajada. Carley no pudo pensar serenamente. Aquel! instante en que la empujó

dentro de la cabaña, siguiéndola, la había asustado, hasta el punta de paralizar su voluntad. Si no le parecía en aquel momento tan terrible, no podía razonar a qué debía aquella idea.

-Déjeme salir de aquí -rogó.

-No. Voy a hacerte el amor un poco -dijo aquel hombre, alargando hacia ella sus velludas manazas. Carley comprendió al verlas la fuerza que había desplegado cuando cogía las ovejas. Vio asimismo que estaban sucias y grasientas, y un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

-Glenn le matará - jadeó.

-¿Por qué? - preguntó Ruff con sorpresa real o fingida-. Oh, conozco perfectamente a las mujeres. No se lo dirás nunca.

-Sí, lo haré.

-Bueno, quizá, sea así. Me parece que estás mintiendo,

Lindos Ojos - contestó él sonriendo-. Sin embargo, me arriesgaré.

-Le digo que le matará -repitió Carley, retrocediendo hasta que sus débiles rodillas tropezaron contra el banco.

-Te digo que porqué razón - preguntó Ruff.

-Por este... este insulto.

-¡Uf! Me gustaría saber quién te ha insultado. ¿No puede acaso un hombre aprovecharse de la invitación de una muchacha a besarla y abrazarla sin insultarla por eso?

-¡Invitación...! ¿Está usted loca? -preguntó Carley, desconcertada.

-No, no estoy loco, y, desde luego, dije invitación... Me refiero a ese vestido blanco y vaporoso que llevabas la noche de la reunión de Flo. ¡Ésa es la invitación que me ha inducido a tratarte con un poco de frescura, Lindos Ojos!

Carley no podía hacer nada más que mirarle fijamente. Sus palabras parecían tener un poder extraño e incontestable.

-Bueno; pues si no era una invitación, ¿qué es lo que era? -dijo Ruff avanzando un paso; lo que hizo que la muchacha quedara a su alcance. Esperó que le contestara, pero ella guardó silencio.

-Te estás poniendo muy pálida - continuó diciendo burlonamente-. Creía que eras' más valiente... Ven aquí. Cogió con una de sus manazas la parte de delante de su vestido y lió un tirón. Lo hizo con tanta fuerza, que Carley se dio tal golpe contra él' que casi se quedó sin respiración. La sostuvo durante algunos instantes y después rodeó su cuerpo con el otro brazo. Aquello parecía privarle nuevamente de la respiración e incluso de los sentidos. De repente se dejó caer completamente agotada. Le parecía estar rodeada de una completa oscuridad. Cayó sobre el banco y se golpeó la cabeza y los hombros contra la pared en su caída.

-Si vas a asustarte tanto, te dejo -declaró Ruff muy disgustado-. ¿Es que las mujeres del Este no podéis resistir nada absolutamente?

Carley abrió los ojos y vio a aquel hombre en una actitud que reflejaba su protesta y un desprecio supremos.

-Pareces un gato enfermo -añadió-. Quiera que mi novia o mi mujer sea un verdadero gato montés.

Su ira y su desprecio produjeron a la muchacha un gran alivio. Se irguió en su asiento y trató de dominar sus agitados nervios. Ruff la miraba, y en su rostro se reflejaba la desaprobación y la desilusión que le había ocasionado la muchacha.

-¿Es que se te ocurrió acaso la idea de que iba a matarte? -preguntó bruscamente.

-Me temo que así haya sido -balbuceó Carley.

Su alegría era tan grande, que casi se convertía: en gratitud hacia aquel, hombre.

-Ten la seguridad de que no te hubiera hecho nada. ¡No me gustan las mujeres tan delicadas como tú! Y voy a decirte una cosa, Lindos Ojos: ¡podías haber tropezado con un hombre que no fuera un caballero como yo lo soy!

De todas las asombrosas: afirmaciones de aquel hombre, aquélla era la que le pareció más extraordinaria.

-¿Por qué llevas ese vestido blanco tan poco natural? -preguntó como si tuviera algún derecho a juzgar a la muchacha.

-¿Poco natural? -repitió Carley.

-Sí. Eso, fue lo que dije. Un vestido de mujer sin nada por arriba ni por abajo es poco natural. No es como debe ser. Parecías un... un... -trató de, encontrar la expresión adecuada y acabó por decir-: como un ángel del infierno. Y quiero que me digas por qué lo llevabas.

-Por la misma razón que llevo cualquier otro vestido -repuso Carley de manera forzada.

-Lindos Ojos, eso es mentira. Y tú lo sabes perfectamente. Llevaste el traje blanco para sacar de quicio a los hombres. Pero no tienes la franqueza de querer reconocerlo... ¡Ni siquiera a mí y a mis semejantes! Ni siquiera a nosotros, que somos como polvo bajo tus piececitos. Pero, a mesar de todo, somos hombres, y quizá mejores de lo que tú te figuras. Si no tenías más remedio que ponerte ese vestido, ¿por qué no te quedaste en tu habitación? ¿No bajaste al salón y danzaste de .un lado para otro para que admiráramos tu belleza? Y contéstame: si eres una chica como es debido, como Flo Hutter, ¿por qué lo llevaste?

Carley estaba completamente muda y sentía que la dominaba una vergüenza y una sorpresa muy singulares.

-No soy más que un ranchero - continuó diciendo

Haze Ruff -, pero no soy tonto. Para tener sentido común no hace falta vivir en el Este y vestirse con elegancia. Quizá comprendas que el Oeste es más grande de lo que imaginabas. Los hombres son iguales en el Este que en el Oeste... Pero si los hombres de tu país tienen que resistir vestidos como ese blanco que tú llevabas, hacen bien en venir de vez en cuando al Oeste, como Glenn Kilbourne, tu prometido. Hace diez años que vivo aquí y es la primera vez que veo un vestido como el tuyo... y tampoco he oído decir nunca que una muchacha haya sido insultada. Quizá creerás que yo te insulté. Pues no fue así. Creo que nada podía insultarte yendo vestida como ibas... Y, por último, te voy a decir una cosa, Lindos Ojos: no eres lo que un hombre como yo llama una muchacha decente. Adiós.

Su gigantesca figura oscureció el marco de la puerta y desapareció, dejando, que la luz volviera a entrar a raudales dentro de la cabaña. Carley seguía inmóvil y mirando hacia el infinito. Oyó el ruido producido por el choque de las espuelas y de los estribos de Ruff. A continuación, un sonido apagado de cuero al montar a caballo, el rápido golpear de los cascos que se debilita al alejarse rápidamente.

Se había marchado. Carley había escapado a algo violento y brutal. Vagamente comprendía aquel hecho sintiéndose infinitamente aliviada. Y lentamente fue recobrando el dominio de sus nervios mientras recordaba con extraordinaria claridad todo lo que aquel hombre le había dicho. Pero todavía estaba bajo la influencia del temor que la había asaltado. Aquella escena era lo más desagradable de todo cuanto le había sucedido en el Oeste. Recrudeció la antigua repulsión que le producía aquel país y la hizo condenarlo a pesar de los encantos que encontraba en él últimamente. Quizá le hubiera sido beneficioso el volver a la realidad. La presencia de Haze Ruff, la asombrosa verdad del contacto de aquellas manazas de ranchero habían constituido, a los ojos de la muchacha, una profanación y una degradación que la habían hecho enfermar de miedo y de vergüenza. Sin embargo, por encima de aquellos sentimientos de vergüenza y de ira se elevaba un pensamiento pálido, indefinible y monstruoso que la acusaba insistentemente y al que tendría que hacer frente más tarde o más temprano. Quizá fuera la voz de su nueva naturaleza, pero en aquel momento el ultraje y el odio que sentía hacia el Oeste no le permitían escucharlo. Quizá fuera la voz de su conciencia. Pero recobró la decisión y la energía que la caracterizaban, y arrojando a un lado aquella carga de emoción y perplejidad trató de recobrar por completo su compostura para cuando llegara Glenn.

Librodot

El viento había dejado de soplar, aunque el polvo no había desaparecido enteramente. El sol se ponía por el Oeste, rodeado de una aureola rosada y dorada. Carley vio un jinete a gran distancia y lo reconoció tanto a él como a su caballo. Se acercaba rápidamente. Salió de la cabaña, y montando su potro se dirigió al encuentro de Glenn. No la atraía la idea de esperarle en la cabaña, y además, Glenn hubiera descubierto seguramente las huellas de otro caballo que no era el suyo. Glenn llegó junto a ella e hizo detenerse a su montura.

-¡Hola! He estado muy preocupado -dijo a modo de saludo, alargándole su mano enguantada-. ¿Te cogió la tormenta de arena?

-Me cogió y me enterró, Glenn -dijo la muchacha riéndose.

Los bellos ojos de su prometido la contemplaron alegre y ardientemente con la aguda penetración, que caracteriza a los que aman.

-Bajo el polvo me parece observar que te has asustado -dijo.

-¡Asustado! ¡Más que susto ha sido terror! Al principio de la tormenta temí perderme... y que el viento me estropeara el cutis. Pero cuando llegó al punto culminante temí perder la respiración.

-¿Y seguiste avanzando a través de las nubes de arena? -preguntó Glenn.

-No del todo, pero hice frente a lo peor de la tormenta antes de llegar a la cabaña -contestó la muchacha.

-¿Te gusta esto? -preguntó Glenn cuando llegaron al fondo de la cañada, cubierto de verde hierba, por cuyo centro serpenteaba el amarillento camino que iba a perderse en las purpúreas sombras.

-Sí, me gusta el paseo... y me gustas tú -contestó Carey contradictoriamente, ya que sabía que Glenn se refería a aquella cañada bordeada de altos muros y completamente invadida por la más absoluta soledad.

-Pero yo quisiera que te gustara Arizona -dijo él.

-Glenn, yo soy una criatura leal, y tú debías de alegrarte de que así sea. A mí me gusta Nueva York.

-Muy bien. De Arizona a Nueva York -dijo rozando ligeramente con sus labios la mejilla de la muchacha. Y acomodándose nuevamente en su silla, picó espuelas a su caballo y gritó volviendo la cabeza hacia atrás

Ese potro y Flo me han vencido muchas veces. Inténtalo tú.

Más aún que sus palabras, excitaron a Carley su tono y su mirada. ¿Le había desagradado su lealtad' hacia la ciudad en que había nacido? Siempre había algún detalle que no acababa de satisfacer a la muchacha. ¿Significaban su tono y su mirada que Flo podía cogerle, cosa de la que Carley era incapaz? A pesar de lo absurda que era aquella idea, se lanzó temerariamente a toda velocidad. Al potro le bastaba con saber que la que lo montaba deseaba correr. El camino era de tierra blanda y amarillenta, bordeada de verde follaje y de pinos. Al cabo de algunos momentos iba a una velocidad que no había alcanzado ni remotamente en toda su vida. Abajo, en el serpenteante camino, se veía el caballo de Glenn que galopaba velozmente con la cabeza baja y con gran belleza de movimientos. Pero Carley veía que la distancia entre ambos caballos iba disminuyendo. Calico se acercaba más y más al +bayo. Su excitación la hizo gritar. Glenn vio que fe iba a vencer, y obligó a su caballo a que aumentara la velocidad. A pesar de todo, no pudo aumentar la distancia que le separaba de Calico. El pequeño potro ganaba terreno poco a poco. A Carley le parecía que el montarlo no requería esfuerzo alguno. Y mientras seguía corriendo a toda velocidad, con el viento que le zumbaba en los oídos, las verdes murallas continuamente ante sus ojos de una manera vaga, las ramas de los pinos azotándole las mejillas y el cuello, el zigzaguearte camino amarillento corriendo hacia ella, bajo sus pies, sintió en lo más profundo de su corazón un sentimiento de gloriosa felicidad. Estaba muy cerca de Glenn.

Los cascos de su caballa levantaban nubes de arena húmeda y piedrecitas, que cubrían él traje de montar de Carley y le azotaban el rostro. Tuvo que ponerse una mano ante los ojos. Quizás aquel movimiento hizo que perdiera en parte la confianza en sí misma, o que se torciera en su silla, pues de repente comprendió que no montaba bien. La velocidad del caballo era excesiva para su inexperiencia. Pero en aquellos momentos nada la hubiera hecho detenerse. Ni su temor ni su torpeza habían de servir de obstáculo a aquel caballo de pura sangre. Carley sintió que Calico comprendía la situación, o que, cuando menos, sabía que podía coger y pasar a aquel caballo bayo de gran tamaño y por lo tanto se disponía a hacerlo. Carley tuvo gran dificultad en agarrarse fuertemente para no caer, mientras evitaba que las nubes de arena la cegasen completamente.

Calico llegó a la altura del bayo, y Carley se vio junto a Glenn. Pulgada a pulgada fue adelantándole, y la muchacha dejó escapar un grito de alegría. Este grito asustó a Calico o le sirvió de inspiración. El caso es que como una bala se alejó del caballo de Glenn, perdiendo su ritmo maravilloso e igualado. Parecía volar a través del espacio, a costa de un, tremendo esfuerzo muscular. Carley lo notaba y perdió el equilibrio. Le parecía correr a' través de un bosque verde y negro, que veía turbiamente, mientras que un terrible huracán azotaba su rostro. De repente sintió que Calico daba un fuerte respingo, para hundirse en seguida entre la arena. Carley fue lanzada fuera de la silla y cayó con tal fuerza que perdió completamente el, conocimiento.

Al recobrarlo sintió gran opresión en el pecho, y notó que tenía todo el cuerpo completamente dolorido. Cuando abrió los ojos vio a Glenn que se inclinaba sobre ella, teniendo su cabeza apoyada en su rodilla. Evidentemente, la sensación de frío y de humedad que la hacía reanimarse se debía al pañuelo con que le frotaba el rostro.

-¡Carley, me parece que en realidad no estás herida! -dijo con ansiedad,-. Ha sido un golpe tremendo, pero caíste sobre la arena y te deslizaste. Es imposible que estés herida.

La expresión de sus ojos, el tono de su voz y el roce de sus manos la emocionaron hasta el punto de que por un momento pretendió que en realidad estaba seriamente herida. Valía la pena darse un golpe por ver la actitud que tenía Glenn en aquellos momentos. Pero en el fondo no creía que hubiera sufrido más que una fuerte conmoción, y todas sus heridas se reducían a unos cuantos arañazos.

-Glenn..., amado mío -susurró en voz muy baja y elocuente.

- Me parece que me he roto la columna vertebral... Pronto estarás libre de mí.

Glenn se estremeció y se puso de una palidez cadavérica. Empezó a hablar incoherentemente, mientras que Carley levantaba la mirada hacia él, acabando por cerrar los ojos. No podía mirarle mientras durara aquel engaño. Sin embargo, el verle y el sentirle junta a ella la llenaba de felicidad en aquellos momentos. Lo que necesitaba era la seguridad de su amor. Estaba convencida de que la amaba, y, a pesar de las dudas y de la mórbida fantasía, la verdad la había convencido, llenando de alegría: su corazón.

De repente rodeó con sus brazos el cuello de su prometido, diciéndole:

-¡Oh Glenn! ¡No he podido resistir la tentación de aprovechar una ocasión como ésta!... No tengo ni la menor herida.

VI

Llegó un día en que Carley le preguntó a la señora Hutter:

-¿Quiere usted hacer el favor de prepararnos al Glenn y a mí un buen almuerzo? Voy a ir a su granja a sorprenderle en su trabajo.

Magnífica idea -declaró la señora Hutter, dedicándose inmediatamente a complacer a Carley.

Poco después llevaba la muchacha un cesto repleto al brazo, lanzándose a una aventura que la emocionaba y deprimía a un, mismo tiempo. Mucho antes de aquella ocasión había sentido, al pensar en el trabajo de Glenn, una admiración inexplicable que aceleraba los latidos de su corazón. Estaba orgullosa de pensar que era lo bastante fuente para llevar a cabo aquella clase de trabajo; pero la preocupaba y disgustaba la idea de que quisiera seguir ejecutándolo.

Aquella mañana se asemejaba a los pocos días de junio que tenían en el Este aquella rica luz ambarina. En el Oeste calentaba más el sol y hacía más fresco a la sombra.

Carley se dirigió hacia el camino, bajo el cual vaciaba West Fork sus aguas doradoverdosas en Oak Creek. Las rojas murallas parecían soñar y esperar bajó la luz del sol. El calor cubría como con una manta el tranquilo follaje; los pájaros guardaban silencio; sólo el murmullo de la corriente interrumpía la quietud de la cañada.

Nunca había sentido Carley hasta aquel punto el aislamiento y la soledad de Oak Creek Canyon. ¡Qué lejos estaba de las multitudes enloquecedoras! Sólo su testarudez y la conciencia de su descontento impedía que reconociera la sensación de paz que la envolvía. ¿Qué sentiría si fuera a vivir a aquella cañada, abandonándose a sus encantos? Aquél, al igual que otros muchos pensamientos desconcertantes, quedaba sin respuesta alguna, perdido en las cámaras más herméticas del espíritu de Carley, germinando subconscientemente para anonadarla algún día bajo su peso.

El camino bordeaba la corriente, serpenteando por entre los guijarros, atravesando lo sombríos bosques de algodoneros y cruzando soleadas superficies de arena. Carley avanzaba cada vez con mayor lentitud. Estaba preocupada. Había prolongado mucho su visita al Oeste. No podía permanecer allí indefinidamente. Y mezclada con aquella idea, sentía la sorpresa de no haberse cansado de Oak Creek. A pesar de todo, del desagrado que aseguraba le producía aquel país, se desconcertaba al comprender que no estaba cansada de su estancia en él.

Aquella visita a la granja de Glenn, que había ido retrasando más y más, tendría como consecuencia forzosa el hablar de su trabajo. Y, aunque de una manera un poco vaga, sentía tener que sucumbir a aquella necesidad. ¡Desaprobar lo que hacía Glenn! No estaba muy segura, y se sentía dominada por la duda. Pero la dominante voz de su personalidad, acallaba aquellos temores. A través de la anchura del sombrío bosque vio una explanada soleada. Y cruzando aquel espacio hasta el borde de los árboles, miró, tratando de espiar a Glenn en su trabajo. Vio una vieja choza, una empalizada irregular, hecha de maderos de todos los tamaños y formas; diversas Parcelas de terreno pelado y amarillento, que conducían, a la parte oeste del muro de la cañada. ¿Podía ser aquello la granja de Glenn? Seguramente no la habría visto o no habría llegado aún a ella. Aquello no era una granja, sino un corte hecho entre los bosques del fondo de la cañada. Era un sitio pelado y de aspecto terrible. En las parcelas se veían diseminados algunos árboles muertos, cortados a raíz de la tierra con un hacha para matarlos y evitar que su follaje sombreara el suelo. Carley vio un largo montón de rocas, que seguramente habían sido llevadas desde el terreno que había sido arado. Allí no había ni limpieza ni regularidad, a pesar de las evidentes señales de herramientas que había en el suelo. El limpiar aquel espacio, rodearlo de una valla y rebajarlo a continuación, era a los ojos de Carley una labor muy penosa y completamente inútil. Carley pensó que aquella parcela de terreno debía pertenecer a Carley, el pastor, y estaba a punto de dar media vuelta para dirigirse hacia el río cuando vio a un hombre a alguna distancia de donde ella estaba. Andaba majestuosamente, inclinándose de vez en cuando hacia el suelo. Reconoció a Glenn, que plantaba algo en el amarillento suelo.

Carley le miró curiosamente y no permitió que su imaginación se preocupara por el sentimiento doloroso que le había inundado el corazón. ¡Qué andar más majestuoso! ¡Qué

Librodot

aspecto más vigoroso y grave tenía! Llevaba a cabo aquel trabajo con el mismo cuidado que lo hubiera hecho un labriego. Quizá no lo hiciera bien, pero era indudable que trabajaba concienzudamente. En una ocasión le había dicho que no hay que juzgar a un hombre por el resultado de sus trabajos, sino por la naturaleza de su esfuerzo. Un hombre podía fracasar a pesar de luchar con toda `su alma por conseguir una cosa. Carley le contempló mientras andaba inclinándose de vez en cuando, absorto en su trabajo, sin acordarse de los rayos del ardiente sol y completamente desligado de la vida que había llevado en tiempos, y a la que ella deseaba tan ardientemente hacerle volver. De repente le asaltó la conciencia una pregunta inexplicable: ¿cómo osaba desear hacerle volver a Nueva York? Parecía tan desconcertada como si hubiera sido un extraño el que había formulado aquella pregunta. ¿Qué significaba el brillo de sus ojos, el temblor interior que la agitaba, aquella maldita fuerza de su inteligencia que parecía rugir en su interior? No se atrevía a hacer frente a sus sentimientos. Luchaba contra sí misma, y su antiguo carácter resistía instintivamente sin querer dejarse vencer por el nuevo, al que consideraba como un extraño. Pero no salió completamente victoriosa de aquella lucha. La Carley Burch de antaño odiaba apasionadamente la vida y el trabajo de Glenn Kilbourne, pero su nuevo ser, rebelde, osado y sorprendente, le amaba con más fuerza precisamente por eso.

Carley respiró profundamente antes de llamar a Glenn. Aquel encuentro tendría gran trascendencia y no estaba muy segura de sí misma.

Aparentemente se quedó sorprendido al oír su llamada, y dejando caer su saco y sus herramientas corrió hacia la muchacha, levantando nubecillas de polvo a su alrededor. Saltó la tosca empalizada y gritó alegremente al ver a la muchacha. ¡Qué aspecto más viril y más fuerte tenía! Sin embargo, estaba cansado y preocupado. Carley pensó que cuando ella llegó a Oak Creek no tenía aquel aspecto. ¿Se habría preocupado por su causa? Aquella idea le produjo una sensación dolorosa.

-¡Sir Tiller de los Campos -dijo Carley alegremente-, aquí tienes el almuerzo! Te lo he traído y lo compartiré contigo.

- ¡Amada mía! -contestó él, abrazándola y humedeciendo la mejilla de la muchacha con el sudor de la suya.

Olía a polvo y tierra y tenía mucho calor.

-¡Dios quiera que sea así siempre! -dijo.

Sus amorosas palabras hicieron que la muchacha guardara silencio. ¡En los momentos críticos decía siempre algo que la doliera a la desarmara! Al separarse de él trató de sonreírle.

-Qué buena eres -digo él cogiendo la cesta-. Estaba pensando precisamente que hoy iba a terminar el trabajo antes que de costumbre y sentía no haberme citado contigo... Ven, vamos a buscar un sitio donde sentarnos.

La condujo bajo los árboles hacia un sitio mitad soleado y mitad en sombra, donde había un banco de roca que daba sobre el río. Grandes pinos cubrían de sombra una tranquila balsa. Unas cuantas mariposas de color castaño revoloteaban sobre la superficie del agua, y pequeñas truchas, que semejaban plumas moteadas, nadaban casi a flor de agua... La modorra del verano envolvía aquella escena silvestre.

Glenn se arrodilló al borde de la corriente, y hundiendo sus manos en el agua salpicó como un enorme perro bañándose el rostro y la cabeza, que le ardían. Después se volvió hacia Carley riéndose y hablando alegremente mientras se secaba con una gran toalla roja. En aquel momento se sintió Carley vencida por el atractivo de su virilidad y amó intensamente al país que le había robustecido, hasta el punto de hacerle tal como era entonces.

-Me sentaré al sol -dijo Glenn, señalando hacia un punta muy soleado-. Cuando se tiene calor no conviene descansar a la sombra si no se tiene a mano algún abrigo o chaleco. Pero tú siéntate a la sombra.

Librodot

-Glenn, estaremos demasiado lejos uno de otro -dijo Carley en tono de queja-. Me sentaré al sol contigo. La deliciosa simplicidad y felicidad de la hora que siguió era algo que Carley no creía poder olvidar nunca.

-¡No hemos dejado ni una migaja! -dijo-. ¡Parecíamos unos lobos hambrientos! ... A veces me pregunto si comeré tan: a gusto cuando vuelva a casa. Antes no comía así y me gustaban muy pocas cosas.

-Carley, no hables de Nueva York -dijo Glenn suplicante.

-Amado granjero, quisiera quedarme aquí y limitarme a soñar eternamente - contestó Carley muy seria -. Pero he venido con intención de hablar seriamente.

-¿Sí? ¿Y a propósito de qué? -contestó él con un cambio indefinible de tono y expresión. -Primeramente, a propósito de tu trabajo. Sé que dañé tus sentimientos al no querer oírte hablar de eso. Pero aún no estaba preparada. Quería pasar el tiempo alegremente junto a ti. No creas que no me interesaba. Por el contrario, me interesaba mucho. Y ahora estoy dispuesta a oír todo lo relacionado con ese asunto.

Le sonrió valientemente, sabiendo que de no hacerla perder la compostura algún hecho inesperado podría ocultar a los ojos de Glenn cualquier sentimiento que le pudiera herir en su sensibilidad.

-Realmente tienes un, aspecto muy serio -dijo él, mirándola con ansiedad.

-¿Cuáles son tus relaciones de negocios con Hutter? -preguntó la muchacha.

-Trabajo a sus órdenes -contestó Glenn-. Mi deseo sería tener un tanto por ciento en su negocio de ganado, y espero que algún día lo consiga. Tenemos grandes planes. Uno de ellos es el desarrollo de la sección de Deep Lake... Recordarás que fuiste con nosotros. ¿Te acuerdas del día que te tiró Spillbeans?

-Sí, me acuerdo. Era un sitio muy bonito - contestó ella.

Carley no le dijo que hacía un mes que poseía los terrenos de Deep Lake, que tenían una extensión de ciento cuarenta acres. En realidad se había puesto de acuerdo con Hutter para que los comprase y que de momento mantuviera en secreto aquella transacción. Carley no pudo comprender nunca qué impulso le empujó a hacer aquello. Pero como Hutter le aseguró que era un modo muy beneficioso de invertir un pequeño capital, trató de persuadirse considerando las ventajas de aquella compra. En el fondo existía un irresistible deseo de poder algún día regalar a Glenn aquel rancho que tanto le gustaba. Llegó a la conclusión de que nunca perdería por completo el contacto con aquel Oeste y como seguramente lo visitaría de vez en cuando, empezó a formar planes por su cuenta. Podía resistir un mes en Arizona de tarde en tarde.

-Hutter y yo nos dedicaremos a la cría de ganado algún día -continuó Glenn-. Y Deep Lake es lo que yo deseo para mí.

-Qué trabajo es el que haces a las órdenes de Hutter? - preguntó Carley.

-Todo lo habido y por haber, desde construir empalizadas a cortar madera -dijo Glenn riéndose-. Todavía no tengo la experiencia necesaria para ser superintendente, como Lee Stanton. Además, tengo mis pequeños negocios, en los que he invertido todo mi dinero.

-¿Te refieres a esta granja?

-Sí. Y al ganado que estoy criando. Como verás, tengo que sembrar trigo; y créeme, Carley, esos campos de trigo representan un trabajo muy penoso.

-Lo creo sin ninguna dificultad -contestó Carley-. Tenías aspecto de estar muy cansado.

-Oh, ya acabé el' trabajo penoso. Ahora lo único que tengo que hacer es escardar y quitar la cizaña. -Glenn, ¿es que las ovejas comen trigo?

-Planto trigo para cebar mis cerdos.

-¿Cerdos? -repitió ella de manera grave.

-Sí, cerdos -dijo Glenn con tranquila gravedad-. El primer día que visitaste mi cabaña te dije que criaba cerdos, y freí jamón para darte de almorzar.

Librodot

-¿Es en ese negocio en el que has invertido tu dinero?

-Sí. Y Hutter dice que he hecho bien.

-¡Cerdos! -exclamó Carley horrorizada.

-Querida mía, ¿se te está embotando acaso la imaginación? -contestó Glenn-. Cerdos -dijo silabeando aquella palabra-. Estoy metido en el negocio de la cría de cerdos y bastante satisfecho del resultado obtenida hasta la fecha.

Dominándose a tiempo, Carley evitó que se le escapara una exclamación de asombro y de repulsión. Se echó a reír, burlándose de su propia estupidez. La mirada de Glenn no era menos desconcertante que el contenido de sus palabras. Estaba realmente orgulloso de su trabajo. Más aún, parecía no tener la menor idea de que aquellas noticias pudieran sorprender a su prometida.

-¡Glenn! ¡Es tan extraño -exclamó- que tú, Glenn Kilbourne, te dediques a la cría de cerdos... ! Es increíble. ¿Cómo se te ocurrió hacer semejante cosa?

-¡Dios mío! ¡Eres muy dura conmigo! -exclamó Glenn, de repente con voz apasionada y terrible-. ¿Que cómo se me ocurrió? ¿Qué era lo que yo podía hacer? Di mi alma y mi corazón al Gobierno para luchar por mi i patria. Cuando volví era una verdadera ruina. ¿Qué hizo por mí el Gobierno de mi país? ¿Qué hicieron por mí los que me tenían empleado? ¿Qué hizo por mí la gente por la que luché?... Nada. Dios lo sabe. ¡Nada!... Me dieron unas condecoraciones, me aplaudieron un poco durante una hora, y después mi vista molestaba a mis compatriotas. Estaba destrozado e inútil. Me olvidaron completamente... Pero mi cuerpo, mi vida y mi alma eran el todo para mí. Mi futuro estaba perdido, pero yo quería seguir viviendo. Había matado a hombres que no me habían hecho daño alguno; yo no estaba dispuesto a morir... Traté de vivir. Luché solo. ¡Solo! ... Nadie me comprendía ni a nadie le importaba... Vine al Oeste ara no morir de tuberculosis ala vista de la indiferente- multitud por la que me había sacrificado. Decidí morir sobre mis pies en un sitio alejado... Pero me curé. Y lo que me curó y me salvó fue el primer trabajo que prometía. ¡La cría de cerdos!

La palidez cadavérica del rostro de Glenn, la amargura que reflejaban sus ojos, su aspecto extraño y huraño armonizaban perfectamente a los ojos de Carley con la apasionada queja que había formulado contra ella, contra sus semejantes, contra la América por laque lo había perdido todo.

-¡Oh, Glenn, perdóname! -balbuceó-. Hablaba por hablar. ¿Qué sé yo de todo esto?... ¡Oh, soy ciega, ciega e insignificante!

No pudo seguir mirándole frente a frente y bajó la cabeza. Su inteligencia se concentraba rápidamente y su imaginación era víctima del! desconcierto de su conciencia. La expresión terrible del rostro de su prometido, aquellas palabras de profunda amargura le habían hecho comprender la significación de su caída al abismo y de su elevación por medio del' trabajo. Empezó a ver vagamente. Una horrible sensación de muerte y de egoísmo empezó a invadirla, pareciéndole algo monstruoso que salía de la gris y nebulosa oscuridad. Tembló ante la realidad de pensamientos que no le eran enteramente nuevos. ¡Cuánto había hablado de Glenn y de los soldados inválidos! ¡Había imaginado que les compadecía con toda su alma! Pero no era más que una loca efusiva, complaciente, vana y mundana. Se quedó completamente desconcertada al comprender lo que en realidad había sentido.

-Carley, no podía menos de decirte algún día lo que te he dicha -dijo Glenn de repente, respirando profundamente.

-Lo único que sé es que te amo más v mas -gritó ella apasionadamente, levantando la vista hacia él y sintiendo unos deseos intensísimos de arrojarse en sus brazos.

-Ya sé que me quieres un poco -contestó Glenn-. A veces me parece que eres una chiquilla. Otras veces representas el mundo; tu mundo y sus eternas costumbres es inalterable... Pero, Carley, volvamos a mi trabajo.

-Sí, sí -exclamó Carley alegremente-. Estoy dispuesta a... hasta mimar a tus cerdos..., a hacer cualquier cosa.

-¡Caramba! Te tomo la palabra - declaró su prometido -. Me apuesto cualquier cosa a que ni siquiera te acercarás adonde están mis cerdos.

-¡Llévame allí! - contestó ella con una risa que no era más que una reacción nerviosa de su estado de ánimo.

-Bueno, quizás haya ido demasiado lejos en mi apuesta -dijo él riéndose nuevamente-, Tienes más voluntad de la que suponía. Reconozco queme asombraste cuando resististe el espectáculo del baño de las ovejas. Pero ven, en todo caso te llevaré a ver mis cerdos.

Carley empezó a andar del brazo de Glenn por el camino de la cañada. El hacer ejercicio durante unos momentos la devolvió por fin toda su compostura, y su estado emocional era tan intenso que la menor muestra de interés habías de engañar forzosamente a Glenn, haciéndole creer que se mostraba ansiosa y entusiasta por su trabajo. Ciertamente sabía que su estado era más anormal que nunca y su sutil intuición femenina la hizo comprender que pronto sería víctima de una nueva sorpresa desagradable. El aspecto de la cañada parecía haber sufrido una vaga transformación que correspondía exactamente a la que ella había sufrido. La belleza del verde follaje, la ambarina corriente, los troncos de los árboles de color castaño, las rocas grises y las rojas murallas seguían existiendo. La languidez y la modorra estivales seguían siendo igual de, profundas, y la soledad absoluta de aquel paraje seguía teniendo su eterna significación. Pero un encantamiento sin nombre, procedente quizá de su esperanza, había dejado de acompañarla. Había sufrido un golpe, de cuya naturaleza solamente el tiempo podría dar cuenta.

Glenn la condujo alrededor de la granja y hacia la muralla oeste de la cañada junto a las rocas había sido construida una tosca empalizada de maderos. Formaba tres lados de un cercado, pues el cuarto estaba constituído por la sólida roca. En el centro había un cedro muy frondoso. De debajo de la roca salía agua, cosa que explicaba la consistencia de aquella tierra rojiza. Aquel cercado estaba ocupado por una cerda 'de gran tamaño y una camada de cerdos.

Carley trepó por la empalizada v se sentó en la parte superior, mientras Glenn se apoyaba en la madera más alta y empezaba a discursear sobre un asunto que evidentemente le era muy querido. Aquel día Carley era una oyente que inspiraba como nunca. Ni una vieja cerda, brillante y llena de barro, consiguió disminuir en lo más mínimo su ficticio valor. Aquel sucísimo cercado tenía palmo y medio de barro y olía pestilentemente. Sin embargo, Carley no daba muestras del menor horror. Rodeando con un brazo el hombro de Glenn miraba a los chillones cerditos, y su contemplación la interesaba y divertía como si estuvieran completamente alejados del interés vital de aquella ocasión. Pero constantemente, mientras miraba a Glenn sonriente, incitándole a charlar, le latía el corazón de manera extrañamente solemne, sintiéndoselo muy oprimido. ¿Era solamente el latido de su sangre?

-Había doce cerdos de esta camada -decía Glenn- y, como verás, sólo quedan nueve. He perdido tres. Pumas de la montaña, osos, coyotes y gatos monteses se dedican a robar los cerdos. En un principio creí que el ladrón sería una de esas fieras. Pero como no encontraba huella alguna, comprendí que tendría que echar la culpa a otros elementos. Durante el día vigilaba cuidadosamente y por las noches encerraba a los cerdos en este rincón, donde he construido el cercado, como puedes ver. Ayer oí un chillido, y figúrate que vi un águila que se alejaba volando llevándose a uno de mis cerdos. Me puse furioso. Era un águila vieja de gran tamaño y con la cabeza peladas: el magnífico animal que campea junto a las rayas y las estrellas de la bandera americana se había rebajada hasta el nivel de un coyote. Corrí en busca de mi rifle y disparé unas cuantas veces apresuradamente mientras el águila se elevaba. Traté de !herirla, pero no lo conseguí. Y el ave de rapiña seguía sin soltar mi cerdo. Vi cómo se 1'o llevaba hacia las escarpaduras del borde de la cañada.

-¡Pobre cerdito! -exclamó Carley-. Pensar que el emblema americano, el magnífico animal de noble aspecto guerrero, nuestro símbolo de solitaria grandeza y libertad de las alturas, pensar que es un ladrón de cercados de cerdos. Glenn, empiezo a apreciar los muchos aspectos diferentes que tienen todas las cosas. Hasta mi estrechez de miras puede sufrir una transformación. Nunca es excesivamente tarde para aprender. Esto podría aplicarse a las Sociedad de Preservación del Águila Americana.

Glenn, la condujo, bordeando la muralla, hacia tres cercados más. En cada uno de ellos había una cerda vieja de gran volumen y una camada de cerditos. Cuando llegaron al último cercado, cuyo suelo estaba limpio por ser el terreno muy seco en aquel punto, Glenn cogió un cerdito, que empezó a chillar de un modo horrible, y se lo alargó a Carley, que se inclinaba sobre la empalizada. Estaba bastante blanco y limpio, con un tinte un poco rosáceo. El retorcido rabo le daba un aspecto muy curioso.

-Carley Burch, cógelo entre tus manos - ordenó Glenn.

Parecía monstruoso y de todo punto imposible que Carley hiciera semejante cosa. Sin embargo, en el estado de ánimo en que estaba en aquellos momentos hubiera sido capaz de hacer cualquier cosa.

-Cómo no; pues claro, como dice Flo -replicó Carley alargando sus desenguantadas manos-. Ven aquí, cerdito. Te bautizo con el nombre de Pinky.

Y ocultando a los ojos de Glenn una repulsión casi insoportable, cogió el cerdo entre sus enanos y se puso a acariciarlo.

-¡Caramba! -exclamó Glenn completamente deleitado- Nunca lo hubiera creído. Carley, espero que le dirás a tu molesto e inmaculado amigo Morrison que tuviste entre tus lindas manos a uno de mis cerdos.

-¿No te agradaría más decírselo tú en persona? -preguntó Carley.

-Sí; lo preferiría -contestó Glenn de mal humor. Aquel incidente inspiró a Glenn, y emprendió un relato homérica de sus experiencias a propósito de la jauría de cerdos. A pesar de sí misma, el tema de su charla llego a interesarla, y el singular entusiasmo de Glenn le produjo un efecto muy profundo. Los cerdos de Brekshire tenían los huesos muy pequeños, y se ponían tan voluminosas y pesados que se les rompían fácilmente. Los Duros Jerseys eran los de mejor raza de aquellas latitudes, debido a que tenían huesos mayores y más fuertes, que les permitían sostener la mayor acumulación de grasa.

Glenn le dijo que sus cerdos corrían libremente por la cañada. En el verano se alimentaban de plantas, y en otras épocas de bellotas, raíces, cucarachas y gorgojos. Las bellotas sobre todo eran muy alimenticias y muy convenientes. Comían nebrinas y bayas de cedro y piñones. Por lo tanto, vivían del producto de la tierra, ocasionando un gasta pequeñísimo a su poseedor. Las únicas pérdidas se debían a los animales y a las aves de rapiña. Glenn le mostró a Carley cómo se podía establecer en poco tiempo un negocio productivo. Tenía intención de construir empalizadas en las cañadas laterales, segregare sus ganados de cerdos y plantar trigo en abundancia para cebarlos durante el invierno. En aquella época había un magnifico mercada de cerdos, y los terrenos que pertenecían a Hutter servirían indefinidamente para la cría de ganado. A1 fin, dijo Glenn elocuentemente lo agradecido que se había sentido al .aceptar aquel trabajo tan humilde y encontrar en el rejuvenecimiento de su cuerpo y su alma y una promesa de independencia y prosperidad. Cuando acabó, pidió perdón y se fue a reparar una parte deteriorada de la empalizada. Carley permaneció sentada silenciosamente, hundida en extrañas meditaciones.

¿Por qué había desaparecido la vulgaridad y la ignominia que le parecía rodear el trabajo do Glenn relacionado con la cría de cerdos? ¡Desapareció como otros miasmas de su estrecha imaginación! Ahora le entendía en parte. Rechazaba el recuerdo de su sacrificio por la patria. Aquello tenía que esperar a que le llegara el turno. Pensaba en el trabaja de su prometido, y cuanto más pensaba en ello menos se asombraba.

Al principio trabajó con sus manos. ¡Qué inmensa significación se desplegaba ante su imaginación! De aquel hecho se desprendía la idea de que el hombre tiene que ganarse el pan con el sudor de su frente. Pero aún significaba más. El sudor que le producía el manejo de las herramientas, al frotarse las encallecidas manos, la expansión y contracción de sus músculos y la aceleración de la sangre, producían un profundo perdurable efecto físico y moral en el hombre. Entonces comprendió por qué había deseado rendirse ante un hombre al que las herramientas habían hecho viril; comprendió el sentimiento instintivo que impulsaba a la mujer a inclinarse, poniéndose bajo la protección de un hombre que ha llevado a cabo trabajos manuales - que tiene fuerza, sangre roja y virilidad'-, que sabe luchar como los progenitores de la raza. Cualquier herramienta que sirviera al hombre para llegar a aquel fin era maravillosa. Todo hacia volver a la supervivencia de los más fuertes. Y de repente empezó Carley a pensar en Morrison. Sabía bailar, y atenderla, y divertirla; ¿pero cómo se las hubiera arreglado en un momento de peligro? Tenía sus dudas. Seguramente no habría podido tumbar por ella a un rufián de la ralea de Haze Ruff. Entonces, ¿cuál debía ser la significación de un hombre para una mujer?

La imaginación de Carley no dejaba de hacerse preguntas, que ella misma contestaba, y que todas - se relacionaban con Glenn. El trabajo manual le había hecho descubrir un secreto. Todo desarrollo del cuerpo procede del ejercicio de los músculos. La virilidad de células, tejidos y huesos depende de este principio. Así había encontrado en su trabajo el placer y las ventajas que obtienen los atletas en sus entrenamientos. Pero cuando un hombre llegaba a descubrir aquel secreto, la necesidad de trabajar debía hacerse permanente. ¿Explicaba aquello la ley de los persas, de que todos los hombres debían sudar a diario?

Carley trató de imaginar cuál sería el estado de ánimo de Glenn cuando llegó dispuesto a trabajar en el Oeste. Resueltamente negó su cobarde sensibilidad. Llegaría hasta la raíz de aquella cuestión si tenía la inteligencia necesaria para hacerlo. Inválido, muy enfermo, destrozado completamente por una guerra inexplicable, amargada su alma por la dura y cruel negligencia del Gobierno y del público, al borde de volverse loco ante aquellos insoportables hechos, había sido, sin embargo, lo bastante maravilloso, lo bastante leal hacia sí mismo y hacia Dios, para luchar por la vida con el instinto de un hombre, para luchar por su alma con noble e inquebrantable fe. ¡'Solo, qué solo había estado en realidad! Y a consecuencia de un milagro más allá del poder de la comprensión, había encontrado diariamente en sus dolorosos esfuerzos la esperanza que le daba el valor de seguir adelante. No podía haberse hecho ilusiones. Para Glenn Kilbourne, la salud, felicidad y éxito, que son generalmente tan queridos a todos los hombres, debía de tener la apariencia, de un imposible. Su tarea diaria, lenta, trágica y terrible, era algo que forzosamente se debía a sí mismo. ¡ No estaba obligado a trabajar para Carley Buch! Le había fallado como la demás gente. ¡Cómo se estremeció Carley al hacerse aquella confesión! ¡Tampoco debía nada al país por el que había luchado y del que había sido arrojado Carley adivinó entonces la significación de la actitud fría, amarga, extraña y distraída que tenía cuando se encontraba a otros muchachos de su misma edad, fuertes y capaces como él, y que, sin embargo, se habían librado de servir en el Ejército. Para él no existían aquellos hombres. Eran menos de nada. Habían engordado en empleos lucrativos, cortejando a muchachas cuyos hermanos y prometidos estaban en las trincheras o en medio del turbulento mar, expuestos a los incesantes peligros de la guerra. Si el espíritu de Glenn le había elevado hasta resistir la guerra que estaba haciendo por otros, ¿cómo no iba :a sostenerle en el exquisito deber de lealtad hacia sí mismo? Carley le veía día tras día trabajando en su solitaria cañada construyendo su cabaña. Había luchado solo, como seguramente lucharían sus hermanos de infortunio. La figura de Glenn Kilbourne apareció rodeada de una heroica aureola ante la transfigurada visión de Carley. Era uno de los guerreros cubiertos de cicatrices de que habla Carley. Había salido del abismo trepando a la cumbre por encima de fa losa que había de cubrir su cadáver. *Resurgam*. Aquél había sido su indomable

Librodot

grito. ¿Quién lo había oído? Únicamente la soledad de su tranquila cabaña, sólo las murallas que, parecían soñar, esperar y vigilar; sólo las silenciosas sombras de la medianoche, sólo las blancas, rutilantes y frías estrellas; sólo las salvajes imágenes de sus pesadillas, sólo el sordo murmullo del viento entre los pinos; sólo aquellas cosas estuvieron junto a él en su agonía. ¡Qué cerca de Dios estaban todas aquellas cosas! El corazón de Carley parecía que iba a estallar. Su amor no podía seguir habitando ni un solo instante en un corazón que perseguía un doble objeto. ¡Qué amarga resultaba la seguridad de que no había ido al Oeste para ayudarle! La había impulsado un completo egoísmo, y comprendía que no merecía el cariño de aquel hombre. Solamente una vida entera de devoción podría hacer que se perdonara a sí misma. La sangre corría tumultuosamente, produciéndole una emoción loca y dulcísima. Su novela no podía tener más que un fin. Sin embargo, se sintió asaltada de repente por una opresión sorda que se asemejaba al dolor, por una idea vaga y terrible de que iba a ocurrir una catástrofe. ¡Quizá se debiera únicamente al temor que le producía el perder su amor! Vio que Glenn acababa su tarea, y que, enjugándose la morena frente perlada de sudor, se dirigía hacia ella. Al acercarse contempló su elevada y erguida figura. Había aumentado su gallardía de soldado, y sus ojos brillaban con una luz que se sintió incapaz de seguir resistiendo.

Aquel momento que había estado esperando durante más de dos meses había llegado por fin.

-Glenn, ¿cuándo volverás a Nueva York? -preguntó con voz tensa y apagada.

En el mismo momento en que se escaparon de sus labios aquellas palabras, comprendió que él las esperaba y que estaba preparado a contestar a aquella pregunta que tan terrible trabajo le había costado formular a la muchacha.

-Carley -contestó Glenn dulcemente, aunque con voz vibrante-, no volveré nunca a Nueva York.

Carley sintió un estremecimiento interior que le impidió articular palabra alguna.

-¿Nunca? - susurró por fin.

-Nunca viviré allí ni estaré una temporada larga -continuó, diciendo él-. Quizá vaya alguna vez durante algunos días... Pero nunca me quedaré a vivir en Nueva York.

-¡Oh Glenn! - balbuceó Carley extendiendo ambas manos hacia él. Iba comprendiendo lentamente el significado de aquellas palabras, y no dio muestras ni de sorpresa ni de incredulidad. Había sido como una puñalada asestada lentamente. Carley sintió el frío que inundaba su piel- ¿Entonces era eso la sensación de extrañeza que observé había entre nosotros?

-Sí, yo lo sabía; pero nunca me preguntaste la causa -contestó él.

-¿Era eso? ¿Lo sabías desde el principio? -susurró la muchacha con voz queda-. ¿Sabías... que nunca me casaría contigo, que nunca me resignaría a vivir aquí?

-Sí, Carley; sabía que nunca serías lo bastante mujer, lo bastante americana, para ayudarme a reconstruir mi vida rota, aquí en el Oeste -contestó Glenn con una sonrisa triste y amarga.

Aquello le hizo perder la calma. Una vergüenza insoportable, la herida vanidad y el amor lucharon por el dominio de sus emociones. El amor triunfó sobre sus demás sentimientos.

-Amado mío - imploró-, te lo ruego, no me destroces el corazón.

-Te amo, Carley -contestó Glenn con voz firme y clavando en sus ojos una mirada penetrante.

-Entonces, vuelve conmigo a Nueva Cork.

-No. Si me amas te casarás conmigo.

-¡Que si te amo! ¡Glenn, té adoro! -exclamó la muchacha apasionadamente-. Pero no podría vivir aquí, me sería imposible.

-Carley, ¿has leído alguna vez la historia de una mujer que dijo: «Donde tú vayas iré yo...»?

-¡Oh, no seas :cruel! No me censures... Nunca soñé que pudiera ocurrir esto. Vine al Oeste para llevarte conmigo.

-Querida mía, cometiste un, error -dijo Glenn con dulzura, tratando de suavizar la desesperación de la muchacha-. Siento no haberte escrito con más claridad. Pero, Carley, no te podía pedir que compartieras este hogar salvaje conmigo. Tampoco te lo pido ahora. Sabía desde el primer momento que no podrías hacer semejante cosa. Y, sin embargo, has cambiado tanto que me atreví a esperar, a pesar de todo. El amor nos hace ciegos, ocultando a nuestra vista hasta las cosas que tenemos ante nuestros ojos.

-No trates de consolarme. Estoy triste y me siento muy desgraciada. Me avergüenzo de mí misma. Creí que te quería, pero por lo visto amo con más intensidad la multitud, la gente, el lujo, la moda, el condenado ambiente en que nací.

-Carley, cuando te des cuenta ale la insuficiencia de todas esas cosas será demasiado tarde -contestó Glenn gravemente-. Tú naciste para el" amor, los hijos, el trabajo y la felicidad.

-¡No digas eso! ¡No digas eso...! Esas cosas son huecas ironías para mí -gritó la muchacha apasionadamente-. Glenn, se acabó. El fin tiene que llegar rápidamente... Eres libre.

-No te pido la libertad. Espera. Vuelve a tu ambiente y contémplalo de manera diferente. Reflexiona. Recuerda el efecto que me ha hecho el Oeste. Siempre te seguiré amando y estaré aquí sin perder la esperanza.

-No puedo escucharte -contestó Carley con voz entrecortada mientras se apretaba las manos con fuerza para no retorcérselas-. No puedo mirarte de frente... Aquí tienes tu anillo... Eres libre... No me detengas, quédate... ¡Oh, Glenn, adiós!

Con el corazón completamente destrozado dio media vuelta y se dirigió rápidamente por la pendiente hacia el sendero. Las sombras del bosque la envolvieron. Mirando hacia atrás a través de los árboles, vio a Glenn de pie donde le había dejado, como si ya le invadiera la soledad que le: estaba destinada. Un sollozo se escapó de la garganta de Carley. Se odiaba a sí misma. Sus sentimientos eran terriblemente confusos. Estaba resuelta a llevar a cabo su decisión, pero comprendió las sufrimientos que tenía ante sí. No se atrevió a volver a mirar hacia atrás. ¡Siguió adelante tambaleándose y casi sin respiración. ¡Qué cambiada encontró la atmósfera, la luz y las sombras de la cabaña! Las imponentes murallas parecían contemplar su huída con crueles miradas. Cuando cruzó la boca de West Fork se sintió arrastrada por una fuerza casi irresistible que emanaba de los majestuosos pinos que adornaban aquel paraje.

Una hora después se había despedido de la llorosa señora Hutter, de la pálida Flo, de Lolomi Lodge, de la murmuradora cascada y de la obsesionante soledad de Oak Creek.

VII

En Flagstaff, donde llegó Carley unos minuto antes de salir el, tren, estuvo tan ocupada con los billetes y el equipaje que no le quedó tiempo de pensar en sí misma y en la significación de su marcha de Arizona. Pero cuando subía al, pullman oyó observar a un viajero: «Magnífica puesta de sol en Arizona», y estas palabras estremecieron su corazón. De repente se dio cuenta de que había llegado a amar a aquellas puestas de sol llenas de color y que se había acostumbrado a esperarlas y contemplarlas. Y pensó amargamente que era característico en ella apreciar el valor de las cosas cuando va no estaban a su alcance.

El movimiento del tren al ponerse en marcha la afectó, deprimiéndola de manera singular. Había quemado tras ella su último puente. ¿Había esperado acaso que ella o su

prometido cambiaran increíblemente de manera de pensar? Una sensación de haber sufrido una pérdida irreparable la inundó, haciéndola sentirse avergonzada y humillada.

Desde la ventana clavó la mirada en el sudoeste. Al otro lado de las colinas, llenas de cedros y pinos, estaba Oak Creek Canyon, que en aquel momento se disponía a dormirse entre las sombras purpúreas y doradas del crepúsculo. Grupos de rotas nubes llenaban el horizonte como continentes, islas y arrecifes, en medio de un mar color turquesa. Los rayos del sol brillaban a través de las nubes de amarillentos bordes y rojos centros. Un vasto resplandor dorado servía de fondo a la puesta de sol.

Cuando el tren entró en una curva, los atentos ojos de Carley parecieron llenarse con la enorme masa de las montañas de San Francisco. Pendientes cubiertas de hierba gris y raquítica, verdes bosques, líneas negras que encuadraban el horizonte, todo parecía señalar hacia los agudos picos que taladraban el cielo. Y mientras contemplaba aquel espectáculo, la luz del sol que se ponía iluminó los picos con su resplandor, y el dorado cielo y el poder de las eternas montañas aparecieron como esculpidos. Aquello era verdaderamente sublime. Diariamente durante más de dos meses había contemplado Carley aquellos picos a todas horas del día, viéndolos en sus más variados aspectos. Inconscientemente se habían convertido en una parte de sus pensamientos. El tren la arrastraba incesantemente hacia el Este. Pronto los vería solamente con la imaginación. Las lágrimas nublaron su vista.

A la angustia que la invadía se unió un profundo arrepentimiento. ¿Por qué no había comprendido antes el encanto de aquellas montañas, aprendiendo a apreciar la belleza y la soledad? ¿Por qué no se había comprendido a sí misma?

Al día siguiente, mientras atravesaba Nuevo Méjico, contempló magníficas cordilleras y valles -aquel paisaje le parecía completamente distinto del que había visto durante su viaje al Oeste- de una belleza tan suprema que se preguntó si habría adquirido el don de ver las cosas de una manera distinta.

Pero durante el crepúsculo del día siguiente, cuando el tren corría velozmente por las pendientes praderas continentales que hay más allá de los Rockies, fue cuando el Oeste se vengó de la muchacha.

Las extrañas nubes y la luz singular que inundaba la verde pradera, la luminosidad del cielo, atrajeron a Carley hacia la plataforma del vagón, que era el último del tren. Permaneció en pie agarrada a la barandilla de hierro, sintiendo que el viento le revolvía el cabello y que los raíles volaban bajo sus pies, asombrada y emocionada ante la maravilla y belleza del firmamento y de la cordillera de montañas que tan exquisitamente cubría. Una luz rica y suave, singularmente clara, parecía afluir de una corriente desconocida. El sol estaba oculto. Las nubes que colgaban sobre la cabeza de Carley estaban muy bajas y aparecían sábanas de pesado y espeso humo que se unía v se fundía, formando masas de un extraño color amarillento teñido de malva. Hacia el Oeste se convertía en heliotropo, y a continuación en un rojo púrpura tan magnífico y bello, que Carley comprendió por qué los pintores eran incapaces de reproducir la púrpura de los cielos. Las nubes palidecían, haciéndose menos densas, y un tinte rosado empezó a inundar su blanco marfileño. Después, las nubes adquirieron su máximo esplendor, convirtiéndose en una cúpula de rosa nacarado, una superficie iluminada por el sol que se asemejaba a un mar de ópalo llena de ondulaciones, con la exquisita consistencia del un tejido oriental, puro, delicado y encantador como no podría ser nunca si hubiera sido hecho por manos humanas. Reflejaba todo el cálido tono de nácar del interior de la espira del caracol' marino de los trópicos y acababa bruscamente como si fuera un banco redondeado que se perdiera en una vasta superficie de claro cielo intensamente azul, transparentemente azul, como si el infinito firmamento brillara con un resplandor procedente de enormes profundidades. La parte inferior de aquella superficie adquirió el tono dorado del' crepúsculo v se interrumpía a lo largo del horizonte par la maravillosa cadena de los Rockies con sus picos blancos de magnífico resplandor. Muy lejos y hacia el norte, separado de la

Librodot

cadena de, montañas, se erguía la enorme masa negra coronada de una blanca cúpula de Pyke's Peak.

Carley contempló la transfiguración que sufrían con el crepúsculo las nubes, el cielo y las montañas, que acababan por convertirse en masas grises y frías. Y entonces volvía a su asiento, pensativa' v triste, pensando que el Oeste le había mostrado irónicamente uno de sus momentos de maravillosa belleza.

El Oeste no se contentó con aquella ironía. Al día siguiente se extendieron ante sus cansados ojos durante horas enteras los inmensos campos de trigo de suave color dorado, que se asemejaban: a un soleado e interminable mar. Aquél era el cumplimiento de una promesa, la magnífica cosecha de la tierra, la fuerza del Oeste. El gran Estado central tenía un corazón de oro.

Cuando se encontró al este de Chicago comprendió Carley que los eternos días y noches del viaje, el incesante girar de las ruedas, la constante amargura y emoción, le habían separado de manera inconmensurable del' lugar de la catástrofe. Le parecía que había sucedido, hacía muchísimo tiempo y había pasado muchas horas de amargo arrepentimiento y angustia.

Indiana y Ohio con sus granjas de color verde, innumerables pueblas y florecientes ciudades, eran completamente distintos del Oeste y se aproximaban mucho más al populoso Este. Carley tuvo la sensación del peregrino que vuelve a su hogar. Estaba impaciente y contenta.. Pero el embotamiento de su cuerpo y su espíritu y la pesada atmósfera del vagón le producían grandes molestias. El verano había puesto su ardiente mano sobre los terrenos bajos que hay al este del Misisipí.

Carley había telegrafiado a su tía y a dos amigas íntimas para que la fueran a esperar a la Great Central Station. Aquel próximo encuentro producía en Carley una emoción en la que se mezclaban el alivio, la alegría y la vergüenza. No durmió bien y se levantó temprano. Cuando el tren llegó a Albany le pareció que le iba a ser imposible resistir aquellas tediosas horas. El majestuoso Hudson y las magníficas, mansiones que se alzaban en los montículos cubiertos de árboles mostraron a Carley que había vuelto al Este. ¡Cuánto tiempo le parecía que había estado ausente! O ella no era la misma o había cambiado el aspecto de todas las cosas. Pero creía que tan pronto como pasara el mal rato del encuentro con sus amigos, y estuviera de nuevo en su casa, volvería a ver las cosas de una manera más racional.

Al fin se apartó el tren del ancho Hudson y entró en los alrededores de Nueva York. Carley estaba completamente inmóvil y exteriormente parecía una mujer neoyorquina de magnífica actitud afectada que regresaba a la ciudad. Pero en realidad luchaba contra las encontradas emociones que dominaban su corazón. A su modo de ver era una fracasada, un hijo pródigo que volvía arrastrándose en busca de las comodidades y la protección de los amigos leales que no la conocían tal como era realmente. Las cosas familiares que veía al acercarse a la ciudad la emocionaban y, sin embargo, no estaba enteramente satisfecha y su descontento resurgía inmediatamente a cada sensación nueva.

El tren cruzó ruidosamente el Harlen River para entrar en Nueva York City. Cromo aquel que se despierta de un sueño, vio Carley las manzanas de casas de pisos de color gris y ardientes calles, las millas de tejados y chimeneas, las largas y ardientes calles llenas de chiquillos que jugaban y de automóviles. Después el ruido del tren ensordeció, apagado por el estruendo de la ciudad. Ya estaba de nuevo en Nueva York. El tren pasó por un oscuro túnel y disminuyó después su marcha hasta detenerse. Cuando iba detrás de un mozo subiendo por la larga pendiente que conduce a la verja de la estación, le hizo el efecto de que sus piernas estaban muertas. En el círculo de rostros expectantes que había detrás de la verja vio el de su tía, ansiosa y agitada, y a su lado el rostro pálido y bello de Eleanor Harmon y el delgado y dulce de Beatriz Lowell. Cuando la vieron, su expresión de ansiedad se convirtió en alegría. Le pareció que las tres corrían hacia ella, la abrazaban y lanzaban exclamaciones a

Librodot

un mismo tiempo. Carley no recordó nunca lo que había dicho, pero su corazón estaba lleno de emoción.

-¡Oh, qué aspecto más magnífico tienes! -exclamó Eleanor, retrocediendo y mirando a Carley con mirada sorprendida y alegre.

-¡Carley! -gritó Beatriz-. ¡Pareces una maravillosa diosa de dorada piel!..., Tienes un aspecto tan joven como cuando estábamos en el colegio.

Carley se estremeció bajo la mirada astuta, penetrante v cariñosa de su tía María.

-Sí, Carley; tienes muy buen aspecto, mejor que nunca, pero, pero...

-Pero no parezco feliz -interrumpió Carley -. Estoy muy contenta de volver a casa, de veros a todas... ¡Pero tengo el corazón destrozado!

Siguió un pequeño intervalo de silencio. En el rostro de su tía y sus amigas se reflejaba un gran desconcierto. La condujeron a través de un andén v subieron por las amplias escaleras. Cuando subió al vestíbulo, de enorme cúpula de aspecto de catedral, tuvo una extraña sensación dolorosa. ¡No era la emoción de marcharse o volver a Nueva York! Ni tampoco se debía a la agradable escena de ver a los elegantes viajeros y transeúntes que se apresuraban en su rededor, ni a la majestuosa belleza de la estación. Carley cerró los ojos y comprendió. La nebulosa luz del espacio que la cubría, las grises paredes, las siluetas de los que pasaban junto a ella, la enorme cúpula, que se asemejaba al cielo azul, le recordaron las murallas de Oak Creek Canyon y las grandes cavernas que había baja las escarpadas rocas. Con fa misma brusquedad que los había cerrado, abrió Carley los ojos para mirar a sus amigas.

-Prefiero pasarlo en seguida -exclamó enrojeciendo-. El Oeste me era odioso. Era rudo, violento, enorme. Me parece que ahora lo odio con más intensidad... Pera me cambió, me transformó física y moralmente. Sólo Dios sabe el cambio que he sufrido... Y ha salvado a Glenn. ¡Oh! ¡Es maravilloso! No le reconoceríais nunca... Durante mucho tiempo carecí del valor suficiente para decirle que había ido para traerle de nuevo a Nueva York. Lo iba retrasando más y más. Y monté a caballo, trepé por el monte; viví en un campamento y pernocté al aire libre. Al principio casi me causó la muerte. Después se me hizo más llevadero y fácil, hasta que me olvidé de las modestias que tuve en un principio. No diría la verdad' si no reconociera que, en cierta manera, me divertí muchísimo, a pesar de todo... Glenn se dedica a criar cerdos. Tiene un rancho de cerdos. ¿No os parece sórdido? Pero las cosas son a veces diferentes de lo que parecen. Glenn está completamente absorbido por su trabajo. Yo lo odiaba y esperaba ridiculizarlo. Pero acabé por respetar a Glenn infinitamente. A través de la cría de cerdos aprendí a conocer la verdadera nobleza del' trabajo... Bueno; al fin me armé de valor y le pregunté cuándo pensaba volver a Nueva York. Me dijo que nunca... Entonces, me di cuenta de mi ceguera y mi egoísmo. No podía casarme con él y vivir allí. Me era imposible. Era demasiado insignificante, demasiado baja, demasiado apegada a las comodidades, demasiado mimada. Y desde el principio lo sabía él; sabía que nunca sería lo bastante noble para casarme con él. Eso me destrozó el corazón... Le dejé libre, y aquí estoy... Os lo ruego, no me hagáis más preguntas, no me habléis nunca de ello, para que pueda olvidar.

La tierna y silenciosa compasión de aquellas mujeres que la querían la sostuvieron en aquella hora de prueba. Después de haber hecho aquella confesión, su corazón pareció librarse de un peso, y la odiosa nebulosidad' que obstruía su vista desapareció. Cuando llegaron a la parada de taxis que había delante de la estación, sintió Carley una ráfaga de aire caliente y desvitalizado que procedía de la calle. Le parecía que el aire no penetraba en sus pulmones.

-¿No os parece que hace un calor terrible? -preguntó.

En comparación del que hizo la semana pasada se puede decir que hasta hace fresco -contestó ó Eleanor.

Librodot

-¡Fresco! -exclamó Carley, secándose el húmedo rostro-. Me parece que los del Este no sabéis el verdadero significado de las palabras.

Después subieron a un taxi y atravesaron un laberinto de coches y calles, donde los peatones tenían que correr y saltar para salvar su vida. Una congestión del tráfico hizo detener al taxi durante unos momentos entre la Quinta Avenida y la calle Cuarenta y Dos, y Carley comprendió con toda claridad que estaba de vuelta en la metrópoli. Su dolorido corazón se serenó un tanto al ver la enorme multitud que iba de un lado para otro. ¡Cómo se apresuraban! ¿Dónde irían? ¿Cuál sería su historia? Y ni un momento le soltó su tía la mano que tenía cogida entre las suyas, y Beatriz y Eleanor charlaban a toda velocidad e incesantemente. Después subió el taxi por la Avenida, y volviendo la esquina de una calle lateral se detuvo ante el hogar de Carley. Era una casa modesta, de piedra oscura, que tenía tres pisos. Carley había tenido tantas sensaciones que creía no poder experimentar ninguna nueva. Pero, por la ventanilla del taxi, miró dubitativamente hacia los peldaños castañorrojizos y hacia la fachada de la casa.

-Haré que la pinten -murmuró para sus adentros. Sus amigas y su tía se echaron a reír, contentar y aliviadas, al oír formular a Carley aquella observación tan sumamente práctica. ¿Cómo iban a adivinar que aquel color castañorrojizo era el de las rocas del desierto y las murallas de la cañada?

Pocos segundos después estaba Carley dentro de la casa, sintiendo una sensación de protección en las familiares habitaciones que le habían servido de hogar durante diecisiete años. Una vez en el santuario de su habitación, que estaba exactamente igual que cuando la dejó, lo primero que hizo fue contemplar en el espejo su rostro acalorado, cansado y llena de polvo. Ni su color tostado ni la sombra parecían armonizar con su imagen, que perseguía aquel espejo.

-¡Buena! -susurró en voz baja-. Se acabó... Estoy en casa. ¿Me espera la vida de antaño o una completamente nueva? Tendré que hacer frente a ambas. ¡Bueno!

Desafió a su espíritu, y su inteligencia la hizo comprender la imperativa necesidad de movimiento, excitación y esfuerzos, que no le dejaran tiempo para recordar. Aceptó el programa. Se alegraba de la batalla que tenía ante ella. Endureció su corazón y fortaleció su voluntad con todo el orgullo, vanidad y rabia de una mujer que ha sido vencida, pera que no se resigna fácilmente a su derrota. Era lo que su nacimiento, su educación y el ambiente que la rodeaba habían hecho de ella. Buscaría lo que había en su antigua vida.

Entre deshacer el equipaje, charlar, telefonear y comer se le pasó el día .muy de prisa. Carley fue a cenar con unos amigos, y, a continuación, a un jardín situado en la azotea de un rascacielos. El color y la luz, la alegría y la música, las noticias de sus conocidos, el arte de los actores, todo, en resumen, aparte del calor y el ruido, a que no estaba acostumbrada, la encantaron y divirtieron en extremo. Aquella noche durmió con el' pesado sueño que produce el cansancio.

Despertándose temprano, inauguró el hábito de levantarse inmediatamente en vez de quedarse en la cama a desayunar y leer el correo, como hacía antes de su viaje al Oeste. Después habló de asuntos de negocios con su tía, fue a ver a su abogado y a su banquero, almorzó con Rosa Maynard y pasó la tarde haciendo compras. A pesar de lo fuerte que era, el' inusitado calor, la dureza del pavimento y los empellones de los transeúntes y la continua corriente de sensaciones la rindieron hasta el extremo de que no quiso cenar. Charló un rato con su tía y se fue a acostar.

Al día siguiente paseó Carley en automóvil por Central Park, y saliendo de la ciudad se dirigió a Weschester Country, encontrando algún alivio del sofocante calor. Pero parecía mirar a los empolvados árboles y la raquítica hierba, sin verlos en realidad. Por la tarde fue a ver a algunos amigos, y cenó en su casa, con su tía. Después de cenar fue a un teatro.

La comedia musical era buena; pero el irresistible calor y el aire viciado no la permitieron divertirse del todo. Aquella noche, cuando llegó a su casa, a las doce, y se bajó del taxi, miró involuntariamente hacia las estrellas. Pera no existían. Un velo negro con tintes amarillentos colgaba a poca altura, cubriendo la ciudad. Carley recordó que las estrellas, amaneceres y puestas de sol, silencio y aire puro, no eran cosas propias de las ciudades. Evitó el continuar pensando en aquel sentido. Pocos días !bastaron para lanzarla de nuevo a su antigua vida. Muchos de los amigos de Carley no tenían tiempo o medios de fortuna para marcharse de Nueva York durante el verano. Algunos de ellos se hubieran podido permitir este lujo de haberse conformada con vivir en pisos menos aparatosos y haber prescindido de los coches. Otros amigos íntimos estaban veraneando en los Adirondacks. Carley decidió irse con su tía a Lake Placid hacia primeros de agosto. Entre tanto, tenía la intención de seguir viviendo en continuo movimiento.

Hacía una semana que estaba en la ciudad, cuando la telefoneó Morrison para darle la bienvenida. A pesar de la alegría que reflejaba su voz, se sintió profundamente irritada. En realidad, no tenía deseos de verle. Pero el encuentro era inevitable, y, además, el salir con él era una de las partes del plan que había adoptado. En su consecuencia, quedó en encontrarse con él en el Plaza a la hora de cenar. Cuando colgó lentamente el receptor se le ocurrió que le desagradaba grandemente ir al Plaza; pero no se paró a saber cuál era la razón de aquel sentimiento.

Cuando Carley entró aquella noche en el salón del Plaza, la estaba esperando Morrison, el misma Morrison, esbelto, fastidioso, elegante y de cara demacrada de siempre. Era tal como le recordaba, y, sin embargo, había sufrido un cambio muy sutil. Tenía lo que Carley llamaba el rostro masculina de Nueva York, pálido, arrugado y con los ojos brillantes, en los que, sin embargo, no había ningún fuego. Pero cuando la vio se le iluminó el rostro.

-¡Caramba! ¡Has vuelto de tu viaje más encantadora que nunca! -exclamó, estrechando la mano que le alargaba la muchacha-. Eleanor me digo que estabas estupenda. Vale la pena echarte de menos para verte después tal como estás ahora.

-Gracias, ¡Larry -contestó ella-. Para que me hagas esos cumplidos no hay duda de que debo de tener muy buen aspecto. Y a ti, ¿qué tal te va? No tienes el aspecto robusto de] que monta a caballo y Juega al' golf. Pero bien es verdad que estoy acostumbrada a los rudas habitantes del Oeste.

-¡Oh! Estoy harto del trabajo diario - dijo él -. Me encantaría poderme ir a la, montaña el mes que viene. Vamos a cenar.

Bajaron por la escalera de caracol al comedor, donde estaba tocando una orquesta de jazz-band. Las parejas giraban sobre el brillante suelo, y sentados a las mesas había caballeros vestidos de etiqueta, que miraban por encima de sus cigarrillos hacia donde estaban los .bailarines.

-Oye, Carley, ¿sigues siendo tan delicada para las comidas? -preguntó Morrison, consultando la lista.

-No. Prefiero las cosas sencillas -contestó la muchacha.

-¿Quieres un cigarrillo? -dijo él, alargándole la pitillera can iniciales de plata.

-Gracias, Larry. Me parece que no voy a empezar a fumar de nuevo. Es que, ¿sabes?, mientras estaba en el Oeste he perdido la costumbre de hacerlo.

-Sí; ya me habían dicho que habías cambiado -contestó Morrison -. ¿Quieres beber algo?

-¡Pero yo había creído que Nueva York se había secado! -dijo Carley con risa forzada.

-Sólo superficialmente. En el fondo se bebe más que nunca.

-Bueno; pues yo obedeceré lo que manda la ley. Morrison encargó una cena muy complicada, y después, volviendo su atención hacia Carley, la observó atentamente. Carley comprendió entonces que estaba enterado del rompimiento de su compromiso, y se sintió del todo aliviada al no tenérselo que decir.

-¿Cómo está ese gigantón de Kilbourne? -preguntó Morrison de repente-. ¿Es verdad que se puso bien?

-¡Oh, sí! Está perfectamente-contestó Carley con las ojos bajos (sintió en su interior un calor intensísimo, que parecía ir a penetrar en sus venas) -. Pero hazme el favor..., no me agrada hablar de él.

-Naturalmente. Pero tengo que decirte una cosa, y es que no hay mal que por bien no venga.

Carley había esperado que Morrison siguiera haciéndole la corte. Sin embargo, no estaba preparada para el acelerado latir de su corazón, el estremecimiento de sus nervios y el resentimiento que sintió ante la mera mención de Kilbourne. Era natural que los antiguos rivales de Glenn hablaran de él y hasta malévolamente. Pero Carley no podía permitir que aquel hombre formulara ni tan siquiera una observación casual. Morrison se había escapado del servicio militar. Le habían colocado con un sueldo muy bueno en los astilleros, y cumplía con su deber (si es, que tenía alguno) dondequiera que estuviera. El padre de Morrison había hecho una fortuna traficando con cuero durante la guerra. Y Carley recordó lo que le dijo Glenn de que había visto en París dos manzanas enteras llenas de montones de enseres guerreros que no habían sido usados nunca y probablemente nadie había pensado que lo fueran. Los montones tenían veinte pies de altura. Morrison representaba el considerable número de jóvenes de Nueva York que habían prosperado a expensas de la valiente legión que se había arruinado. ¿Pero qué había ganado Morrison? Carley levantó los ojos para mirarle fijamente. Tenía aspecto de bien alimentado, indolente, rico, -afectado y supremamente satisfecho de sí mismo. No veía qué era lo que había podido ganar, pues en su lugar hubiera preferido ser un soldado inválido y destrozado.

-Larry, me temo que ese refrán no sea más que una serie de palabras huecas -dijo- Yo en lo que me fijo es en el verdadero valor de las personas.

Morrison la miró con correcta sorpresa, y empezó a hablar de un nuevo baile que se había puesto de moda. A continuación habló de teatros. Entre plato y plato rogó a Carley que bailara con él, y la muchacha aceptó. Pensó que la música hubiera sido capaz de hacer levantar a una momia egipcia, y la discreta luz color de rosa, los murmullos de voces alegres, la agilidad, gracia y contorsiones de los bailarines eran divertidos y la llenaban de excitación. Morrison tenía la esbeltez y la maestría de un profesor de baile. Pera estrechó a Carley con excesiva fuerza, y ésta se lo dijo, añadiendo a continuación:

-Mientras estuve en el Oeste aspiré aire puro, cosa que no tenéis aquí, y no quiero que tu modo de bailar me deshinche como un globo.

Durante los últimos días de julio estuvo Carley muy ocupada, tan ocupada que desapareció su tono tostado y su apetito y parte de su espléndida resistencia para aguantar el calor y trasnochar. Rara vez iba sin alguna de sus amigas. Aceptaba casi todas las invitaciones que recibía, y hasta iba a Coney Island, a los partidos de bass-ball y al cine, tres diversiones completamente nuevas para ella. En Coney Island, donde fue con dos de sus amigas más jóvenes, lo pasó mejor que ningún día desde que había vuelto del Oeste.

¿Qué era lo que 1'a había hecho armonizar con la gente vulgar? Los partidos de basse-ball le gustaron, asimismo. Las carreras de los jugadores y los gritos de los espectadores la divertían y excitaban. Pero odiaba las películas con falsas y absurdas representaciones de la vida. Parte de ellas estaban representadas por actores buenos y hábiles, mientras que otras no eran más que tontas escenas, de las que era protagonista una muchacha de rostro de muñeca.

Pero no quiso ir a montar a caballo a Central' Park. Rehusó las invitaciones al Plaza. Y rehusaba deliberadamente, sin preguntarse el motivo que la impulsaba a hacerlo.

El día 1° de agosto acompañó a su tía y a unas amigas a Lake Placid, donde se instalaron en un hotel. ¡Con qué deleite contemplaron los cansados ojos de Carley el verde de las montañas y el suave fulgor de las ambarinas aguas! ¡Qué dulce y refrescante era el respirar

Librodot

aire puro! El cambio de ambiente al salir de Nueva York, con su estruendo, calor y suciedad; sus muros de hierro rojo, los millones de habitantes y el continuo tropel de gente, acompañado de un incesante murmullo, produjeron en Carley un, gran alivio. Había quemado la bujía por los dos extremos. Pero la belleza de las colinas y los valles, la tranquilidad de los bosques y la vista de las estrellas hacían más duro su sacrificio. El descanso le era necesario, y cuando descansaba no podía siempre dedicarse a conversar, leer o escribir.

Los días le resultaban en su mayor parte variados y divertidos. El sitio era muy bello; el tiempo, agradable, y la ente, muy tratable. Recorría en automóvil los caminos que cruzaban el bosque, iba en canoa a lo largo del borde del lago y jugaba al golf y al tenis. A la hora de la cena llevaba exquisitos vestidos de noche y bailaba durante toda la velada. Pero rara vez iba a pasear por el monte, y cuando lo hacía no iba nunca sola. No trepaba nunca por las montañas ni montaba a caballo.

Morrison llegó y añadió sus galanterías a las de los demás hombres. Carley, ni las aceptaba -ni las repelía. Iba generalmente con matrimonies y gente de más edad que ella y huía del coqueteo característico de los turistas de los hoteles veraniegos. Siempre le había encantado jugar con los niños; pero en aquella ocasión les huía dolorida al oírles correr y reír alegremente. Llevaba los días lo mejor que podía, y generalmente se dormía en cuanto -se acostaba. Pensaba únicamente en sus ocupaciones del momento y en lo volando que se pasaba el tiempo.

VIII

Carley volvió a Nueva York a últimos de septiembre. Poco después de su regreso recibió una proposición formal de matrimonio, procedente de Elbert Harrington, que había estado muy amable con ella durante su estancia en Lake Placid. Era un abogado distinguido algo mayor que la mayoría de sus amigos, y un hombre rico y de distinguida familia. Carley se quedó muy sorprendida. Harrington era realmente uno de los pocos conocidos que consideraba un poco anticuados, y que le agradaban más por ese mismo motivo. Pero no podía casarse con él, y contestó a su carta de la manera más cariñosa posible. En vista de ello, Harrington fue a verla personalmente.

Carley, he venido a rogarte que pienses despacio en lo que te pido-dijo, mientras en sus grises ojos se reflejaba una sonrisa.

No era ni muy alto ni muy guapo; pero tenía lo que las mujeres llaman un rostro atractivo y enérgico.

-Elbert, me confundas -contestó ella, tratando de echarse a reír-. Desde luego, tus deseos me honran y te los agradezco en el alma. Pero no me puedo casar contigo.

-¿Por qué no? preguntó Harrington tranquilamente.

-Porque no te quiero -contestó la muchacha.

-No te pido que me quieras -dijo él-. Esperaba que con el tiempo llegarías a amarme. Hace muchos años que te conozco, Carley. Perdóname que te diga que te estás desmejorando y entristeciendo. Quizá de momento no es un marido lo que más necesitas, pero te es necesario tener un hogar y unos chiquillos. Estás echando a perder tu vida.

-Todo lo que dices es posible que sea verdad, amigo mía-contestó Carley, levantando las manos con gesto de impotencia-. ¡Sin embargo, no altera mis sentimientos.

-Pero tanda o temprano te casarás, ¿no es así? - preguntó él persistentemente.

Aquella pregunta directa dejó a Carley tan desconcertada como si no esperara tener que contestarla nunca, y la forzó a pensar en cosas que había enterrado.

-No creo que me case nunca - contestó la muchacha con aire .pensativo.

-Eso son tonterías, Carley -continuó diciendo Harrington-. Tendrás que casarte a la fuerza. ¿Qué vas a hacer si no?' Con todo el debido respeto para tus sentimientos, ese asunto de Kilbourne acabó, y tú no eres de esas muchachas que se quedan toda la vida can el corazón destrozado cuando les sucede una cosa así.

-Nunca se puede decir lo que irá a hacer una mujer -dijo Carley con, un poco de frialdad.

-Ciertamente que no. Por eso es por lo que no me conforma con el no. Carley, sé razonable. Me tienes simpatía y me respetas, ¿no es cierto?

-¡Claro que sí!

-Sólo tengo treinta y cinco años, y puedo darte todo cuanto una mujer sensata puede apetecer -dijo -. Constituyamos un hogar verdaderamente americano. ¿Has pensado alguna vez en ello, Carley? En estos tiempos está el mundo desquiciado. Los hombres no se casan. Las mujeres no tienen hijos. De todos los amigos que tengo, uno hay, uno sólo, que tenga un hogar verdaderamente americano. ¡Es una cosa terrible! Pero, Carley, tú ni eres sentimental ni melancólica. Ni tampoco eres derrochadora. Tienes magníficas cualidades. Necesitas tener algo que querer.

-Te ruego que no me consideres desgraciada, Elbert -contestó la muchacha-, ni insensible a la verdad de lo que me dices. ¡Pero mi contestación sigue siendo negativa

Cuando Harrington se fue, Carley se dirigió a su habitación y, precisamente como cuando volvió de Arizona, se miró al espejo, escéptica y amargamente.

-Soy tan mentirosa que haré bien en tener buen cuidado de lo que hago - meditó -. Aquí estoy nuevamente. ¡Bueno! El mundo espera que me case. ¿Pero qué es lo que yo espero?

En el corazón de Carley había una profunda herida sin cicatrizar. Raramente se permitía pensar en ello ni probarla con duras preguntas materialistas. Mas para ella eran tan inexorables las costumbres como la misma vida. Si quería vivir en el mundo tenía que conformarse con sus costumbres. El matrimonio representaba para la mujer el ideal, el fin, el todo de la existencia. Sin embargo, Carley no estaba dispuesta a casarse sin amor. Antes de marcharse al Oeste, quizás hubiera tenido muchas de las convencionales ideas modernas a propósito de las mujeres y del matrimonio.

Pero como aquella tierra salvaje había tenido el don de aumentar su amor y su percepción, veía el papel reservado a ella y a su sexo de una manera mucho más seria y exacta. Los meses que hacía que había vuelto de su excursión parecían más llenos que las demás épocas de su vida. Había tratado de olvidar y de divertirse; no lo había conseguido, pero había contemplado el mundo con mirada que se perdía en la lejanía. El trágico destino de Glenn Kilbourne le había abierto los ojos. O el mundo estaba desquiciado o lo estaba la gente que lo habitaba. Pero si aquélla era quizás una suposición extravagante y errónea, había realmente pruebas positivas de que su pequeño mundo individual lo estaba. Las mujeres no llevaban a cabo un trabajo real; no traían hijos al mundo; vivían del lujo y de la agitación. No tenían ideales. ¿Hasta qué punto se podía acusar a los hombres? Carley dudaba de su manera de juzgar aquella cuestión. Pero como los hombres no podían vivir sin las sonrisas, la camaradería y el amor de las mujeres, era natural que les dieran lo que deseaban. En realidad no tenían dónde elegir. Tenían que ceder o prescindir de ellas. ¿Cuánto amor verdadero entraba en los matrimonios de todas sus amistades? Carley quería que una muchacha que se ¡iba a casar fuera dulce, altiva, elevada y con un corazón de reluciente oro. ¡Sólo el amor era digno de llegar hasta aquel corazón! Era preferible que no tuvieran ningún hijo si no existía aquel bellísimo amor. Quizá por eso era por lo que nacían tan pocos niños. ¡Era el contrapeso y la venganza de la Naturaleza! Carley había aprendido durante su estancia en Arizona algo de lo inevitable e infalible que es la Naturaleza. Comprendía que había adquirido aquel conocimiento y otros muchos hechos desconcertantes y que ignoraba por completo.

-Todavía amo a Glenn -murmuró apasionadamente, contemplando en el espejo su imagen con sus ojos de trágica expresión-. Le quiero más..., más. ¡Oh Dios mío, si fuera franca diría a gritos la verdad! Es terrible... Siempre le amaré. ¿Cómo me voy a casar entonces con ningún otro hombre? Sería una mentira, un engaño. Si, por lo menos, pudiera olvidarle..., matar ese amor. Quizás entonces pudiera amar a otro (hombre; y si le amara, a pesar de lo que hubiera podido sentir o hacer anteriormente, seria digna de él. Podría sentirme digna de él. Le podría dar tanto como él me diera a mí. Pero sin ese amor le daría una cosa vacía, un cuerpo sin alma.

Entonces el amor era la sagrada y santificada llama de vida que sanciona el nacimiento de los hijos. Quizá fuera el matrimonio una necesidad de la vida moderna, pero no era el objeto vital. La angustia de Carley tuvo el don de revelarle ocultas verdades. De una manera inexplicable imponía la Naturaleza su contrapeso vengándose de la gente que no tenía hijos o que los +traía al mundo sin haber sido creados por la divinidad del amor... No se los merecían, y, por tanto, les condenaban a llevar las faltas y las cargas de la vida.

Carley comprendió lo recto que sería su proceder al arrojarse en brazos de un hombre inferior a ella, aunque fuera un imbécil o un esclavo, si le quería con el inmenso y natural cariño femenino; asimismo comprendió lo culpable y pecaminoso que sería casarse con el más grande, rico o noble de los hombres, a menos de poder darle aquel amor supremo sabiendo que era correspondido.

-¿Qué haré de mi vida? -preguntó amargamente y llena de terror -. He despreciado y sigo despreciando la felicidad. No he vivido más que para las sensaciones placenteras. Soy completamente inútil. No hago ningún bien sobre la tierra.

Comprendió la verdad ¡de las palabras de Harrington, que habían precipitado una crisis que sus largas reflexiones habían ido preparando.

-¿Por qué no he de prescindir de mis ideales y hacer lo que hacen el resto de los de mi clase? - monologaba. Aquélla era una de las cosas que hacían que la vida moderna estuviera desquiciada. Arrojó de sí aquella idea con apasionada ira. Glenn Kilbourne, a pesar de ser pobre y destrozado por la guerra, seguía aferrado a un ideal y luchaba por él. ¿No podía ella, a quien todo el mundo estimaba, ser lo bastante mujer para hacer lo mismo? La dirección de sus pensamientos pareció haber sufrirlo un cambio. Había estado a punto de rebelarse. Tres meses de su antigua vida le habían probado que era completamente vacía, vana y falsa, sin tener ni un solo aspecto que pudiera redimirla. La verdad desnuda era brutal, pero tenía la ventaja de hacerla ver claramente las cosas. La vida social a que se había lanzado para olvidar su falta de felicidad le había fallado por completo. Si hubiera sido hueca y frívola, quizá no hubiera sido así. A los ojos penetrantes de un juez imparcial seguramente habría tenido todo el aspecto de una muchacha arreglada cuidadosamente que desfilaba ante unos cuantos hombres para tratar de hacer una elección definitiva.

-Tengo que buscarme algún trabajo - murmuró gravemente.

En aquel momento oyó el silbato del cartero ante su misma casa y poco más tarde subió la doncella su correo. La primera carta, grande y voluminosa, llevaba el matasellos de Flagstaff y sus señas estaban escritas con la letra de Glenn Kilbourne.

Carley se quedó contemplándola. El corazón le dio un vuelco. De repente se sentó como si sus piernas no tuvieran el poder suficiente para sostenerla. « ¡Glenn me ha escrito! - susurró, dándose cuenta lentamente de la significación de sus palabras-. ¿Para qué? O, ¿por qué?» Las otras cartas se cayeron de su regazo sin que la muchacha se diera cuenta de ello. Aquel sobre grande y voluminoso la fascinaba. Era uno de los sobres sellados que había visto en su cabaña. Contenía una carta escrita sobre su tosca mesa, ante el hogar abierto, iluminado por la luz que entraba por la abierta puerta en aquella cabaña de madera, situada bajo los frondosos pinos de Oak Creek Canyon. ¿Osaría leerla? La primera impresión desapareció y

Librodot

su corazón empezó a latir cada vez con más violencia a consecuencia de la salvaje alegría que invadía todo su ser.

Rompió el sobre y leyó «Querida Carley:

»Estoy encantado de tener un buen pretexto para poderte escribir. Recibo cartas de tarde en tarde. Hoy me trajo una Hutter de un camarada de la guerra que estuvo conmigo en el Argonne. Se llama Virgil Rust; ¿no te parece un nombre muy extraño? Y ha nacido en Wisconsin. Es un muchacho muy .brusco, pero bastante bien educado. Estuvimos juntos en sitios bastante peligrosos, y él fue el que me sacó del embudo de una bomba. Si no hubiera sido por Rust hubiera perdido la vida en aquella ocasión.

»Durante la, guerra llevó a cabo toda clase de heroicidades y fue herido varias veces. Le gustaba luchar y era el terror de los enemigos. Todos creíamos que le ascenderían y le concederían alguna medalla. Pero no sucedió ni lo uno ni lo otro. Esas cosas tan deseadas no iban siempre al que verdaderamente las merecía.

»Rust está ahora en un hospital que hay en Bedford Park. Su carta refleja un gran pesimismo. Lo único que dice para explicar el motivo de su estancia en el hospital es que está fuera de combate. Pero me dice muchas cosas de su novia. Parece que estaba enamorada de una muchacha de su ciudad nata!, una chiquilla linda y de grandes ojos, cuya fotografía he visto, y mientras, estaba en Francia, se casó con un mozo que se había librado del campo de batalla. Evidentemente, Rust está profundamente herido. Me dice en su carta: «No me hubiera disgustado tanto si me hubiera dejado para casarse con un viejo o con un muchacho que no pudiera ir a la guerra.» Carley, los soldados tienen ideas muy extrañas respecto a ese particular. Es algo que adquirimos en el campo de batalla, y ninguno conseguiremos olvidarlo por completo. Todo esto que te digo es para rogarte que vayas a ver a Rust, trates de animarle y hagas lo que puedas por el pobre diablo. Comprendo que es pedirte mucho, especialmente porque Rust vio tu retrato muchas veces y sabe que eras mi novia. Pero no necesitas decirle que aquello fracasó. Y ahora que he empezado a escribirte no veo el motivo de no continuar haciéndolo por mi cuenta y riesgo.

»El caso es, Carley, que lo que más echo de menos de mi antigua vida es el escribirte. Me apuesto cualquier cosa a que tienes un baúl lleno de cartas mías, a menos de que las hayas destruido. No quiero decirte nada de lo que echo de menos tus cartas. Pero te diré, por lo menos, que escribías, las cartas más encantadoras y fascinadoras del mundo. Esto, aparte de todo sentimiento. Naturalmente, sabrás que eras la única muchacha que me escribía. Antes de que tú vinieras al Oeste me defendía bastante bien, pero sería un mentiroso terrible si negara que no te echaba de menos a ti y a tus cartas. Ahora que has estado en Oak Creek Canyon es diferente. La mayor parte del tiempo estoy solo. Sueño mucho y me parece verte en mi cabaña junto al arroyo, bajo los pinos y montando a Calico, en lo que llegaste a ser muy diestra, y en el cercado donde están mis cerdos, y j olí, por todas partes me parece verte! Pero no creas que estoy muy deprimido. Acato lo que manda el destino. Pero, Carley, me tenías muy mal acostumbrado y echo de menos tus noticias. No veo que haya ningún real en que de vez en cuando me escribieras una carta animosa.

»Estamos en otoño. Quisiera que vieras los maravillosos colores de las cañadas de Arizona. Hace tiempo que todas noches hay escarcha y las mañanas son magníficas. A mitad de los Picos de San Francisco se ve un ancho cinturón zigzagueante de color dorado. Son los macizos de tiemblo vestidos con su manto otoñal. En la cabaña hay un resplandor rojizo, que parece proceder de una llameante hoguera. Las viñas y los meples tienen tonos rojos, escarlata, carmín, cereza y magenta; en fin, toda la escala de colores que tienen las llamas. Las hojas de los robles se han vuelto de un color dorado rojizo y los sicómoros están de un color amarillo verdoso. El otro día, recorriendo a caballo el desierto, tropecé con un grupo de plantas, lilas y espliego, que casi parecían de púrpura. No pude menos de desmontar y coger un puñado. ¿Y qué crees que hice después? Arranqué todas las que había, con raíz inclusive,

Librodot

y las planté en el lado soleado de mi cabaña. Creo adivinar qué engendró en mí esa extraordinaria! susceptibilidad: fue tu amor a las flores.

«Ahora, casi todos los días vuelvo temprano a la cabaña y me gusta estarme un par de horas sin hacer nada. Sin embargo, me parece que eso no me es beneficioso. Sabes que no acostumbro cazar y las truchas de la laguna próxima son tan pacíficas, que casi comen en mi propia mano. No tengo valor de ir a pescarlas. También las ardillas se han hecho pacíficas y amistosas. Hay una roja que llega hasta a subirse sobre mi mesa, y otra vive en mi cabaña y corre sobre mi cama. Tengo un nuevo favorito, el cerdito que bautizaste con el nombre de Pinky. Después de que tuvo la maravillosa suerte de 'que le acariciaras y bautizaras, no podía permitir que se criara como los demás cerdos. En consecuencia, me lo traje a casa. Mi perro Moze tenía celos al principio y le desagradaba aquella intrusión; pero ahora son buenos amigos y duermen juntos. Flo me va a dar un gatito que tiene, y, como dice Hutter, esta cabaña va a parecer un Arca de Noé.

Mí ocupación durante esas horas de asueto quizás asombrara a mis antiguos amigos del Este, pareciéndoles tonta, inútil e inocente. Pero creo que tú me comprenderás-»Tengo el placer de no hacer nada, y de vez en cuando gozar de la inmensa alegría de no pensar nada. Tennysen lo expresa, aproximadamente, en su Lotus Easters. ¡Basta con ver y sentir!

Tendido sobre las suaves y tibias agujas de los pinos respiro a través de ellas la savia' de la tierra, y ya no me parece estar tan solo. Naturalmente, no puedo ver la puesta de sol, pero contemplo cómo aparece en la muralla oriental de la cañada. Veo las sombras que suben lentamente, haciendo desvanecerse el tono dorada de las cosas hasta que el borde de la cañada y los pinos parecen inundados de un fuego dorado. Contemplo las rápidas águilas, que, atravesando el ambiente dorado, .se hunden en el azul del firmamento, perdiéndose de vista. Contemplo la aureola dorada, que se convierte en gris, y entonces la cañada se llena lentamente de sombras purpúreas.

Esta hora del crepúsculo es melancólica y silenciosa. Raramente se oye ningún ruido, aparte del suave murmullo del agua sobre las piedras, y aun eso parece desvanecerse y perderse. Durante algunos momentos soy Hiawatha, el hombre solitario que vive en su cabaña del bosque, u otro salvaje más primitivo aún, que siente el gran pulso silencioso de la Naturaleza y que es feliz en su inconsciencia como una fiera de la selva. Pero este estado me invade sólo durante unos instantes. En seguida me convierto en Glenn Kilbourne de West Fork, perseguido por el recuerdo de su pastado. Las grandes murallas dejan de tener su aspecto pelado, convirtiéndose en grandes páginas de la historia de mi vida con su pasado, presente y, ¡desgraciadamente!, su futuro. Todo está escrito sobre piedras. Y la corriente parece murmurar el triste e incesante fluir de la vida humana con su música y todas sus miserias.

Después, descendiendo de lo sublime a lo humano y necesario, dejo escapar un suspiro, y una vez recobrada mi sangre fría entro en mi cabaña para hacer galletas y freír jamón. ¡Pero no quiero olvidar el decirte que antes de volver a entrar en mi cabaña veo reflejada frecuentemente en mis misteriosas y maravillosas murallas y escarpaduras los sombríos rasgos del bello e inolvidable rostro de Carley Burch

Ahí van las pocas noticias que te puedo dar de Oak Creek:

Aquella maldita águila vieja y calva me robó otro de mis cerdos.

Me va tan bien en el negocio de la cría de cerdos que Hutter quiere asociarse conmigo dándome parte en su negocio de ovejas.

Se rumorea que alguien ha comprado aquellos terrenos de Deep Lake, en que yo quería enclavar un rancho. No sé quién habrá sido, porque Hutter habló del asunto con mucha vaguedad.

»Carley, el pastor, tuvo, uno de sus ataques el otro día y me juró que había recibido una carta tuya. Lo dijo con mirada sincera y plácida y hasta con una sonrisa de orgullo. ¡Qué raro es ese hombre!

»Flo y Lee Stanton riñeron nuevamente; según me ha dicho Lee, la riña es más seria que nunca. Flo invitó a una amiga que vive en Flag y se la puso como quien dice ante los ojos de Lee. Cuando éste empezó a hacerte la corte, Flo se puso terriblemente furiosa. ¡Qué extrañas sois las mujeres! Flo fue a caballo conmigo de High Falls a West Fork y no dio ni la menor señal de pesadumbre. En realidad estuvo deliciosamente alegre. Montaba a Calico y me derrotó completamente en una carrera.

»Adiós, Carley. ¿No me escribirás?

GLENN. »

Cuando Carley acabó de leer aquella carta empezó a hacerlo de nuevo y aquella vez se detuvo en algunos pasajes para releerlos. Aquella sugestión de su rostro esculpido por las sombras sobre las murallas de la cañada la conmovió hasta el fondo del alma. Las semanas intermedias de vergüenza, angustia, ira, lucha, desesperación y los eternos esfuerzos por olvidar, quedaban reducidos a cenizas por aquella carta.

-¡Todavía me quiere! - murmuró, apretándose el corazón con las manos y riéndose locamente mientras recorría la habitación como una leona enjaulada. Parecía que había despertado a la sensación de ser amada por aquel hombre. Aquello era como el grito con que sondeaba la profundidad de su amor y llamaba a la vida rota de la insaciable vanidad de una mujer.

Después volvió a coger la carta y la dejó en seguida, pues comprendió la urgencia de la petición de Glenn, y corrió hacia el teléfono para averiguar el número del hospital de Bedford Park. Una enfermera la informó de las horas de visita que tenían los enfermos, diciéndole que las atenciones que se tenían para los soldados inválidos eran apreciadas en alto grado.

Carley se subió al automóvil y se fue en .busca del hospital, que era un edificio muy largo de una sola planta, una barraca construida rápidamente para cuidar a los soldados inválidos de la guerra. El chofer la informó de que había sido empleado para aquel objeto durante el período de instrucción del Ejército, y más adelante cuando empezaron a llegar heridos de Francia.

Una enfermera hizo pasar a Carley a una pequeña antesala eh la que había poquísimos muebles. Carley expuso cuál era su deseo.

-Me alegro de que sea a Rust -a quien desea usted ver -contestó la enfermera -. Algunos de los muchachos que aquí hay morirán v algunos serán aún más desgraciados si siguen viviendo. Pero Rust puede curarse si se porta como es debido. ¿Es usted pariente suyo o solamente amiga?

-No le conozco -contestó Carley-. Pero tengo un amigo que estuvo con él en Francia.

La enfermera llevó a Carley a una larga y estrecha sala con una hilera de camas, una estufa en cada extremo de la habitación y unas cuantas sillas. Parecía ser que cada cama tenía un ocupante y los más próximos a Carley estaban completamente inmóviles. Al fondo de la habitación se veían soldados con muletas, vendas en la cabeza o algún brazo en cabestrillo. Sus alegres voces contrastaban grandemente con su triste apariencia.

Carley se encontró junto a una cama y fijó sus ojos en un hombre joven, de aspecto cansado v enfermo, que estaba medio hundido entre las almohadas.

-Rust, una señora quiere verle -anunció la enfermera.

Carley encontró alguna dificultad en presentarse. ¿Había tenido Glenn alguna vez aquel aspecto? ¡Qué rostro el de aquel hombre! Su cicatrizada herida no hacía más que acentuar la palidez y las arrugas de dolor, que seguramente procedían de heridas actuales. Tenía un brillo poco natural en sus oscuros ojos y un tinte febril en sus hundidas mejillas.

Librodot

-¡Buenos días! -dijo con triste sonrisa- ¿Quién es usted?

-Soy la novia de Glenn Kilbourne - contestó ella, alargándole la mano.

-Hombre, debía de haberla conocido-dijo animadamente, y un resplandor amistoso iluminó su rostro de tinte ceniciento-. ¡Usted es Carley! Es usted parecida a mi novia. ¡Caramba, qué guapa es usted! Ha sido muy buena al venir a verme. Cuénteme algo de Glenn.

Carley cogió la silla que le había llevado la enfermera y acercándola a la cama miró a Rust y le dijo sonriéndole:

-Le diré con mucho gusto todo cuanto sé. Pero antes dígame qué le nasa. ¿Quiere usted? ¿Tiene usted dolores? ¿Cuál es su mal? Tiene usted que permitirme que haga todo cuanto esté en mi mano por usted y por sus compañeros.

Carley pasó una hora muy triste y emocionante junto al lecho del camarada de Glenn. Al fin oyó a través de labios leales la naturaleza de los servicios que Glenn Kilbourne prestó a su patria. ¡Cómo le emocionaron a Carley las alabanzas prodigadas al hombre que amaba, la sencillas pruebas de su heroísmo! Rust habló poco de lo que hizo por su patria y por sus: camaradas, pero Carley leyó en su rostro lo que callaron sus labios. Había sido como Glenn. Por aquellos dos hombres podía juzgar Carley el espíritu y el sacrificio de la legión de muchachos que sostuvieron las tradiciones de América. Sus hijos y nietos, al pasar el tiempo, llevarían la cabeza orgullosamente erguida al recordar sus hazañas. Hay cosan que no perecen nunca en los corazones y en la sangre de una raza. Aquellos muchachas, y las muchachas a quienes cabía la gloria suprema de ser amadas por ellos, eran los llamados a revivir el americanismo de sus antepasados. La Naturaleza y Dios se cuidarían de aquellas cobardes que escondían su vergüenza bajo torpes excusas, pretextando el servicio que habían prestado en su propio país y la impotencia en que estaban de ir a la guerra a causa de los que de ellos dependían.

Carley vio- las dos fuerzas que regían el mundo: una, destructiva, y otra, constructiva. Por un lado, ambición, egoísmo, materialismo; por el otro, generosidad, sacrificio e idealismo. ¿Cuáles eran los que forjaban el futuro? Vio hombres como lobos, tiburones, serpientes y gusanos, y otros que se asemejaban a las águilas y los leones. Vio mujeres que no impulsan a los hombres a seguir adelante, imaginar, soñar, esperar, trabajar y luchar. Empezó a comprender vagamente la responsabilidad que podía tener una mujer en la vida de un hombre.

Aquella noche escribió a Glenn rápida y febrilmente, página tras página, que destruyó después de haber leído. No podía evitar que en sus palabras se reflejara lo que sentía su corazón y que se adivinara el sentimiento de eterno arrepentimiento que la invadía sin dejarla conciliar el sueño. Escribió hasta avanzada hora de la noche, y por fin pergeño una carta que sabía no parecía franca a consecuencia de la reserva que mostraba en todos los pasajes que no se relacionaban, con las noticias de su camarada y de sus propios amigos. «Nunca, nunca volveré a escribirle», dijo con apretados labios. Poco después se hubiera reído de buena gana, burlándose de la amarga verdad. Si había tenido algún valor había sido destruido por la carta de Glenn. ¿Pero no había sido un valor egoísta y falso, que no servía más que para ocultar su dolor y salvar su propio futuro? En el valor debía de haber siempre el recuerdo de los demás. Avergonzada por él convencimiento de que escribiría a Glenn una y otra vez, y emocionada y dominada por su intenso amor, parecía haberse elevado de aquel ser que había tratado de olvidar. Recordaría y pensaría aunque se muriera de nostalgia.

Carley se cogió aun madero como la mujer que está a punto de ahogarse. ¡Qué alegría y tranquilidad la invadía al desaparecer aquel eterno remordimiento que roía su conciencia Durante meses enteros había desplegado una continua actividad con gente que no le servían: de ayuda ni la hacían feliz en sus esfuerzos para olvidar. De repente empezó a abandonarse a los recuerdos. Cesaría en el intento de hacer desaparecer su amor por Glenn y pensaría y

soñaría con él todo cuanto la memoria le dictase. Aquello constituía la única felicidad a la que podía aspirar.

El cambio de la lucha a la rendición era tan nuevo y dulce, que durante días enteros se sintió como renovada. Aquella sensación se aumentaba con sus visitas al hospital de Bedford Park. Su alegre presencia alivio e iluminó muchas horas dolorosas y monótonas de la vida de Virgil Rust y sus camaradas. El interesarse por la condición de los soldados que la guerra había dejado en peor estado y en las posibilidades que les reservaba el futuro, le proporcionó trabajos que le llevaban tiempo y que la muchacha llevaba a cabo muy contenta de poder hacerlo. Al principio trató de trabar conocimiento con personas de posición e inocupadas, can el fin de que ayudaran a aquellos muchachos; pero tuvo tan poco éxito que dejó de perder un tiempo precioso para dedicarse personalmente a mirar por sus intereses.

Pasaron rápidamente algunas semanas. Algunos soldados que tenían heridas más graves que Rust mejoraron hasta el punto de ser dados de alta. Pero Rust no mejoraba casi. La enfermera y el doctor le dijeron que Rust se iluminaba en su presencia, pero cuando se marchaba le invadía una sombría indiferencia. No le importaba comer o no comer, y le daba enteramente igual morir que seguir viviendo.

-Si salgo adelante, ¿dónde voy y qué hago?-preguntó en una ocasión a la enfermera.

Carley sabía que la pérdida de Rust era algo más seria que la amputación de una pierna, y decidió hablar seriamente con él, tratando de darle esperanzas y decidirle a que hiciera un esfuerzo. Rust tenía una especie de reverencia hacia la muchacha. En consecuencia, esperó y aprovechó la ocasión de acercarse a su cama en un momento en que sus camaradas dormían o no podían oírla. Rust trató de disimular, riéndose y valiéndose de subterfugios, pero acabó por quitarse la máscara y dejarle ver su alma, desnuda.

-Carley, no quiero su dinero ni el de sus cariñosos amigos, sean quienes fueren, que dice usted me ayudarán a emprender mis negocios -le dijo-. Dios sabe lo que se lo agradezco y lo que me alegra el encontrar a alguien que aprecia la magnitud de mi sacrificio. Pero no quiero caridades... Y estoy muy cansado de la vida. Siento que los boches no concluyeron bien su labor.

-Rust, ese modo de hablar es mórbido -contestó Carley -. Usted está enfermo y por eso le parece no ver esperanza alguna. Tiene usted que animarse, luchar contra sí mismo y ver las cosas bajo su mejor aspecto. Es una pena tremenda el" que se haya quedado usted cojo; pero, Rust, si usted lo quiere, la vida puede resultarle agradable, a pesar de todo.

-¿Cómo va a existir una vida agradable para un hombre que ha perdido la mitad de su cuerpo? - preguntó él amargamente.

-Sigue usted siendo tan hombre como siempre-persistió Carley, tratando de reír, aunque tenía los ojos llenos de lágrimas.

-¿Podría usted amar aun hombre que tuviera una sola pierna?-preguntó deliberadamente.

-¡Qué preguntas! ¡Claro que le querría!

-Bueno; quizás usted sea diferente. Glenn juraba que aunque le mataran no se casaría con usted ningún cobarde rico de los que se quedaron en América durante la guerra. Quizá no sepa usted lo que significa para nosotros el saber que hay muchachas leales y nobles. Pero le aseguro, Carley, que los que fuimos a la guerra tuvimos que ser testigos de muchas cosas extrañas cuando volvimos a América. Créame, los Estados Unidos están muy necesitados de muchachas leales en esto tiempos.

-Realmente, tiene usted razón -contestó Carley-. Los tiempos son duros para todo el mundo, y particularmente para ustedes, los muchachos que tanto han perdido en la, guerra.

-Perdí todo menos la vida, y ¡ojalá hubiera hecho Dios que también la hubiera perdido! -contestó el sombríamente.

-¡Oh, no hable usted así! -imploró Carley desesperada-. Perdóneme, Rust, si mis palabras le hacen daño. Pero no tengo más remedio que decirle que Glenn me dijo que perdió usted su

novia. ¡Oh, no sabe cuánto lo siento! Tiene que ser terrible para usted en las actuales circunstancias. Pero si se pusiera usted bien, y trabajara, y emprendiera la vida donde la dejó, sus penas se dulcificarían y aún encontraría usted alguna felicidad.

-Nunca seré feliz en este mundo.

-Pero, ¿por qué, Rust, por qué? No es usted. ¡Oh, usted es inteligente y valiente l ¿Por qué no queda en usted nada de valor?

-Porque algo ha muerto aquí dentro - contestó, poniéndose la mano sobre el corazón.

-¿Su fe? ¿Su amor a todo lo que existe? ¿Mató la guerra su amor?

Quizás hubiera salido adelante -dijo tristemente, clavando sus sombríos ojos en el espejo, en el que parecía estar leyendo las palabras que pronunciaba-. Pero casi lo destrozó y los demás hicieron el resto.

-¿Los demás? ¿A quién se refiere usted, Rust?

-¡Carley, me refiero a la gente por la cual perdí la pierna! -contestó con terrible suavidad.

-¿Los ingleses? ¿Los franceses? -- preguntó, desconcertada.

-¡No! -gritó él volviendo la cabeza hacia la pared. Carley no se atrevió a seguirle preguntando. Estaba asustada. ¡Qué inútil e impotente resultaba toda su grave simpatía! No podía seguir sintiendo aquel interés cariñoso, pero impersonal, hacia aquel hombre. Su última palabra la había encadenado a sus desgracias y sufrimientos. De repente se volvió nuevamente hacia ella. Carley le vio tragar saliva laboriosamente. ¡Qué trágico era aquel rostro delgado, ensombrecido por la agonía! Carley lo miraba de manera diferente. De no haber sido por la bella suavidad que iluminaba sus ojos, se hubiera sentido incapaz de seguir mirándole.

-Carley, estoy lleno de amargura -dijo-, pero no soy rencoroso ni cruel como algunos de mis camaradas. Sé que si hubiera sido usted mi novia no me hubiera dejado.

-Sí - susurró Carley.

-Eso significa mucho para mí-continuó diciendo él con una triste sonrisa-. Los soldados teníamos nuestros sentimientos. Había una cosa que sentíamos todos de la misma manera. Íbamos a luchar por nuestros hogares y por nuestras mujeres. Debía de haber dicho antes por nuestras mujeres. A pesar de lo que leíamos y oíamos de ayudar a nuestros aliados, luchar por la libertad' o por la civilización, la verdad era que todos sentíamos lo mismo aunque nunca lo dijéramos. Yo luchaba por Nell... No dejaríamos que esos hunos las trataran a ustedes como trataban a las muchachas belgas y francesas... Y fíjese usted bien: ¡ Nell era mi prometida, me amaba! ¡Y, Dios mío, se casó can un cobarde, mientras yo estaba medio muerto en el campo de batalla

-No era digna de su amor ni de que luchara usted por ella -dijo Carley con agitación.

-¡Ah!, ahora lo ha dicho usted-declaró él-. ¡Si pudiera ampararme siempre en esa verdad! ¿Qué significa una muchacha? Yo no soy nadie. El total es el que cuenta. ¡Amamos América, nuestros hogares, nuestras mujeres! ... Carley, sus palabras me han confortado y fortalecido. Glenn tendrá su recompensa en su amor. Me parece participar un poco de ese amor. ¡Pobre Glenn! También él se llevó lo suyo. Carley, Glenn no consentía que nadie hiciera por él lo que él hacía por los demás. Le destrozaron completamente.

-Por favor, Rust, no siga usted hablando. Soy muy cobarde - dijo ella en tono suplicante.

-¿Por qué no? Tiene usted' derecho a saber las heroicidades de Glenn... Créame, Carley; todos los muchachos que hay aquí la quieren por haber sido leal' a Glenn. Algunos le conocen y a los demás se lo he contado yo. Creíamos que no saldría nunca adelante. Pero se ha curado y sabemos que usted le ha servido de mucho. ¡Irle a ver al Oeste! No .me lo escribió, pero yo lo sé todo... Soy muy perspicaz. Me siento feliz por él. Es un tío de suerte. La próxima vez que vaya usted al Oeste...

-¡Calle! -gritó Carley.

No podía ¡resistir más. No podía seguir representando aquella farsa.

-Está usted pálida y temblorosa -exclamó Rust muy preocupado-. ¡Oh!, ¿qué es lo que le he dicho? Perdóneme.

-Rust, no soy más digna de que me amen y, luchen por mí que su Nell.

-¿Qué? - exclamó Rust.

-No le he dicho la verdad-dijo la muchacha rápidamente -. Le he dejado creer una mentira... Nunca me casaré con Glenn. Rompí el compromiso que me unía a él.

Rust se dejó caer lentamente sobre su almohada, con sus grandes ojos luminosos clavados penetrantemente en la muchacha como si quisiera leer en su alma.

-Fui al Oeste, sí... -continuó Carley -. Pero fue egoístamente. Quería que Glenn volviera aquí... Había sufrido como usted sufrió. Estuvo a punto de morir. Pero luchó, luchó. ¡Oh! ¡Pasó por un verdadero infierno! Y después de una lucha larga y terrible empezó a curarse. Trabajó. Se dedicó a la cría de cerdos. Vivía solo. Trabajó cada vez con más intensidad... El Oeste y su trabajo salvaron su cuerpo y su alma... Había aprendido a amar el Oeste y su trabajo. Yo no le censuraba, pero no podía decidirme a vivir allí. Glenn me necesitaba, pero yo era demasiado egoísta e insignificante. No podía casarme con él. Renuncié a él... ¡Le dejé solo!

Carley retrocedió ante la ira que había en los ojos de Rust.

-¡Y hay otro hombre-dijo-, un muchacho limpio, derecho y sin ninguna cicatriz, de los que no quisieron ir a. la guerra!

-¡Oh, no! Yo le juro que no lo hay -susurró Carley.

-Usted también-contestó él sombríamente.

Después volvió lentamente aquel rostro fatigado y sombrío hacia la pared. Su débil pecho jadeaba y su delgada mano hizo un gesto de despedida, significativo e imperioso.

Carley huyó. Casi no pudo encontrar su coche. Todo su ser interior fue víctima de una convulsión, y una terrible angustia la mareó y escalofrió.

IX

Las esperanzas, ensueños, aspiraciones y luchas de Carley se desmoronaron a su alrededor. La base había sido de arenas movedizas y no se habían fundado en ningún ideal. Tenían que derrumbarse fatalmente.

Algo inevitable había forzado a hacer a Rust aquella confesión. El disimulo había constituido un hábito de su imaginación; era más bien un hábito de su clase que sinceridad. Pero había llegado a un punto de estado mental en que no podía estar ante Rust, dejándole suponer que era noble y leal, sabiendo que estaba muy lejos de serlo. ¿No sería la fase siguiente de aquella metamorfosis dolorosa de su carácter una iracunda repudiación de sí misma y de lo que representaba?

Se fue a su casa y se encerró en su habitación, sorda a las llamadas del teléfono y de los criados. Allí dio rienda suelta a su vergüenza. ¡Había sido humillada, despreciada y arrojada de sí por aquel pobre inválido de espíritu ardiente! La había reverenciado, y, la verdad, había conseguido su odio. ¿Olvidaría nunca su mirada, incrédula, desconcertada, amarga, y en la que se reflejaba el más enorme desprecio? ¡Carley Burch no era más que una Nell, unta persona innoble que se, burlaba de la virilidad de los soldados! ¿Dejaría nunca de estremecerse al pensar en el ligero movimiento de la mano de Rust? ¡Vete! ¡Quítate de mi vista! ¡Déjame en mi agonía, como dejaste a Glenn Kilbourne para que luchara solo para vencerla! ¡Los hombres como yo no necesitan de tu sonrisa ni del roce de tu mano! ¡Nosotros luchamos por el espíritu femenino! ¡Idos con otros hombres que adorarán solamente vuestra

hermosura y comprarán vuestros encantos! Carley interpretaba así aquel ligero gesto y se sentía completamente invadida por la humillación.

Rust iluminó claramente la verdadera significación de su deserción de Glenn. Le había traicionado. Le había dejado solo. ¡Su mezquinas aluna se empequeñecía y avergonzaba! No había dado nada a un hombre que todo lo había dado por su amor. ¡Piedras en lugar de pan! ¡Traición en lugar de amor! ¡Cobardía en lugar de valor!

Las horas que se pasó luchando con sus pasiones originaron una vaga rebeldía, que se iba- formando lentamente en su espíritu.

La persiguieron los recuerdos de sonidos y aromas percibidos en Oak Creek Canyon. Veía muy lejos la inmensa grieta abierta en la tierra con sus colores, verde, rojo y castaño y con sus cintas brillantes y resplandecientes de cascadas y corrientes. Los enormes pinos se erguían magníficos y majestuosos. Las murallas de la cañada, altas, sombreadas bajo las escarpaduras y relucientes a la luz del sol, parecían soñar, esperar y vigilar. ¿Qué era lo que esperaban? Su regreso a su serena inmensidad, a la pequeña cabaña de madera color gris. Aquella idea agitó profundamente el alma de la muchacha. Las imágenes aparecían claras e intensas ante sus cerrados ojos. Veía el ondulante suelo del busque, verde a consecuencia de la hierba y los matorrales y salpicado de los distintos colores de las flores y las rocas. Un millar de grietas, recodos y cavernas parecían llamarla. La Naturaleza es la madre de todas las mujeres. La populosa ciudad la desilusionaba. En las sombras de las calles serpenteaban las enfermedades, la muerte y la corrupción. Pero su cañada prometía trabajo duro, horas alegres, soñadora ociosidad, belleza, salud, fragancias, aislamiento, paz, sabiduría, amor, hijos y larga vida. En la odiosa soledad de su cuarto cerrado alargó Carley los brazos como para estrechar entre ellos aquella visión. Pálidas murallas, plácidos y brillantes arroyuelos, refulgente ámbar y blancos remolinos, musgo y una alfombra de agujas de pino en el suelo, las torres, picos y escarpaduras donde anidaban las águilas, vio todo aquello como imágenes queridas que no podría contemplar ya nunca más que con su angustiada imaginación.

Oyó el murmullo del agua corriente, suave, apagado, pero intenso, susurrante, sordo y lleno de ansiedad, saltando por encima de las rocas, perdiéndose en las profundas lagunas, bañando con la blanca seda de sus ondas los colgantes sauces. Agudo, penetrante y lejano, sonaba de repente el graznido de un águila. Y al burlarse de ella con su melodía de multitud de, pájaros parecía escuchar a otra ave que se burlaba de ella a su vez. Las abejas zumbaban, el viento aullaba, las hojas de los árboles se agitaban y la cascada murmuraba. Después hendía el aire la extraña y estridente nota del vencejo, uno de los pájaros más rápidos y misteriosos que poblaban la cañada y que siempre aparece en los sitios de mucha altura.

Una ráfaga de fragancia pareció inundar sus dormidos sentidos. Los aromas dulces, secos y penetrantes de la cañada parecieron rodearla de nuevo. Olía a madera recién cortada, a humo de leña, a fa lumbre de la cabaña con sus ollas y cacerolas, a flores y a tierra, y, por último, a piedras húmedas, a pinos y a penetrantes cedros.

Y de repente vio Carley las duras facciones del rostro de Haze Ruff con una claridad asombrosa. Los osados ojos, la ligera sonrisa, el tosco rostro. Se había olvidado de él. Pero le recordó de repente y aquel recuerdo la hizo ver claramente la significación que tenía aquel hombre en su vida. Parecía un rufián, un bruto, un animal con figura e inteligencia humanas. Pero era la representación de la rudeza y la violencia del Oeste. Era como los ojos del hombre primitivo, que creen a pies juntillas lo que tienen ante sí. En Carley Burch había creído vea la exhibición de sus encantos, el descaro desvergonzado, la mujer que va en busca de los hombres. Haze Ruff no había sido innoble, ni vil, ni antinatural. Lo que no había sido natural fue la sugestión que hizo ella a propósito de la decadencia del vestido femenino. Pero Ruff la había cogido en una mentira. Invitaba a que le dieran algo que no desease en lo más mínimo. Y su ira había sido proporcionada a la falsedad de la muchacha. Aquello justificaba que cualquier hombre la hubiera rechazado e insultado. Haze Ruff le había considerado indigna

de ser amada. Virgil Rust la consideraba falsa a los ideales de la mujer, por los que él había sacrificado todo, excepto su propia vida. ¿Qué habría pensado Glenn Kilbourne de ella? Poseía las grandezas de un amor noble. La amaba antes de que la oscura y cambiante marea de la guerra se hubiera interpuesto entre ellos. ¿Cómo la había juzgado? Aquella última vez que le vio solo y en pie, con la cabeza inclinada, una figura solitaria, en la que se veía claramente la sugestión de fuerza y de trágica resistencia, volvió a inundar de amargura el alma de la muchacha. Él la había amado, había contado en ella y había esperado. Ahora veía en qué consistía aquella esperanza; creía que invadiría su sangre aquella sutil, roja y vivificadora esencia de la vida al aire libre, la fuerza de las esposas, de antaño, algo que emanaba de la cañada, del desierto, de la montaña, del bosque, de la salud, del espíritu, del amor natural y del misterioso instinto de ahorro que había adquirido él en el Oeste. ¡Y ella se había mostrado demasiado mezquina, demasiado enamorada de las comodidades de una vida lujosa, demasiado débil y cobarde! Y de repente una idea atravesó su confuso espíritu como si fuera un relámpago: había dejado a Glenn a merced de Flo Hutter, aquella muchacha del Oeste. Humillada y rebajada ante sus propios ojos, se sintió invadida por la ira y los celos. Volvió a lanzarse a su antigua vida. Pero lo hizo de una manera amarga, intranquila, con espíritu crítico, consciente de que ni conseguiría olvidar, ni obtendría placer alguno, ni se libraría de sus costumbres de toda la vida.

Una tarde de fines de otoño fue en automóvil a Long Island, en cuyo Club se jugaban los últimos partidos de golf de la temporada, que eran presenciados por algunos de sus más íntimos amigos. Carley no jugó; vagaba al azar por los campos de juego, observando que los colores otoñales eran tan apagados y sordos como su estado de ánimo. En el aire había una promesa de un próximo invierno. Decidióse irse al Sur antes de que llegara el frío. ¡Siempre tratando de escapar de todo lo riguroso, duro, doloroso y desagradable! Más tarde volvió al Club, encontrando a sus amigos reunidos en una galería cerrada, charlando y tomando refrescos. Morrison estaba allí. Estaba disgustado con ella a consecuencia de que últimamente nunca estaba en casa para él.

Durante una pausa que se hizo en la frívola conversación se dirigió a Carley de manera directa, diciendo: -Oye, Carley: ¿cómo está tu ganadero de cerdos de Arizona?-preguntó con un poco de brillo en sus ojos, que generalmente estaban completamente apagados. -No he tenido noticias suyas últimamente-contestó ella con frialdad.

Los allí reunidos guardaron silencio a pesar de lo agradable de la conversación que sostenían en aquellos momentos. Carley sintió que todos la miraban, y conservando su sangre fría exterior con mucha dificultad, se sintió invadida por una ira y una indignación terribles. Sus venas parecían hinchadas, venas de fuego.

-Qué extraña que a Kilbourne se le haya ocurrido dedicarse a la cría de cerdos-observó Morrison -. Es un trabajo terriblemente humillante.

-No tenía donde elegir - contestó Carley-. Glenn no tenía un padre que hubiera hecho una fortuna de millones durante la guerra. Tenía que trabajar. Y no estoy de acuerdo contigo en que sea un trabajo humillante. El trabajo honrado nunca lo es. La ociosidad sí que es humillante.

-Pero fue una locura por parte de Glenn, teniendo ocasión, como tenía, de casarse con una muchacha de dinero - dijo Morrison sarcásticamente.

-El honor de los soldados está más allá de su alcance, míster Morrison.

Morrison enrojeció intensamente y se mordió los labios.

-Las mujeres sois capaces de ponerle a uno fuera de sí con todas esas tonterías que dices de los soldados -dijo, mientras el brillo de sus, ojos adquiría una expresión de maldad-. Los uniformes se suben a la cabeza de las mujeres, haya lo que haya en su interior. No veo a qué viene hablar del honor del soldado, considerando que aceptaron la humillación de las mujeres durante la guerra y después de ella.

-¿Y cómo te enteraste tú, quedándote, como te quedaste, cómodamente instalado en tu casa? -contestó Carley con ironía.

-No veía más que a mujeres que se arrojaban entre los brazos de los soldados-dijo él malhumoradamente.

-Desde luego. ¿Qué mayor felicidad podía desear una muchacha americana; qué oportunidad mejor para demostrarles su gratitud? -exclamó Carley, levantando orgullosamente la cabeza.

-A mí no me hacía el efecto de que fuera gratitud -contestó Morrison.

-Pues lo era - declaró Carley abiertamente -. Si las mujeres de América se lanzaban -a los brazos de los soldados, no se debía a la decadencia moral de la época. ¡Era el instinto femenino de salvar la raza! Siempre, en todas las guerras, se han sacrificado las mujeres por el futuro. No son viles, sino nobles!... Insulta usted a los soldados y a las mujeres. Míster Morrison, me gustaría saber si alguna muchacha americana se, arrojaría entre sus brazos. Morrison se puso de una palidez cadavérica y su boca se torció. Empezó a hablar sin ilación y su aspecto no podía ser más desagradable.

-No, usted era un cobarde-continuó diciendo Carley con creciente ira -. Dejó usted que los demás hombres fueran a luchar por las mujeres americanas. ¿Cree usted que se casará ninguna con usted?... Míster Morrison, toda la vida será usted señalado con el dedo; excluida de la verdadera amistad con lose verdaderos americanos y del respeto de las muchachas verdaderamente americanas.

Morrison se puso en pie de un salto, estando a punto de tirar la mesa al hacerlo. Cogió su sombrero y su bastón, mientras fijaba los ojos, en Carley. La muchacha le volvió la espalda. Desde aquel instante había, dejado de existir para ella. En la, vida volvió a dirigirle la palabra.

Al día siguiente fue a ver a su amiga- más querida, a la que hacía algún tiempo no había visto.

-Carley, no tienes un aspecto muy bueno -dijo Eleanor después de haber cambiado las dos muchachas sus saludos.

-¿Qué importa el -aspecto que pueda tener? - preguntó Carley impacientemente.

-Cuando volviste a casa de tu viaje a Arizona estabas verdaderamente maravillosa.

-Si estaba maravillosa y ahora tengo un aspecto vulgar, tendré que agradecérselo a tu querida Nueva York.

-Carley, ¿es que ya no te gusta Nueva York? - preguntó Eleanor.

-¡Oh, supongo que estará igual de agradable que siempre! La que no está igual soy yo.

-Querida mía, últimamente no acabo de comprenderte. Has cambiado. Lo siento. Me temo que seas desgraciada.

-¿Yo? ¡Oh, imposible! Estoy en el séptimo cielo -contestó Carley con una risita dura -. ¿Qué vas a hacer esta tarde? Salgamos a caballo, o algo por el estilo.

-Estoy esperando a la modista.

-¿Dónde vas esta noche?

-A cenar y al teatro. Voy a una reunión. Si no fuera por eso, te diría que vinieras conmigo.

-¿Qué hiciste ayer, y anteayer, y el día anterior? Eleanor rió indulgentemente y refirió a Carley sus andanzas sociales durante los últimos días.

-¡Siempre las mismas cosas! Eleanor, ¿no te cansas de esa vida?-preguntó Carley.

-Si te he de decir la verdad, tengo que reconocer que, efectivamente, me canso - contestó Eleanor pensativamente-. Pero no tengo otra cosa que hacer.

-Eleanor, lo mismo me pasa a mí -dije Carley con desdén-. Tan inútil e inactiva. Pero empiezo a verme claramente tal como soy. A verte a ti y a Moda nuestra serie =de amistades. -No servimos para nada. Pero tú estás casada, Eleanor. Tu vida tiene un objeto. Debías de

Librodot

hacer algo. Yo soy soltera y sin saber cuál será mi porvenir. ¡Oh, me siento rebelde! ... Piensa, Eleanor, piensa un poco. Tu marido trabaja duramente para sostenerte en este piso tan caro. Tienes un coche. Te viste de sedas y satenes. Llevas diamantes. Te desayunas en la cama. Vagas toda la mañana por la casa con una bata, color de rosa. Te vistes a la hora del almuerzo o del té. Montas a caballo, juegas al golf o haces- algo peor que perder el tiempo coqueteando con algún mariposón de salón, bailando hasta la hora de volver a casa para vestirte para la cena. Dejas que otros hombres te hagan la corte. ¡Oh, no te enfades! Digo la pura verdad... ¿Y ésa es tu vida? ¿De qué sirves en este mundo? Erres simplemente una satisfacción de los sentidos de tu marido. Y no tienes una opinión muy halagadora de su persona.

-¡Carley, qué locuras dices! -exclamó su amiga-. ¿Qué te sucede desde hace algún tiempo? ¡Todo el mundo me dice que te comportas de una manera muy extraña! i Qué manera la tuya de insultar a Morrison! ¡No es digno de una persona como tú, Carley!

-Me alegro de haber tenido el valor de hacerlo. ¿Cuál es tu opinión; Eleanor?

-¡Oh, le desprecio! Pero no puede uno decir todo lo que siente.

-Serías más noble y más grande si lo hicieras. Algún día estallaré y os cantaré una serie de verdades a ti y a tus amigos.

-Pero, Carley; tú eres amiga mía y exacta a todos nosotros. O, por lo menos, lo eras muy recientemente. -Claro que soy amiga tuya. Siempre te he querido,

Eleanor -continuó diciendo Carley con gravedad -. Estoy tan hundida en este maldito cieno como cualquiera de vosotras. Pero mi ceguera ha desaparecido. Las mujeres estamos en un terrible error, que no es precisamente el que indicó Morrison.

-Carley, el único error que has cometido es despreciar al pobre Glenn, y tu corazón sigue destrozado por su causa.

-¡Cállate, cállate! - gritó Carley, retrocediendo-. Dios sabe que es verdad. Pero lo queme destroza es algo más que un amor desgraciado.

-Sí, supongo que te referirás a la intranquilidad de las mujeres modernas, ¿no?

-Eleanor, esa frase de la intranquilidad de las mujeres modernas me es completamente odiosa. Huele a ultra, ultra no sé qué. Debía de traducir esa frase un conocido mío del Oeste, Haza Ruff. No quiero herir tu sensibilidad con sus palabras. Pero esa intranquilidad significa vértigo de velocidad, diversiones locas, caprichos, vestidos o, mejor dicho, falta de vestidos; locura cultural y Dios sabe qué cosas más. Las mujeres de nuestra esfera son inactivas, odian el trabajo y los niños, y no sirven absolutamente para nada.

-Bueno; si somos así, ¿quién tiene la culpa? -contestó Eleanor animadamente-. Ahora escúchame, Carley Burch. A mí me parece que la mujer americana del siglo XX es la creación más maravillosa de todas las épocas del universo. Lo admito. Por eso es por lo que somos presa de los espíritus malignos, que atacan a todo lo que es grande. Escucha. Es una infernal paradoja. La muchacha americana del siglo XX es la creación más maravillosas del universo. Una muchacha joven y saludable, el tipo más perfecto de cultura posible en la .más libre ciudad y más grande de la tierra, Nueva York. Ocupa urna posición completamente irreal y ficticia en la existencia. Rodeada de padres, parientes, amigos, pretendientes y escuelas instructivas de todas las clases, colegios e instituciones, ¿es acaso realmente feliz? ¿Gozan realmente de la vida?

-Eleanor-interrumpió Carley gravemente-, no lo es,... Y he estado tratando de explicarte las razones de su infelicidad.

-Querida mía, permíteme que te diga yo lo que pienso, ¿quieres? -dijo Eleanor en son de queja- No lo sabes todo. Hay tantos puntos de vista como personas existen... Bueno, pues si la muchacha de que hablamos tuviera un traje nuevo y un novio nuevo también para lucirla ante él, diría seguramente: «Soy la muchacha más feliz de la tierra.» Pero no lo es. Lo único que pasa es que lo ignora. Llega al matrimonio a la edad madura, habiendo conseguido todo

cuanta quiere, habiendo sido mimada en exceso, sabiendo demasiado. Sus satélites masculinos, padre, hermanos, tíos, amigos y enamorados, la contemplan excesivamente. Fíjate bien en que me refiero a las muchachas como nosotras, de la clase media, o sea de las clase más numerosa y mejor de los Estados Unidos. Estamos muy mal acostumbradas... La muchacha se casa. Y su vida transcurre tranquilamente, como si su solo objeto fuera el evitar los roces y los esfuerzos. Su marido le facilita las cosas excesivamente. Es un adorno o un juguete encerrado en, una lujosa jaula. ¡.Sería terrible el que se le estropearan sus lindas manos! Aunque no pueda permitirse el lujo de temer una muchacha, los adelantos modernos de la ciencia hacen que el cuidado de su piso de cuatro habitaciones sea una farsa. Máquina eléctrica para fregar la vajilla, máquinas; de lavar la ropa, aspirador eléctrico, proveedores y demás lujos hacen que desaparezca en la joven esposa el instinto de ama de casa que debía caracterizarla. Si tiene algún hijo, cosa que ocurre ocasionalmente, Carley, a pesar de tus afirmaciones, lo envía muy pronto al jardín de Infancia. ¿Qué va a hacer durante las horas en que está desocupada? Si no está casada, ¿qué trabajo puede llevar a cabo?

-Puede tener algún empleo - contestó Carley bruscamente.

-0h, sí, efectivamente; pero no lo tiene-continuó diciendo Eleanor-. Tú no trabajas. Yo no lo he -hecho nunca. A las! dos nos era odiosa la idea de trabajar. Hablas con entera franqueza, Carley; pero defiendes una tesis mórbida, impracticable y nada natural. Nuestra muchacha o esposa americana vive agitadamente y sólo de caprichos. Es esa vida ultra lo que sea de que has hablado antes. A Nueva York vienen los artistas, conferenciantes y faquires más grandes. Las mujeres de Nueva York les sostienen. Los hombres se ríen, pero proporcionan el dinero necesario. Llevan a sus esposas a los teatros, pero se niegan a asistir a la recepción de una princesa polaca, a la conferencia de un mago y mística indio y a las almuerzos en beneficio del Hogar de los Gatos; Vagabundos. La verdad es, que la mayorías de nuestras jóvenes tienen un entusiasmo digno de mejor causa. ¿Qué se hará de su exceso de energía y del espíritu de viveza que caracteriza a las muchachas modernas? ¿Qué escalpe tienen sus sentimientos profundos? ¿De qué les sirve su educación y sus cualidades? No pueden hacer nada, eso es todo. No me refiero a las mujeres ultramodernas que tienen la, manía del reformismo. Me refiero a las muchachas normales como tú y como yo... Reflexiona un poco, Carley. Todos los deseos y las necesidades de una muchacha se ven satisfechos casi instantáneamente, sin que tengan que hacer esfuerzo alguno para conseguirlo. ¡Ni luchas ni trabajo! ¿Qué probabilidades de éxito tendrían las mujeres si trataran de llevar a cabo algo que no tuviera relación alguna con las artes, algo útil y universal que obligaría a loes hombres a reconocer su valía y quizás su igualdad?

-Las mujeres debían de buscar una oportunidad de poder hacerlo - contestó Carley.

-Hay un millón de aspectos relacionados con la cuestión de la muchacha moderna, fin de siglo. ¡Tiene todas mis simpatías!

-¿Y qué me dices del modo extremado como se visten esas pobres muchachas americanas que con tanta elocuencia defiendes? -preguntó Carley sarcásticamente.

-¡Es completamente inmoral! - exclamó Eleanor con franco desagrado.

-¿Lo admites?

-Me avergüenza tener que confesarlo.

-¿Par qué llevan las mujeres esos vestidos tan exagerados? ¿Por qué llevamos tú y yo medias de seda caía de la falda hasta la rodilla y vestidos de noche muy escotados y sin mangas?

-Somos esclavas de la moda-contestó Eleanor-. Ésa es la excusa popular.

-¡Bah! -exclamó Carley.

Eleanor se echó a reír, a pesar de estar un poco disgustada.

-¿Vas, acaso a dejar de llevar lo que llevan todas las demás mujeres para que la gente te mire como a un bicho raro? ¿Vas a ir vestida de una manera anticuada y ridícula?

-No. Pero no volveré a llevar nunca nada que pueda ser tachado de inmoral. Quiero poder contentar cuando me pregunte cuál es la razón de que lleve un vestido u otro... Todavía no has contestado a mi pregunta: ¿Por qué llevan lo -que admites francamente como inmoral?

-No lo sé, Carley - contestó Eleanor desconcertada -. ¡Siempre quieres saber el porqué de las cosas! Nos tenemos que vestir para dar envidia a las demás mujeres y atraer a los hombres. ¡Para ser sensacionales! Quizá la palabra inmoral no exprese bien lo que siento. La mujer puede resultar estrambótica, en su obsesión -de atraer a los hombres, pero no puede ser inmoral si sabe lo que se hace.

-¡Ah! Pocas mujeres sedan verdadera cuenta de cómo van vestidas. Haze Ruff podría decírtelo.

-Haz Ruff. ¿Quién es ese caballero o esa dama? -preguntó Eleanor.

-Haze Ruff es completamente masculino-contestó Carley ceñudamente -. Tan masculino como un toro. -Bueno, ¿pero quién es?

-Un pastor de ganados de Arizona -contestó Carley soñadoramente.

-¡Hum! ¿Y qué es lo que nos puede decir Haze Ruff? -A mí me dijo que parecía un ángel diabólico, y que me vestía así para volver locos a los hombres.

-¡Carley Burch, es magnífico! -exclamó Eleanor con una carcajada -. Me hace el efecto de que tomaste sus palabras como si hubieran sido un cumplido original.

-No... Me gustaría saber lo que diría Haze Ruff del jazz, me gustaría saberle - murmuró Carley.

-Pues a mí no me interesaría lo que dijera, como no me interesa tampoco lo que dices tú - contestó Eleanor-. Los predicadores, reformistas, obispos y sacerdotes tienen el don de ponerme nerviosa. Enloquecen hablando del jazz. Jazz, la nota discordante de nuestra decadencia. ¡Jazz, la armoniosa expresión de nuestro materialismo insensato, sin alma y sin música! ¡Idiotas! Si se convirtieran en mujeres por un momento comprenderían el error de sus teorías. Pero no conseguirán nunca abolir el jazz, nunca, porque es la cosa más grande, más maravillosa, más absolutamente necesaria para las mujeres en estos terribles tiempos de asfixia.

-Muy bien, Eleanor; nos comprendemos aunque no estemos de acuerdo -dijo Carley -. Tú dejas el futuro de las mujeres al azar, a la vida, al materialismo, no a sus conscientes esfuerzos. Yo lo quiero dejar al idealismo y a la libre voluntad.

-Carley, van más lejos que yo -declaró Eleanor en tono de duda.

-¿Qué le vas a hacer? Todo depende de la actitud individual que adopte una mujer ante la vida.

-Me dejaré arrastrar por la corriente, Carley, y sin poner dificultad alguna-contestó Eleanor sonriendo. -¿No te importan las mujeres y los niños de' futuro? ¿No estás acaso dispuesta a negarte un moco en la actualidad y a pensar, trabajar y sufrir un poco en bien -de la futura humanidad?

-¡Qué modo más extraño de expresar las cosas, Carley! -exclamó Eleanor con aire aburrido-. Si me haces pensar en ello, claro que me intereso por todas esas cosas. ¿Pero qué voy a hacer yo con la vida de los que han de existir dentro de muchos años?

-Todo. ¡América para los americanos! Mientras llevas esa vida frívola, se absorbe la savia vital de nuestra gran nación. Los hombres tienen que luchar; las mujeres, que ahorrar... Creo que tú ya has hecho tu elección, aunque no te des cuenta de ello. Yo pido a Dios fuerza para cumplir con mi deber.

Una mañana tuvo Carley una visita a una hora poco convencional por lo temprana.

-No me ha querido -dar ningún nombre -dijo la doncella-. Va vestido de soldado, señorita; está pálido y lleva un bastón.

-Dígale que bajo en seguida-contestó Carley.

Sus manos temblaban mientras se arreglaba rápidamente. ¿Sería, aquel visitante Virgil Ruts? Lo deseaba, pero dudaba que así fuera.

Cuando entró en el gabinete se encontró con un muchacho alto, vestido con un raído uniforme color caqui, que se puso en pie para recibirla. Al principio no pudo recordar su nombre, aunque reconoció sus claros ojos azules, firmes y leales, y su pálido, rostro.

-Buenos días, señorita Burch -dijo-. Espero que me dispense usted por haber venido tan temprano. ¿Me recuerda usted, no es así? Soy Jorge Burton, y ocupaba la cama que había junto a la de Rust.

-Claro que le recuerdo, míster Burton, y me alegra mucho el verle -contestó Carley, estrechándole la mano-. Haga, el favor de sentarse. Su presencia me indica que le han dado ya de alta en el hospital.

-Sí, ya me han dado de alta -dijo él.

-Lo que quiere decir que ya está bien. No sabe usted lo que me alegro de que así sea.

-Me dieron de alta para hospitalizar a un pobre muchacho que está bastante mal. Todavía estoy débil -contestó Burton -. Pero me alegro de salir del hospital. Me he repuesto bastante, y no tardaré en estar completamente bien. La gripe ha sido la que ha retardado mi curación.

-Tiene usted que tener cuidado. ¿Me permite usted que le, pregunte dónde, va y qué piensa hacer?

-Sí; precisamente de eso es de lo que he venido a hablarle-contestó Burton con franqueza-. Desearía que me ayudara usted un moco. Soy de Illinois, y mi gente está en una posición bastante desahogada. Pero de momento no quisiera irme a vivir a mi ciudad natal. Además, los inviernos son muy fríos allí. El doctor me aconseja que vaya a un sitio en que haya un clima más templado. Fui víctima del gas y después tuve la gripe. Pero sé que si tengo cuidado me pondré completamente bien... Siempre me ha atraído la agricultura, y quisiera ir a Kansas. Al sur de Kansas. Me gustaría viajar hasta que encontrara un sitio que me gustara, para buscar un empleo y ponerme a trabajar. Al principio no quisiera trabajar demasiado; por eso es por lo que necesito un poco de dinero. Sé lo que me conviene. Quiero irme a vivir entre los trigales y tratar de olvidar la guerra. Ahora no me asustará el trabajo... Señorita Burch ha sido usted tan buena con nosotros, que me voy a atrever a pedirle prestado un poco de dinero. Se lo pagaré. No puedo decirle cuándo, pero tenga la seguridad de que lo haré algún día. ¿Quiere usted hacerme ese favor?

-Desde luego -contestó la muchacha con entusiasmo-. Me alegro mucho de tener ocasión de prestarle un poco de ayuda. ¿Qué necesita usted para uso inmediato? ¿Quinientos dólares?

-Oh, no; no tanto -contestó él-. Lo necesario para el billete a mi casa, a Kansas y para pagar el hospedaje hasta que -me ponga bien y encuentre algo.

Bueno; supongamos que; necesita usted los quinientos dólares -contestó Carley, y poniéndose en pie se dirigió hacia la biblioteca-. Perdóneme un momento -dijo. Escribió el cheque, y volviendo al gabinete se lo dio.

-Es usted muy buena-dijo Burton en voz baja.

-No vale la pena -contestó Carley-. No puede usted darse cuenta de lo que significa para mí el poder ayudarle. Y dígame, antes; de que se me olvide, ¿puede usted hacer efectivo ese cheque aquí, en Nueva York?

-No, a menos de que me identifique usted-dijo él, apesadumbrado- No conozco a nadie que pueda hacerme ese favor.

-Bueno; cuando salga usted de aquí vaya directamente a mi Banco; está en la calle número 34, y yo telefonearé al cajero. Así no tendrá usted ninguna dificultad. ¿Se marcha usted en seguida de Nueva York?

-Desde luego. Es un sitio terrible. Hace dos años, cuando vine aquí con mi compañía, me pareció un sitio delicioso. Pero por lo visto perdí algo en el campo de batalla... Me gustan los sitios tranquilos, donde no se ve mucha gente.

--Crea que le comprendo -contestó Carley-. Supongo que entonces estará usted deseando llegar a su casa, ¿no? Tendrá usted novia, y se estará muriendo de deseos de volverla a ver.

-No; siento tenerle que decir que no la tengo-contestó con sencillez- Cuando fui a Francia me alegré de no tener que dejar una novia en América. Pero ahora me gustaría poder volver junto a ella.

-¡No se preocupe! -exclamó Carley-. Puede usted elegir. Tiene usted un talismán maravilloso que le abrirá el corazón de toda muchacha realmente americana.

-¿Y en qué consiste ese talismán? -preguntó él enrojeciendo.

-En el servicio prestado a la patria -dijo ella gravemente.

-Bueno-dijo él con singular brusquedad-; considerando que no tengo ni medallas ni cruces, me daré por satisfecho si encuentro una buena muchacha.

-La encontrará usted- contestó Carley, apresurándose a cambiar de tema -. Y a propósito, ¿conoció usted en Francia a Glenn Kilbourne?

-No recuerda haberle conocida -dijo Burton mientras se ponía en pie con un -movimiento rígido y apoyándose en su bastón-. Me tengo que ir, señorita Burch. Realmente, no sé cómo expresarle mi agradecimiento. Nunca olvidare lo que ha hecho usted por mí.

-¿Me escribirá usted diciéndome qué tal le va? - preguntó Carley ofreciéndole la mano.

-Sí.

Carley le acompañó al vestíbulo y a la puerta de entrada. Quería hacerle una pregunta, pero sentía una dificultad extraña en formularla. Al llegar a la puerta le lanzó Burton urca mirada penetrante, y dijo:

-No me ha preguntado usted por Rust.

-No; realmente no había pensado en ello hasta este mismo momento -mintió Carley.

-Entonces, naturalmente, no sabrá usted nada. No tenía seguridad de ello.

-No he tenido noticias suyas.

-Ruts fié el que me dijo que viniera a verla, señorita Burch -dijo Burton-. Estábamos charlando en una ocasión, y me dijo que usted era bonísima. Dijo que estaba seguro de que usted me creería y me prestaría el dinero. Si no fuera por él, no -me Hubiera atrevido a pedírselo.

-¡Me alegro -de que creyera que yo era buena!... ¿Ha hablado alguna vez de mí desde que dejé de ir al hospital?

-Casi nunca -contestó Burton, mirándola de nuevo con aquellos ojos firmes y francos.

Carley hizo frente a aquella mirada, y de repente se sintió invadida por un fría muy intenso. No parecía proceder de su interior, aunque su corazón dejó de latir. Burton no había cambiado; la gratitud y la cordialidad seguían reflejándose en su aspecto. ¡Pero aquel fulgor de sus ojos! Carley lo había visto en los de Glenn, en los de Rust; era un fulgor extraño, interrogante, infinitamente lejano y triste. Después sintió que el corazón le daba un vuelco, produciéndole una sensación dolorosa. Con miedo y voz temblorosa, adivinando la tragedia, susurró

-¿Y qué ha sido de Rust?

-Ha muerto.

Llegó el invierno con sus fuertes vendavales marinos, sus chaparrones de fría lluvia y sus nevadas. Carley no se fue al Sur. Leía y meditaba, y gradualmente evitaba el trato de todo el! mundo, aparte los verdaderos amigos que la seguían tolerando.

Iba al teatro con mucha frecuencia, preferentemente a ver dramas, y no hacía nada por divertirse. La distracción y la diversión le parecían palabras sin sentido. Se absorbía en discusiones relacionadas con el bien v el mal de los tiempos presentes. Su espíritu repelía las ideas socialistas. Nunca había llegado a comprenderlo claramente, pero le parecía que se trataba de un estado de ánimo de las -gentes que no estaban satisfechas y que trataban de compartir lo que otras personas más trabajadoras o más inteligentes poseían. Había una

minoría que poseía grandes riquezas, mientras que la mayoría de la gente tenía que luchar contra la pobreza.

Tenía que venir algún arreglo de aquella injusticia y aquella desigualdad, pero Carley no creía que el remedio estuviera en el socialismo.

Devoraba libros de la guerra con mórbida curiosidad, esperando encontrar alguna verdad luminosa que demostrara lo inútil que había sido sacrificar a todos aquellos muchachos que estaban, en la primavera de su vida. La guerra lo parecía más bien una cuestión de naturaleza humana que una política. El odio era, en realidad, una consecuencia de la guerra. Según ella, había dos: medios de evitar las guerras en el futuro: que los hombres se volvieran honrados y justos y que las mujeres se negaran a sacrificar a sus hijos. Como no, había indicio alguno de que sucediera lo primero, se preguntaba cuándo se encontrarían todas las mujeres de todas las razas unidas por aquel espíritu elevado que consumía su propio corazón. Aquel día había de llegar a la fuerza. Contra todos los argumentos que justificaban una guerra, oponía una verdad ardiente y apasionada la agonía terrible por fa que pasaban los soldados, las mujeres y los niños. No había nada que justificara una guerra de ofensiva. Era unía cosa monstruosa y terrible. Si la evolución de la Naturaleza probaba la absoluta necesidad de la lucha, la guerra, y la sangre, y la muerte, para lograr el progreso necesario a la perfección del hombre, sería mejor abandonar esas leves diabólicas; y dejar que la raza humana se extinguiera. Durante semanas enteras esperó ardientemente una carta de Glenn. Pero la carta no llegó. ¿Habría sucumbido al fin a la dulzura, a los méritos de Flo Hutter, aquella muchacha del Oeste? Carley sabía con toda certeza, guiándose por lo que le decían su intuición y su inteligencia, que Glenn Kilbourne no llegaría nunca a amar a, Flo Hutter. Sin embargo, tan grane era su desesperación y su ansiedad, que cuando yací despierta en su lecho, rodeada de la oscuridad, sentía la punzada de los celos, que iban minando insidiosamente su naturaleza. Cuando veía en ¡sueños los paseos a pie y a caballo que había dado durante su estancia en Arizona, las ascensiones por la solitaria cañada, donde siempre parecían reinar las sombras, y al enorme extensión del Desierto Pintado, con sus innumerables colores, sentíase invadida por una sensación de paz y de extraña alegría. Pero combatía aquellos sueños, que al despertar le producían una nostalgia irresistible. Comprendió entonces la sensación de soledad y aislamiento que producen las colinas, la dulzura del murmullo de las cascadas, del viento que agita los pinos, de los trinos de los pájaros, el blanco fulgor de las estrellas, la belleza de la aurora y el dorado resplandor de la puesta de sol. Sin embargo, afín no había llegado a comprender su significación. No se trataba solamente del amor que sentía hacia Glenn Kilbourne. ¿Acaso le hastiaba la vida de la ciudad simplemente a consecuencia de la ausencia del -amado? Carley reflexionaba como aquel que trata de abrirse camino en la oscuridad' luchando contra las sombras.

Un día recibió, una tarjeta de una antigua compañera de colegio. Era una muchacha que se había casado en otra esfera y que se había aislado completamente de sus antiguos amigos. Vivía en Long Island, en una casita de campo que se llamaba Wading River. Su marido se dedicaba a la electricidad, era una especie de inventor. Les había nacido un chiquillo. Escribía a Carley invitándola a coger el tren para ir a conocer al pequeño.

Aquella llamada era ardiente y apasionada. Carley fue a ver a su amiga. Se encontró en una casita de campo, situada en las afueras de un pueblecito. Sin duda sería un sitio muy lindo en verano, en que tanto las viñas como los árboles ostentarían su verde ropaje. Su antigua compañera de colegio era de color rosado, regordeta, de ojos claros, y se sentía completamente feliz. Dijo a Carley que no había cambiado nada, cosa que agradó grandemente a la muchacha. Le habló de ella y de su marido, de lo que habían tenido que trabajar para fundar aquel pequeño hogar, y de su (hijito.

Cuando Carley vio aquel adorable bebé de ajos oscuros y rosada carne comprendió la felicidad de Elsie y se gozó de ella.

Cuando tuvo aquel cuerpecito suave y caliente entre sus brazas y lo apoyó contra su pecho, se sintió invadida por una energía misteriosa e incalculable. ¿Qué significaban lose sentimientos triviales, sórdidos y egoístas? ¿Tenía acaso el secreto entre sus brazos? Carley no había intimado gran cosa con los chiquillos en los casuales encuentros que con ellos había, tenido. Pero el hijo de Elsie se apoyaba sobre su seno, y mirándola se agarraba fuertemente a su dedo. Cuando por fin pusieron al chiquillo en su cama, le parecía a Carley que conservaba aún la fragancia y el alma de aquel niño.

-Un chiquillo realmente americano -murmuró.

-Razón tienes para decirlo -contestó Elsie-. Carley, me gustaría que conocieras a su padre.

-A mí también me gustaría conocerle -dijo Carley con aire pensativo-. Elsie, ¿estuvo en la guerra?

-Sí. Formaba parte de la tripulación de uno de los barcos que llevaban municiones a Francia. Imagina, yo llevando a este niño en mis entrañas, mientras mi marido iba en un barco cargado de explosivos, navegando por un more surcadlo de submarinos alemanes. ¡Oh, era una cosa terrible!

-Pero volvió, y ahora sois felices -dijo Carley con una, sonrisa muy grave-. No sabes lo que me alegro, Elsie.

-Sí, pero tiemblo al pensar en una posible guerra futura. Espero tener hijos e hijas, y la idea de una guerra me tortura.

El tren que había de tomar Carley para volver a Nueva York llevaba algún retraso, que aprovechó la muchacha pava pasear por las colinas, cubiertas de bosque, que había sobre el Sound.

Era un día rudo de marzo, con un sol plomizo que se ocultaba tras un cielo de color gris pálido. En los lugares resguardados y frondosos se veían algunas manchas de nieve. Aquel bosquecillo tenía un suelo de arena blanda que se adhería a los zapatos de Carley. En los robles se veían aún algunas hojas de color castaño. Carley salió del bosque. A sus espaldas se veía una extensión de mar de color grisáceo y una playa ondulante, llena de maderas procedentes de los naufragios. La marea subía, dibujando una línea larga, blanca y de .poca altura, que se arrastraba suavemente por la playa, errando algunos guijarros redondeados.

No había a la vista ni un bote ni un solo ser viviente. Carley se sintió aliviada, al contemplar aquella escena, de un peso que oprimía su pecho. Aquella soledad no era completamente la de Oak Creek Canyon, pero tenía el mismo poder sedante e intangible. El murmullo de la marea, el sonido del viento que agitaba las siemprevivas le parecían voces que la llamaban a voz en grito. ¡Cuánto más extensa era la tierra solitaria que las populosas ciudades! ¡Qué vasto era el mar! Sobre el agua se extendía el infinito e ilimitado firmamento, y más allá el interminable espacio. La consolaba un tanto el ver, oír y sentir la eterna presencia de la Naturaleza. Estando en contacto con la Naturaleza se comprendía la verdadera significación de la vida.

Recordaba las palabras de Glenn:

-El mundo está demasiado próximo a nosotros. Malgastamos nuestras energías en ganar y gastar dinero. ¿A qué se refería al hablar de energías? ¿Qué querría Dios que se hiciera con las manos, el cuerpo, las cualidades y el alma? Lanzó una mirada, hacia el pelado paisaje y la fijó a continuación en la inmensidad del mar. Las populosas ciudades en que habitaba el hombre no cubrían más que la millonésima parte de la tierra. Y el solitario mar, hostil a que habitaran en él los hombres con estabilidad, tenía un área tres veces mayor que la tierra. ¿Es que el destino de los hombres era acaso el congregarse en unos cuantos lugares luchando y dando lugar al descontento, que tenía por consecuencias las injusticias, el odio y la guerra? ¡Qué misterioso era todo aquello! Pero la Naturaleza no podía ser tachada ni de falsa ni de mezquina, a pesar de toda su crueldad.

Carley se dejó arrastrar nuevamente por su desesperación. Estaba a apunto de ser derrotada y no podía dormir a causa de su intranquilidad, dejándose llevar por impulsos violentos y sucumbiendo en otras ocasiones a la apatía.

Aquel día de primavera hacía un año que había salido de Nueva York con dirección a Arizona y quería pasarlo completamente sola. Pero los recuerdos se le hacían intolerables y veía claramente todo lo sucedido durante aquel año eterno. ¿Podría resistir otro año viviendo como lo había hecho hasta, entonces? Era imposible que no estallara algo en su interior.

Salió a la calle. El aire era templado y aromático y había en él ese poder sutil que produce la suave locura de la fiebre primaveral. Al llegar al parque le pareció que la verde hierba, los capullos que se abrían, loes gorjeos de los pájaros, la alegría de los niños, la luz que se reflejada sobre el agua y el templado sol no hacían más que reprocharla. Carley huyó del parque y se dirigió a casa de Beatriz Lovell. Desgraciadamente encontró allí a los conocidos que más la desagradaban. Aquella gente la forzaba a pensar demasiado atentamente en su propia persona. Su aspecto era alegre a pesar de la tristeza que dominaba a la muchacha. Durante el té charlaron, discutieron y criticaron todo cuanto quisieron. Cuando entró Carley acompañada de Beatriz, empezaron a. murmurar en voz muy baja.

-¡Hola, Carley! Ahora dínoslo en nuestra misma cara -gritó Geralda Conners, una muchacha bella y rubia de unos treinta años, vestida, exquisitamente según la última moda y cuyo admirable color no tenía nada de natural.

-¿Que os diga qué, Geralda? -preguntó Carley-. Desde luego no diría nada a vuestras espaldas que no estuviera dispuesta a repetir aquí.

-Eleanor nos ha dicho que nos pusiste de vuelta y media.

-Es verdad que discutimos y no estoy segura de haber dicha todo cuanto se me ocurrió.

-Dinos ahora el resto -murmuró con voz perezosa y suave-. Por amor de Dios, anímanos un poco. No sabes lo que agradecería que nos dijeras algo que nos excitara un poco.

-Carley, dedícate al teatro -aconsejó otro -. Elsie

Ferguson ha disminuido en belleza y no hay duda que últimamente te has vuelto lo bastante trágica para dedicarte a la escena.

-Me gustaría que te marcharas muy lejos de aquí -observó otra de sus amigas-. Mi marido está perdidamente enamorado de ti.

-Chicas, ¿sabéis que no tenéis ni una sola idea sensata? -contestó Carley.

-¿Sensata? Gracias a Dios. ¿A quién le agrada ser sensato?

Geralda golpeó un plato con su taza de, té.

-Oíd -dijo -. No bromeaba con Carley. Estoy muy dolida con ella. Anda por ahí poniendo verde a todo el mundo y diciendo que Nueva York es aún mucho peor que era Sodoma. Quisiera que nos, dijera claramente lo que piensa en realidad.

-Me parece que ya he hablado demasiado -contestó Carley-. He pasado muy mal invierno y quizás haya abusado demasiado de la paciencia de mis amigos.

-Oye, Carley -dijo Geralda lentamente-; el que hayas tenido un, desengaño amoroso que te ha amargado la vida no te da derecho alguno a envenenar las nuestras. Todas la encontramos encantadora. Tú estás amargada y si no te casas con alguien acabarás por convertirte en reformista o fanática.

-Preferiría acabar así a pudrirme dentro de una cáscara - contestó Carley.

-Te aseguro que me sacas de quicio, Carley -dijo Geralda, muy indignada-. No me extraña que Morrison hable mal de ti siempre que tiene ocasión. Dice que Glenn Kilbourne te dejó por una muchacha del Oeste. Si es, cierto, te portas muy mezquinamente al desahogar con nosotras tu descontento.

Carley sintió que la arrastraba una fuerza irresistible. Geralda Conners no era más que la chispa que había de desencadenar la tormenta.

-No estoy descontenta - contestó con apasionada dignidad-. Si las penas hicieron caer la venda que cubría mis ojos, quizá me haya sido beneficioso. Veo los terribles errores que hay en mi vida, en la vuestra, en la vida moderna.

-No necesitamos de tu piedad; guárdala para ti, que por lo visto estás necesitada de ella - contestó Geralda con calor-. No hay nada malo ni en mí, ni en mis; amigos, ni en la vida de Nueva York.

-¿Que no? -exclamó Carley-. Oídme: ¿Que no es errónea la vida que lleváis ahora? ¿Que no hay nada que una mujer pueda subsanar? Sois tan ciegas como los murciélagos y tan muertas para la verdad como si ya, hubierais sido enterradas. ¿Que no es errónea la vida que lleváis, siendo así que hay miles de soldados inválidos! sin hogar, sin dinero, sin amigos, sin trabajo y en muchos casos sin siquiera un lecho donde reposar..., muchachos heroicos que se fueron a la guerra en la flor de su vida para luchar por vosotras y que volvieron del frente destrozados y llenos de sufrimientos? ¿Que no es un error el que las mujeres no contribuyan con sus votos a hacer desaparecer las parcialidades, la ambición desmedida y- la maldad? ¿Que no es vergonzoso que las mujeres se burlen de la ley seca, pisoteando y destrozando la más noble de las leyes que rigen nuestra patria? ¿No es vergonzoso acaso que haya más de medio millón de niños defectuosos en esta ciudad? ¿No es, vergonzoso que no haya escuelas bastantes para enseñar a nuestros niños y que los maestros tengan una paga tan mísera? ¿No es vergonzoso que las madres lleven a los chiquillos a los cines, a ver noche tras noche películas que los miembros de los Tribunales de menores de edad, los maestros y los directores de: las escuelas reformistas aseguran hacen ladrones, malhechores y criminales de los niños y vampiresas de las niñas? ¿No es vergonzoso que las chiquillas os imiten, lleven las, medias arrolladas, debajo de las rodillas, las faldas cortas y se pinten los labios y la cara y se depilen las cejas, desconociendo en absoluto el significado de la palabra vergüenza? ¿No es vergonzoso el encontrar en todas las esquinas mujeres que reparten folletos hablando del control sobre los natalicios? ¿No es vergonzoso acaso que en las grandes revistas no haya ni una sola página, ni un solo grabado, sin: hablar del atractivo sexual? ¿No es censurable que el automóvil, tan cómoda para dar paseos inocentes por los alrededores de la, ciudad, constituya uno de los mayores peligros de las muchachas americanas? ¿No es censurable que el dinero sea un dios, cuando sólo se va en busca de lujos, placer, excitación, y a todo el mundo le domina el vértigo de la velocidad? ¿No es vergonzoso que alguno de vuestros maridos pase más tiempo con otras mujeres que con vosotras? ¿No hay nada- censurable en el jazz, cuando se apagan las luces del salón y los bailarines empiezan a saltar y brincar frenéticamente? ¿No es vergonzosa la gran cantidad de suicidios que hay y la horda de extranjeros que invaden el país?... ¿No es vergonzoso que vosotras, las mujeres, no podáis o no queráis tener hijos? ¿,No es vergonzoso que la mayoría de las madres no podáis o no queráis criar a vuestros hijos?... ¡Oh Dios mío, lo que 'le pasa a América es que sucumbe bajo un peso titánico, del que sólo le podrán librar las madres americanas!... ¡Muñecas, parásitos, que sólo servís de juguete a los hombres; vanidosas, vestidas siempre de sedas; figulinas pintadas e inútiles, parodia de las mujeres de otros tiempos, discurrid un moco si es que tenéis la suficiente inteligencia para hacerlo, y, comprendiendo los errores que pesan sobre vosotras, rebelaos antes de que sea demasiado, tarde!

X

Carley se lo dijo repentinamente a su tía.

-¡Mírame, tía María! - exclamó, alegre y radiante-. ¡Voy a volver al Oeste! ¡Me casaré con Glenn y viviré su misma vida

Los penetrantes ojos de la vieja dama se dulcificaron y enternecieron.

-Carley, querida, hace tiempo que lo sabía. Por fin te has encontrado a ti misma - dijo.

Carley le confió apresuradamente los planes que había formado, y hasta sus mismas palabras parecían empujarla hacia delante.

-¿Vas a sorprender nuevamente a Glenn? - preguntó tía María.

-Ya lo creo. Quiero ver la expresión de su rostro cuando se lo diga.

-Bueno, espero que no sea él quien te sorprenda a ti - declaró la anciana-. ¿Cuándo tuviste noticias suyas la última vez?

-En enero. Me parece que hace un siglo; Pero, tía María, no irás a imaginar que Glenn...

-No imagino nada -dijo su tía-. Todo saldrá felizmente y podré tener una vejez tranquila. ¿Pero, Carley, qué va a ser de mí?

-¡Oh, no había pensado en eso! - contestó Carley desconcertada-. Te quedarás muy sola, tiíta. Vendré en el otoño a pasar contigo unas cuantas semanas. Glenn me dará permiso para que lo haga.

-¿Que te dará permiso? ¡Dios santo! ¿A eso has llegado? ¡La imperiosa Carley Burch! Gracias a Dios; de ahora en adelante dejarás, satisfecha, que los demás actúen en tu nombre.

-Me... me arrastraría por el suelo si así lo desease - dijo Carley.

-Bueno, muchacha; ya que tú no demuestras ser nada práctica, tendré que serlo yo - contestó la tía María con seriedad-. Afortunadamente para ti, soy una mujer de rápidas decisiones. Escucha. Iré al Oeste contigo. Tengo deseos de contemplar el Gran Cañón. Después seguiré el viaje, dirigiéndome a California, donde tengo antiguos amigos, a los que no he visto desde hace años. Cuando tengas tu nuevo hogar completamente en orden iré a pasar una temporadita contigo. Y si quiero venir de vez en cuando a Nueva York, me iré a vivir a un hotel. Es cosa decidida. Creo que el cambio me será beneficioso.

-Tiíta, me haces muy feliz. No puedo pedir más - dijo Carley.

Los días que pasaron haciendo los preparativos del viaje transcurrieron rápidamente a causa de la multitud de cosas que tenían que hacer. Los que pasaron en el tren se les hicieron completamente interminables.

Carley mandó a su tía al Cañón, mientras ella se quedaba en Flagstaff, donde se pertrechó de gran número de maletas y de baúles. Las primeras noticias que -tuvo de Glenn y de los Hutter fueron que habían ido a Tonto Basin a comprar cerdos, y que tardarían en volver por lo menos un mes. Esto hizo que en la imaginación de Carley se formara un nuevo plan. Sorprendería a Glenn por partida doble. En su consecuencia, pidió consejo a algunos negociantes en Flagstaff y les encargó que enviaran trabajadores a la propiedad de Deep Lake para que hicieran todas las mejoras necesarias y llevaran madera, cemento, ladrillos, maquinaria y demás elementos precisos para la construcción. También les ordenó que montaran una tienda de campaña donde poder vivir mientras duraban los trabajos, y que buscaran un matrimonio mejicano de toda confianza que le pudieran servir de criados. Cuando emprendió el viaje hacia el Cañón se sentía feliz como en su vida se había sentido.

Estaba a, punto de ponerse el sol cuando contempló Carley por primera vez el Gran Cañón. Había olvidado las palabras elogiosas que pronunció Glenn al hablar de aquel sitio. Con la excitación y la alegría de los preparativos no había pensado en el Cañón, pero al verlo se quedó completamente asombrada.

¡Qué espectáculo más grandioso! Las cumbres estaban iluminadas por el fulgor del sol poniente, mientras que el fondo estaba envuelto en sombras purpúreas. Había una claridad maravillosa, que procedía de los millones de superficies rojas, amarillas y grises expuestas a la luz del sol. Carley no sintió estremecimiento alguno, pues hasta el sentir le estaba vedado. Seguía contemplando aquel paisaje, a pesar de los esfuerzos que hacía por apartar la vista de

allí. No había en su imaginación ni un solo recuerdo, en la imagen, comparable a aquel grandioso y místico espectáculo. El color y las sombras parecían sufrir una rápida transformación, como si' los dioses estuvieran cambiando las decoraciones de un escenario de titanes. Miró hacia la cadena de oscuras montañas que había hacia el Norte y se quedó fascinada al contemplar el fulgor dorado que iluminaba las cumbres. Después adquirieron, un tono rosado, y palideciendo acabaron por aparecer cubiertas de un manto frío color gris. El sol se había puesto.

Un viento frío empezó a soplar por entre las montañas, llevando consigo el suave aroma de los cedros y la savia y la indefinible fragancia peculiar que reina siempre en las: cañadas de Arizona. ¡Cómo le recordaba a Carley a Oak Creek l Hacia el Oeste, más allá de las purpúreas escarpaduras de las montañas, se veía un fulgor dorado que indicaba el punto por donde se había ocultado el astro rey.

A las ocho de la mañana había grandes sombras irregulares bajo los picos y quebraduras de las montañas. Brigth Angel Canyon estaba rodeado de oscuridad y sus irregulares contornos se dibujaban nebulosamente en el horizonte. A mediodía habían desaparecido las sombras, las colosales gargantas brillaban iluminadas por el sol. Carley contempló nuevamente el Cañón por la tarde, a la hora de la puesta del sol.

Sombras azul oscuro, que parecían velas purpúreas de inmensos barcos, contrastaban maravillosamente con las pendientes iluminadas por el sol. Crecían y se elevaban hacia el Este, penetrando en: las cañadas y cubriendo las murallas del Oeste. Durante largo rato no se vio ni un solo color rojizo, que por fin hizo su aparición, cubriendo todo de un tono broncíneo y opaco. Carley miró hacia el fondo de la cañada, viendo a sus pies los pájaros que volaban velozmente, las enormes pendientes, los abetos enanos y las amarillas rocas carcomidas por la acción del tiempo. Cuando levantó la vista de nuevo, comprobó que había desaparecido la oscuridad de las sombras. Reinaba la claridad. Se veían distintamente las pendientes y las rocas. De repente los picos más altos adquirieron un vivo color rojizo. Hacia el Este distinguió en la lejanía una extraña sombra de un tono purpúreo. Durante unos instantes fulgió vivamente y poco después empezó a palidecer. A continuación empezaron a oscurecerse todos los colores, y toda la cañada quedó cubierta por un pálido manto gris.

Por la noche contempló Carley el abismo, invadido por una completa oscuridad'. Si no fuera por la terrible sensación de profundidad que sentía, hubiera ignorado dónde se encontraba la cañada. Bajo sus pies corrían ráfagas silenciosas de aire. Reinaba en aquel lugar un grave silencio. La cañada parecía tan misteriosa, lejana e inevitable como las mismas estrellas. Había fascinado completamente su sentido de la belleza y la proporción.

Vio otro amanecer en la cañada, y el ancho cinturón de pelada roca adquirió un tono dorado bajo los bosques de oscuros pinos. Las cumbres de los picos brillaban con color opalino. No se veía el tono rojizo de fuego que caracteriza generalmente el amanecer. Hacia el Este había una claridad de un: tono dorado pálido bajo un cielo verde azulado, que :parecía de acero. La cañada, suave, gris y transparente, iba siendo invadida por el cinturón de oro, que se ensanchaba más y más, bajando hasta su fondo y produciendo sombras en las pendientes del Oeste de los acantilados y las mesetas. Entre las sombras de la lejanía distinguió el río, amarillo y zigzagueante, que brillaba pálidamente. Aguzando el oído oyó Carley un ruido sordo, como de una lejana tormenta. Temerosa, se acercó al borde de una enorme roca y vio a sus pies el oscuro v profundo abismo, semejante a las rojas profundidades del Hades. Algunas manchas doradas -surgían entre las sombras, probándole que el sol penetraba de una manera invisible por entre las grietas de las carcomidas rocas. A cada instante adquiría la montaña un aspecto diferente. Los atentos ojos de Carley advertían las constantes transformaciones. Acabó por comprender que el sol, la luz, las estrellas, la luna, la noche y las sombras trabajaban incesantemente y hacían de las innumerables formas, líneas, ángulos y superficies un espectáculo grandioso y siempre variado, que el hombre no

Librodot

podía abarcar con su mirada, y cuya belleza y grandiosidad, llena de color, eran completamente sublimes.

Hablaba muy poco mientras estaba junto a aquella cañada. Parecía tener el don de enmudecerla. Había ido a contemplarla en el! momento crítico de su vida y en el estado de ánimo más a propósito para que aquel espectáculo la impresionara. Veía con toda claridad la insignificancia de las cosas superficiales. En una ocasión preguntó a su tía: «Por qué no me trajo aquí Glenn?» Aquella cañada era, a su modo de ver, la comprobación de la naturaleza de todas las cosas.

Al cabo de algún tiempo vio Carley que la transformación que sufrió su espíritu, y que tenía como consecuencia su distinto punto de vista para juzgar las cosas, había cesado insensiblemente. Cesó mientras contemplaba largamente aquella- salvaje naturaleza, aquella cañada de pendientes doradas .bordeadas de negro v aquellas montañas de roca roja, que descendían hasta perderse en profundidades purpúreas. Aquello era una prueba evidente del poder que tiene la Naturaleza de tranquilizar, clarificar v estabilizar el espíritu de aquellos que han sido invadidos por la tristeza a causa de las penalidades sufridas. El magnífico y grave aspecto de la Naturaleza era más fuerte que los gloriosos hechos de los santos, más fuerte que la elocuencia de los privilegiados que tienen el don de elevar el alma de los hombres con sus palabras; más fuerte que todo cuanto ha sido escrito en este mundo. Seguramente aquel fenómeno se debería a que miles de años antes de que existieran los santos y los predicadores, antes de que el hombre empezara a grabar figuras simbólicas en la piedra contemplaría, reflexionando, las maravillas de la tierra, los monumentos de los siglos, las furias del mar azul y oscuro y, en resumen, toda la obra del Creador.

Carley volvió a Flagstaff en el mes de mayo para dedicarse seriamente a construirse un hogar en aquella tierra primitiva.

Necesitó dos camiones para llevar a Deep Lake su equipaje y las compras llevadas a cabo. El camino era bueno hasta llegar a dieciocho kilómetros de distancia de su propiedad. En aquel punto se bifurcaba, convirtiéndose en un desierto de roca y arena. Sin embargo, llegaron al término del viaje y Carley se encontró por fin rodeada de todo cuanto poseía, en aquel paraje soleado y barrido por el' viento donde había del erigir su hogar. El momento fue de una emoción y un encanto singulares. Estaba libre. Había sacudido las cadenas que la aprisionaban. Se encontraba frente a un desierto solitario y salvaje y tenía que hacerlo habitable a fuerza de ingenio y de trabajo. Continuaba recordando a Glenn con mucha dulzura, pero se alegraba grandemente de tener ocasión de trabajar activamente unas cuantas semanas antes de empezar la vida en común con su prometido. Quería adaptarse a la metamorfosis que se había operado en su espíritu.

Se quedó asombrada y deleitada al ver lo que habían adelantado sus proyectos. Bajo una roca raja y resguardada, rodeada de cedros, habían sido erigidas las tiendas de campaña donde había de vivir hasta que la casa estuviera terminada. Había cuatro tiendas de gran tamaño, cuyo suelo se elevaba a alguna altura sobre el terreno. La que le había de servir de habitación tenía un pórtico cubierto de lienzo. La cama era una especie de arca situada a dos pies del suelo y contunda una gran masa fragante de hojas de cedro sobre las cuales habían de ser extendidas las mantas. En un extremo había una especie de tocador con un gran espejo y una cómoda. Había una mesa y una lámpara, una mecedora muy baja, un estante para libros, unos cuantos ganchos para colgar la ropa, un lavabo con sus accesorios necesarios, una estufita y un montón muy bien arreglado formado por astillas y ramitas de cedro. Las alfombras navajas que cubrían el suelo alegraban la tienda de campaña, contribuyendo a su comodidad.

Carley oía el ruido de las ramas de los cedros que rozaban el techo de la tienda de campaña. En su interior no se sentía ni el frío ni el viento y reinaba en él una fragancia muy agradable. Había una luz blanca y discreta que se filtraba a través del lienzo de la tienda. Casi

se reprochó el confort que la rodeaba, ya que su intención, al dirigirse al Oeste, había sido la de luchar contra las asperezas de la vida primitiva.

En menos de una hora instalaron sus baúles en una de las tiendas vacías y sacó todo cuanto de momento necesitaba. Carley se puso el cómodo y usado traje de sport que llevaba en Oak Creek, y entonces comprendió plenamente la felicidad que le estaba reservada.

-Estoy aquí - dijo al rostro pálido y de expresión feliz que se reflejaba en el espejo -. Lo imposible ha sucedido. He aceptado la vida de Glenn. He contestado al extraño grito que me llamaba desde el Oeste.

De buena gana se hubiera arrojado sobre las soleadas mantas de lana que cubrían su cama para estrujarlas entre sus manos, pensando en su actual felicidad y soñando con el futuro. Sin embargo, le era imposible estarse un momento quieta ni dejar de reflexionar en las posibilidades que tenía ante sí mientras que sus manos se agitaban constantemente en su deseo de empezar a trabajar en seguida. En realidad no hubiera podido permanecer ociosa, aunque lo hubiera deseado, ya que su sirvienta mejicana fue a buscarla muy sonriente y empezó a hablar y a gesticular para hacerle entender el lenguaje mejicano y comprendió que aquélla era una nueva tarea que el destino le deparaba. Aquella mujer de rostro atezado, y el marido, de negrísimos ojos, impresionaron favorablemente a la muchacha.

Poco después fue a hablar con Hoyle, el capataz. -Miss Burch -dijo-, en tiempos levantábamos una cabaña de madera en un abrir y cerrar de ojos. Todo cuanto necesitábamos eran hachas, caballos, brazos fuertes y unas cuantas estacas. Pero la casa que usted ha planeado es diferente. Me alegro de que haya venido usted' para cargar con: la responsabilidad.

Carley había decidido construir la casa en la cumbre de la colina donde le había llevado Glenn para que contemplara la magnífica vista de las montañas y el desierto. Trepó a aquel lugar llena de encontradas emociones y latiéndole el corazón apresuradamente. Por milésima vez durante aquel día se volvió a mirar hacia los grandiosos picos cubiertos de nieve. Los veía más cerca, y aparentemente la protegían. Carley sintió una gran paz y tranquilidad al pensar que aquellas montañas estarían siempre junto a ella. Pero aún no había vuelto a ver aquel desierto cuyo recuerdo la persiguiera durante todo un año. Cuando llegó a la cumbre de la colina y contempló el espectáculo que se extendía ante ella, enmudeció de asombro. ¡ Qué verdes estaban los bosques de cedros, qué salvajes y qué grises eran las pendientes, qué maravillosas las estepas de múltiples colores! La visión que había vivido en su recuerdo se desvaneció completamente. La realidad' era grandiosa y de una belleza sublime, a la que contribuía grandemente su aislamiento y su extraña propiedad de atraer y elevar el espíritu de aquel que lo contemplaba. Pero el capataz llamó su atención hacia el trabajo que tenían entre manos.

Carley había planeado construir una casa ¡de una planta y en forma de L. Algunas de sus ideas parecían ser poco prácticas y renunció a ellas. La armadura de andamiajes estaba preparada, y media docena de carpinteros trabajaban alegremente con el serrucho y el martillo.

-Hubiéramos adelantado más si esta casa estuviera en un lugar corriente -explícale Hoyle -. Pero el viento sopla con tanta fuerza que hemos tenido que hacer la armadura más sólida y resistente posible. En realidad la hemos dejado completamente segura.

El gabinete de estar y el dormitorio estaban situados de manera que desde la ventana se viera el Desierto Pintado, y desde la otra, todas las montañas de San Francisco. Ambas habitaciones habían de tener hogares abiertos. Carley pensaba en la utilidad' y la durabilidad de las cosas. Deseaba que su casa tuviera toda clase de comodidades, protegiéndola contra los duros inviernos de aquellos parajes. El lujo y la elegancia ya no tenía significación alguna para ella. Hoyle le sugirió algunos cambios y adaptaciones, y cuando Carley le hubo expresado su aprobación, fue con ella a enseñarle el trabajo llevado a cabo. En un alto

estaban construyendo un depósito de hormigón cerca de una fuente de agua de nieve procedente de los picos, que no se secaba nunca. Desde allí llevaban el agua a la casa. Hoyle estaba muy satisfecho, pues decía que no se helaría durante el invierno y en el día más caliente y seco del verano correría abundante y muy fresca. Aquella seguridad resolvía el problema más difícil y más serio de la vida en el desierto.

Hoyle descendió de la colina y llevó a Carley hacia el amplio valle cubierto de cedros que había junto al lago. Estaba entusiasmado de sus posibilidades. Habían sido construidos dos cercados pequeños y uno grande que comunicaba con un pajar de poca altura. A lo largo del lago estaban preparando la tierra para plantar alfalfa y heno. Carley vio el humo amarillo y azul que salía de los quemados arbustos y su fragante olor le agradó grandemente. Algunos mejicanos cortaron los troncos de los' cedros desarraigados para que sirvieran de leña durante el invierno.

Se pasó el día sin que la muchacha se diera cuenta. Cuando se puso el sol partieron los carpinteros y mecánicos con dirección a la ciudad en dos viejos «Ford». Los mejicanos acampaban entre los cedros, y los Hoyle, junto a la fuente que había baja la colina donde Carley había acampado con Glenn y los Hutter. Carley contempló la puesta del sol con sus tonos rosados y de oro, y cuando terminó el día respiró profundamente como si se sintiera completamente feliz. Cenó con un apetito como no lo había tenido hacía mucho tiempo. Cuando se hizo de noche se levantó un viento frío y los coyotes empezaron a aullar lúgubremente. A través de los cedros brillaban las hogueras del campamento. Trató de abarcar todas las sensaciones, pero le resultó imposible a causa de su rapidez y abundancia.

La noche fría, clara y silenciosa hizo surgir nuevamente el encanta del desierto. ¡Qué blancas y fulgurantes eran las estrellas! Los elevados y puntiagudos picos dibujaban sus siluetas de un gris pálido, que se destacaban sobre el cielo tachonado de estrellas. Carley paseó algún tiempo, reacia a meterse en su tienda, a pesar de su cansancio. Necesitaba estar tranquila, pero en vez de conseguirlo, cada vez era mayor la extraña agitación que la invadía.

Hacia el Oeste - solamente a veinte o treinta millas de distancia - estaba aquella profunda grieta que había en el desierto, Oak Creek Canyon. Si Glenn hubiera estado junto a ella aquella noche, hubiera sido perfecta, y sin embargo, no la hubiera podido resistir. De nuevo sintió gratitud al pensar en su ausencia. ¡Qué sorpresa le tenía preparada! Imaginó el cambio de expresión del rostro de su prometido cuando la viera ante sí. ¡Si por lo menos no se hubiera enterado de su presencia en Arizona hasta que ella misma se lo hiciera saber! Deseaba con toda su alma que así fuera. Era probable que no sucediera tal como lo deseaba, pero confiaba en la transformación que había sufrido su suerte. Miró hacia el Este y contempló la pálida luminosidad que irradiaba del cielo. Qué lejos estaba el hogar donde transcurrió su infancia, los amigos que había desapreciado y abandonado y la ciudad con sus millones de habitantes, sus luchas y sus miserias. Si por lo menos sucediera algún milagro que iluminara el espíritu de sus amigos, como sabía que iba a sucederle a ella en aquella soledad... Pero comprendía muy bien que la voz del Oeste no podía resolver todos los problemas. Cualquier paraje solitario le hubiera bastado a ella si hubiese contribuido a la salvación de Glenn Kilbourne. Lo que interesaba verdaderamente era el espíritu de las cosas. El trabajo de cualquier clase, y no sólo la vida de los ranchos. ¡No solo la cría de cerdos 1 Carley se dirigió con paso vacilante hacia la luz que salía de su tienda. Sus ojos no estaban acostumbrados a una oscuridad tan absoluta. Además, tenía un temor muy femenino a encontrarse con los zorrillos que producen la hidrofobia y con toda clase de reptiles y animales sin nombre que le parecía habían de poblar la oscuridad. Llegó a su tienda y entró en ella. Gino, el mejicano, había encendido el fuego y la lámpara. Carley tenía mucho frío y se quedó sorprendida al comprobar lo bien que se estaba en el interior de la tienda. Cerró la puerta, menos en su parte superior, y se abandonó al agradable calor que reinaba en su interior.

Había que perfeccionar los planes, que recordar un sinfín de asuntos; tenía que comprar un coche y demás accesorios: caballos, sillas de montar y otras muchas cosas. Carley comprendía que debía de haberse sentado ante su mesa para escribir y hacer cálculos, pero en aquel momento se sentía incapaz de hacerlo.

Durante largo rato permaneció sentada junto a la estufa, tostándose las rodillas y las manos y añadiendo de vez en cuando algunas astillas a las rojas ascuas. Su espíritu parecía un calidoscopio por el que desfilaron toda clase de visiones, ideas y sentimientos. Por fin se desnudó, y después de apagar la lámpara se acostó.

Al instante pareció envolverla una oscuridad densísima y reinó un silencio tan absoluto como si sobre ella pesara un mundo muerto. El temor le hizo permanecer con los ojos abiertos y el oído atento. La oscuridad y el silencio le parecían cosas tangibles y las sentía perfectamente. De repente tuvieron el don de calmarla con su mágico poder y de sugerirle pensamientos que nunca había tenido. Necesitaba reposar, no sólo por comodidad, ya que la soledad le era indispensable para adquirir la conciencia de su alma. Su antigua vida le parecía muy lejana. Poco a poco interrumpieron el silencio ruidos apagados que no percibió en un principio: el sordo y lúgubre murmullo del viento que soplaba por entre los cedros, el lejano y débil aullido del coyote, triste como la noche e infinitamente salvaje.

Pasaron algunos días. Carley trabajaba por las mañanas física y moralmente. Por las tardes paseaba, montaba a caballo y trepaba por el monte con el doble objeto de hacer ejercicio físico y de explorar todos los rincones de aquella propiedad de seiscientos cuarenta acres.

Lo que había esperado y tratado de conseguir por medio de sus esfuerzos físicos, pasó rápidamente. Como el año anterior, tuvo grandes dolores en los músculos, ampollas de montar a caballo y de andar a pie y rigidez en los huesos. Se aventuraba por el desierto bajo los rayos del sol y la lluvia. Sufría a causa de las quemaduras del sol y de las punzadas del aguanieve. Ni siquiera las odiosas tormentas de arena conseguían asustarla. Únicamente tenía un consuelo, y era que no había nadie que pudiera ser testigo de sus debilidades y torpezas, como le sucedía el año anterior. Podía luchar contra las dificultades completamente sola.

Antes de que Carley estuviera lo bastante aliviada de sus molestias para poder experimentar cualquier otra sensación, transcurrieron tres semanas de extenuante ejercicio. Su estado general no era indudablemente tan bueno como durante su primera estancia en Arizona. Cogió un enfriamiento y sufrió todas las molestias propias de los cambios bruscos de clima y ambiente. Pero continuó su tarea obstinadamente. Montaba a caballo debiendo permanecer en la cama; iba a pie cuando debía haber ido a caballo; trepaba por el monte cuando debía haber permanecido en terreno llano. Y, finalmente, empezó a mejorar con mucha lentitud.

Entre tanto, la construcción de su casa continuaba con rapidez incesante. Cuando acabaron de edificar el achatado e inclinado tejado, desapareció la preocupación de las tormentas. Ya podía empezar a llover. Cuando los fontaneros acabaron su misión y Carley vio que era cierta la afirmación de Hoyle de que tendrían continuamente gran abundancia de agua, desaparecieron sus últimas preocupaciones, y no dudó de la comodidad! de aquella casa. Todo aquello y sus continuos esfuerzos parecían acercarla más y más a una recompensa maravillosa, espiritual y sin nombre aún. Hasta entonces la había considerado más allá de su alcance, pero últimamente parecía acercarse a ella en alas del fragante aire del desierto y del profundo silencio que la rodeaba.

Llegó un momento en que los paseos a caballo y por el monte que daba todas las tardes constituían creciente placer para Carley. Este placer no procedía sólo de la proximidad de la revelación a Glenn de su presencia y transformación. Montaba a caballo sin sentir dolor alguno, andaba sin fatigarse, trabajaba sin que le salieran ampollas en las manos, y aquello era su compensación. La construcción de la casa que había de servir de hogar, el preparar el

agua y la tierra para convertir aquel paraje en un rancho, no constituían un anticipo de su felicidad. La actividad, el trabajo, el recordar sus habilidades manuales y sus ciencias domésticas, el planear y dibujar, el aprender a guisar, eran cosas que le producían una gran alegría, pero que no constituían el total de su dicha actual.

Reflexionando, llegó a la conclusión de que la base de aquella alegría era su amor por Glenn. Sin embargo, no tuvo más remedio que desechar aquellas ideas a pesar de su dulzura, ya que la vida había adquirido para Carley una significación enteramente ideal y vital.

Una tarde se detuvo para descansar y escaparse de la fuerza del viento. Hacía frío y el cielo estaba cubierto de nubes blancas y negras que avanzaban rápidamente. Se refugió en un lugar soleado bajo un banco de grava. El ambiente estaba templado a causa del reflejo del sol y de la ausencia del viento. La arena que cubría el fondo de aquel banco despedía un calor muy agradable, y la muchacha calentó allí, sus frías manos. A su alrededor y sobre su cabeza soplaba el viento, agitando la salvia, arrastrando la arena y barriendo con sus ráfagas las ramas de los cedros. Carley estaba a salvo refugiada en aquel aislado lugar. El cielo mostraba su azul por entre las amenazadoras nubes. No se veían pájaros ni seres vivientes. Ciertamente, aquel paraje no tenía color, belleza ni gracia alguna, y el espacio que alcanzaba su vista era muy limitado. Tumbada en el suelo y sin ninguna razón especial, se sintió invadida de repente por una enorme alegría.

Otro día, que por cierto era el más caluroso de aquella primavera, iba montada en un caballo navajo que había comprado recientemente a un traficante ambulante. Al extremo de su propiedad, que aún no había explorado, y entre un terreno lleno de bosque y muy cortado, encontró una cañada de rojas murallas llenas de pinos y surcada por un refulgente riachuelo. Había allí gran cantidad de hierba y de rocas. Desde luego era una cañada en miniatura que no tendría más de un cuarto de milla de longitud y cuya profundidad no pasaba de la altura que pudiera tener un pino muy desarrollado. Su anchura no era mayor que la de un camino, pero tenía todas las características de Oak Creek Canyon, y bastó para que la muchacha sintieras una alegría inmensa de poseer aquel paraje. Exploró la cañada y vio que los grupos de sauces y de robles albergaban conejos y pájaros de todas clases. Vio las blancas cornamentas de los venados que se alejaban corriendo hacia el campo abierto. Al llegar al extremo de la cañada vio una bandada de patos salvajes. Corrían como avestruces, y al volar parecían pollos de color castaño y de gran tamaño. Carley encontró en una caverna la guarida de un oso y los blanquecinos huesos de un toro. Se detuvo en aquellas sombrías profundidades, pareciéndole que, efectivamente, estaba perdida para el mundo. Aquellos enormes pinos de color castaño, con su áspera corteza, sus enormes brazos y agujas, le pertenecían, así como el diminuto riachuelo, las campanillas azules que sonreían entre los helechos y los solitarios tallos de las flores que crecían junto a las rocas.

Hasta aquel momento, ni el sol, la tierra, los árboles ni las rocas le habían parecida formar parte de su mismo ser. Se convertiría en una adoradora del sol y una enamorada de la tierra. Aquella cañada se abría en aquel lugar al sol y a la luz desde hacía millones de años. Indudablemente habría albergado a pastores indios, hombres que vivían en las cavernas y salvajes. Era una mujer de piel blanca y espíritu cultivado, pero existía en ella la afinidad para con aquellos seres. Lo comprendió y pensó que si supiera lo que aquello significaba sentiría un gran bien, físico y moral.

Otro día encontró un grupo de pinos que crecían en una especie de meseta, que constituía el punto más alto de su propiedad. Eran pequeños y crecían muy espesos, mezclando sus verdes agujas en su copa y las de color castaño que cubrían el suelo. Carley alcanzaba con su vista una gran extensión de terreno en todas direcciones. Veía la suave pendiente verde que descendía hacia el Sur y subía después, perdiéndose en las oscuras montañas cubiertas de los bosques que se veían al fondo. Divisaba asimismo las cañadas y quebraduras del terreno que había hacia el Oeste con sus tonos rojos y verdes rodeados de gris; hacia el Norte, el espacio

Librodot

ilimitado y vasto formaba un paisaje salvaje, en el que se destacaban los carcomidos mosaicos de la arena y las rocas de colores.

Fue a aquel sitio una y otra vez y acabó por adorar su aislamiento, sus maravillosas perspectivas y el poder que tenía sobre ella de sugerirle un sinnúmero de ideas. Se convirtió en un ser creador que vivía en armonía con aquello que la rodeaba. El vivificante sol lanzaba sobre ella sus rayos como si quisiera madurarla, y la ardiente tierra la alargaba sus inmensos brazos para abrazarla maternalmente. Ya no arrancaba las campanillas para apretarla contra su rastro, sino que se apoyaba en ellas. Las .briznas de hierba y sus broncíneas y brillantes cabezas cargadas de simiente tenían gran significación para la muchacha. Los aromas del desierto adquirieron asimismo una significación. Sentía que en su interior se estaba operando una transformación, a través de la cual había de llegarle la suprema felicidad!.

¡Junio! La luz suave y ambarina, que parecía el reflejo transparente de un medio intensamente dorado, parecía flotar en el templado ambiente. El cielo adquirió un color de un azul muy intenso. Por la tarde, cuando todo estaba invadido por la tranquilidad y no se oía más que el sordo zumbido de las abejas y las moscas, aparecían por el horizonte -grandes nubes de un blanco amarillento que avanzaba cauro si fueran colosales :barcos de hinchadas velas. El verano y el florecimiento de la Naturaleza estaban muy cercanos.

Carley daba largos paseos a caballo, buscando en los sitios más extraños la clave del misterio que se le escapaba.

Faltaban pocos días para que emprendiera el viaje hacia Oak Creek Canyon. El viento cantaba una suave melodía al pasar por entre los cedros. La tierra adquirió una belleza maravillosa ante sus ardientes ojos. Iba dándose cuenta de una gran verdad: el sacrificio de las cosas que tan necesarias le parecieron en tiempos para disfrutar de la vida; las luchas, el trabajo manual, los esfuerzos físicos de su cansado cuerpo, los dolores y el contacto con la tierra, habían contribuido a rejuvenecer su sangre, acelerar su pulso, intensificar su sensibilidad, conmoverla hasta el fondo de su alma y proporcionarle, en fin, aquella maravillosa sensación de felicidad.

Una tarde se le ocurrió explorar una pelada colina cubierta de una ceniza de un gris acero. Fue a caballo hasta que el animal se hundió hasta las rodillas y no pudo seguir adelante. Después trató de continuar a pie. Le costó gran trabajo, pero al fin consiguió llegar a la cumbre, muy sofocada, sudando y casi sin respiración.

Aquella colina de ceniza era el apagado cráter de un volcán. En su centro había un profundo hueco de maravillosa simetría y de un color negro mate. No había ni una planta ni una brizna de hierba. Carley sintió deseos de bajar hasta el fondo del cráter. Probó la resistencia de la ceniza que bordeaba la boca del volcán. Tenía la misma consistencia que la que cubría el lugar por donde había subido a la colina. Pero la pendiente era más pronunciada, a pesar de lo cual saltó osadamente por encima del redondeado borde, y una vez que emprendió el descenso adquirió una velocidad) enorme. Parecía ir calzada con las botas de las siete leguas. No sentía ningún temor, y únicamente le dominaba una gran emoción. No le importaba el peligro que pudiera correr. Seguía bajando con pasos gigantescos, se hundía, saltaba, producía aludes, sobre los que iba montada hasta que se detenía, saltaba, y por último cayó al suelo y bajó rodando por la suave ceniza hasta el fondo del volcán.

Allí permaneció durante algún tiempo. Era un sitio muy cómodo para descansar. El fondo del volcán no tenía más que unos seis metros de extensión. Miró hacia arriba y se quedó asombrada. ¡Qué enorme era la pendiente que iba desde la boca del volcán hasta donde ella se encontraba Era un círculo sin lado alguno. Mirando hacia arriba vio un lago redondo de transparente cielo. ¡Qué extraña y maravillosa profundidad :tenía aquel azul! Carley pensó que a través de aquel color se podría mirar hacia el infinito que le servía de fondo.

Cerró los ojos y descansó. Pronto su corazón y su respiración adquirieron el ritmo normal y dejó de oírlos. Permaneció completamente inmóvil. A pesar de tener los ajos

cerrados le parecía, seguir viendo. Era la luz del sol, que atravesaba la sangre y la carne de sus párpados. Aquella luz tenía un tono rojo tan maravilloso como el azul del cielo. Tan penetrante era el fulgor del sol, que tuvo que protegerse los ojos con: el ¡brazo.

De nuevo se sintió invadida por aquella extraña sensación de felicidad. Nunca había estado tan, absolutamente sola. Era como si hubiera estado dentro de una tumba. Le parecía que estaba muerta a todos los seres vivientes y gozándose en la gloria de las cosas que se le habían escapado mientras estaba viva. Se dejó llevar por aquella sensación.

Adoraba aquellas cenizas secas y polvorientas; adoraba aquel cráter oculto a todo el mundo, con excepción de los pájaros; adoraba el desierto, la tierra y; sobre todo, al sol. No era más que un producto de la tierra y una creación del sol. Había sido un átomo infinitesimal de algo inerte que había revivido bajo la luz mágica del astro rey. Pronto abandonaría el espíritu su cuerno y se alejaría, mientras que la carne y los huesos se convertirían nuevamente en polvo. Aquel cuerpo suyo, que llevaba la chispa divina en su interior, pertenecía a la tierra. Hasta entonces había sido un ser ignorante, irreflexivo e insensible, absorto por completo en busca: de los bienes materiales y ciego a la verdad. Debía dar lo que tenía. Era una mujer: pertenecía a la Naturaleza; no era: más que una madre del futuro. No había amado realmente ni a Glenn Kilbourne ni a la vida. Una educación falsa, unos principios falsos, un ambiente lleno de errores la habían convertido en una mujer que imaginaba tener que alimentar su cuerpo con las mieles de la indulgencia.

Se sentía humillada; no era más que un animal, superior a los demás únicamente por ser inmortal. Era: trascendental su poder femenino de ligar su vida con el futuro. El poder de fa, semilla' de las: plantas, el calor del sol, la inescrutable creación, el espíritu de la Naturaleza, casi la divinidad de Dios, todo aquello estaba en sus manos por ser mujer. Aquél era el gran secreto que hasta aquel momento le había parecido completamente incomprensible. Aquél era el error de su vida; había estado ciega y no había comprendido la significación, el, poder y la sublimidad de ser mujer.

Entonces se dejó llevar por la mujer que llevaba dentro de su ser. Alargó sus brazos hacia el cielo azul como si quisiera estrechar entre ellos el universo. Era como la misma Naturaleza. Besó las polvorientas cenizas y oprimió su seno contra la templada pendiente. Su corazón pareció ir a estallar inundado por una indescriptible felicidad.

Aquella tarde volvió a Deep Lake en el momento en que el sol se ponía, ocultado por una nube de un color blanco con reflejos dorados.

Ante su vista cruzó una silueta familiar y desgarbada. Se aproximó al lugar en que había desmontado y Carley vio que no era otro que Carley, el pastor de Oak Creek.

-¿Cómo está usted!? - gruñó con su extraña sonrisa-. ¿De modo que era usted la que había comprado Deen Lake?

-Sí. ¿Y tú, cómo estás, Carley? - contestó la muchacha estrechándole la mano.

-¿Yo? Ah, perfectamente. Me alegro mucho de que haya usted comprado este rancho. Me parece que vendré a pedirle trabajo.

-Te lo daría seguramente. ¿Pero no trabajas acaso en casa de Hutter?

-No. Ya no. Yo y Stanton reñimos con ellos.

¡Qué extraño y qué seco era aquel muchacho! Su delgado y aceitunado rostro tostado por el sol, con sus claros e inocentes ojos y su desgarbada figura con sus zahones azules le recordaban vivamente a Oak Creek.

-Lo... lo siento -contestó titubeando y un poco enfriado el entusiasmo con que había acogido a Carley -. ¿También se marchó Stanton?

-Sí. Desde luego. -¿Qué ocurrió?

Pues que Flo no hacía caso más que a Kilbourne -contestó Carley con una sonrisa burlona.

Librodot

-¡Ah! Ya comprendo - murmuró Carley, que se sintió invadida por una sensación de desagrado. Aquella sensación pareció extenderse hasta llenar el, ambiente y 1'a dorada puesta de sol. Después desapareció. ¿Qué le preguntaría? Se le ocurrían mil cosas que le interesaban saber -. ¿Están de vuelta los Hutter?

-Ya lo creo. Hace -varios días que volvieron. Creía que Hoyle se lo había dicho a usted. Quizá no lo supiera, pues no ha ido nadie a la ciudad.

-¿Cómo está, cómo están todos? -murmuró Carley. Había un extraño abismo entre sus pensamientos y sus palabras.

-Me parece que todos están bien -contestó Carley.

-Y Flo, ¿cómo está? -exclamó, por fin, Carley.

-¡Oh, Flo está completamente loca por su marido! -murmuró Carley, fijando sus claros ojos en los de Carley.

-¡Por su marido! -tartamudeó la muchacha.

-Desde luego. Flo ha hecho lo que yo aseguraba que haría.

-¿Con quién se ha casado? - dijo Carley, y aquella pregunta le hizo el mismo efecto que si una terrible hoja hubiera atravesado su corazón.

-¿A que no lo adivina usted? - dijo Carley con su lenta sonrisa.

Carley permaneció muda.

-Pues se ha casado con su antiguo novio, a quien usted! despreció -contestó Carley mientras erguía su elevada figura, evidentemente con la intención de marcharse-. ¡Con Kilbourne! Vinieron de Tonto casados ya.

XI

Una vaga sensación de movimiento, oscuridad v frío invadid a Carley durante un espacio de tiempo que le pareció interminable.

Una caída: desde las rocas y un fuerte golpe que se dio contra una rama muy cortante le hizo darse perfecta cuenta de lo que pasaba, sin alterar en lo más mínimo su estado mental. Era de noche v el cielo estaba tachonado de estrellas. Se había caído por un seto de poca altura. Evidentemente había vagado sin rumbo y completamente inconsciente hasta que el' dolor le devolvió el uso de sus sentidos. A no ser par el' fulgor de las hogueras del campamento, que se filtraba a través de los cedros, se hubiera perdido. ¡Qué importaba! En realidad estaba perdida. ¿Qué era lo que había sucedido?

¡Carley, el pastor! De repente recordó las palabras que había pronunciado y cayó sobre las frías piedras. Temblaba de pies a cabeza. Hundió los dedos en la masa de liquen y murmuró:

-¡Oh Dios mío, pensar que después de todo ha sucedido lo que yo temía!

Sintió en su pecho un desgarramiento como el que produce un violento esfuerzo físico v que la deja llena de angustia. Tenía los nervios alteradísimos y casi se sentía enferma de horror al pensar en aquella insoportable pérdida. No la podía resistir. Le sería imposible seguir viviendo.

Permaneció tumbada hasta que la energía sustituyó al desconcierto. Entonces se puso en pie y corrió a esconderse en las sombras más densas proyectadas por los cedros. Se paraba de vez en cuando y dejaba caer la cabeza, retorciéndose las manos y golpeándose el pecho.

-Imposible que sea verdad -gritaba-. ¡Después de mi lucha, de mi victoria, es imposible!

Pero en realidad no había existido la victoria y era ya demasiado tarde. Había sido traicionada, destrozada, perdida. Aquel maravilloso amor la había hecho transformarse para

luego empujarla en alas de la desesperación. Se cayó, tropezando contra las ramas de un grueso cedro, que la sostuvieron. La fragancia, que le había parecido dulce hasta aquel momento, le pareció entonces amarga. ¡La vida, que le parecía encantadora, se le había hecho odiosa No se podía estar quieta ni un solo momento.

La oscuridad de la noche, los cedros, los arbustos, las rocas y los arroyuelos no parecían ser obstáculo a que siguiera avanzando. Andaba velozmente, como impulsada por un vértigo, y se rompía el vestido, se hería las manos y se arrancaba el cabello. Le era necesaria la violencia!. De repente se encontró ante una superficie de agua que irradiaba pálidos reflejos. Deep Lake. Se sintió obsesionada por un horrible deseo de 'acabar con su vida. No tenía miedo. De ¡buena gana se hubiera hundido en las frías y pegajosas profundidades que significaban para ella el olvido de su desgracia. ¿Pero olvidaría realmente si se quitaba la vida? Un año antes lo hubiera creído así, v no hubiera resistido ni por un momento aquella agonía. Pero había cambiado. Una maldita energía había inundado su ser, y precisamente aquella energía aumentaba sus torturas'. Extendió sus brazos hacia las impasibles estrellas v murmuró

-Me ha fallado la esperanza, la fe v el amor. Todo era mentira. Me han arrastrado a un verdadero infierno. Ahora la vida no tiene encanto para mí... ¡Oh, acabemos de una vez!

Si pedía misericordia a las estrellas, le fue negada. Seguían brillando insensiblemente. Pero no se pudo matar. En aquellos momentos la muerte era su único alivio y el único medio de recobrar de nuevo la paz. Anonadada por la crueldad de su destino, se dejó caer sobre las piedras v se dejó llevar de su dolor. Estaba completamente desesperada. Su juventud y su intensa vitalidad cerraron sus brazos, angustiadas v atormentadas ante aquel amor engañoso v no satisfecho. La energía de su cuerpo y de su alma resistió involuntariamente los golpes de aquella catástrofe. La fuerza de voluntad desapareció; pero su carne, aquel médium de sensaciones exquisitas v dulces, se negó a rendirse. Sus sentimientos entablaron una lucha terrible.

Carley permaneció en aquel lugar durante toda la noche. La luna, que estaba en su cuarto creciente, desapareció; las estrellas siguieron su curso; los coyotes cesaron en sus aullidos; el viento dejó de soplar; las olas del lago murmuraban suavemente al lamer las orillas v el zumbido de los insectos cesó en el momento en que se iba acercando el frío de la aurora. La oscuridad era mayor que nunca. Reinaba el silencio, la soledad y la melancolía, v el desierto esperaba frío y lúgubre, desprovisto del fulgor de la luna, las estrellas y el sol'.

Cuando empezó a dejarse ver la claridad gris de la aurora arrastró Carley su dolorido cuerno hasta su tienda de campaña, y después de cerrar la puerta se quitó loas húmedos vestidos y las botas v se dejó caer sobre la cama. Estaba tan cansada, que se durmió casi instantáneamente.

Cuando se despertó vio que la tienda de campaña estaba inundada por la claridad. A través del lecho de lienzo se adivinaban las sombras de las ramas de los cedros, v comprendió que el sol estaba precisamente sobre ella. Estaba más dolorida que nunca. El dolor parecía penetrarle hasta los mismos huesos. El corazón parecía habérsele inflamado, hasta el punto de no caberle en el pecho. Respiraba lentamente y con fatiga. La sangre circulaba pesadamente por sus venas'. De repente cerró los ojos. La luz del día le parecía odiosa. ¿Qué era lo que había sucedido?

La brutal verdad apareció de nuevo ante sus ojos bajo un aspecto nuevo, que conservaba toda su antigua amargura. Durante algún tiempo experimentó una sensación sofocante como si el lienzo de, la tienda se hubiera hundido bajo el peso del aire y le oprimiera el pecho y el corazón. Emociones distintas agitaron su alma. La pasión y el dolor se apoderaron nuevamente de, ella y se sintió completamente anonadada por la desgracia.

Alguien llamó a la puerta de su tienda. La muchacha mejicana la llamaba con ansiedad. Carley comprendió que no estaba sola en el mundo, a pesar de que su alma parecía

condenada, a eterna soledad. Aun en el mismo desierto había que pensar en el mundo. No le sirvieron de nada ni su antigua vanidad ni su humillado orgullo. Pera se sintió animada al pensar en la lección que le había enseñado el Oeste. Había aprendido a resistir, a no ceder, a hacer frente a las cosas sin ocultarse. Carley se levantó, se bañó, se vistió y se arregló el alborotado cabello. El rostro que vio reflejado, en el espejo, le produjo asombro y lástima. Salió de la tienda al oír que la llamaban para comer. Pero le fue imposible ingerir alimento alguno, pues todas las funciones ordinarias de su organismo parecían enteramente muertas. Era domingo y los trabajadores estaban ausentes. Carley estaba casi completamente sola. ¡Como se burlaba de ella la casa al medio construir! No podía resistir su vista. ¿Para qué le serviría ya? Flo Hutter se había convertido en la compañera de trabajos de Glenn Kilbourne. Era el ama de su cabaña. Era su esposa y sería la madre de sus hijos.

Aquella idea hizo que Carley sufriera más que lo que había de sufrir durante toda su vida. Pareció ser presa de todos los demonios del infierno. Era una hembra a quien había robado el macho. No razonaba ni en su corazón tenían lugar la caridad y la justicia. Todo lo anormal de la naturaleza humana parecía haberse reunido en su ser y se sentía dominante, apasionada, salvaje y terrible. Odiaba con una ferocidad loca e increíble. Encerrada en, su tienda, tumbada sobre la cama, silenciosa e inmóvil, era, sin embargo, la personificación de las terribles luchas y tormentas de la Naturaleza. Su corazón era como un inmenso remolino, y de buena gana hubiera arrastrado hasta el mismo infierno a todos los hombres. Su alma era un abismo sin fondo, invadido por el fuego de los celos, que todo lo destruye. Aquella ira consumió la energía que le quedaba y se quedó dormida.

A la mañana siguiente sobrevino la inevitable reacción. A pesar de la larga duración de sus anteriores luchas, aquella batalla monumental había de ser forzosamente corta. Lo vio claramente, pero no pudo comprender cómo era posible semejante cosa a menos de que la desilusión, la muerte o una aberración mental dieran fin a aquella lucha. Había una eternidad de emoción entre el momento en que su inteligencia se despertó y el instante en que cayó en las garras de aquella pasión primitiva.

Aquella' mañana se miró al espejo y preguntó: «Bueno, ¿qué es lo que yo te debo?» No fue su voz la que le contestó. Una voz lejana pareció contestarle: « ¡Animo! Navegas a la ventura. Estás sola. ¡No pienses más que en ti misma! ¡Adelante! ¡No retrocedas, no te hundas; sube, elévate siempre! »

Se estremeció ante aquellas palabras. ¡Imposible obedecer aquella voz! Siendo, como era, toda instinto animal, toda mujer y toda emoción, ¿cómo era posible que viviera en las puras y frías alturas? Sin embargo, se debía a sí misma algo intangible e inescrutable. ¿Era acaso ese algo de que carecen físicamente las mujeres, pero que se oculta en el fondo de su alma? ¡Un elemento que siempre les hace elevarse sobre las miserias del mundo! ¿Había de fracasar a causa de la pena y de la irreparable pérdida que había sufrido? ¿No sería la pérdida de su amor, del marido y de los hijos, una prueba? La hora presente desaparecería tragada por las desventuras de toda su vida. No podía retroceder. No se dejaría fundir. En su dolorido y apenado corazón surgió una decisión firme e inalterable de su alma probaría la evolución femenina. Podía ser un recipiente de carne y de sangre, destinado por la Naturaleza a la reproducción de su especie, pero había en su alma el espíritu supremo y el poder de propagar el progreso de los siglos, el don femenino de elevarse de entre las tinieblas.

Carley salió de su tienda y fijé hacia donde estaban los obreros. Había que concluir de construir la casa y viviría en ella. Siempre podría contemplar el infinito desierto y la grandiosidad de las montañas. Hoyle se interesaba grandemente por los detalles prácticos de fa construcción. No adivinó la pena que invadía el alma de la muchacha. Los demás trabajadores la miraron con aire indiferente. Carley dejó de temer que todo el mundo adivinara claramente la desesperación que sentía. Aquella tarde montó el caballo más fogoso que había comprado a los indios. Necesitaba de toda su energía para gobernarlo v no ser

despedida de la silla. Galopó velozmente a través del desierto y los bosques de cedros, hasta llegar a las colinas. Al llegar a aquel punto descansó y se absorbió en la contemplación- del desierto. A la vuelta lo atravesó por su parte más llana y el viento y las ramas azotaron su cuerpo como verdaderos látigos. La violencia le agradaba. Ya no temía caerse. Llegó al campamento al anochecer, sofocadísima, casi sin respiración y rendida de cansancio. Pero había conseguido lo que quería. Había tenido que ejercitar constantemente los músculos y la imaginación. En caso necesario podía esforzar ambos hasta el límite. Podía cabalgar y cabalgar hasta que el futuro la tragara como la inmensidad del desierto. Se cambió de ropa y descansó durante algún tiempo. Cuando la llamaron para cenar tenía gran apetito. Esto le pareció ser una burla de su pena. El amor no bastaba a alimentar su cuerpo. La Naturaleza, exhausta y falta de descanso, no respetaba las emociones femeninas.

Al día siguiente se dirigió Carley a caballo hacia el Norte. Galopaba velozmente y sin ningún miedo, como si aquella actividad consciente fuera la iniciativa de un sinnúmero de paseos a caballo que habían de contribuir a su salvación. Como el día anterior, se sintió atraída por las colinas y no se detuvo hasta llegar al pie de una de mucha altura.

Carley desmontó de su jadeante caballo, respondiendo al impulso familiar en ella de escalar las alturas por su propio esfuerzo.

-¿Soy acaso un ser débil? -se preguntó a sí misma-. ¿Soy acaso una criatura minada por la fiebre del alma?... ¿Arrojada de emoción en emoción? Siempre distinta. He luchado, sufrido, me he sacrificado, he esperado, he cambiado v no he conseguido nada. ¿Qué es lo que me empuja? Una gran ciudad con todos sus atractivos no consiguió hacerme comprender el verdadero significado de la vida. Los amigos tampoco me han servido de nada. El mundo me ha traicionado. ¿Cuál será la obra de la soledad y la grandiosidad...? Todas mis obsesiones, todos los extraños deseos de experimentar sólo sensaciones terrenales v elementales me fallaron también. Y, sin embargo, hay algo que me arrastra... Es posible que la gente me llame loca.

Carley tardó una hora en subir penosamente hasta llegar a la cumbre de aquella colina. Era tan alta, pendiente v escarpada, que su ascensión resultaba muy dificultosa. Pero por fin llegó a la cumbre y se sentó sola en las alturas, con los ojos muy abiertos y formulando sus labios una inconsciente plegaria.

¿Qué había sucedido? ¿Existiría alguna respuesta que no fuera la burlona que surgía ante ella siempre que se formulaba aquella pregunta?

No era responsable de la pérdida de su madre y del ambiente en que había vivido ni de la educación que había recibido. Había pertenecido a una esfera social. Se había hecho mujer en aquel ambiente. Había amado, y al amar se había escapado -de los defectos de su época, pero no de sus errores. Sólo había vivido para sí misma. La conciencia se había despertado en ella, pero desgraciadamente era demasiado tarde. Había arrojado a un lado las sórdidas convenciones; la femineidad se había despertado en ella con toda su fuerza; había luchado contra las insidias de la modernidad y había vencido; había aprendido a apreciar la emoción de arraigar en un nuevo suelo, el dolor y las alegrías que proporciona el trabajo, el en- canto de la soledad, la promesa de un hogar, amor y maternidad. Pero todas aquellas cosas maravillosas habían penetrado en su alma demasiado tarde para su felicidad.

-Ésta es la respuesta -declaró en voz alta-. ¡Eso es lo que ha sucedido! ... Y todo ha pasado ya... ¿Me queda algo en este mundo? ¿Y si me queda: alga, qué es?

Lanzó aquella pregunta al aire del desierto. Pero aquel paraje era demasiado gris, remoto, misterioso e inconmensurable. Su insignificante vida no le preocupaba. Carley se volvió hacia el reino de las montañas.

Parecía estar al alcance de la mano. Se elevaba ante ella hasta horadar las vaporosas nubes. No era más que una enorme arruga de la tierra, cuya falda estaba cubierta de leguas y más leguas de bosque. Hacia la mitad había un ancho cinturón de tiemblos que subía

hacienda zigzag, y hacia las alturas se veían gargantas y cañadas cubiertas de peladas y escarpadas rocas. Los picos que ahondaban el firmamento, estaban cubiertos de- blanca, nieve. Carley no se daba cuenta en aquellos momentos de su belleza sublime, v sólo pensaba en su antigüedad, su firmeza y su majestuosidad. Sus ojos parecían aumentar el' encanto de aquel paisaje.

¿Qué incomprensible fuerza subterránea había levantado aquella enorme masa que se elevaba hasta las nubes, surcada de inmensas pendientes? Los cataclismos de la Naturaleza - la contracción y la dilatación de la tierra -, las fuerzas volcánicas que había bajo su superficie. Fuera lo que fuera, había dejado la expresión indeleble de las evoluciones del' Universo. Aquella masa, de montarlas había sido ardiente gas, que bajo la acción del sol se convirtió en sólido granito. ¿Cuál había sido el proceso de su formación? ¿Qué dimensiones tendría, antes de aquellos millones de años de continua lucha?

Erupciones, terremotos, aludes, glaciares, la erosión del agua, las quebraduras producidas por las heladas, los efectos de la lluvia, el viento y la nieve; había luchado eternamente contra todo ello, resistiendo en vano, y seguía irguiéndose magnifica, erosionada e invencible. Sus picos, que horadaban el cielo, parecían gritos implorando misericordia al infinito. Aquella vieja montaña, sabía perfectamente el destino que le esperaba. Tendría que sucumbir y dejar el puesto quizás a un reino más nuevo y mejor que el suyo. Pero seguía resistiendo, animada por el espíritu de la Naturaleza. La enorme línea circular y quebrada de rocas que había entre los picos. Y bajo su base, mostraba el lugar por donde había estallado hacía muchos siglos el corazón de granito viva, lanzando sobre el adyacente desierto los torrentes de negra lava y las colinas de negra ceniza. A pesar del cinturón verde que la rodeaba, su aspecto era de una enorme antigüedad. Las murallas grises, macizas y sublimes, parecían un monumento erigido a su duración a través de los tiempos. Las profundas cañadas con los huesos de los esqueletos, las cuevas y cavernas, sus pendientes, talladas en la roca por los aludes; sus largos taludes' en forma de abanico, convencían al espectador de que no era más que un frágil' pedazo de roca de corta vida, sobre el que pesada la terrible maldición de la Naturaleza. ¡Transformación! Las transformaciones destruirían hasta el mismo centro de la tierra. Su fuerza estaba en la sublimidad de su desafío. Significaba que seguiría resistiendo hasta que sólo le quedara el último grano de arena. Era una montaña de roca muerta, sin espíritu alguno y que, sin embargo, daba una gran lección al género humano.

La vida era solamente una parte, quizás infinitamente pequeña, de los planes de la Naturaleza. La muere y la destrucción tenían la misma importancia para su inescrutable designio. El Universo no había sido creado para que morara en él la vida, la comodidad, el placer y la felicidad de una criatura humana procedente de un organismo inferior. 'Si el secreto de la Naturaleza residía en el desarrollo del espíritu a través de los tiempos, adivinaba Carley que también bullía en su interior. En consecuencia, el presente tenía muy poca significación en su vida.

-No tengo derecho a sentirme desgraciada -concluyó Carley-. No tenía derecho a Glenn Kilbourne. Le había hecho traición. Al hacerlo me había traicionado a mí misma. Ni la vida, ni la Naturaleza, ni el amor me han traicionado. Ya no es un misterio para mí. La infelicidad no es más que un cambio. La felicidad misma no es más que un cambio. ¿Qué importa, pues? Lo importante es ver la vida, comprender, sentir, trabajar, luchar, resistir. Yo no tengo la culpa de estar aquí. Pero sería culpable si mi fracaso empobreciera a este extraño y antiquísimo mundo... No quiero seguir siendo mezquina. Encontraré la fuerza necesaria y resistiré... Todavía tengo ojos, oídos, nariz y gusto. Siento los rayos del sol, el viento, y el frío de la escarcha. ¿Voy a dejarme morir porque he perdido el amor de un hombre? ¿Voy a odiar a Flo Hutter porque ha de hacer feliz a Glenn? ¡'Nunca! ... Todo lo ocurrido me ha hecho un bien, ya, que me ha transformado. ¡A no ser por mi amor, hubiera seguido siendo una muñeca egoísta!

Librodot

Carley dio la espalda al reino de las montañas y se dispuso a hacer frente a su futuro con la profunda, penetrante y triste mirada que aquella lección le había infundido. 'Sabía cuál era su deber. Algún día tendría su recompensa. Ocultaría su herida, confiando en que el futuro la cicatrizaría. Y para probar su sinceridad y su energía se impuso la ida a Oak Creek Canyon.

No esperó muchos días. Ocurrió una cosa extraña, y es que su antigua vanidad le impidió ir hasta que hubieran desaparecido de su rostro las huellas de los sufrimientos por que había tenido que pasar.

Una mañana emprendió el viaje muy temprano, montando su mejor caballo y avanzando por un camino de los que usa el ganado. La distancia por carretera era mucho mayor. La mañana de junio era fresca, clara y fragante. Burlones pájaros cantaban en lo más alto de las copas de los cedros, las palomas se arrullaban entre los pinos, los gavilanes revoloteaban sobre las praderas. Las flores del desierto abrían sus rosadas y redondeadas corolas en los lugares soleados, y de vez en cuando se veía una pincelada carmín que procedía de algunos arbustos del desierto. Las liebres y las ardillas saltaban por entre la salvia. El desierto estaba lleno de vida, movimiento y color en aquel día de .junio. Como siempre, se percibía la seca fragancia de la atmósfera.

Su caballo estaba acostumbrado a hacer largas excursiones por el desierto. Casi no notaba el peso de la muchacha, y estuvo galopando, durante millas enteras. Sin embargo, cuando se acercaba a Oak Creek Canyon lo puso al trote, y después al paso. La vista de las rojas murallas de la cañada y de su suelo cubierto de verde le produjeron una gran emoción.

El sendero moría en el camino que llevaba al rancho de ovejas de Ryan. Estaba unas cuantas millas hacia el oeste de la cabaña donde Carley se había encontrado con Haze Ruff. Recordaba las curvas y rectas, y en especial el brusco recodo del camino al penetrar en la cabaña. Se bajó del caballo y empezó a andar. Sabía que desde el pie de aquella pendiente todo le resultaría familiar, y tuvo un impulso muy femenino de dar media vuelta y huir de aquellos recuerdos. Pero al llegar a terreno llano montó de nuevo a caballo y siguió adelante, resistiendo a la tentación.

El murmullo del arroyo llegó de repente a sus oídos. Era dulce, triste, lleno de recuerdos, y tenía un poder extraño que la entristecía profundamente. Sin embargo, aquel sonido le pareció muy lejano. El verano estaba más avanzado en aquel paraje. Una gruesa capa de follaje cubría la arena del zigzagueante camino. Salió de aquel lugar sombrío y penetró en una zona soleada, en la que se veían algunos pinos aislados. Aquél era el sitio por el que había corrido sobre Calico, persiguiendo el bayo de Glenn. Allí era donde le había cogido, y poco más allá donde se había caído. Se detuvo un momento bajo el pino donde Glenn la había tenido entre sus brazos. Sus ojos se llenaron de lágrimas. ¡Si por lo menos hubiera conocido entonces la verdad y la realidad de las cosas! Pero de nada le servía su sentimiento. Poco a poco fue apareciendo sobre los árboles una escarpada y roja muralla. Su forma, semejante a la de un órgano, era familiar a los ojos de Carley. Dejó el camino y torció hacia un lado para dirigirse hacia el arroyo. Sicómoros, meples, grandes guijarros, helechos cubiertos de musgo que se inclinaban sobre el agua y un gigantesco pino marcaban el lugar donde había almorzado con Glenn el último día de su estancia en Arizona. Su potro entró salpicando en la clara corriente y se detuvo a beber agua. Al fondo, v entre los árboles, divisó Carley aquel espacio abierto y soleado de suelo rojizo donde estaba enclavada la granja de Glenn. Miró, y tuvo que luchar consigo misma, mordiéndose los temblorosos labios hasta hacer saltar la sangre.

Toda la parte oeste de la cañada había sido cultivada y arada. Carley no quiso seguir mirando. No quería ver el lugar donde había entregado su anillo a Glenn, separándose de él a continuación. Siguió cabalgando. Si tenía fuerzas para pasar por West Fork, confiaba en que podría llevar a cabo su decisión. Lo que más temía era el recuerdo que despertaban en ella ciertos lugares. ¡Lugares que había amado, creyendo en su ceguera que le eran odiosos! De

repente vio la estrecha franja verde v azul que hendía la majestuosa y roja muralla. Allí estaba West Fork. Más allá se distinguía la cabaña. ¡Su corazón pareció ir a desgarrarse! En el momento en que cruzaba el arroyuelo se detuvo y estuvo a punto de desfallecer. El agua susurraba, las hojas se agitaban, las abejas zumbaban, los pájaros trinaban, y en todo ello había una triste dulzura que parecía del pasado.

De repente, el camino que iba hacia West Fork se convirtió en una especie de barrera. Vio huellas de caballo. En seguida distinguió unas huellas de botas. Reconoció su forma y se estremeció. Había huellas recientes en la arena que se dirigían hacia el Lodge. ¡Ah, por lo visto, Glenn vivía allí! Carley esforzó su voluntad y trató de no seguir recordando. ¡La felicidad v el ensueño habían desaparecido! Picó espuelas y el caballo empezó a galopar. El zigzagueante arroyo, el tranquillo estanque, las verdes huertas, la blanca cascada de encaje, y por fin Lolomi Lodge.

Nada había cambiado. Sin embargo, a Carley le parecía que volvía de una ausencia de muchos años. Lentamente desmontó, lentamente subió los escalones del soportal. ¿No habría nadie en la casa? El desierto umbral y el silencio parecían, sin embargo, atestiguar la presencia de Carley. De repente aparecieron Mrs. Hutter y Flo detrás de ella.

-¡Muchacha, no sabes lo que me alegro de verte! -exclamó la señora Hutter con voz temblorosa.

-Yo también me alegro de verla a usted -dijo Carley, inclinándose; para recibir los besos de la señora Hutter. Carley vio que tenía los ojos llenos de lágrimas y adivinó su emoción, pero no pudo sorprender asombro alguno en su actitud.

-¡Oh Carley! -exclamó la muchacha del Oeste con voz pastosa y sonora, en la que, sin embargo, se adivinaba un temblor.

-Flo, he venido a desearte que seas muy feliz -contestó Carley en voz muy baja.

¿Era la misma Flo? Le parecía más femenina que antes, blanca y arreglada, bella, llena de ansiedad y de interés. De sus labios se escapó un grito de alegría. Carley se sintió rodeada por unos brazos que la oprimían con fuerza, y de repente Flo la besó rápidamente para expresarle su contento. Carley se quedó desconcertada y un poco emocionada. No le cabía la menor duda de que se habían alegrado de su llegada. La situación era realmente un tanto violenta y a Carley le pareció que había en la voz de Filo una alegría un poco excesiva. La emocionaba y, sin embargo, no acababa de comprenderlo. Ignoraba la profundidad de todas las amistades del Oeste.

-¿Has visto a Glenn? - preguntó Flo casi sin respiración.

-¡Oh, no!; no le he visto -contestó Carley recobrando su compostura. La agitación nerviosa de aquellas mujeres había calmado la suya-. Acabo de llegar. ¿Dónde está?

-Estaba aquí hace un momento -exclamó Flo-. ¡Oh Carley, no puedes imaginarte lo sorprendidas que nos hemos quedado! Hace una hora nos enteramos de que estabas en Deep Lake... Carley acaba de llegar y nos lo ha dicho... No sabes la emoción que me produjo, la noticia. ¡Pobre Glenn! Cuando lo oyó... Pero no te ocupes de mí. Salta sobre el caballo y ve corriendo a West Fork.

Con sus fuertes brazos la empujó escaleras abajo en su impaciencia para que partiera en seguida.

-Vuela, Carley - gritó Flo -. ¡Si supieras la alegría que le producirá tu llegada!

Carley saltó sobre la silla y puso el caballo al galope. No supo qué contestar a das agitadas palabras de aquella extraña muchacha. El fogoso caballo salió disparado y Carley empezó a reflexionar llena de emoción. ¿Era su llegada una sorpresa tan maravillosa, tan inesperada y generosa, que pudiera producir en Kilbourne la misma alegría que había despertado en Flo? Carley se estremeció al pensar en ello.

El caballo volaba por el camino. Veía dais rojas murallas como a través de una niebla, y un viento muy suave le acariciaba el rostro. Al llegar al sendero trató de retener el caballo,

pero éste no disminuyó la velocidad de su marcha. Corría bajo los majestuosos pinos y rodeó la enorme muralla. Al llegar a la pendiente rocosa que conducía al arroyo consiguió la muchacha que se pusiera al trote. ¡Qué clara y tranquila estaba el agua! Al cruzar el arroyo sintió Carley que unas cuantas gatas frescas y vivificantes salpicaban su rostro. Picó de nuevo espuelas, y los árboles y la muralla de roca pasaron vertiginosamente ante su vista. Subió y bajó por el amarillo sendero, pasó sobre la espesa alfombra de agujas de color castaño y de repente vio brillar bajo el sol la cabaña de maderos grises. Ante su puerta se erguía una elevada figura. Durante unos instantes le pareció que la cañada desaparecía y que cabalgaba por el cielo azul. Un mágico poderla hizo reaccionar v de nuevo distinguió claramente lo que tenía ante sí. Al llegar a la cabaña hizo detenerse al caballo.

-¡Hola, Glenn! ¡Mira quién ha venido! -gritó con voz alegre.

Glenn tiró a lo alto su sombrero, y gritó a su vez:

-Whoopee!

Su voz estentórea penetró en la cañada y su eco fue chocando de roca en roca. Aquel inesperado grito del Oeste, tan extraño en Glenn, desconcertó completamente a la muchacha. Al contestarla, ¿no había hecho acaso más que corresponder a lo efusivo de su saludo? ¿Es que su voz había sonado acaso de una manera falsa?

Glenn se dirigía hacia ella. La muchacha vio que su rostro bronceado palidecía. ¡Qué aspecto más triste y cansado tenía! Parecía más viejo, con arrugas más profundas y pelo más canoso. Su mandíbula se agitaba lastimosamente.

-¿De modo que eras tú, Carley Burch? -preguntó con voz ronca.

-En efecto, Glenn -contestó ella-. Compré los terrenos de Deep Lake, que tanto te agradaban. Volví demasiado tarde... Mas para algunas cosas nunca es demasiado tarde... He venido para desearon a ti y a Flo toda clase de felicidades... y para deciros que querría ser amiga vuestra.

La expresión de la mirada de Glenn la hizo estremecerse. Se acercó al caballo, y era tan alto, que sus hombros alcanzaban la altura del pecho de la muchacha-. Puso su mano, grande y cálida, sobre la de Carley, que se apoyaba en el pomo del arzón de la silla.

-¿Has visto a Flo? -preguntó.

-Acabo de separarme de ella. Fue muy chocante lo que me empujó para que viniera en seguida a tu encuentro. Como si no hubiera dos...

¿Fue la expresión de los ojos de Glenn o el movimiento de su mano lo que hizo que no pronunciara las palabras que iban a escaparse de sus labios? Su mirada pareció atravesarle el alma. Su mano resbaló a, lo largo de su brazo y rodeó su talle. El corazón parecía ir a estallarle.

-Saca los pies de los estribos -ordenó Glenn.

Carley obedeció instintivamente. Glenn la levantó de la silla y la cogió entre sus brazos. Carley no puso resistencia alguna:. Se quedó completamente inmóvil y presa de un terrible desconcierto. ¿Estaría acaso soñando? Los labios de Glenn besaron rápidamente los suyos una y otra vez...

-¡Oh Dios mío! Glenn, ¿estás loco? -murmuró casi desfallecida de emoción.

-Creo que efectivamente lo estoy -contestó él con voz entrecortada, bajándola: por completo de la silla. Carley hubiera caído al suelo sin el apoyo que le prestó

Glenn. No podía pensar. Sólo la arrastraba el instinto. El asombro y el repentino horror se desvanecieron como el humo.

-¡Bésame! -ordenó él con voz profunda y emocionada.

Le hubiera besado aunque hubiera sido castigada con la muerte. ¡Veía nebulosamente el rostro de su amado! ¿No sonreía de una manera muy extraña? ¿Habría perdido ella también el sentido? Después la apartó un poco, sujetándola aún entre sus brazos.

-Carley, ¿viniste a felicitarnos a Flo y a mí?-preguntó.

-¡Oh, sí..., sí...! Compadéceme, Glenn...; deja que me vaya. Mi intención era buena... No..., no debí haber venido.

-¿Me quieres? -continuó diciendo Glenn, estrechándola apasionadamente.

-¡Dios me perdone...! ¡Te quiero...! ¡Te quiero... ¡Y ahora la pena me matará!

-¿Qué te dijo ese condenado idiota de Carley? Aquella extraña pregunta y el apasionado tono en: que la pronunció la hicieron estremecerse y comprender lo ocurrido. ¿Era aquel gigante el Glenn de aspecto trágico que se acercó a ella desde fa puerta de la cabaña? -Carley me dijo que te habías casado con Flo - murmuró la muchacha.

-¡Supongo que no se te ocurriría creerle! - contestó Glenn.

Carley se sentía incapaz de pronunciar palabra. Veía a su amado como transfigurado. Su silueta bordeada de negro se destacaba contra la majestuosa muralla de roca de la cañada.

-Ha sido una de las extrañas bromas a que Carley es tan aficionado. Ya te dije que anduvieras con cuidado. Flo está casada, es cierto..., y es muy feliz... Yo también soy inmensamente feliz..., pero no me he casado. Lee Stanton fue el feliz consorte... Carley, en el momento que te vi comprendí que volvías de nuevo a mí.

Fin